

STAR WARS

LA NUEVA ORDEN JEDI

TOMO 1

VECTOR PRIME

R.A. SALVATORE

Título original: Star Wars. The New Jedi Order. Vector Prime.

Traducción: Virginia de la Cruz.

Imágica Ediciones, S.L.:

Alberto Santos & Patricia Forde & Carlos L. García-Aranda.

Diseño y maquetación: Carlos L. García-Aranda. Ilustración de cubierta: Cliff Nielsen.

Publicado por Ballantine Books.

1ª edición: noviembre, 2002.

Para Diana, con todo mi amor, y para mis hijos Bryan,
Geno y Caitlin, que me han facilitado llegar
a comprender a Han Solo.

Agradecimientos:

Este libro, como casi todo lo que he hecho en la vida, ha sido un proyecto en equipo, y sería un descuido por mi parte no otorgar el reconocimiento a quien se lo merece. En primer lugar a Shelly Shapiro, por llevarme de la mano a través del laberinto de Star Wars y por aportar un enfoque innovador a una vieja historia. A Jenni Smith, por su apoyo, su entusiasmo y su ojo clínico. A la gente de Lucasfilm: Sue Rostoni, Lucy Autrey Wilson y Howard Roffman, que mostraron una preocupación sincera e inflexible por la calidad que me permitió dar lo mejor de mí mismo. Y a dos colegas de profesión, Mike Stackpole, por proporcionarme información sobre el mundo en el que me estaba metiendo, y Terry Brooks, que me recordó que sería tremendamente estúpido decir que no a Star Wars.

CAPITULO 1

Tejido deshilachado

Había demasiada paz fuera. Leia Organa Solo estaba rodeada por el vacío del espacio. Lo único que rompía el silencio era el constante rumor de los motores gemelos iónicos de la nave. A pesar de que amaba esos momentos de tranquilidad, también los veía como una trampa emocional, porque no había nacido ayer y sabía perfectamente lo que encontraría al final del viaje.

Como al final de cada uno de sus últimos viajes.

Leia se detuvo un momento antes de entrar en el puente de mando del Sable *de Jade*, la nave que su hermano Luke había construido para su esposa, Mara Jade. Ante ella, aparentemente ajenas a su presencia y cómodamente sentadas frente a los controles, Mara y Jaina hablaban y sonreían. Leia se centró en su hija, Jaina, que con sólo dieciséis años ya mostraba la madurez y el comportamiento calmado de un piloto veterano. Jaina se parecía en gran medida a Leia. el pelo oscuro y los ojos marrones contrastaban enormemente con su tez suave y pálida. Lo cierto era que Leia veía mucho de sí misma en aquella niña. No, niña no, se corrigió, ya era una joven. Tenía su misma chispa en esos ojos marrones, traviosos, aventureros y resueltos.

Aquella idea la detuvo un momento porque se dio cuenta de que al contemplar a Jaina ya no veía un reflejo de sí misma, sino la imagen de la joven que ella fue una vez. Sintió una punzada de tristeza al pensar en su vida actual. Ahora era una diplomática, una burócrata y una mediadora; y siempre estaba intentando calmar las cosas o trabajando por la paz y la prosperidad de la Nueva República. ¿Acaso echaba de menos aquellos días en los que el ruido más frecuente que escuchaba era el agudo estruendo de una pistola láser o el zumbido de un sable de luz? ¿Acaso lamentaba que aquella época desenfrenada hubiera sido reemplazada por el murmullo de los motores iónicos y por las intensas reprimendas de los emisarios con el orgullo herido, que siempre llegaban uno tras otro?

Quizá sí, admitió Leia, pero al mirar los ojos oscuros de Jaina experimentó un placer indirecto.

Otra punzada, ¿tal vez de celos?, la cogió por sorpresa cuando Mara y Jaina rompieron a reír a causa de una broma que Leia no había podido escuchar. La mujer apartó esa absurda idea de la cabeza, consciente de que su cuñada, mujer de Luke y tutora de Jaina a petición expresa de la propia Jaina, era una Jedi. Mara Jade no era una madre sustituta para Jaina, sino más bien una hermana mayor, y

cuando Leia pensó en las llamas que se agitaban constantemente en los ojos verdes de Mara, comprendió que aquella mujer podría dar cosas a Jaina que ella no poseía, y que sus enseñanzas y su amistad serían de gran valor para su hija. Por esa razón decidió no sentirse celosa y se alegró de que Jaina hubiera encontrado una buena amiga.

Leia entró en el puente de mando, pero sintió movimiento a sus espaldas y volvió a detenerse. Antes de mirar ya sabía que era Bolpuhr, su guardaespaldas noghri, y ni siquiera le dirigió una mirada. el noghri se echó a un lado con movimientos tan gráciles, que a Leia le recordó una cortina mecida por la brisa. el joven Bolpuhr se había convertido en su sombra por esa razón, porque era todo lo discreto que debía ser un guardaespaldas. A Leia le maravillaba que tras la grácil y silenciosa apariencia del joven noghri se ocultara una capacidad de lucha realmente letal.

Leia alzó la mano para indicarle a Bolpuhr que debía esperar fuera, y aunque le pareció ver un leve gesto de decepción en el inexpresivo rostro del guardaespaldas, sabía que la obedecería. Bolpuhr y el resto de los noghris harían todo lo que Leia les pidiera. Bolpuhr saltaría por un acantilado o nadaría hasta el centro de un motor fónico si se lo pedía. Leia sólo notaba en Bolpuhr un atisbo de descontento a la hora de acatar sus órdenes cuando el noghri pensaba que ella se estaba metiendo en una situación donde a él le resultaría difícil protegerla.

Como en ese momento, por ejemplo; aunque Leia no podía entender por qué Bolpuhr se preocupaba por su seguridad en la nave privada de su cuñada. Algunas veces, la dedicación podía llevarse demasiado lejos.

Leia hizo un gesto con la cabeza a Bolpuhr y regresó hacia el puente cruzando la entrada abierta.

— ¿Cuánto falta? —preguntó, y le divirtió ver el sobresalto en los rostros de Mara y Jaina al verla aparecer de repente.

A modo de respuesta, Jaina amplió la pantalla frontal, donde, en lugar de los habituales puntos de luz, apareció la imagen de dos planetas; uno casi totalmente azul y blanco, y otro con matices rojizos. Parecían tan cercanos el uno del otro que Leia se preguntó por qué el más grande, el azul y blanco, no había atrapado al otro con su gravedad y lo había convertido en una luna. A medio camino entre ambos, aproximadamente a medio millón de kilómetros de cada uno y con las luces del puente brillando en la sombra proyectada por el planeta azul y blanco, había un crucero de combate calamariano, el *Mediador*, una de las nuevas naves de la flota de la Nueva República.

— Están lo más cerca posible —dijo Mara refiriéndose a los planetas.

—Le ruego me disculpe —la voz melodiosa surgió desde la entrada, y el androide de protocolo C-3P0 entró en la sala—, pero creo que eso no es correcto.

—Están muy cerca —dijo Mara. Se volvió hacia Jaina—. Tanto Rhommamul como Osarían cuentan con un nivel tecnológico básico...

—Yo diría que Rhommamul es básico a todos los niveles —se apresuró a añadir C-3P0 ante el ceño fruncido de las tres mujeres. Hizo caso omiso y prosiguió—: La flota osariana puede considerarse, a lo sumo, marginal. A no ser, claro está, que uno emplee la escala Pantang de Progreso Aerotecnológico, que sitúa hasta el deslizador más simple a la altura de un destructor estelar. ¡Una escala de lo más ridícula!

—Gracias, Trespeó —dijo Leia con un tono que indicaba que ya había oído más de lo necesario.

—Lo cierto es que ambos planetas poseen misiles con los que atacarse a esa distancia —continuó Mara.

—¡Así es! —exclamó el androide—, y dada la proximidad de las órbitas elípticas relativas...

—Gracias, Trespeó —dijo Leia.

—...Continuarán estando a tiro el uno del otro durante algún tiempo —siguió C-3P0 sin perder el ritmo—. Meses como poco. De hecho, dentro de sólo dos semanas estándar, estarán aún más cerca, ya que llegarán al punto de máximo acercamiento del próximo decenio.

— ¡Gracias, Trespeó! —dijeron Mara y Leia al unísono.

—Y será la distancia más corta a la que han estado en los últimos diez años —concluyó el androide mientras las mujeres retomaban su conversación.

Mara sacudió la cabeza para intentar recordar lo que le estaba diciendo a Jaina.

—Por esa razón tu madre decidió que era el momento de venir.

— ¿Habría pelea? —preguntó Jaina, y ni a Leia ni a Mara les pasó desapercibido el brillo en sus ojos.

—El *Mediador* los mantendrá a raya —dijo Leia en tono esperanzado. Era una nave de guerra realmente impresionante. Una versión actualizada y con armamento mejorado del crucero estelar calamariano.

Mara volvió la vista a la pantalla y, poco convencida, negó con la cabeza. —Hará falta algo más que una demostración de fuerza para detener esta catástrofe —respondió.

—Lo cierto es que, según los informes, el conflicto va en aumento —intervino C-3P0—. Todo comenzó como una simple disputa sobre los derechos de explotación minera, pero ahora, los términos del conflicto son más propios de una cruzada santa.

—Es por Nom Anor, el líder de Rhommamul —dijo Mara—, que ha reunido a sus seguidores provocando sus instintos más primarios y ha orientado el conflicto con los osarianos hacia una cuestión más relacionada con la tiranía y la opresión. No le subestimemos.

—Podría darte una lista interminable de tiranos como Nom Anor a los que me he enfrentado —dijo Leia encogiéndose de hombros con resignación.

—Yo tengo esa lista disponible —soltó C-3P0—. Tonkoss Rathba de... —Gracias, Trespeó —dijo Leia educadamente.

—Bueno, no hay de qué, princesa Leia —respondió el androide—. Para mí es un placer serle útil. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Tonkoss Rathba de...

—Ahora no, Trespeó —insistió Leia y, dirigiéndose a Mara, dijo—: He tratado con tipos de esa calaña a menudo.

—Pero no con éste —replicó Mara con suavidad.

La repentina debilidad de su voz recordó a Leia y a Jaina que Mara, a pesar de su bravuconería constante y su exceso de energía, estaba gravemente enferma. Era víctima de un extraño y por fortuna poco frecuente mal que había acabado con docenas de personas, y para el que los médicos de la República no habían encontrado cura. De todos los seres que habían contraído el desorden molecular sólo quedaban dos, Mara y uno más, que permanecía moribundo bajo cuidados intensivos en Coruscant.

—Daluba —continuó C-3P0—. Ah, y por supuesto, Icknya...

Leia iba a dirigirse al androide con la esperanza de hacerle callar educadamente de una vez por todas, pero un grito de Jaina la detuvo y devolvió su atención a la pantalla.

— ¡Vienen naves! —anunció Jaina con tono de sorpresa.

Los reveladores puntos luminosos aparecieron en el monitor como salidos de la nada.

—Son cuatro —confirmó Mara. Mientras hablaba, las señales de alarma comenzaron a apagarse—. Osarianos —y miró a Leia con expresión curiosa—. ¿Saben quiénes somos?

Leia asintió.

—Y saben por qué estoy aquí —dijo.

—Entonces deberían saber que no deben atacarnos —comentó Jaina.

Leia asintió de nuevo, pero sabía lo que estaba ocurriendo. Había venido a ese sistema no sólo para entrevistarse con los osarianos —por lo menos, no en primer lugar—, sino con su mayor rival, Nom Anor, el nuevo líder espiritual que estaba creando problemas en Rhommamul.

—Diles que se vayan —ordenó a Mara.

— ¿Con delicadeza? —preguntó la aludida con una sonrisa y un brillo travieso en los ojos.

—Nave de la Nueva República —una voz autoritaria irrumpió a través del comunicador—. Aquí el capitán Grappa de la Primera Fuerza Osariana.

Con sólo apretar un botón, Mara situó la imagen del capitán en la pantalla. Leia dio un respingo al ver aparecer la piel verdosa, la huesuda cresta en la cabeza y las narices de tapir.

—Estupendo —dijo con sarcasmo.

— ¿Los osarianos han contratado rodianos? —preguntó Jaina.

—Nada como unos cuantos mercenarios para calmar las cosas —replicó Leia secamente.

— ¡Ay de mí! —dijo C-3P0 mientras se echaba a un lado nervioso. —Vendréis con nosotros a Osa-Prime —insistió Grappa con un brillo ansioso en los ojos multicolor.

—Parece que los osarianos quieren ser los primeros en hablar contigo —dijo Mara.

—Temen que mi encuentro con Nom Anor le proporcione aún más poder, tanto entre los rhommamulianos como en el resto del sector —argumentó Leia, una idea que no carecía de sentido y que había discutido hasta la saciedad antes de decidir emprender el viaje.

—Sea cual sea la razón, se acercan rápidamente —respondió Mara. Tanto ella como Jaina miraron a Leia esperando instrucciones. Aunque el *Sable de Jade* era la nave de Mara, esta misión pertenecía a Leia. — ¿Princesa Leia? —preguntó C-3P0, evidentemente alarmado.

Leia tomó asiento detrás de Mara y estudió minuciosamente la pantalla, que Jaina había vuelto a poner en visión espacial normal. Los cuatro cazas de combate se veían claramente.

—Vámonos —dijo con determinación.

Fue una petición que ninguno de los dos pilotos necesitó oír de nuevo. La verdad era que Mara estaba deseando poner a prueba la nave, con sus poderosos motores gemelos y su sistema de pilotaje avanzado.

Mara se puso al mando con los ojos verdes brillantes y una amplia sonrisa, pero luego se detuvo y colocó las manos sobre su regazo.

—Ya lo has oído, Jaina —dijo.

Los ojos de Jaina se abrieron como platos. Los de Leia también. — ¿En serio? — preguntó Jaina.

La única respuesta de Mara fue una expresión de aburrimiento y un ligero bostezo, como si todo aquello no fuera para tanto y, mucho menos, algo que Jaina no pudiera solucionar.

— ¡Sí! —susurró Jaina apretando los puños y con una sonrisa tan abierta que casi le llegaba a las orejas. Se frotó las manos y se inclinó a la derecha, haciendo rodar con los dedos la bola flotante de control del compensador de inercia—. Poneos los cinturones —ordenó, y llevó la medida al 95 por ciento, como solían hacer los pilotos para poder sentir de forma táctil el movimiento de sus naves. Jaina había leído que lo llamaban "sentir la gravedad", y ella siempre volaba así, para que las curvas rápidas y la aceleración la clavaran en el asiento.

—Ten cuidado —dijo Leia preocupada.

Pero sabía que su hija se sentía como pez en el agua y que llevaría la nave hasta el límite. Leia sintió la inclinación a medida que Jaina viraba a la derecha, alejándose de las naves enemigas.

—¡Si intentáis escapar os derribaremos! —dijo la voz irregular de Grappa.

—Un Incursor Z-95 —dijo Mara en tono burlón refiriéndose a la nave que se aproximaba, un anticuado caza de combate. A continuación desactivó el sistema de comunicación y miró a Leia—. No puedes derribar lo que no puedes alcanzar —explicó—. Adelante —dijo a Jaina mientras ponía en marcha los reactores principales, pensando que un empujón por parte de los poderosos motores alejaría el *Sable de Jade* de los perplejos rodianos y sus anticuados cazas.

Pero mientras hablaba, dos parpadeos más aparecieron en los sensores. Habían salido de entre las sombras de Rhommamul y se estaban colocando en línea con el *Sable de Jade*.

—Mara —dijo Leia preocupada.

En ese momento, Mara hizo amago de tomar los mandos, pero fue sólo un

segundo, tras el cual miró a Jaina a los ojos y asintió para que continuara.

Jaina frenó en seco y giró el timón de vacío a la derecha. Leia dio un bandazo hacia delante y sólo el cinturón la mantuvo en el asiento. Se oyó un golpe metálico en la parte de atrás y Leia supuso que C-3P0 estaría golpeándose contra las paredes.

El *Sable de Jade* se detuvo violentamente con el morro orientado a estribor. En ese momento, Jaina aceleró el motor al máximo y volvió a virar el timón, primero a la izquierda y luego a la derecha. La nave se agitó en un brutal ángulo de 180 grados. Después, Jaina maniobró con el timón e inició definitivamente la retirada. Al girar, la nave recibió un impacto láser en la proa.

Vale, tenemos a los cuatro primeros detrás —dijo Mara con calma. el *Sable de Jade* se estremeció al recibir un impacto en la popa, pero los escudos rechazaron el ataque sin problemas.

Intenta... —a Mara se le escaparon las palabras, y casi el desayuno, cuando Jaina viró bruscamente a la derecha dos veces consecutivas.

¡Oh, vamos a morir! —gritó C-3P0 desde la entrada.

Leia se dio la vuelta como pudo y vio al androide apoyado contra el marco metálico. De pronto, C-3P0 desapareció despedido y gritando de forma patética. Mientras, Jaina golpeaba el timón de vacío haciendo girar una vez más la nave.

Un par de Incursores cruzaron la pantalla, pero sólo durante un segundo, ya que Jaina varió el ángulo de la trayectoria y aceleró al máximo uno de los motores. Leia se quedó clavada en el asiento. En ese momento, quiso decir a Jaina unas palabras de ánimo o de consejo, pero se quedó sin habla, y no por la fuerza de gravedad.

Fue al ver a su hija: el fuego de sus ojos marrones, la determinación de su gesto y la impecable concentración. En ese momento, Leia se dio cuenta. Jaina ya era una mujer, y tenía las agallas de su padre y su madre juntos. Mara miró por encima de su hombro izquierdo, entre Jaina y Leia, y ambas siguieron su mirada para ver que dos de los cuatro Incursores habían decidido seguir a su presa y se acercaban rápidamente, disparando con sus cañones láser.

—No os preocupéis —dijo Jaina con seguridad.

La joven manipuló los mandos de navegación. el *Sable de Jade* elevó el morro y realizó un bucle invertido.

—¡Estamos condenados! —gritó C-3P0 desde el pasillo.

Desde el techo del pasillo, pensó Leia.

En mitad de la maniobra, Jaina interrumpió el bucle girando hacia un lado, lo que devolvió a la nave prácticamente a su trayectoria inicial, pero con los cuatro primeros atacantes a sus espaldas. Entonces, Jaina activó los dos motores fónicos, como si fuera a emplear la máxima velocidad, para dividir la distancia entre los dos Incursores que se acercaban.

Ambas naves se separaron y luego volvieron a unirse. De ese modo la ruta de escape se amplió, pero el ángulo de disparo hacia el *Sable de Jade* aumentó, y la persecución se reanudó.

—Son buenos... —dijo Mara, pero, al igual que le había ocurrido a Leia, sus palabras enmudecieron. Jaina, con los dientes apretados para luchar contra la inercia, dio un frenazo en seco.

—Princesa... —la queja suplicante que venía del corredor se apagó bruscamente con un estrépito.

—¡Aquí los tenemos! —gritó Mara, viendo cómo uno de los Incursores se acercaba rápidamente por babor.

Jaina no la escuchaba. Estaba pendiente de su interior, notando cómo fluía la Fuerza a través de ella, registrando cada movimiento del enemigo, reaccionando instintivamente y jugando con tres movimientos de ventaja. Antes incluso de que Mara empezara a hablar, Jaina ajustó los propulsores delanteros, elevó el morro, aceleró al máximo y giró el timón. el *Sable de Jade* se elevó y viró hacia estribor para enfrentarse directamente a otro Incursor.

El ansioso rodiano se acercaba a ellas de frente y sin detenerse. Ante la amenaza de una posible colisión, los dispositivos de defensa del *Sable de Jade* crujieron y se activaron.

—Jaina! —gritó Leia.

— ¡Nos tienen! —añadió Mara.

Pero entonces, la nave que se encontraba más cerca y que venía por babor pasó por debajo del *Sable de Jade*. Jaina accionó los propulsores, elevó la nave y obligó al pobre Incursor a girar formando un enorme bucle.

La nave que se acercaba por estribor liberó su misil de impacto, pero éste y el Incursor pasaron justo por debajo del *Sable de Jade*.

Antes de que las tres mujeres pudieran recuperar el habla, otra nave hizo su aparición. Era un nuevo modelo de caza de combate Ala-X, el XJ, y surgió disparando sus propios cañones láser desde la punta de las alas. Su blanco no era

el *Sable de Jade*, sino el Incursor que acababa de cruzarles.

— ¿Quién es? —preguntó Leia.

Jaina, con la misma curiosidad, aceleró el *Sable de Jade*.

El Incursor giró a la izquierda y continuó hacia delante, pero el Ala-X, notablemente superior, permaneció cerca, disparó con los láser, barrió los escudos de la nave y la redujo finalmente a un millón de fragmentos.

—Un Jedi —dijeron Mara y Jaina al unísono.

Leia se les unió cuando pudo controlar la Fuerza que fluía en su interior. —Rápido, al *Mediador* —dijo Leia a su hija.

Jaina cambió la trayectoria del *Sable de Jade* una vez más.

—No sabía que hubiera Jedi en este sector —dijo Leia a Mara, que se encogió de hombros con la misma incertidumbre.

—Ha destruido otro Incursor —informó Jaina, mirando los destellos en la pantalla del sensor—. Y los otros dos huyen.

No les apetece ver a un Jedi con ganas de pelea —dijo Mara.

—Quizá los rodianos sean más listos de lo que yo pensaba —dijo Leia con sequedad—. Ve más despacio —ordenó a su hija, desabrochándose el cinturón y poniéndose en pie de golpe.

Jaina pulsó reticente el compensador de inercia para reducir la velocidad.

—Sólo queda una nave detrás de nosotros —les informó Jaina mientras Leia avanzaba hacia la puerta.

—El Ala-X —añadió Mara.

Leia asintió.

Al salir del puente, Leia encontró en el pasillo a C-3P0. el androide estaba patas arriba y cara a la pared. Tenía la cabeza retorcida hacia delante y la barbilla apretada contra el pecho.

—Tienes que aprender a agarrarte —le dijo Leia, ayudándole a incorporarse. Mientras hablaba, miró a Bolpuhr para comprobar que continuaba exactamente en el mismo sitio en el que le había dejado.

De alguna forma, no le sorprendió en absoluto.

Jaina hizo avanzar el *Sable de Jade* a un ritmo suave pero rápido hacia el lejano *Mediador*. Siguió comprobando la retaguardia, pero estaba claro que los rodianos y sus anticuados Incursores no querían formar parte de la pelea.

Leia se unió a sus compañeras un poco después. Jaina se había sentado frente a los controles y Mara permanecía recostada en el asiento con los ojos cerrados. La mujer no respondió ni abrió los ojos ni siquiera cuando Jaina le preguntó sobre el procedimiento de atraque.

—Ellos te lo indicarán —intervino Leia.

En ese preciso instante, una voz procedente del *Mediador* se abrió paso por el sistema de comunicación y les indicó la localización exacta del punto de atraque.

Jaina hizo entrar la nave y aterrizó con facilidad. Tras la demostración de pilotaje que había hecho con los Incursores, a Leia no le sorprendió en absoluto la habilidad de la joven para atracar con total suavidad una nave tan grande como el *Sable de Jade*.

El temblor final, mientras Jaina desactivaba los propulsores y situaba la nave en el suelo del puerto de atraque, despertó a Mara, que abrió los ojos y, al ver dónde estaban, se levantó rápidamente.

Entonces se tambaleó y pareció que iba a caerse.

Enseguida, Leia y Jaina se colocaron a su lado para cogerla y la tranquilizaron.

Mara recuperó el equilibrio y aspiró profundamente.

—Quizá la próxima vez puedas establecer el compensador de inercia en 97 en lugar de en 95 —dijo en broma y forzando una sonrisa.

Jaina rió, pero el rostro de Leia mostraba gran preocupación.

— ¿Estás bien? —preguntó.

Mara la miró directamente a los ojos.

—Quizá deberíamos encontrar un lugar donde pudieras descansar —dijo Leia.

—Donde todos podamos descansar —corrigió Mara. Su tono le indicó a Leia que dejara el tema y le recordó que se estaba entrometiendo en algo privado; en algo en lo que Mara había pedido a todos sus amigos, e incluso a su marido, que no se entrometieran. Aquella enfermedad era una lucha exclusiva de Mara. En su opinión, era una batalla que la había obligado a replantearse todo lo que pensaba sobre su vida: su pasado, su presente y su futuro; y también su propia perspectiva personal sobre la muerte.

Leia le sostuvo la mirada un instante, pero cambió la expresión preocupada por otra de aceptación. Mara no quería ni mimos ni cariño. Estaba resuelta a llevar una vida en la que su enfermedad no fuera la faceta más apremiante e importante de su existencia. Quería llevar la vida que llevaba antes de que le ocurriera aquello y

relegar la enfermedad a poco más que una molestia, nada más.

Por supuesto, Leia sabía que era mucho más que eso. La dolencia era una perturbación interna que obligaba a Mara a invertir durante horas gran parte de la energía de la Fuerza para mantenerla controlada, pero eso era asunto suyo.

—Espero reunirme con Nom Anor mañana —explicó Leia mientras las tres mujeres, acompañadas de Bolpuhr y C-3P0, se dirigían a la escotilla inferior para después descender a la zona de aterrizaje.

El comandante Ackdool, un calamariano de enormes ojos inquisitivos, cara de pez y piel asalmonada, les esperaba allí junto a un contingente de la Guardia de Honor de la Nueva República.

—Según los informes —dijo Leia—, debemos descansar antes de tratar con Nom Anor.

—Hay que hacer caso de los informes —comentó Mara.

Pero antes creo que voy a reunirme con nuestro salvador Jedi —añadió Leia con sequedad, mirando detrás del *Sable de Jade*, donde el Ala-X estaba aterrizando.

—Wurth Skidder —dijo Jaina al reconocer las marcas en la cabina del caza.

— ¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Leia, suspirando con resignación.

En ese momento, Ackdool se abrió paso hasta ellas dispuesto a ofrecer la bienvenida formal a sus distinguidas invitadas, pero la reacción de Leia le dejó de una pieza. Lo cierto es que más de una ceja se alzó entre los miembros de la Guardia de Honor del *Mediador*:

— ¿Por qué le enviaron a él? —increpó Leia, moviéndose hacia el Ala-X estacionado.

El Comandante Ackdool comenzó a responder, pero Leia continuó: —Si hubiéramos necesitado ayuda, la habríamos pedido.

—Por supuesto, princesa Leia —dijo el Comandante Ackdool inclinándose cortésmente.

— ¿Entonces por qué le enviaron?

— ¿Por qué supone que Wurth Skidder actuó bajo mis órdenes? — se atrevió a preguntar el tranquilo comandante Ackdool—. ¿Qué le hace suponer que Wurth Skidder acataría una orden mía?

—Probablemente ahora hay un par de crestas volando en paracaídas sobre Osarian, y eso sólo si los rodianos han tenido suerte —intervino la cantarina voz de Wurth Skidder. el engreído jovencito se acercaba rápidamente, quitándose el casco

y sacudiéndose el pelo rubio mientras caminaba.

Leía se aproximó para interceptarle y dio un paso más para obligar al Jedi a detenerse de inmediato.

—Wurth Skidder —dijo ella.

—Princesa —replicó el hombre haciendo una reverencia.

—Te lo has pasado bien, ¿no?

—Más que bien —dijo el Jedi con una amplia sonrisa y sorbiendo por la nariz. Parecía estar siempre sorbiéndose la nariz, y su pelo parecía recién salido de una tormenta de arena de Tatooine—. Yo muy bien, claro que no se puede decir lo mismo de los rodianos.

— ¿Y el precio de esa diversión? —preguntó Leia.

La pregunta borró la sonrisa de la cara de Wurth Skidder, que la miraba con curiosidad y obviamente sin entender nada.

—El precio —explicó Leia—. ¿Cuál ha sido el precio de tu pequeña incursión?

—Un par de torpedos de protones —respondió Wurth encogiéndose de hombros—. Algo de combustible.

—Y un año de misiones diplomáticas para apaciguar a los osarianos arruinado —replicó Leia.

—Pero ellos dispararon antes —protestó Wurth.

— ¿No te das cuenta de que tu estupidez ha deteriorado aún más una situación ya de por sí delicada? —la voz de Leia sonaba firme y gélida, como ninguno de los presentes la había oído nunca. Había tanta frialdad en el tono, que el siempre sobreprotector Bolpuhr, temiendo peligro, se acercó a ella y se situó justo detrás de su hombro izquierdo, cubriendo la zona desde la cual el Jedi podía lanzar un ataque inesperado.

—Os estaban atacando —replicó Wurth Skidder—. ¡Eran seis!

—Estaban intentando llevarnos a Osarian —explicó Leia con rudeza—. Una respuesta no tan inesperada, teniendo en cuenta mis anunciadas intenciones. Y teníamos planeado evitarles. ¡Evitarles! ¿Comprendes esa palabra?

Wurth Skidder no dijo nada.

—Evitarles para no causar más problemas ni resentimientos —prosiguió Leia—. Y así lo habríamos hecho, y no le habríamos pedido explicaciones a Shunta Osarian Darrgh. Hubiera sido como si no hubiera pasado nada.

—Pero...

—Y nuestra gentileza al no mencionar este desafortunado incidente habría acortado la distancia que nos separa de la reconciliación entre Osarian y Rhommamul —continuó Leia. La furia se incrementaba en cada palabra—. Pero ahora ya no podemos hacer eso, ¿verdad? Ahora, y para que Wurth Skidder pueda dibujar otra calavera en la carrocería de su Ala-X, tendré que solucionar este incidente.

—Ellos dispararon primero —reiteró Wurth Skidder cuando parecía que Leia había terminado.

—Y ojalá hubieran disparado los últimos —replicó Leia—. Y si Shunta Osarian Darrgh reclama una compensación, nos disculparemos y estaremos de acuerdo con él, porque todo el dinero que pida procederá de los fondos privados de Wurth Skidder.

El Jedi se puso rígido al oír esa sugerencia, pero Leia le dedicó un último y devastador comentario.

—Mi hermano se encargará personalmente de ello.

Wurth Skidder se inclinó de nuevo, miró a Leia y después a su alrededor, giró sobre sus talones y se fue rápidamente.

—Mis disculpas, princesa Leia —dijo Ackdool—, pero no tengo autoridad real sobre el Jedi Skidder. Pensé que era una bendición cuando llegó hace dos semanas. Sus habilidades Jedi serían muy útiles en un posible ataque terrorista contra el *Mediador*, y hemos oído que habrá muchos.

—Lo cierto es que están ustedes en el radio de alcance de sus misiles de tierra —añadió C-3P0, pero se detuvo al observar las muchas miradas de desaprobación que estaba recibiendo.

—No sabía que el Jedi Skidder acabaría siendo tan... —Ackdool se detuvo para encontrar la palabra adecuada—, intratable.

—Cabezota, querrá decir —exclamó Leia.

Mientras se alejaban, Leia dibujó una sonrisa al oír a Mara decir a Jaina que quizá Nom Anor había encontrado la horma de su zapato.

C-9P0, un androide de protocolo con el cobre enrojecido por las constantes tormentas de arena de Rhommamul, bajó por el callejón hasta la avenida principal de Puertorrojo y echó un vistazo cauteloso a la multitud que se agolpaba allí. Los fanáticos seguidores de Nom Anor, los Caballeros Rojos de la Vida, volvían a destruirlo todo, corriendo enloquecidos por las calles en un aparente intento de

purgar la ciudad de deslizadores. Cabalgaban sobre sus tutakans, lagartos de ocho patas y enormes colmillos que se alzaban más arriba de sus ojos negros, donde se curvaban asemejando cejas blancas.

— ¡Conducid a las bestias otorgadas por la vida! —gritó un Caballero Rojo a un pobre civil, mientras un arrugado mercader dresselliano era arrastrado fuera de la cabina de su deslizador y arrojado al suelo.

— ¡Perversión! —gritaron varios Caballeros Rojos al unísono—. ¡Imitador de la Vida! —y, tras colocarse alrededor del deslizador blandiendo sus porras metálicas, le destrozaron el parabrisas, golpearon las molduras laterales, arrancaron el volante y el resto del panel de control, e incluso separaron uno de los impulsores de su ensamblaje.

Cuando tuvieron la certeza de que el deslizador estaba completamente destrozado, levantaron al dresselliano y lo llevaron de un lado a otro a empellones, advirtiéndole que cabalgara criaturas y no máquinas, o, mejor aún, que utilizara las piernas que la naturaleza le había dado y caminara. Luego volvieron a golpearlo hasta que cayó al suelo desfallecido. Después se marcharon. Algunos sobre los tutakans y otros a pie.

El deslizador seguía en el aire, pero ya sólo le quedaban un par de propulsores activos. Inclinado hacia un lado por la desigual distribución del peso y con la capacidad de arrastre mermada, parecía un amasijo de hierro retorcido más que un vehículo.

—Ay de mí —dijo el androide de protocolo, agachándose mientras pasaba el estruendoso contingente.

Algo golpeó la cabeza del androide y se escuchó el tintineo característico provocado por el choque de dos metales. C-9P0 se dio la vuelta y vio los indicios inequívocos de las capas negras y las pieles teñidas de rojo.

Con un grito, el androide se levantó e intentó escapar, pero una porra metálica le golpeó en una pierna y le hizo caer de bruces en la rojiza tierra. C-9P0 alzó la cabeza, pero, al intentar levantarse apoyándose en los brazos, se lo puso más fácil a los dos Caballeros Rojos, que le cogieron cada uno de un hombro y se lo llevaron a rastras.

—Tenemos un Nuevepeó —dijo uno de los jinetes a sus colegas sobre los lagartos, y se oyó un grito de alegría.

El androide condenado sabía cuál era su destino: la Plaza de la Esperanza de Redención.

C-9P0 se alegró de no estar programado para sentir dolor.

—Fue una estupidez —dijo Leia firmemente.

—Wurth pensó que nos estaba ayudando —le recordó Jaina, pero a Leia no le convencía el argumento.

—Wurth sólo quería divertirse —le corrigió a su vez.

—Y esa actitud de matón sólo conseguirá reforzar los argumentos de Nom Anor en contra de los Jedi —dijo Mara—. No le faltan seguidores en Osarian.

Al terminar, miró a la mesa, hacia la pila de panfletos que les había proporcionado el comandante Ackdool. Era propaganda colorista en contra de la Nueva República, contra los Jedi y contra cualquier cosa mecánica o tecnológica. Todo ello asociado de alguna forma al atraso cultural que asfixiaba al planeta Osarian.

— ¿Y por qué odia Nom Anor a los Jedi? —preguntó Jaina—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con el conflicto entre Osarian y Rhommamul? Yo ni siquiera había oído hablar de estos planetas hasta que me dijisteis que veníamos.

—Los Jedi no tienen nada que ver en el conflicto —respondió Leia—. O al menos no lo tenían hasta que a Wurth Skidder le dio por hacer el payaso.

Nom Anor detesta la Nueva República —añadió Mara—. Odia a los Jedi porque los considera símbolos de la Nueva República.

— ¿Hay algo que Nom Anor no odie? —preguntó Leia con sequedad.

—No le subestimes —volvió a advertirle Mara—. Su doctrina religiosa condena a gritos el uso de la tecnología y la maquinaria, y favorece la búsqueda de la verdad en los elementos naturales de la vida y del universo. Además, se opone a la alianza de planetas en falsas confederaciones. Esa doctrina ha captado a muchas personas. Sobre todo quienes han sido víctimas de esas alianzas, como los mineros de Rhommamul.

Leia estaba de acuerdo. Había pasado muchas horas durante el viaje leyendo la historia de los dos planetas, y sabía que la situación en Rhommamul era mucho más complicada que todo eso. Muchos de los mineros habían llegado al inhóspito planeta rojo voluntariamente, pero había otros muchos que descendían de los colonos originales. Inmigrantes involuntarios que habían sido enviados a trabajar en las minas por los graves crímenes que habían cometido.

Pero al margen de la verdadera situación, Leia no podía negar que Rhommamul constituía un caldo de cultivo idóneo para fanáticos como Nom Anor. La vida allí era dura, pues era difícil obtener hasta cosas básicas como el agua. Mientras tanto,

los prósperos osarianos vivían rodeados de playas de arena blanca y lagos de aguas cristalinas.

—Pues sigo sin entender qué tienen que ver los Jedi con todo esto —dijo Jaina.

—Nom Anor ya encendía los ánimos en contra de los Jedi mucho antes de venir a Rhommamul —explicó Mara—. Lo que pasa es que aquí ha encontrado el entorno adecuado para canalizar su ira.

—Y con los Jedi repartidos por la galaxia, y muchos de ellos siguiendo su propio programa de actividades —añadió Leia con ironía—, Nom Anor tiene abundante munición para sus argumentos. Me alegra que mi hermano esté pensando en restablecer el Consejo Jedi.

Mara asintió, pero Jaina no parecía tan convencida.

—Jacen no cree que sea una buena idea —recordó a su madre.

Leia se encogió de hombros. Su hijo mayor, el gemelo de Jaina, había mostrado serias dudas con respecto a la trayectoria de los Caballeros Jedi.

—Si no podemos aportar un poco de sentido y de orden a la galaxia, y sobre todo a planetas aislados como Osarian y Rhommamul, entonces no somos mejores que el Imperio —subrayó Mara.

—Somos mejores que el Imperio —insistió Leia.

—No a los ojos de Nom Anor —dijo Jaina.

Mara reiteró a Leia su preocupación ante sus palabras, que claramente subestimaban a Nom Anor.

—Es el hombre más raro que he conocido nunca —le explicó, y dados sus pasados encuentros con personajes de la talla de Jabba el *Hutt* y Talon Karrde, eso era mucho decir—. Incluso cuando intenté emplear la Fuerza para obtener una perspectiva más amplia de él, lo único que obtuve fue... —Mara se detuvo buscando la forma adecuada de expresar el sentimiento— ...un vacío —decidió—. Como si la Fuerza no tuviera nada que ver con él.

Leia y Jaina la miraron con curiosidad.

—No —corrigió Mara—. Más bien era como si él no tuviera nada que ver con la Fuerza.

El perfecto ideólogo desconectado, pensó Leia, y expresó sus sentimientos con una palabra de sarcasmo.

—Estupendo.

—oOOo—

Estaba de pie en la plataforma, rodeado de sus fanáticos Caballeros Rojos. Ante él, diez mil rhommamulianos se agolpaban en el espacio abierto de la gran plaza pública de Puertorrojo, que una vez fue la principal plataforma comercial del planeta. Pero esas instalaciones habían sido desmanteladas en los primeros días del levantamiento, cuando los rhommamulianos declararon su independencia de Osarian. Y cuando Nom Anor fue nombrado líder de la revolución, el lugar fue rebautizado como la Plaza de la Esperanza de Redención.

Aquí venían los ciudadanos a declararse libres de Osarian. Aquí venían los seguidores a renunciar a la Nueva República. Aquí venían los creyentes a renunciar a los Jedi.

Y aquí venían los fanáticos a desacreditar el progreso y la tecnología y a clamar por la llegada de tiempos más sencillos. De una época en la que la fuerza de las piernas de un ser viviente, y no el peso de su riqueza, determinasen lo lejos que podía llegar; y donde la fuerza de sus manos, y no el peso de su riqueza, le permitiesen recolectar los regalos de la naturaleza.

A Nom Anor le encantaba todo aquello. La adulación y el fanatismo al borde de la devoción suicida. No le importaba nada Rhommamul, ni sus habitantes ni la ridícula llegada de "tiempos más sencillos".

Pero cómo le gustaba el caos que sus palabras y sus seguidores infligían en el orden de la galaxia. Cómo le gustaba la soterrada corriente de descontento hacia la Nueva República y el agudo odio dirigido hacia los Caballeros Jedi, esas supercriaturas galácticas.

¿Acaso no estarían contentos sus superiores?

Nom Anor se quitó la brillante capa negra de los hombros, y cuando alzó el puño en el aire le llegaron desgarrados gritos de admiración. En el centro de la plaza, donde antaño se irguiera el pabellón Portmaster, había ahora un enorme agujero de treinta metros de diámetro y diez de profundidad. Desde allí se alzaban silbidos, lamentos, súplicas de clemencia y protestas penosas y educadas. Eran las voces de los androides recogidos por el pueblo de Rhommamul que habían sido arrojados al agujero.

Gritos de alegría se alzaron en cada esquina de la plaza cuando una pareja de Caballeros Rojos entraron desde una avenida arrastrando a un androide de protocolo 9P0. Los jinetes fueron hasta el borde del agujero, izaron al pobre 9P0 en volandas y lo arrojaron a la de tres a la pila de metal, compuesta por androides astromecánicos, androides localizadores de minas, androides barrenderos de Puertorrojo y androides de servicio personal robados a los rhommamulianos más acomodados.

Cuando se acallaron los gritos, Nom Anor abrió las manos y descubrió una pequeña piedra. Luego volvió a cerrar el puño y, apretando con su enorme fuerza, aplastó la piedra y dejó escapar entre los dedos el polvo y los pedacitos.

Era la señal de comienzo.

La multitud avanzó hacia delante como un solo hombre, levantando enormes piedras procedentes de los escombros del derribo del pabellón. Todos llegaron al borde del agujero y, uno tras otro, arrojaron sus pesados proyectiles contra la pila de androides.

La lapidación continuó toda la tarde, hasta que el brillo rojizo del sol se estrechó en una fina línea carmesí en el horizonte y las docenas y docenas de androides no fueron más que desechos de metal y cables brillantes.

Y Nom Anor, silencioso y digno, contempló todo con aire sombrío y aceptó el gran tributo que sus seguidores le ofrecían: la ejecución pública de los odiados androides.

CAPITULO 2

Ojos intergalácticos

La joven Danni Quee miró desde la torre-terraza occidental de ExGal-4, un solitario puesto de guardia situado en el planeta Belkadan, en el sector Dalonbiano del Borde Exterior. Danni solía ir allí en ese momento del día, cuando caía la tarde, para contemplar el atardecer belkadano filtrándose por entre los árboles dalloralla de treinta metros de alto. Últimamente, y por alguna razón, los atardeceres eran más espectaculares y mostraban tonos naranjas y verdes mezclados con los rosas y rojos habituales.

Danni, que había sido uno de los miembros originales del equipo de ExGal-4, llevaba ya tres años en Belkadan, pero se había unido a las raíces de la siempre innovadora Sociedad ExGal tres años antes, recién cumplidos los quince. Su mundo natal era un planeta superpoblado del Núcleo Galáctico, y para Danni, que era una joven independiente, ni siquiera viajar a los mundos vecinos había aliviado la angustia que le provocaba vivir entre tanta gente. Ella no apoyaba a los gobiernos, fueran el Imperio o la República; y no le gustaba nada que tuviera que ver con la burocracia. De hecho, consideraba el "orden" galáctico como algo terrible que anulaba la diversión y las aventuras, y escondía las culturas bajo el velo de una civilización común. Por eso, la idea de que pudiera haber vida más allá de la galaxia, el concepto de algo por descubrir, le parecía emocionante.

Al menos se lo había parecido en el pasado.

Ahora, la joven se encontraba allí, de pie, contemplando el mismo paisaje de enormes árboles y el eterno manto verde, y se preguntaba de nuevo si había escogido bien su camino. A sus veintiún años era uno de los miembros más jóvenes de los quince destinados en ExGal-4, y una de las únicas cuatro mujeres. Se había convertido en una joven atractiva, más bien pequeña, con el pelo largo, rubio y rizado, y unos ojos verdes que parecían cuestionar siempre todo lo que veían; y últimamente se había pasado más tiempo resistiendo el acoso de varios jóvenes que contemplando el borde galáctico.

Lo cierto es que Danni tampoco culpaba a los chicos. Todos habían llegado allí con la esperanza de vivir grandes aventuras como pioneros en el otro extremo de la galaxia. En poco tiempo habían establecido una base, o más bien un fuerte amurallado para mantener a raya la vida salvaje de Belkadan, y habían instalado sus equipos de escucha y observación: antenas enormes, telescopios e incluso cámaras orbitales. Durante el primer año el trabajo fue peligroso, pero los grandes sueños abundaban. En una ocasión, un puma de cresta roja cruzó el muro desde

un árbol cercano y dos de los primeros miembros del equipo resultaron gravemente heridos.

Pero la labor continuó, y se talaron árboles en un radio de treinta metros para aumentar la seguridad del puesto.

Todo aquel trabajo había terminado. ExGal-4 ya era un lugar seguro y autosuficiente, con un abundante pozo de agua cristalina situado justo bajo las instalaciones, y rodeado de múltiples jardines. Se había convertido en un puesto científico fronterizo en perfecto funcionamiento.

Pero Danni echaba de menos los viejos tiempos.

El rostro de la mitad de sus compañeros reflejaba hastío; aunque la mayoría no eran colonos originales, sino que habían llegado desde otras estaciones satélite, o desde la sede principal de la Sociedad ExGal.

El extremo inferior del sol se sumergió bajo el lejano horizonte y los tintes anaranjados y verdosos se extendieron de norte a sur. En algún lugar oculto de la selva, un puma de cresta roja lanzó un rugido largo y gutural, anunciando el comienzo del crepúsculo.

Danni intentó aceptar la situación y soñar, pero ante la cruda realidad del tedio que sentía, ante la escucha interminable de señales que nunca llegaban y la eterna contemplación de la misma neblina intergaláctica, no estaba muy segura de lo que tenía que soñar.

—oOOOo—

A espaldas de la joven, desde una de las ventanas de la estructura central de la estación, Yomin Carr contemplaba los movimientos de Danni. Era un recién llegado a la estación, y no había tardado en descubrir que muchos de sus compañeros no sólo admiraban a Danni Quee, sino que muchos se sentían evidentemente atraídos por ella.

Yomin Carr no entendía en absoluto ese sentimiento. A él, Danni, al igual que el resto de los humanos, le parecía bastante repulsiva. el motivo era que los miembros del pueblo de Yomin Carr, los yuuzhan vong, tenían apariencia humana —eran unos doce centímetros más altos, un poco más pesados y tenían menos pelo en la cara y en el cuero cabelludo—, pero en realidad eran bastante diferentes. Aunque Yomin Carr era capaz de admitir que Danni era algo atractiva físicamente — ¡pero cómo iba a ser atractiva si no tenía ni una cicatriz ni un tatuaje que indicara su ascenso a la, divinidad!—, esas diferencias dogmáticas y de actitud le hacían contemplar con cierto disgusto cualquier tipo de unión con ella. Él era yuuzhan vong, no humano y, además, era un guerrero yuuzhan vong. ¡Qué ironía

que los penosos humanos le consideraran un igual!

A pesar del desagrado que le provocaba, Yomin Carr contemplaba a Danni a menudo porque ella, más que nadie, era la líder de aquel grupo democrático. Según los otros, ella había matado al puma que se había colado en el recinto el primer año; había puesto en órbita la vieja y chirriante nave repetidora para reparar el telescopio orbital estropeado, tan sólo un par de meses antes; y había decidido cómo reparar el aparato en cuestión.

Todos la admiraban.

A ella no podía ignorarla.

— ¿Has vuelto pronto? —dijo una voz a espaldas de Yomin Carr.

El yuuzhan vong se volvió para mirar a su interlocutor, aunque sabía por su voz, y sobre todo por el tono burlón, que se trataba de Bensin Tomri.

— ¿O es que llevas aquí desde anoche? —continuó Tomri, y soltó una risita.

Yomin Carr sonrió, pero no respondió. No era necesario, se dijo, esa gente solía malgastar las palabras por el simple hecho de oír su voz. Además, Bensin Tomri estaba más cerca de la verdad de lo que él pensaba. Por supuesto que Yomin Carr no llevaba allí desde su turno de la noche anterior, pero se había pasado por el lugar bastantes veces. el resto de los miembros de la estación pensaba que era la emoción del novato, esa sensación que todos habían compartido cuando llegaron y que les había hecho soñar con que la esquiva señal procedente de otra galaxia llegaría en cualquier momento. Quizás el resto pensaba que Yomin Carr lo estaba llevando un poco al extremo, pero él estaba seguro de no haber hecho nada que levantara sospechas reales.

—Ya se aburrirá —dijo Garth Breise, otro de los controladores del turno de noche, que se había sentado en el nivel superior de la amplia sala, donde estaban las sillas cómodas, la mesa de juego y la comida.

La estancia era elíptica. Tenía una amplia pantalla en la pared frontal, siete puestos de control agrupados frente a ella en dos líneas de tres separadas por uno independiente, y la zona de la cocina, que se elevaba al fondo de la sala.

Yomin Carr forzó otra sonrisa al oír el comentario y se dirigió hacia la parte delantera de la habitación, a su posición habitual frente al puesto tres, situado a la izquierda de la primera fila. Desde allí, escuchó en lo alto a Garth y a Bensin hablando sobre él, pero los ignoró y se tomó con calma ese ataque a su orgullo. En circunstancias normales aquello habría sido motivo para un duelo a muerte, pero Yomin Carr sabía que dentro de poco todos lo pagarían caro.

Danni Quee entró en la estancia y se situó en el puesto cuatro, el central, cuyo

escáner de visión combinaba los seis cuadrantes visualizados en el resto. Entonces entró el último miembro del turno de noche, Tee-ubo Doole, una hembra twi'leko y, por lo que los demás sabían, la única no humana de los quince habitantes de la estación.

Tee-ubo dedicó una mirada furtiva a Yomin Carr, casi un guiño, se estiró lánguidamente y agitó sus lekku, los tentáculos gemelos que los twi'lekos tienen en la parte trasera de la cabeza. La hembra extraterrestre no había intentado ocultar su interés por el recién llegado, lo cual divertía enormemente a Yomin Carr. En realidad, él estaba allí para estudiar a esas personas y sus continuas inseguridades. Normalmente, una hembra twi'leko, con sus exóticos lekku, su piel verdosa y su típica escasez de ropa, sería el centro de la atención masculina en cualquier parte fuera de Ryloth, su planeta natal —y todo el mundo sabía que eso les encantaba a las hembras twi'leko—, pero Tee-ubo había conectado especialmente con Danni.

Todavía con los ojos posados sobre Yomin Carr, la twi'leko alzó un pequeño envase y lo agitó.

Ryll, supo Yomin Carr, una droga del placer que algunos miembros del equipo de la estación tomaban para combatir el aburrimiento.

También observó que Danni arrugaba la nariz con disgusto e incluso sacudía la cabeza con gesto de desaprobación. Durante mucho tiempo, Danni le había prohibido a Tee-ubo que trajera esa sustancia a la sala de control, pero hasta la resuelta Danni podía ceder. Aunque en ese momento quedaba claro que le estaba exigiendo a Tee-ubo que sacara la droga de la zona principal.

Tanto Bensin como Garth se alegraron de la petición de Danni. Tee-ubo se estaba quedando sin ryll, y se había vuelto un poco tacaña a la hora de compartirlo. No esperaban la llegada de ninguna nave de mercancías en los próximos meses y, a pesar de los esfuerzos de la twi'leko, no había garantía de que la droga ilegal estuviera presente en el próximo envío.

Los miembros del grupo se situaron en sus puestos. Después de comprobar rápidamente todos los sistemas desde el monitor central y de programar la visión de la pantalla frontal para que rotara por los pequeños monitores individuales, Danni se unió al resto de sus compañeros, que se habían terminado el ryll y reían en la zona de la cocina. Siguiendo una sugerencia suya, el grupo inició una partida de dejarik, un juego de mesa en el cual había que mover monstruos holográficos de varios tamaños sobre un tablero cuadriculado. Las ventajas tácticas eran fundamentales para ganar el juego.

Yomin Carr permaneció en su puesto y, como cada noche y casi siempre que podía, manipuló discretamente su monitor, bajó el volumen para ser el único que

escuchara la señal y orientó su antena hacia el sector L30, la zona donde sabía se encontraba el punto de entrada: el Vector Prime.

— ¿Quieres jugar? —la llamada de Bensin Tomri le llegó una hora después y, por su tono, Yomin Carr adivinó que no le iba muy bien en la batalla estratégica.

Una parte de Yomin Carr quería subir y unirse al juego, sobre todo para enfrentarse a Danni, que era una gran estratega. Esas competiciones eran buenas para mantener concentrada y en forma la mente de un guerrero.

—No —respondió, igual que las últimas semanas—, tengo trabajo.

— ¿Trabajo? —Bensin Tomri se rió burlón—. Como si el mayor descubrimiento científico del milenio fuera a ocurrir en cualquier momento ante tus ojos.

—Si crees que eso es verdad, en la próxima nave deberías irte —respondió Yomin Carr educadamente. Mientras hablaba, y por las expresiones sorprendidas de sus compañeros, se dio cuenta de que había vuelto a construir mal la frase. Tomó nota mentalmente para repasar sus tizowyrn más tarde.

—Novato —susurró Bensin sarcásticamente y casi sin aliento. —Tiene parte de razón —dijo Danni.

Bensin alzó las manos y se alejó de la mesa.

— ¿Estás seguro? —preguntó Danni a Yomin Carr.

—Yo disfruto esto —replicó él, esforzándose con cada palabra y sentándose cómodamente en la silla frente a su puesto.

Danni no discutió. De hecho, Yomin Carr sabía que la joven respetaba su dedicación, y esperaba que el resto siguieran su ejemplo.

Y así transcurrió la noche. Bensin Tomri pronto comenzó a roncar satisfecho, y Tee-ubo y Garth Breise discutían y se reían por casi todo. Danni seguía jugando al dejarik, esta vez contra tres ordenadores.

Y entonces ocurrió.

Yomin Carr atisbó con el rabillo del ojo el discreto destello en el extremo de la pantalla del monitor. Se quedó helado, con los ojos clavados en la luz, y elevó un poco el volumen.

La señal reapareció, y esta vez acompañada por el típico parpadeo que identificaba claramente una nave.

Yomin Carr se quedó sin aliento. Tras tantos años de preparación...

El guerrero yuuzhan vong alejó esos pensamientos de su cabeza y esperó un poco más para confirmar que la posición era Vector Prime, el punto de entrada en

la galaxia predeterminado. Entonces orientó su antena hacia el sector L1. Eso le proporcionaría un par de horas de visualización en esa pantalla. Miró al visor principal, que repetía la imagen del monitor central, y respiró con alivio al comprobar que la señal ya había pasado por el puesto tres y no volvería a él al menos durante una hora, e incluso entonces, no sobrepasaría el sector L25, y en ese momento la señal ya habría cruzado por esa zona.

Con el ángulo de su antena cambiado, Yomin Carr volvió a poner el volumen normal, se puso de pie y se estiró. Su movimiento atrajo la atención de Danni.

—Andar yo... —comenzó a explicar, y se dio cuenta de que se estaba equivocando otra vez con la construcción de la frase—. Necesito andar —corrigió.

La mujer asintió.

—Todo está bastante tranquilo —respondió ella—, si quieres puedes tomarte el resto del turno libre.

—No —respondió—. Sol... sol... solamente necesito estirarme un poco. Danni asintió y volvió a su juego. Yomin Carr salió de la habitación. En cuanto la puerta de la sala de control se cerró tras él, se quitó las pesadas botas y echó a correr.

Cuando entró en sus aposentos privados tuvo que detenerse unos instantes, forzándose a estabilizar su respiración. No era bueno que el Ejecutor le viera tan agitado.

Y tampoco sería bueno que el Ejecutor le viera con aquel horrible disfraz humano, se recordó a sí mismo. Daba igual que los humanos no estuvieran acostumbrados a pintar adecuadamente sus pieles o a mutilar alguna parte de su cuerpo para mostrar su adoración a algún panteón digno. Los ojos humanos no se dejaban caer con esos atractivos saquitos azules bajo ellos, como lo hacían los ojos yuuzhan vong; y la frente humana era plana, no seductoramente curva, como la de los yuuzhan vong. No, Yomin Carr no podía soportar la visión de los infieles ni siquiera después de meses como agente infiltrado de la Pretoria Vong.

Se quitó la ropa y se situó frente al espejo de su habitación. Le gustaba contemplarse para así estimular la sensación de exquisita agonía.

Se puso la mano bajo la nariz, en la pequeña arruga bajo el orificio nasal, y manipuló con los dedos la disimulada costura, el punto de contacto entre su rostro y el enmascarador oog lith. La criatura, sensible al tacto y bien entrenada, respondió de inmediato.

Yomin Carr rechinó los dientes y luchó para contener los temblores cuando los miles de pequeños garfios se soltaron de sus poros, y el enmascarador oog lith se enrolló sobre su nariz y se separó de su cara. La costura se ensanchó bajo la

barbilla, el cuello y el torso, mientras la falsa piel se separaba de su cuerpo, enrollándose hasta desaparecer completamente.

El enmascarador oog lith reptó por el suelo hacia el oscuro armario, provocando un sonido burbujeante mientras se desplazaba. Yomin Carr se colocó frente al espejo y contempló con admiración su verdadera forma: sus músculos fuertes y firmes; el patrón de su tatuaje, que le cubría casi todo el cuerpo y constituía un símbolo de alto rango entre la clase guerrera; y, sobre todo, sus desfiguraciones intencionadas: la nariz rota, el labio rasgado y el párpado dividido. Ahora, que ya mostraba los tatuajes y las desfiguraciones ornamentales, estaba preparado para dirigirse al Ejecutor y hablar de temas de crucial importancia.

Yomin Carr se dirigió a un extremo de la habitación, donde se encontraba su caja fuerte. Temblaba tanto que casi no pudo ajustar la combinación. Por fin consiguió abrirla y, al retirar la tapa, una plataforma se elevó desde el interior dejando al descubierto una tela marrón que cubría un par de bultos redondos.

El yuuzhan vong apartó la tela con cuidado y estudió los dos bultos, sus villips. Casi se decide por el de la izquierda, que estaba conectado al villip del prefecto Da'Gara, pero conocía el protocolo y no se atrevió a desobedecer.

Así que se dirigió al de la derecha y acarició suavemente su rugosa superficie hasta que la única apertura del tejido membranoso, un agujero que recordaba a una cuenca ocular, despertó a la vida.

Yomin Carr continuó acariciando a la criatura para que el otro villip, que compartía su conciencia con éste y se hallaba en la otra punta de la galaxia, despertara. Un momento después sintió el tirón de la criatura y tuvo la certeza de que el Ejecutor había escuchado su llamada y estaba, a su vez, despertando a su propio villip.

Yomin Carr retiró la mano rápidamente. el agujero central se arrugó, luego se abrió completamente y finalmente se enrolló hacia atrás, momento en el que el villip asumió la apariencia de la cabeza del Ejecutor.

Yomin Carr se inclinó respetuosamente.

—El momento ha llegado —dijo, contento de poder emplear una vez más su lengua materna.

— ¿Has comunicado la estación? —preguntó el Ejecutor.

—Ahora lo hago —explicó Yomin Carr.

—Entonces hazlo —dijo el Ejecutor, y con la típica disciplina y sin ni siquiera preguntar acerca de los detalles de la señal detectada, interrumpió la comunicación. En respuesta, el villip de Yomin Carr volvió a enrollarse sobre sí

mismo y recuperó su inclasificable aspecto de bola membranosa arrugada.

Una vez más, el guerrero resistió el ansia de utilizar el otro villip, recordándose a sí mismo que debía moverse con rapidez, ya que el Ejecutor no toleraría ningún error por su parte en este momento crucial. Yomin Carr cruzó rápidamente la habitación hasta al armario y extrajo una pequeña caja de su interior. La besó dos veces y, antes de abrirla, musitó rápidamente una oración. Dentro había una pequeña efigie que representaba la más hermosa de las criaturas para Yomin Carr y para el resto de los guerreros yuuzhan vong. Tenía el aspecto de un cerebro con un único ojo enorme y un buche arrugado. De la masa informe surgían numerosos tentáculos, algunos gruesos y cortos, y otros delgados y largos. Se trataba de Yun-Yammka el *Aniquilador*, el dios de la guerra de los yuuzhan vong.

Yomin Carr rezó de nuevo la letanía completa de Yun-Yammka, besó la estatua con cuidado y volvió a colocarla en su caja, dentro del armario.

Siguiendo la costumbre de los días más puros del nacimiento de su pueblo guerrero, Yomin Carr sólo vestía un taparrabos de piel que le permitía mostrar la totalidad de sus imponentes tatuajes y su firme musculatura, y sólo llevaba consigo un coufee, un gran cuchillo de doble filo algo basto, pero muy efectivo, que homenajeaba también a los viejos tiempos de los guerreros yuuzhan vong. Yomin Carr juzgó apropiada toda la ceremonia para esta misión en particular. Era una salva que enlazaba la primera incursión con la auténtica invasión. el yuuzhan vong asomó su cabeza al pasillo y luego se movió por el complejo. Sus pies descalzos no hacían el más mínimo ruido. Sabía que le resultaría difícil salir del lugar sin su apariencia humana, pero se dio cuenta de que si alguien le veía sin su enmascarador no le reconocería. Además, pensó, si le descubrían sería la excusa perfecta para matar a alguien. Un sacrificio digno de Yun-Yammka en esta noche sin igual.

Hacía algo de frío, pero a Yomin Carr eso le resultaba tonificante. Su sangre fluía agitada y con furia debido a la emoción que le provocaba el peligro que entrañaba la misión y a la sensación que le producía saber que la Gran Doctrina estaba por fin en camino. Corrió hasta el muro y apoyó una escalera en él. Trepó hasta lo alto y se dejó caer al otro lado sin pensar. Luego corrió campo a través.

El rugido lejano de un puma no le detuvo. Había invadido los dominios del animal, pero él también era un depredador. Quizás fuera una de esas criaturas de 140 kilos, colmillos de diez centímetros, potentes garras y una cola que terminaba en un bulto óseo tan sólido como una porra, y le permitiría hacer un poco de deporte esa noche. Yomin Carr estaba preparado para ese reto. Con la sangre bombeando y el robusto corazón acelerado, una buena pelea sería el alivio perfecto.

Pero no ahora, se recordó a sí mismo, aunque lo cierto era que mientras se deslizaba por la espesura de la selva deseaba encontrarse con el puma de cresta roja. Retomó su camino y corrió directamente hacia la elevada torre de vigas, la única estructura alejada del complejo. Observó el grueso cable que salía del recinto hasta llegar a la estructura de metal, y estuvo a punto de cortarlo con su coufee.

Demasiado fácil de reparar, pensó, y su mirada se dirigió hacia arriba. Por suerte, la distancia entre las vigas no era muy grande, así que Yomin Carr empezó a escalar usando las manos, con los músculos fuertes y tonificados trabajando al máximo e impulsándole a la cima de la torre de cien metros de altura. No miró hacia abajo. No tenía miedo, nunca lo tenía, y se centró únicamente en la caja de empalmes y en el cable.

El viento frío que le azotaba le dio una idea y, con cuidado, empezó a manipular la conexión entre el cable y la caja, sacando un remache y extrayendo un tornillo. Sus compañeros, si es que las reparaciones acababan por conducirles allí, pensarían que la avería había sido provocada por el viento y las duras condiciones climáticas de Belkadan.

En cuanto se aseguró de que la conexión estaba rota, Yomin Carr descendió rápidamente de la torre y recordó que la señal estaría cruzando en esos momentos el sector L10. Todavía le quedaba un largo camino. el yuuzhan vong tropezó en los últimos metros y, emitiendo un giro, aterrizó justo al lado del cable. Esta vez no se pudo resistir. Sabía que era un cable de comunicaciones cargado con muy poca energía. Se lo llevó a la boca y lo masticó con ansia. La punzada de dolor al perforarlo y las chispas saltándole por la boca y la cara le provocaron un placer casi perverso.

Déjales que encuentren esto y lo arreglen, pensó, para que luego vuelvan dentro y vean que el sistema sigue sin funcionar.

La sangre le cubría la boca, los carrillos, la barbilla y la nariz, de por sí contrahecha, aplastada hacia un lado y rota en los dos agujeros. el guerrero volvió al recinto, pero se detuvo en seco al notar un movimiento a su lado. Se apresuró a ponerse de rodillas y sonrió mientras recogía del suelo un escarabajo marrón rojizo con mandíbulas de gancho y una única lengua tubular.

—Mi mascota —susurró.

No había visto ninguno de los escarabajos desde que los trajo a Belkadan, y le alegraba saber que ya habían recorrido la superficie del planeta.

Danni Quee pronto descubriría por qué sus preciosos atardeceres estaban adquiriendo un tinte extraño.

Yomin Carr volvió a colocar el dweebit en el suelo y, recordando los peligros que implicaba el retraso, corrió a toda prisa hacia el recinto, subió la escalera de tres metros de un salto y siguió corriendo hacia la estructura principal. Una vez allí, anduvo con sigilo por los pasillos silenciosos y oscuros. Cuando llegó a su habitación se dirigió al armario y ordenó al enmascarador ooglyth que volviera a él.

El dolor que sentía mientras la criatura lo envolvía y clavaba sus miles de pequeños garfios en su piel era perfectamente exquisito y le proporcionaba continuos escalofríos de placer. Un vistazo rápido en el espejo le confirmó que el disfraz estaba completo.

Entonces sacó otra cajita y la destapó con cuidado. Dentro se agitaba un pequeño gusano. Yomin Carr se acercó la caja a la oreja y la sacudió suavemente. el gusano respondió arrastrándose e introduciéndose en la cavidad auricular del yuuzhan vong. Yomin Carr se colocó el dedo en el oído para asegurarse de que el tizowym entraba bien e indicar a la criatura que comenzara su trabajo. Enseguida sintió las vibraciones bajas. Los tizowym eran criaturas criadas por los alquimistas yuuzhan vong para traducir otros idiomas. Se usaban como descodificadores. A pesar de su diminuto tamaño, podían almacenar cantidades ingentes de información y emitirla de forma subliminal. De esa forma, mientras Yomin Carr salía de la habitación, estaba recibiendo una clase sobre el lenguaje más utilizado en la galaxia.

Unos minutos después el yuuzhan vong estaba de vuelta en la sala de control. Allí encontró a Tee-ubo y a un tembloroso Garth inclinados sobre el puesto tres. Danni estaba reposicionando el puesto cuatro en la misma alineación.

—Yomin —le dijo Danni al verle de nuevo—. Ven, rápido. ¡No puedo creer que te hayas perdido esto!

— ¿Perdido? —repitió él.

—¡Una señal! —explicó Danni sin aliento.

—Estática —dijo Yomin Carr poniéndose a su lado.

Y ahí estaba, en la pantalla y en el sistema de audio. La señal clara de que algo muy grande estaba cruzando el Borde Exterior y entraba en la galaxia.

—Viene de fuera de la galaxia —dijo Danni con seriedad.

Yomin Carr se inclinó sobre los instrumentos, estudiando los datos y calculando la trayectoria; aunque sabía, claro está, que la descripción de Danni era correcta. Miró a la chica solemnemente y asintió.

Bensin Tomri y otros miembros del equipo irrumpieron en la habitación en ese momento, y enseguida estuvieron los quince presentes. Ajustaron la imagen de los

monitores, afinaron las señales con los ordenadores, compararon la señal recibida con los millones de señales que tenían almacenados en los bancos de datos, e intentaron analizar desde todas las perspectivas posibles lo que fuera que acababa de entrar en la galaxia.

Entonces, como era de esperar, comenzó el debate. A Yomin Carr no dejaba de sorprenderle el tiempo que desperdiciaban los humanos debatiendo y discutiendo sobre cualquier cosa. Una observación que no hacía más que reforzar su fe en la estricta estructura jerárquica de su propia sociedad. Él nunca discutiría con un Prefecto, ni éste con un Sumo Prefecto, como esos estúpidos hacían con Danni en ese momento.

Nunca. Y ésa, pensó, era la debilidad que sus maestros acabarían por explotar.

Al principio, el debate se centró en torno a la composición del asteroide localizado. Como no parecía transmitir señales tecnológicas, el grupo dio por hecho que no se trataba de un vehículo. Era, pues, un asteroide que, de alguna forma, se había abierto paso entre los grandes vacíos intergalácticos y había atravesado la turbulencia que algunos científicos afirmaban que existía más allá de la banda de espacio vacío que rodeaba la galaxia. Obviamente, y tal vez al cruzar algún campo gravitatorio grande, había cogido velocidad. La posibilidad de que el objeto localizado no fuera más que un asteroide de otra galaxia, o quizás incluso un trozo de roca procedente de la suya propia que había escapado y había sido devuelto, no les bajó los ánimos en absoluto. Antes de aquel momento, nadie se había atrevido a postular, y mucho menos a afirmar, la posible existencia de una brecha intergaláctica. De hecho, eran muchos los científicos que afirmaban que la existencia de tal brecha era imposible. Lo cierto es que algunos valientes exploradores y un par de delincuentes desesperados perseguidos por las autoridades habían entrado en la turbulencia del borde de la galaxia en los últimos decenios, y no se había vuelto a saber nada de ellos. En el presente descubrimiento podía estar la respuesta, pero también las preguntas. ¿De qué materiales estaría formado el asteroide? ¿Emitiría señales de vida? ¿Sería este asteroide, una vez lo tuvieran en su poder para examinarlo, la respuesta a todas las preguntas sobre el universo, o quizás incluso sobre la creación del mismo? O, por el contrario, ¿plantearía preguntas que podrían llegar incluso a cuestionar los conocimientos básicos de la física?

Y entonces, cuando Bensin Tomri dijo que iba a elaborar el informe para enviarlo a la central de ExGal, el debate se desvió a un tema menos profundo, pero no menos polémico.

—Todavía no —protestó otro de los científicos.

—Tenemos que decírselo —replicó Bensin—. Tenemos que enviar naves rápidamente para estudiar el objeto.

— ¿Y adónde irán? —dijo el otro chico sarcásticamente.

—Ese objeto está ya en nuestra galaxia, y podemos seguir su curso hasta el otro extremo si fuera necesario —añadió otro.

—No somos una unidad autónoma —les recordó Lysire, una mujer.

— ¿No lo somos? —replicó otro.

— ¿Pero sabemos realmente lo que hemos localizado? —preguntó Yomin Carr.

Todas las miradas se posaron sobre él incrédulas.

— ¿Lo sabemos? —repitió con la más profunda seriedad.

—Algo procedente del exterior de la galaxia —respondió otro. —Nunca yo estaba de acuerdo con eso —dijo Yomin Carr, y de nuevo fue blanco de todas las curiosas miradas.

—Eso no lo sabemos —intervino Danni, poniéndose aparentemente del lado de Yomin Carr—. También hemos especulado que podría tratarse perfectamente de un asteroide procedente de nuestra galaxia que hubiera salido de ella y que ahora ha sido devuelto.

—Es cierto que podría pertenecer a nuestra galaxia —prosiguió Yomin Carr, sonriendo por dentro ante la ironía de su afirmación, que escondía un doble significado para las palabras "nuestra galaxia"—. De hecho, creo que es bastante probable que lo sea.

—Ve al grano —le dijo Bensin Tomri indignado.

— ¿Al grano? —repitió Yomin Carr, principalmente para que le diera tiempo a comprender el significado de tan curiosa expresión—. el grano es que ni siquiera sabemos si procede de otra galaxia —respondió Yomin Carr.

—Ya has visto la trayectoria —replicó Bensin.

—Sí, la he visto —dijo Yomin Carr—. Una trayectoria que podría indicar un rebote.

—Eso es absurdo —respondió Bensin.

— ¿Entonces por qué no hemos registrado su salida? —preguntó otro.

—Quizá lo hicimos y no lo sabemos —dijo Yomin Carr. Alzó las manos para calmar a los presentes—. Lo único que digo es que deberíamos estar completamente seguros antes de poner en estado de alerta a toda la galaxia.

—Y cualquier llamada que hagamos será de dominio público, incluso antes de que llegue a la central de ExGal —subrayó Danni.

—Sí —dijo Yomin Carr—. Y entonces, si descubrimos que la señal es sólo un error en alguno de los sistemas de seguimiento, o un trozo de roca inútil a la deriva que ha rebotado desde nuestra propia galaxia, quedaremos muy bien ante nuestros superiores en ExGal.

—Esto nos supera —respondió Bensin Tomri.

—Así es —dijo Danni—, pero nos enviaron aquí para tomar nuestras propias decisiones. Quizá Yomin Carr tenga razón. Podríamos quedar como idiotas si alertamos prematuramente a la galaxia.

—Y un error semejante, con la mitad de la flota involucrada, podría perjudicar seriamente a los fondos de ExGal —asintió Tee-ubo.

—Incluso si estuviéramos en lo cierto y esto fuera algo que se fue y ahora ha vuelto, o incluso si fuera algo de otra galaxia o del supuesto vacío intergaláctico, ¿te consideras preparado para anunciarlo? —preguntó directamente Yomin Carr a Bensin.

Bensin le miró con cara de no comprender.

— ¿Quieres que aparezca un comité de científicos de la Nueva República, e incluso quizás un par de Caballeros Jedi? —le cuestionó Yomin Carr con sarcasmo. Algunas de las expresiones de los presentes le dieron a entender que no veían conexión alguna entre los Jedi y aquello, pero eso no le detuvo—. Éste es nuestro momento. Es lo que hemos conseguido tras sacrificar meses, y algunos de vosotros incluso años, de nuestras vidas recluidos en este absurdo lugar. Como mínimo nos debemos a nosotros mismos prevenir el ridículo y asegurarnos el reconocimiento que nos mereceremos en el caso de que el objeto sea en realidad de otra galaxia. Debemos realizar un análisis serio, localizar el punto de entrada para asegurarnos de que no se trata de un rebote, señalar la trayectoria actual y tratar de obtener toda la información posible.

—Tienes toda la razón, novato —sonrió Garth Breise.

El debate acabó tan bruscamente como había empezado. Danni respaldó completamente los argumentos de Yomin Carr, y ni siquiera Bensin se mostró en desacuerdo.

Yomin Carr volvió a sentir una oleada de júbilo. Los argumentos prácticos no funcionaban con esos herejes cabezotas e inferiores, pero resultaba infalible utilizar su dilatado sentido del orgullo. el yuuzhan vong contempló a los emocionados científicos, que se mostraban aliviados. Si ellos supieran.

—oOOOo—

A media galaxia de distancia, Nom Anor permanecía sentado frente a su villip pensando en las palabras de su agente, Yomin Carr.

Había comenzado.

CAPITULO 3

La Función de la política

El paso dubitativo de Jacen Solo delataba su profunda sensación de incomodidad mientras seguía a su tío Luke a la Cámara del Consejo. Jacen conocía al nuevo jefe de Estado y a sus seis consejeros, por supuesto, pero hasta el momento su relación con ellos se había limitado a acontecimientos sociales. Esta vez el asunto parecía mucho más serio, a juzgar por la tensa naturaleza del paso de Luke Skywalker. Habían venido a Coruscant porque Luke había aceptado una invitación para dirigirse al Consejo de la Nueva República con respecto a sus planes para restablecer el Consejo Jedi, pero Luke estaba seguro de que iba a encontrarse con bastante resistencia para llevar a cabo sus planes, incluso por parte de algunos consejeros que consideraba amigos.

Pero lo peor era que Jacen esperaba que los oponentes de su tío Luke salieran victoriosos del debate.

Los seis consejeros estaban sentados en torno a una mesa semicircular situada ante la puerta. el jefe de Estado Borsk Fey'lya se había sentado en el centro. Habían colocado dos sillas frente a la larga mesa, a un nivel un tanto inferior, según comprobó Jacen. el joven lo interpretó como un solapado intento de elevar la estatura de los consejeros sobre sus invitados. En este caso en particular, le parecía totalmente ridículo.

Sobre todo en el caso de Borsk Fey'lya. Jacen estaba con su tío Luke y con su madre Leia cuando llegó la noticia de que Borsk, el miembro más antiguo del Consejo y el "anciano hombre de Estado" de la Nueva República, había sido elegido jefe de Estado, un puesto que sin duda deseaba el conspirador bothan.

Borsk había escapado años antes de una larga condena en prisión gracias a un generoso perdón. el bothan era un político consumado que había filtrado información para debilitar a sus oponentes y que en una ocasión había estado a punto de desbancar a Leia como jefe de Estado mediante dañinas acusaciones que resultaron ser falsas. Pese a ser descubierto, Borsk, como siempre, encontró la forma de salvar su pellejo político. Había trepado hasta convertirse en consejero de confianza del jefe de Estado Mon Mothma, para luego caer en picado al ser acusado de cargos que podrían haberle llevado a prisión o, de haberse probado la acusación de traición, al exilio permanente.

Pero ahí estaba de nuevo, paseándose a sus anchas como la gripe del planeta Findris, y sentado entre una nueva generación de consejeros que lo admiraban

como a un sabio hombre de Estado y un héroe de la Nueva República.

El día que se conoció la noticia de su nombramiento, la madre de Jacen se preguntó si había hecho bien renunciando al cargo de jefe de Estado. Leia incluso se replanteó volver a la política.

Pero Luke consiguió disuadirla recordándole que el ambiente en el Gobierno había cambiado mucho en el año transcurrido desde su renuncia, y que muchos rostros familiares y amables ya no se encontraban allí. Hasta los respetables y eficientes almirantes Drayson y Ackbar habían interpretado la instauración de la Nueva República como una señal para retirarse, y ninguno había dado signos de querer volver a la política.

Borsk comenzó la reunión recitando el orden del día y dando la bienvenida a sus invitados. Jacen miró a los miembros del Consejo y analizó su expresión en función de la información que le había proporcionado su tío acerca de la postura que cada uno de ellos habían tomado con respecto a la propuesta de Luke sobre el Consejo Jedi. A la derecha de Jacen estaba Niuk Niuv, de Sullust. Los rasgos sullustanos de Niuk Niuv —el exceso de peso, las orejas redondas y las amplias mandíbulas— le hacían parecer más el juguete de un niño pequeño que un consejero, pero Jacen conocía bien a los sullustanos y sabía que podían ser eficaces aliados o temibles enemigos. Según Luke, Niuk Niuv sería uno de sus principales detractores.

Al lado de Niuk Niuv estaba Cal Omas, de Alderaan, un hombre que simpatizaba con los planes de Luke y quizá su principal aliado en el Consejo. Tras la destrucción de su planeta natal por parte del Imperio, Cal Omas había librado muchas batallas junto a la Alianza Rebelde y conocía bien el valor de los Jedi.

Triebakk, el wookiee, estaba sentado entre Cal y Borsk y era otro aliado potencial de Luke; pero la criatura con cabeza de calamar situada al otro lado de Borsk, el quarren Pwoe, podía ser el peor enemigo del Maestro Jedi en el grupo. Su terquedad, propia de las acuáticas criaturas de Mon Calamari, había hecho de Pwoe el primer quarren al servicio del Consejo, y lo cierto es que había sido un nombramiento inesperado. Estaba claro que el planeta Mon Calamari se merecía un puesto en el Consejo, ya que sus cruceros estelares y su apoyo habían sido fundamentales para derrocar al Imperio y establecer la Nueva República, pero era un puesto que siempre lo había ocupado un calamariano, y no un quarren, y se había aceptado esa costumbre como algo permanente. De hecho, el almirante Ackbar era la opción más lógica para representar a Mon Calamari en el Consejo, como había hecho al formarse el Consejo Provisional, pero cuando se hizo firme la candidatura de Pwoe —un movimiento que, en opinión de Luke, fue obra de Borsk—, Ackbar desestimó la posibilidad de volver a unirse al Consejo y se retiró.

Los otros dos miembros eran humanos: Fyor Rodan, de Commenor, y Chelch Dravvad, de Corellia. Jacen sabía que Fyor Rodan era el que había solicitado la presencia de Luke ante el Consejo y, según su tío, no era ni amigo ni alguien de fiar.

Toda la información que su tío Luke le había proporcionado rondaba por la mente de Jacen mientras observaba minuciosamente a los consejeros desde su asiento.

Tras los saludos de cortesía, que a Jacen le parecieron interminables, Borsk Fey'lya miró a Luke a los ojos y le preguntó en un tono profundamente serio:

— ¿Ha recibido los últimos informes del *Mediador*?

—Me han informado de que Leia se reunirá pronto con Nom Anor —dijo Luke, evitando mencionar lo obvio.

—Un encuentro ya de por sí complicado —dijo Borsk.

—Que levante la mano el que se haya sorprendido —intervino Fyor Rodan.

El sarcasmo de Rodan le pareció un tanto infantil hasta a Jacen, que sólo tenía dieciséis años, y, desde luego, completamente fuera de lugar en aquella sombría sala.

—Ya conozco la... intervención —admitió Luke.

—Los osarianos se equivocaron al intentar interceptar a un enviado de la Nueva República —dijo Cal Ornas.

—Y propiciaron la excusa perfecta para que nuestro héroe Jedi saliera al rescate —replicó Fyor Rodan.

—Los Jedi se muestran agresivos con rapidez —dijo Pwoe posando su mirada acusadora sobre Luke.

Jacen apenas podía creer la falta de respeto y las intenciones claramente ocultas que subyacían detrás de todo aquello. La Nueva República tenía cada vez más problemas para mantener el orden. Surgían disputas menores en todas partes, en gran medida debido a antiguos conflictos que habían estado enterrados bajo la sombra del Imperio durante años y que ahora renacían en nombre de las libertades otorgadas a los planetas y a las especies individuales. En consecuencia, tanto la Nueva República y sus consejeros, como los Jedi, habían recibido últimamente gran cantidad de ataques verbales. Ése era el motivo por el cual ambos grupos se achacaban mutuamente la responsabilidad de esa situación.

Y así prosiguió la reunión. Con el recuento interminable de alguna guerra civil aquí, una venganza allá, las quejas de un planeta agrícola y la huelga de

trabajadores que se había extendido por varios planetas mineros. Al final, hasta el wookiee Triebakk aulló sus protestas hacia Pwoe por el fallo de uno de los sistemas de navegación instalados en los nuevos cruceros estelares calamarianos.

A Jacen todo eso le parecían tonterías, una sarta de quejas irresolubles y una muestra del temor que provocaban los planes de su tío para controlar a los Jedi. el joven, utilizando unas técnicas silenciosas de meditación que había estado intentando perfeccionar, se desconectó de la reunión durante un buen rato, hasta que Borsk miró de nuevo a Luke a los ojos y le preguntó de repente sobre sus planes con respecto al Consejo Jedi.

Luke se quedó callado un momento.

—Todavía no he tomado una decisión definitiva —respondió, lo cual sorprendió un tanto a Jacen, que creía que su tío estaba resuelto a restablecer el Consejo.

—Con un Consejo o a solas, usted debe poner orden entre esos errantes Jedi —dijo el consejero Niuk Niuv con una pasión inusitada.

Triebakk lanzó un aullido de protesta y Cal Omas puso palabras a sus sentimientos.

— ¿Poner orden? —repitió incrédulo—. ¿Necesito recordarle que está hablando de los Caballeros Jedi?

—Un colectivo peligroso —subrayó el consejero Pwoe seriamente. el tono acuso de su voz le otorgó más peso a la frase.

—Y que está causando disturbios por la galaxia —añadió rápidamente Fyor Rodan.

Jacen observó que su tío miraba a Chelch, de Corellia, el miembro más tranquilo del Consejo, ya que pensaba que su voto sería decisivo en cualquier tema que concerniera a los Jedi, y que no parecía dispuesto a mostrar sus intenciones.

—He oído hablar de batallas en el Borde Exterior que han alcanzado el lejano sistema Angor —continuó Fyor Rodan, levantándose y agitando el puño—. Jedi y torpedos volando contra ciudadanos inocentes.

—Traficantes, querrá decir —replicó Cal Omas.

Muchos de ellos ayudaron a vencer al Imperio! —exclamó Fyor Rodan.

— ¿Y eso le parece una excusa para sus actuales actividades ilegales? —Los Caballeros Jedi no son la ley —señaló Niuk Niuv.

—Alguien debería decírselo —afirmó Fyor Rodan—. Jefe Fey'lya, quizá deberíamos pensar en tornar una resolución contra los Jedi. Una sentencia

irrevocable para que den por terminados todos los esfuerzos políticos que no hayan sido explícitamente autorizados por este Consejo o por los embajadores regionales.

Borsk Fey'lya se dio la vuelta y se encontró con la mirada fija de Luke. Palideció y se frotó la cara peluda.

—No nos adelantemos —dijo.

Jacen advirtió que la poderosa presencia de su tío Luke intimidaba al bothan.

— ¿Adelantarnos? —repitió Fyor Rodan con una carcajada—. Esos salvajes se han pasando de la raya con el tema político de la Nueva República. ¿Vamos a tolerarlo?

— ¿Acaso vamos a renunciar a su ayuda en aquellos problemas para los que están más cualificados? —replicó Cal Omas furioso.

Como respuesta a su pregunta, Cal Omas obtuvo un soplo irónico por parte de Fyor Rodan, un aullido de apoyo de Triebakk, un gruñido de Pwoe y una sarta de réplicas del cada vez más apasionado Niuk Niuv.

Y los gritos, más altos que antes, comenzaron de nuevo. Jacen se desconectó de todo aquello. Tenía la impresión de que se estaba juzgando cada movimiento de los Jedi, algo que, en su opinión, no tenían derecho a hacer.

Luke y él salieron de la cámara un rato más tarde y dejaron atrás la estéril guerra verbal de los consejeros. Para sorpresa de Jacen, Luke mostraba una sonrisa satisfecha.

—Fyor Rodan y Niuk Niuv descubrieron claramente su postura en la última parte de la conversación —explicó Luke al evidentemente confundido Jacen.

— ¿Contrabandistas?

Luke afirmó y sonrió.

— ¿Crees que están aliados con contrabandistas? —preguntó Jacen incrédulo.

—No es tan extraño —dijo Luke—. Pregúntale a tu padre —añadió con una mueca que dejó a Jacen clavado en el suelo. el pasado de Han Solo no era un secreto para el muchacho.

— ¿Así que piensas que sus quejas con respecto a los Jedi buscan su propio beneficio? —preguntó Jacen—. ¿Crees que algunos de los consejeros están trabajando con contrabandistas a los que los Jedi están poniendo las cosas difíciles?

Luke se encogió de hombros.

—No lo sé —admitió—, pero parece encajar.

— ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Luke se detuvo. Jacen también. Ambos se miraron de frente.

—Hay cien Caballeros Jedi dispersos por toda la galaxia —explicó Luke—. Ése es el problema.

— ¿Crees que los Jedi del Borde Exterior no tienen motivos para perseguir a los contrabandistas? —preguntó Jacen.

—Ésa no es la cuestión —replicó Luke—. En absoluto. el problema es que la dispersión de los Jedi impide cualquier tipo de movimiento conjunto.

La mirada de Jacen parecía ausente, como si Luke hubiera perdido su atención.

—Tenemos a Wurth Skidder haciendo el tonto para defender la nave de Mara de los osarianos —explicó Luke—, y a un Jedi que actúa en el Borde Exterior y que parece cazar contrabandistas para saciar su venganza. He oído todavía más historias sobre conflictos en otros sectores y es muy duro enfrentarse a todo eso. A veces tengo la impresión de que me estoy enfrentando a los síntomas, y no a la enfermedad real.

Las palabras empleadas por Luke para describir la situación sumieron a Jacen en el silencio. Luke recordó el mal que padecía Mara y también hizo una pausa.

—Por eso necesitamos al Consejo Jedi —prosiguió Luke un instante después—. Un único propósito y una sola dirección.

— ¿Ser un Caballero Jedi significa esto? —preguntó Jacen directamente. Era una pregunta que Luke había escuchado muchas veces en los últimos meses, y siempre estaba formulada por Jacen y no por su otro aprendiz, Anakin, el hermano pequeño de Jacen.

— ¿Por qué te importa lo que piensan los consejeros? —preguntó Jacen movido por la curiosidad y tratando de cambiar de tema—. No los necesitas para volver a establecer el Consejo Jedi. ¿En qué te podrían ayudar ellos y sus estúpidas discusiones?

—No los necesito —admitió Luke—. Los Jedi, por mucho que digan Fyor Rodan, Niuk Niuv e incluso Borsk Fey'lya, no tienen que responder ante el Consejo. Pero si no cuento con su apoyo en este tema, los planes que he pensado para la academia y el Consejo Jedi resultarían más difíciles de llevar a cabo, al menos a nivel de relaciones públicas. Al final aprendes a jugar, Jacen. Se llama diplomacia.

Ésa es la cuestión, pensó Jacen, aunque se lo guardó para sí. Cualquier formalidad concerniente a los Jedi, ya fueran de la academia o de cualquier nuevo

Consejo, le parecía una mera excusa burocrática añadida a algo espiritual y personal. Algo que no podía ser gobernado. Ante los ojos idealistas de dieciséis años de Jacen, los Jedi, de forma individual y por haber aceptado la filosofía necesaria para sostener la Fuerza, debían autogobernarse. Un Jedi bien entrenado que hubiera aprendido a rechazar el Lado Oscuro y que demostrase que podía resistir las tentaciones asociadas con tanto poder no necesitaba a ningún burócrata para orientar sus acciones. Jacen temía que ese condicionamiento político restara fuerza y cohesión a los Jedi.

—Sabemos que Fyor Rodan y Niuk Niuv se oponen a nosotros —prosiguió Luke mientras reanudaba el paso—. Dudo que Pwoe se muestre receptivo a nada que pueda dañar su posición de poder; los quarren llevaban mucho tiempo esperando ese puesto en el Consejo. Triebakk me apoyará, y también Cal Omas, que aprendió hace mucho a confiar en mí y en los Jedi. Por lo tanto, el voto de Chelch Dravvad es decisivo, y creo que contaré con su apoyo si consigo responder a los problemas que denuncian Fyor Rodan y Niuk Niuv.

— ¿Y qué pasa con el consejero Fey'lya? —preguntó Jacen.

Luke sacudió la mano como si el bothan fuera irrelevante.

—Borsk siempre querrá lo que sea mejor para Borsk —explicó—. Si Chelch se pone de parte de Rodan y su grupo, serían cuatro en mi contra y dos a mi favor, y Borsk les respaldaría. Pero si los otros se dividen y los votos quedan tres contra tres, Borsk, para no correr el riesgo de enfrentarse conmigo o con Leia, o bien recomendará al Consejo que se mantenga al margen, o nos respaldará para que le devolvamos el favor.

—Mamá jamás haría nada por Borsk —dijo Jacen con sequedad. Luke se mostró de acuerdo—. Borsk Fey'lya sería idiota si pensara lo contrario.

—Él vive en un mundo en el que las alianzas varían constantemente —explicó Luke—. Borsk hace lo que siempre debe hacer Borsk para beneficiar a Borsk. Y está tan metido en esa filosofía personal que piensa que todo el inundo juega con las mismas reglas.

Ahora le tocó a Jacen detenerse bruscamente.

— ¿Y tú quieres complacer a esa gente? —preguntó con escepticismo—. ¿Tu propio Consejo estará formado por gente como ésa?

—Por supuesto que no —respondió Luke un tanto sorprendido. —Pero eso es lo que pasará —replicó Jacen.

Luke le miró con frialdad durante un rato, y Jacen le sostuvo la mirada en todo momento. Habían pasado por esto muchas veces últimamente, y no habían

conseguido ponerse de acuerdo. Las paradojas de la mente de Jacen le hacían sentir impotente ante su tío. Jacen había sido entrenado como Caballero Jedi en la academia y había llegado a la conclusión de que esa institución no era algo bueno para los aprendices. Era demasiado formal y estructurada. Jacen pensaba que el crecimiento dentro de la Fuerza era una experiencia mucho más personal. De hecho, y aunque la academia continuaba en activo, Luke había llegado a estar hasta cierto punto de acuerdo con esa perspectiva. Sabía que la academia había sido un punto de referencia de las viejas costumbres, cuando los Caballeros Jedi en formación entrenaban con Maestros de forma individual, como Jaina con Mara, y Jacen y Anakin con él. Esa situación no hubiera sido posible antes, ya que Luke había sido durante mucho tiempo el único Jedi en ostentar el título de Maestro. Pero ahora había otros, y se estaban recuperando las viejas costumbres, en un proceso que Luke sabía que tardaría tiempo en dar fruto.

Aun así, Jacen le había pedido a su tío que fuera más lejos y más rápido, que recuperara el modelo de aprendizaje individual para los Jedi y que incluso lo mejorara. En lugar de buscar jóvenes con potencial en la Fuerza para entrenarlos como Jedi, Jacen quería que esos estudiantes prometedores encontraran su propio camino. Luke pensaba que sus argumentos eran un juego de palabras, pero para Jacen iban mucho más allá. Llegaban al núcleo de lo que significa ser un Caballero Jedi.

—Ni siquiera sé exactamente lo que voy a hacer —dijo Luke.

Jacen supo que esa respuesta de cortesía era lo máximo que iba a obtener. Él sabía lo que temía su tío: que los Caballeros Jedi con un gran potencial fueran atrapados por el Lado Oscuro antes de llegar a ser Maestros. Pero, aun así, para Jacen, ese poder interno obtenido de la Fuerza seguía tratándose de algo personal y, en último caso, de una elección individual.

No dijeron nada más al salir del edificio del Senado, y se dirigieron al puerto, donde Han, Anakin y Chewbacca estaban trabajando en el *Halcón Milenario*.

CAPITULO 4

Semillas plantadas

El *Sable de Jade* está en órbita —informó aquella noche Shok Tinotkin a Nom Anor—. Leia Organa Solo está a bordo, con su hija y Mara Jade Skywalker.

—Y un noghri —añadió Nom Anor—. Siempre encontraremos como mínimo un noghri si Leia Solo está cerca.

—Los noghri son dignos adversarios —subrayó Tinotkin—, pero yo temo más a los otros. Y usted también debería hacerlo.

Nom Anor dirigió una siniestra mirada al hombre para recordarle quién era el jefe y quién un mero asistente. Shok Tinotkin se quedó helado y con el rostro totalmente pálido. Llevaba el tiempo suficiente con Nom Anor como para temer esa mirada casi tanto como a la muerte misma.

—Son Jedi —tartamudeó, intentando justificar su advertencia y para asegurarse de que Nom Anor no notaba una falta de confianza en él. Dudar en voz alta cerca de Nom Anor había costado a algunos consejeros anteriores un precio fatal.

—Por lo que me han dicho, Leia no es una auténtica Jedi, o al menos no ha desarrollado aún sus poderes. —replicó Nom Anor con una ligera sonrisa, algo que permitió a Shok relajarse un poco—. Y su hija tampoco es una Jedi de verdad.

—Pero Mara Jade se cuenta entre los Jedi más poderosos —señaló Shok Tinotkin.

—Mara Jade tiene ya bastantes problemas —recordó Nom Anor.

La respuesta no tranquilizó a Shok Tinotkin. De hecho, recordar la enfermedad de Mara aumentó su nerviosismo frente al inminente encuentro entre ella y Nom Anor.

—Hace tiempo que debería estar muerta —se atrevió a decir.

Nom Anor sonrió de nuevo y se rascó la cabeza. Había llevado el enmascarador ooglith durante mucho tiempo y lo cierto era que se rascaba porque se lo quería quitar. Pero no había tenido tiempo, por supuesto, y la verdad es que no quería que Tinotkin, su pelele de confianza, viera su auténtica y desfigurada cara, ni su extraño ojo, tributo de la gran muestra de devoción que Nom Anor había manifestado el día que había sido elegido Ejecutor entre los yuuzhan vong y primer explorador de la fuerza de invasión de la Pretoria Vong.

Él mismo se había sacado el ojo con el extremo afilado de un palo ardiendo.

Luego había rellenado aquel espacio vacío en su cara con otra innovación orgánica maravillosa: un plaeryin bol. Esa criatura se parecía bastante a un ojo yuuzhan vong, pero su pupila era en realidad una boca capaz de escupir veneno a una distancia de diez metros, cuando su portador se lo ordenaba con sólo guiñar el ojo.

—Estoy impresionado con la capacidad de Mara Jade para resistir las esporas —admitió Nom Anor.

—Todos los que fueron infectados con las esporas murieron o cayeron al cabo de unas semanas —replicó Shok Tinotkin—. La mayoría en cuestión de días.

Nom Anor asintió. Su fórmula de esporas coomb había demostrado ser enormemente efectiva, ya que rompía la estructura molecular de la víctima y provocaba una horrible muerte en poco tiempo. el yuuzhan vong buscaba convertir ese veneno en una enfermedad para que las esporas pudieran propagarse e infectar por sí mismas a grandes poblaciones.

Nom Anor suspiró y se rascó otra vez la cabeza. Las esporas coomb, brollup, tegnest, y una docena más de variedades, sólo eran una afición que había conseguido compaginar con sus deberes oficiales, con la intención de desarrollar un método para acabar con las supercriaturas, esos caballeros Jedi. Asimismo, y si tenía éxito, sus logros alquímicos le permitirían ascender al rango de Sumo Prefecto. Pero, hasta la fecha, parecía haber fracasado en todos sus esfuerzos y aspiraciones, porque Mara Jade Skywalker había vencido a las esporas, o al menos las mantenía a raya.

— ¿Tienes el shlecho newt? —preguntó.

Shok Tinotkin asintió, rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño lagarto de color marrón anaranjado.

—Asegúrate de colocarlo cerca de la boca de Mara Jade —explicó Nom Anor.

Shok Tinotkin, que ya había oído las instrucciones explícitas varias veces, asintió. Las esporas coomb que Nom Anor había empleado en su mezcla letal eran el alimento favorito de los shlecho newt. Si había algún rastro de ellas en el aliento de Mara, la criatura lo detectaría de inmediato.

—Los escoltaré hasta el interior —ofreció Shok Tinotkin, y, tras un asentimiento por parte de Nom Anor, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Nom Anor se reclinó en la silla, pensando en el próximo encuentro y en los beneficios potenciales que podría obtener de él. Le resultaba bastante gracioso que los enemigos de Rhommamul en Osarían temieran su encuentro con Leia, sólo porque pensaban que ese gesto por parte de ella podía reforzar el prestigio y, por tanto, el poder del yuuzhan vong. Lo cierto era que, a esas alturas, a Nom Anor le

importaban muy poco los beneficios y el prestigio. De hecho, sus pensamientos se dirigían más bien hacia lo opuesto. Ahora disponía de la carga emocional y de la influencia que necesitaba para controlar no sólo al debilitado pueblo de Rhommamul, sino a cualquier otro planeta en el que hiciera falta soliviantar los ánimos. Nom Anor prefería el anonimato fuera de ese ámbito de influencia.

Por ahora.

No, Nom Anor sólo quería reunirse con Leia para poder calibrar el efecto de sus esporas en Mara Jade y aprender algo más sobre los Jedi en general. Nom Anor sabía que Leia podía tener un papel crucial en los acontecimientos futuros, y que Jaina podía ser el punto débil para atacar a Leia Solo, o incluso a Luke Skywalker y Mara Jade. Ésa era una de sus misiones: identificar a los enemigos más poderosos y encontrar alguna forma de minimizar su efectividad. Oportunidades como la que le ofrecía el conflicto entre Osarían y Rhommamul siempre eran bienvenidas. En esas situaciones, Nom Anor podía profundizar en el efecto que provocaban las disputas internas entre los humanos y sus aliados, y eso le permitía "bruk tukken nom canbin tu", como decía el refrán en su idioma nativo, y que podía traducirse por "debilitar los puntos vitales de sus enemigos". Después de todo, había otros agentes ocupándose de ese tema; aunque, en opinión de Nom Anor, no era un elemento crítico dentro del plan general de los yuuzhan vong. Él sabía que los humanos y sus patéticos aliados propagarían ellos solos sus propios problemas. No tenían sentido de la estructura ni del orden, al menos no en los términos del régimen y el código jerárquico a los que se sometía su pueblo. Había presenciado campañas de desinformación promovidas contra enemigos políticos. Incluso una en la cual se acusaba de traición a Leia Organa Solo. Había visto intentos de golpe de estado en muchos, muchos planetas, y había sabido de supuestas autoridades que se beneficiaban de actividades empresariales muy poco legítimas. Esos infieles no comprendían la ley ni la necesidad de cumplirla rigurosamente.

Eso facilitaría mucho las cosas a la disciplinada Pretoria Vong, pensó, además de justificarlas.

Nom Anor vio en una de sus múltiples holocámaras de seguridad que Shok Tinotkin ya estaba de vuelta acompañado de Leia, Jaina, Mara y Tamaktis Breetha, el anterior alcalde de Puertorrojo y actual miembro del Senado independiente de Nom Anor. También percibió el movimiento de otros dos: un androide dorado — no debía olvidarse de castigar a Shok Tinotkin por permitir la entrada de un androide al complejo—, y una criatura sombría que casi parecía flotar entre los demás y que se mantenía siempre cerca de Leia, como si fuera sólo la sombra de la mujer. el esperado guardaespaldas noghri, pensó Nom Anor. Asintió al verlo y decidió vigilarle de cerca. Por varias razones, Nom Anor respetaba mucho más a

los noghri, esos guerreros mortíferos, que a los humanos o incluso a los Jedi.

Entonces posó la mirada sobre Mara y estudió todos sus movimientos, intentando captar un atisbo de inestabilidad o algo que le confirmara que la infección estaba avanzando. Vio al shlecho newt de Shok Tinothkin posado en su hombro, mirando a Mara directamente, con los ojos abiertos de par en par, la lengua fuera y la cabeza luciendo un brillante tono escarlata, un claro signo de agitación.

Así que las esporas coomb continuaban su asedio, o al menos eso parecía. el respeto de Nom Anor por Mara creció aún más.

El yuuzhan vong se dirigió al armario, sacó su gran capa negra, se la echó por los hombros y se puso la capucha para ocultar la cara. Luego introdujo la mano bajo la tela y activó la pantalla facial negra para cubrir completamente su rostro, que quedó enmascarado. Aunque éstos eran sus ropajes oficiales, Nom Anor soltó una risita al terminar de arreglarse. Conocía la historia de sus invitados y sabía que si le veían así vestido tendrían reacciones bastante curiosas, sobre todo Leia, porque era difícil no relacionar a Nom Anor con otro enemigo al que ella se había enfrentado en el pasado.

Nom Anor guardaba el resto de sus agentes infecciosos en una caja escondida al fondo del armario, y por un momento pensó que podría aprovechar la ocasión para contagiar también a las otras dos mujeres. ¿Hasta qué punto quedaría debilitada la Nueva República si Leia Organa Solo sucumbía de repente a la misma enfermedad contra la que luchaba Mara Jade Solo? ¿Cuánta vulnerabilidad se apreciaría en Leia, Luke, Mara y el siempre peligroso Han Solo si Jaina Solo caía enferma y moría?

Unos pensamientos maravillosos, sin duda, pero Nom Anor no podía correr el riesgo de verse relacionado de una forma tan evidente con la enfermedad mortal. En esa misma línea de pensamiento, y sobre todo teniendo en cuenta los poderes sensoriales de los Jedi y la naturaleza evasiva de los noghri, Nom Anor se dio cuenta de que no era una buena idea dejar que Leia y el resto entraran en sus aposentos privados. Corrió hacia la puerta, salió al pasillo y llegó justo en el momento en el que Shok Tinothkin doblaba una esquina guiando al grupo.

El rostro de Mara brilló al reconocerle y, al verla girarse rápidamente para hablar con Leia, Nom Anor supo que le estaba diciendo quién era él. Detrás de ellas venía Tamaktis Breetha, que se quedó quieto y se inclinó.

Nom Anor hizo un gesto con la cabeza a Shok Tinothkin, y éste se apartó para despejar el espacio entre Leia y Nom Anor.

Ella se quedó sin respiración. Nom Anor pudo apreciar en su rostro la sensación

de familiaridad, la sorpresa e incluso el terror. ¡Era igual que Darth Vader!

—Le saludo en nombre del Consejo de la Nueva República —dijo Leia a modo de formalidad.

El hecho de que hablara tan rápido y controlando tanto la voz proporcionó a Nom Anor un poco de información sobre esa mujer. Era alguien digna de respeto.

—Habéis intervenido donde no se os ha llamado —replicó él.

Tamaktis Breetha soltó un respingo, e incluso Shok Tinothkin se quedó un tanto sorprendido por la repentina hosquedad y la brusca actitud de Nom Anor.

—Hemos venido según lo pactado —dijo Leia—. Un acuerdo entre usted y Borsk Fey'lya, tengo entendido.

—Yo accedí a que viniera un emisario —admitió Nom Anor—, pero no sé con qué fin. ¿Qué contribución puedes aportar, Leia Organa Solo, al conflicto entre Rhommamul y Osarian? ¿Qué llama de esperanza puedes encender en el corazón de los rhommamulianos para que su grito por la independencia no sea ignorado por esa Nueva República que habla de la libertad como la mayor de todas las virtudes?

—Quizá deberíamos retirarnos a una estancia más privada —sugirió Leia. Tamaktis Breetha pareció estar de acuerdo, pero una mirada de Nom Anor bastó para quitarle esa necesidad suicida.

— ¿Qué tienes que ocultar? —dijo Nom Anor en tono de burla.

—A una estancia más cómoda, entonces —insistió la mujer.

— ¿Te bastaría una silla para estar más cómoda? —preguntó Nom Anor—. Físicamente, es probable, pero ¿te reconfortaría más la verdad? Leia le miró con incredulidad.

—Porque eso es todo lo que puedo ofrecerte —continuó Nom Anor—. La verdad de que Osarian no tiene derechos sobre el pueblo de Rhommamul, la verdad sobre la fragilidad y los errores de vuestra Nueva República, y la verdad sobre los falsos héroes, los Caballeros Jedi.

—Su verdad —intervino Mara, y Leia se volvió para mirarla.

Satisfecho al comprobar que su pequeña diatriba estaba dando fruto, Nom Anor no intentó siquiera ocultar su sonrisa, aunque apenas era visible a través de la pantalla facial negra.

—Sólo hay una verdad —dijo despacio—. Y cuando a uno no le gusta, se dedica a urdir otras versiones más digeribles.

—Si me permite, princesa Leia —comenzó C-3P0, avanzando—. Existe una gran cantidad de información sobre los Caballeros Jedi que los muestra como verdaderos...

— ¡Silencio! —rugió Nom Anor al androide. el yuuzhan vong tembló con todo su poder, como si fuera a explotar en una acción letal contra el pobre C-3P0, que también temblaba, pero de forma mucho menos amenazadora.

— ¿Vamos a discutir la situación entre Osarian y Rhommamul? —preguntó Leia en su tono diplomático y conciliador. Mientras hablaba, se movió para empujar a C-3P0 suavemente, y le hizo un gesto a Jaina para que se ocupara del androide y lo tranquilizara.

—Creía que era lo que estábamos haciendo —dijo Nom Anor, que había recuperado el control, cuando Leia se volvió hacia él.

—Esto no es una reunión —replicó Leia—. Es una clase en un pasillo.

—Y eso es mucho más de lo que se merece Borsk Fey'lya —respondió Nom Anor rápidamente—. ¿No estás de acuerdo, ex consejera Solo?

—Esto no tiene nada que ver con Borsk Fey'lya —respondió Leia, manteniendo la calma, aunque Nom Anor pudo ver que los flecos de esa calma comenzaban a deshilacharse—. Tiene que ver con el destino de dos planetas.

—Que no necesitan en absoluto la hipocresía de la Nueva República —añadió Nom Anor—. Esa Nueva República que habla de paz y prosperidad, pero que insta la paz incapacitando a la clase baja para obtener riqueza o poder, y destina la prosperidad únicamente a los amigos de élite de la Nueva República.

Leia negó con la cabeza y musitó algunas palabras inaudibles.

—Ordena a tu crucero de batalla que destruya el armamento con el que Osarian quiere atacar Rhommamul —dijo Nom Anor con la mayor seriedad—. Derriba sus cruceros estelares, destroza sus plataformas de misiles y prohíbeles que vuelvan a construir armas tan letales.

Leia le miró con frialdad, y él supo que la profundidad de su expresión reflejaba algo más que una decepción inmediata. Llevaba dentro el peso que le provocaba el recuerdo de enemigos a los que se había enfrentado en un pasado remoto.

—Y cuando nos dejen en paz, el conflicto habrá terminado —prosiguió Nom Anor—. La paz prevalecerá. Y la prosperidad también —se detuvo y se llevó una mano a la pantalla facial, adoptando una pose pensativa—. Ah, vaya, la prosperidad prevalecerá, pero será prosperidad para Rhommamul y no para Osarian. No para la élite favorecida por la Nueva República.

—No puede creer lo que está diciendo —le devolvió Leia con dureza.

— ¿Ah, no? —preguntó Nom Anor con la voz rebotante de sarcasmo—. Es una lectura posible de la situación. Sal a las calles de Puertorrojo y pregunta por ti misma.

—Si le preocupara el pueblo de Rhommamul, se sentaría a negociar el final de este incipiente enfrentamiento —dijo ella cortante.

—Creía que estábamos haciendo eso —dijo Nom Anor.

La expresión de Leia se tornó incrédula de nuevo.

—Te he dicho cómo detenerlo —repitió Nom Anor—. Una sencilla llamada al comandante de vuestra terrorífica arma...

Leia miró a Mara y Jaina, y después negó con la cabeza.

— ¿No es lo que esperabas? —soltó Nom Anor sarcásticamente—. Pues es más de lo que os merecéis tú o la Nueva República. Creo que nuestras posturas están claras, así que, por favor, da media vuelta, regresa a tu estúpida cajita voladora y vete de Rhommamul. Me temo que he perdido la paciencia con tus tonterías.

Leia le contempló durante un buen rato, luego giró sobre sus talones y se fue, arrastrando a Mara y a Jaina con su gesto. Bolpuhr también dio media vuelta, pero no sin dirigir antes una larga y amenazadora mirada a Nom Anor, que se limitó a sonreír a modo de respuesta.

C-3P0 también hizo amago de irse, pero se detuvo un instante, debilitado bajo la mirada de Nom Anor, quizá la más fría que había sentido nunca.

—Perdone, señor, ¿podría preguntarle si hay algún problema? —preguntó el androide cauteloso.

—Un problema que podría solucionar fácilmente —respondió Nom Anor amenazador y avanzando un paso en postura desafiante.

— ¿Le he ofendido de alguna manera? —preguntó cortésmente el androide, aunque estaba temblando de pavor.

¡Tu mera existencia me ofende! —rugió Nom Anor.

C-3P0, que había escuchado bastante, demasiado, de hecho, se alejó rápidamente y llamando a la princesa Leia.

—No me esperaba semejante encuentro —se atrevió a decir Tamaktis Breetha, adelantándose hasta colocarse al lado de Nom Anor.

—Yo tampoco —respondió éste—. Pensé que sería aburrido y que no me iba a divertir tanto —miró a su anterior alcalde y pudo ver las dudas en su rostro.

—Di lo que piensas —le espetó Nom Anor—. Tus preguntas me darán más fuerza.

—Rhommamul necesitará de veras la ayuda de la Nueva República —dijo Tamaktis Breetha tras una prolongada pausa.

Nom Anor soltó una risita. Aquel hombre no lo entendía. Rhommamul no tenía nada que ver. A Nom Anor le importaba muy poco irse del planeta y enterarse después de que los osarianos lo habían arrasado. Pero tampoco iba a ir por ahí diciendo ese tipo de cosas.

—Nuestra causa es mayor que la guerra civil entre dos planetas —dijo a Tamaktis—. Se trata de las libertades esenciales de los ciudadanos de la Nueva República y la justicia básica que se merecen las clases explotadas en cualquier parte. Cuando esa verdad salga a la luz, Rhommamul encontrará los aliados que necesita para aplastar a los señores ladrones de Osarian.

El ex alcalde se puso firme al oír cómo se enorgullecía Nom Anor de la causa, esa causa tan grande y tan poco práctica.

Me ocuparé de que nuestros invitados se vayan cuanto antes —dijo. Hizo una reverencia y, tras recibir el permiso de Nom Anor, se marchó.

Nom Anor se acercó a Shok Tinotkin y acarició suavemente la cabecita del shlecho newt, que seguía alterado.

—Su aliento apestaba a las esporas coomb —dijo Shok Tinotkin. —Y no es tan fuerte —añadió Nom Anor—. Su forma de caminar y de mantenerse en pie lo deja claro.

El Ejecutor, seguido de cerca por Shok Tinotkin, se dirigió a sus aposentos extremadamente satisfecho consigo mismo.

—Asegúrate de que su ruta de salida pasa por la plaza —le dijo Nom Anor de repente—. Quiero que presencien la devoción.

Shok Tinotkin se inclinó y se marchó.

Nom Anor entró en su habitación y se dirigió a los dos villips que tenía escondidos en su armario, pero cambió de idea y fue hacia el mirador. Allí contempló las estrellas, que empezaban a aparecer mientras el sol se ponía. ¿Habrían establecido ya contacto?, se preguntó. ¿Habría establecido el yammosk la base de control?

—oOOoo—

—Se parecía a Darth... —comenzó a decir Jaina.

—Ni lo menciones —la interrumpió Leia, y su tono no dejó espacio para el debate—. Intenta mantener el paso, Trespeó —dijo, con más dureza de lo que pretendía. el androide dio un traspié al doblar una esquina, cayó al suelo y casi choca contra una de las vigas metálicas que se alineaban en los bordes del pasillo, y que daban al lugar el aspecto de una jaula gigante—. E intenta no perderte.

—Oh, eso nunca, princesa Leia —dijo C-3P0 con su habitual sinceridad y mientras se pegaba a Leia.

Continuaron avanzando por el intrincado laberinto de pasillos, subiendo escaleras y atravesando pesadas puertas, y todos pensaron en lo bien defendido que estaba el edificio. Parecía más un búnker que una mansión. También, dado el número de escaleras que ascendieron y el lugar por el que finalmente salieron, se dieron cuenta de que los aposentos privados de Nom Anor estaban muy por debajo del nivel del suelo, algo que no habían notado al bajar, ya que habían seguido una ruta más serpenteante y por pasillos que iban cuesta abajo de forma casi imperceptible.

Llegaron al *Sable de Jade* sin incidentes. Los guardias que miraban por la escotilla de la nave se hicieron rápidamente a un lado.

Me gustaría que todo hubiera ido mejor —dijo Tamaktis Breetha a Leia cuando Mara, Jaina y C-3P0 subieron a bordo para preparar el despegue.

—Quizá deberías decírselo a Nom Anor —respondió Leia. el hombre de mirada amable hizo una reverencia.

—Hay que comprender que hace decenios que Osarian lleva gobernando nuestro mundo como si fuera una colonia de esclavos —dijo Tamaktis.

—Conozco vuestra situación pasada y actual —replicó Leia—, pero vuestro intratable líder no ayuda en absoluto.

Tamaktis no respondió, evidentemente poco convencido.

Leia sacudió la cabeza y entró en la nave. Bolpuhr se deslizó tras ella sin dejar de mirar a Tamaktis y a los dos centinelas.

—Me han comunicado un cambio de ruta —informó Mara a Leia cuando ésta entró en el puente y, como siempre, tomó asiento detrás de Jaina.

—Quieren que sobrevolemos la ciudad y que luego viremos desde el oeste —explicó Jaina.

— ¿Una trampa? —preguntó Leia precavida.

—No tendría sentido —dijo Mara—. Podían haber tomado la nave mientras estábamos con Nom Anor, y nos podían haber capturado fácilmente dentro del

complejo.

—A no ser que intenten que parezca un accidente —intervino Jaina. Leia asintió reflejando una preocupación similar.

—Pero no tienen nada que pueda derribarnos una vez hayamos despegado y estemos a máxima potencia —dijo Mara firmemente.

—Nada que nosotros sepamos —añadió Leia, y esa verdad detuvo a Mara un momento.

—Podríamos pedir escolta al *Mediador* —sugirió Jaina.

Leia negó con la cabeza.

—Sigamos su ruta —dijo—, pero estad preparadas para salir disparadas de aquí a la menor señal de peligro.

Bolpuhr, obviamente descontento con el plan, silbó suavemente en el pasillo.

—Parece que tu noghri también se ha dado cuenta del parecido de Nom Anor con Darth Vader —dijo Mara con una sonrisa para romper el hielo. Pero Leia tembló al pensarlo.

El *Sable de Jade* se elevó y sobrevoló la ciudad, cerca de los tejados, tal como había ordenado el controlador de vuelo. Un momento después, Leia comprendió la razón del cambio de ruta. Una celebración con enormes hogueras se encontraba en su apogeo en la gran plaza de Puertorrojo.

— ¿Qué es eso? —preguntó Jaina, señalando al enorme foso. Mara, igualmente curiosa, hizo descender el *Sable de Jade* a ras de suelo.

C-3P0 soltó un gemido y las tres mujeres fruncieron el ceño al contemplar el agujero, en el interior del cual podía verse a los pobres androides apaleados. Algunos de ellos aún se movían y chisporroteaban. el más mínimo movimiento provocaba una nueva andanada de piedras arrojadas por la enloquecida multitud que rodeaba el foso.

— ¡Qué barbaridad! —gritó C-3P0—. ¡Es inhumano!

—Vámonos de aquí —ordenó Leia disgustada, pero Mara ya había elevado el *Sable de Jade*, acelerando al máximo. el rugido de los dos motores hizo que muchos de los fanáticos de la plaza se pusieran a cubierto. Un rugido de protesta se escuchó a través del sistema de comunicación, pero Mara lo apagó de inmediato.

—Bueno —dijo mientras se alejaban rápidamente—, ya te advertí sobre Nom Anor. ¿Sigues pensando que exageraba?

—Es tan exasperante como muchos otros que he conocido —admitió Leia.

—Y una vez más, mi sensibilidad con la Fuerza no me ha revelado absolutamente nada sobre él —añadió Mara—. Nada. Incluso intenté llamarle en silencio para ver su reacción, pero no respondió en absoluto, ni siquiera sé si escuchó la llamada. Me ignoraba tanto que no he podido sacar nada de él.

—A mí me ha pasado lo mismo —admitió Jaina—. Es como si estuviera completamente al margen de la Fuerza. Y tampoco me ha gustado la sensación que me ha provocado el otro, ese tal Shok Tinotkin.

Mara asintió.

—Pero no creo que Nom Anor nos haya engañado —dijo—. Nos ha traído aquí para organizarnos este desplante, y dudo que él estuviera dispuesto a dialogar aunque Osarían se prestase a negociar.

Leia se levantó, sacudiendo la cabeza con frustración, y se frotó los ojos soltando un suspiro desesperado.

—Te admiro —dijo a Mara—. En serio. Le viste una vez y aceptaste volver a verle. Eres más valiente que yo.

—oOOOo—

Luke y Jacen encontraron el *Halcón Milenario* donde lo habían dejado, en el muelle 3733 y, a juzgar por el ruido que salía de allí: golpes metálicos, zumbidos de motores turbo y una corriente de maldiciones ahogadas, supieron que Han y Chewie seguían intentando arreglar la nave.

De camino a Coruscant, Han le había entregado los mandos a Anakin, que estaba más que celoso de que Mara dejara pilotar a Jaina el *Sable de Jade*, y, como era de suponer, el quinceañero hizo un par de maniobras temerarias durante el aterrizaje. Aunque el *Halcón Milenario* era sorprendentemente ágil para ser una nave que se parecía más a un escombros que a un caza, también era mucho, mucho más potente. el *Halcón* había sido capaz de efectuar las maniobras llevadas a cabo por Anakin, pero el chico había acelerado demasiado en alguna de ellas y, al estar el compensador de inercia a sólo a un dos por ciento, casi todo el mundo había perdido el punto de gravedad. Han recuperó el control de la nave durante el último tramo del aterrizaje, pero el *Halcón* estaba ya muy deteriorado y el motor y varios propulsores se encendían y apagaban de forma intermitente. Incluso ahora, ya dentro del hangar y en tierra firme, uno de los propulsores seguía encendiéndose y apagándose, provocando una inclinación de varios grados en la posición de la nave, que recuperaba la estabilidad cuando el propulsor se apagaba.

Luke y Jacen intercambiaron una sonrisa cuando el *Halcón* volvió a subir, esta vez más alto y hasta casi caerse de lado, y después recuperó su posición horizontal

con un estruendo.

— ¡Weewow! —silbó R2-D2.

— ¡Chewie! —gritó Han desde alguna parte de la rampa inferior abierta. Se escuchó un ruido sordo y una o dos palabrotas, y una herramienta rodó por la rampa y cayó estrepitosamente al suelo.

Han, cubierto de grasa y sudor y murmurando entre dientes, salió a continuación tambaleándose. Se inclinó para coger la herramienta, pero se detuvo y miró a su hijo y a su cuñado, que regresaban en ese momento.

—Adolescentes —susurró.

—Creía que ya lo tendrías arreglado —replicó Luke.

—Todo menos el propulsor número siete —explicó Han—. Algo lo atravesó y lo estropeó durante una de las piruetas del chico. Se enciende y se apaga incluso si lo desactivamos. Erredós ha sufrido una pequeña conmoción al conectarse al ordenador de la nave.

Luke sonrió. Desde la primera vez que había visto a Han y al *Halcón Milenario*, pensó que los dos, piloto y nave, estaban ligados de forma casi espiritual. Ambos poseían un conjunto de habilidades aparentemente no relacionadas, y ambos eran bastante más formidables de lo que aparentaban. Además, pensó Luke, los dos parecían desafiar toda lógica al repararse continuamente.

— ¡Inténtalo ahora! —dijo Anakin desde dentro.

Un aullido wookiee le respondió.

El *Halcón* zumbó por su vida, con los propulsores encendiéndose en secuencia de prueba: uno, diez; dos, nueve; tres, ocho; cuatro... siete. Y el siete se encendió perfectamente.

—El chico tiene talento —dijo Han, pero, en ese momento, algo explotó dentro del *Halcón*. Un humo denso salió por la rampa de descenso, acompañado por otro pitido de R2-D2.

Chewie volvió a aullar.

— ¡Te has pasado! —gritó Anakin al wookiee.

El aullido de Chewie se convirtió en un lamento y, unos instantes después, Anakin salió corriendo por la rampa quitándose el humo de la cara. Estaba tan sucio como si se hubiera tirado de cabeza a un pozo de alquitrán tinuviano.

Se detuvo ante la cara de enfado de su padre.

—Se ha pasado —dijo Anakin en voz baja.

—No, tú te has pasado —replicó Han cada vez más enfadado.

—Pero dijiste que yo...

—Que podías pilotarlo —interrumpió Han, señalándole con el dedo—. No te dije que intentaras superar a tu hermana, porque no puedes hacerlo y lo sabes. ¡Y no puedes pilotar el *Halcón* como si fuera un deslizador!

—Pero... —Anakin se detuvo y miró a su tío y a su hermano en busca de apoyo, pero ellos ya no sonreían y no tenían nada que alegar en contra del argumento de Han.

Con un suspiro que sonó más bien a gruñido, Anakin movió las manos con frustración y volvió a subir enfadado por la rampa.

¡Adolescentes! —gritó Han.

Ahora, Luke volvió a sonreír. Podía ver al joven Han Solo en la misma situación, oyendo el desesperado grito de "¡Adolescentes!" por parte de todos los adultos que le rodeaban. Había muchas diferencias entre Anakin y Han. el hijo parecía mucho más introspectivo, pero, en lo referente a muchos temas, como la forma de pilotar el *Halcón*, Anakin Solo tenía el espíritu indomable de su padre. En casos como éste, a Luke casi le asustaba lo mucho que se parecía Anakin a Han en apariencia y en temperamento.

Chewie saludó a Anakin con un gruñido de desaprobación.

— ¡Lo arreglaremos! —respondió el chico con un suspiro—. Es sólo una estúpida nave.

Anakin se vio izado en el aire incluso antes de terminar de decir esto, con la cabeza incómodamente cerca de la miríada de cables del circuito principal de potencia del *Halcón*. el forzado Chewie le mantuvo ahí fácilmente con una sola mano, mientras que con la otra le cogía el sable láser.

— ¿Pero qué...? —comenzó a preguntar Anakin, pero cuando Chewie se llevó el arma a la boca e hizo amago de morderla, su sorpresa se multiplicó y lanzó una protesta dirigida al wookiee.

Además del riesgo de que le explotara la cabeza si liberaba la energía de aquella empuñadura, la posibilidad de que el wookiee arañara o dañara el precioso instrumento causaba una profunda angustia al chico. Anakin le gritó de nuevo e intentó coger el sable láser, pero el wookiee alejó la mano y le regañó.

—Vale, lo he entendido —replicó Anakin, bajando la cabeza. La comparación llevada a cabo por el wookiee entre el aprecio que sentía Anakin por su sable y el que sentía él por el *Halcón Milenario* había dado en el blanco—. Lo he entendido —

repitió.

Chewie aulló, aunque no parecía muy satisfecho.

— ¡Lo arreglaremos! —le aseguró Anakin desesperado.

—oOOOo—

Luke siguió pensando un rato en los problemas que el joven Han debió causar a los adultos que le rodearon. Han miró a Luke, pareció darse cuenta de su expresión y sonrió.

— ¿Cómo te fue en la reunión?

—Genial —dijo Luke sarcásticamente—. ¿Cómo va a irme en una reunión presidida por Borsk Fey'lya?

—Tienen sus propios problemas —dijo Han—. Borsk y sus amigos se están dando cuenta de que dirigir una galaxia no es tan fácil como creían. —Así que buscan cabezas de turco —dijo Luke.

— ¿A qué te refieres? —dijo Han.

—Un problema en el Borde Exterior —explicó Luke—. Alguien está atacando a los contrabandistas. Ellos piensan que son Jedi, y eso no es precisamente del agrado de Fyor Rodan y Niuk Niuv.

—Porque probablemente les cuesta una fortuna —argumentó Han con una sonrisa irónica.

—Sea cual sea la razón, el Consejo no está nada contento.

—Lo que significa que te están culpando a ti —dijo Han—. Bueno, ¿y qué vamos a hacer? —el tono de Han indicaba claramente que no le parecía bien intervenir.

— ¿No me dijiste que Lando estaba por allí, extrayendo mineral de los asteroides o algo así? —preguntó Luke.

La expresión de Han se endureció.

—Está por allí —replicó Han—. En un par de planetas llamados Dubrillion y Destrillion, cerca de un sistema de asteroides que él, modestamente, ha bautizado como el Capricho de Lando.

—Necesito algo consistente —explicó Luke—. Información de primera mano.

—Entonces acude a Lando —dijo Han, aunque no parecía estar precisamente encantado con la idea.

Luke comprendió la aparente reticencia del hombre y se lo tomó como una fanfarronada. Han y Lando eran amigos, buenos amigos, pero siempre parecían

reticentes a admitirlo públicamente.

—Es una buena idea —dijo Luke—. Lando siempre parece saber lo que pasa, y si me entero de los detalles, podría emplearlos para convencer a un par de consejeros de mi punto de vista.

Han comenzó a asentir, luego parpadeó y miró a Luke con curiosidad.

—Llevas conmigo demasiado tiempo —le dijo.

A continuación, se dirigió a Jacen, que estaba al lado de Luke resplandeciente.

— ¿Por qué sonríes? —le preguntó.

—El cinturón —dijo Jacen—. A Jaina le va a encantar.

— ¿El cinturón? —preguntó Luke.

—Recorrer el cinturón —explicó Jacen, pero la expresión de Luke permaneció curiosa.

—Lando está llevando a cabo una operación —explicó Han—. Lo llama "recorrer el cinturón". Es un juego, pero estoy seguro de que detrás hay más que apuestas. Para jugarlo, los pilotos vuelan a toda velocidad entre a los asteroides y ponen a prueba sus habilidades comprobando cuánto tiempo aguantan sin chocar contra ninguno.

—Es decir, hasta que quedan reducidos a chatarra —dijo Luke—. No parece una carrera muy prometedora.

—Sólo un piloto ha salido herido —intervino Jacen. Luke le lanzó una mirada de sorpresa—. Me lo dijo Jaina —explicó el chico—. Lando ha modificado algunos cazas de combate TIE añadiéndoles paredes y escudos repulsores para que puedan mantenerse en vuelo tras aguantar no sólo un impacto, sino hasta diez.

—Se supone que es una de las principales atracciones de la galaxia —replicó Han—, pero estoy seguro de que es algo más que un juego.

Luke asintió y no tuvo que pedir explicaciones. Él conocía a un par de contrabandistas que habían entrado en cinturones de asteroides para escapar de una persecución. Quizás el juego de Lando fuera un entrenamiento interesante.

— ¿Quieres ir a visitarle? —preguntó Han—. Últimamente no se lleva muy bien con la Nueva República.

— ¿Se ha llevado bien alguna vez?

—Parece que está metido en unos cuantos negocios que a la Nueva República le parecen menos que legítimos —añadió Han.

—Es lo que ha hecho siempre, ¿no?

El comentario provocó una sonrisa por parte de Han, pero fue momentánea.

— ¿Qué pasa con Mara? —preguntó Han con seriedad—. Volverá pronto y, por lo que he oído, las cosas no han ido muy bien.

Eso recordó a Luke, como casi todo, que su amada esposa no se encontraba bien. Los mejores doctores de la galaxia estaban desesperados porque sólo habían podido constatar que algo dentro de Mara alteraba incesantemente su estructura molecular. Ninguna medicina ni terapia utilizada había resultado ser mínimamente efectiva contra la extraña enfermedad. Lo único que mantenía a Mara en pie era su potencial interno y su uso de la Fuerza. el resto de los afectados por la extraña dolencia no habían tenido tanta suerte.

¿Qué provocaría en ella un viaje por la galaxia?, se preguntó Luke. ¿Sería demasiado? ¿La pondría en peligro?

—La tía Mara acaba de ir a Rhommamul —le recordó Jacen—. Es un viaje de tres días, y al llegar allí no tuvo tiempo de descansar.

—Eso es cierto —dijo Han—. Quizás un paseo por el Borde Exterior, lejos del Consejo, le venga bien a ella y a mi mujer.

Luke se encogió de hombros y asintió, dando a entender que le parecía buena idea.

De pronto se escuchó a R2-D2 soltando una retahíla de silbidos y pitidos. Chewie aulló y el propulsor número siete se encendió.

Luego se produjo otra explosión en el interior del *Halcón*, y la espiral del propulsor renqueó.

Anakin bajó corriendo por la rampa.

— ¡Ya está! —gruñó—. Ya he terminado.

Antes de que Han pudiera empezar a gritarle, una enorme garra peluda salió del interior, agarró al chico por el hombro y volvió a meterlo dentro. Cualquier intento de protesta por parte de Anakin se vio neutralizado por un tremendo rugido del wookiee.

Han suspiró y tiró por encima del hombro una herramienta que aterrizó con estrépito en el suelo metálico.

—Adolescentes —dijo Luke, guiñándole un ojo a Jacen.

CAPITULO 5

El Coordinador Bélico

Danni Quee miró una y otra vez los gráficos, comprobando las coordenadas y las trayectorias. Estaba en la sala de control. Ahora que tenían algo interesante que contemplar, casi todos los científicos se pasaban allí la mayor parte de sus horas de vigilia, y algunas de sueño. Nueve de los quince estaban en ese momento en la sala.

—En el sistema Helska —le dijo Garth Breise—. el cuarto planeta.

Danni asintió. Parecía que su asteroide, que avanzaba más rápido que cualquier objeto natural que hubieran visto nunca, iba a entrar muy pronto en el sistema Helska. Allí, dada su trayectoria y velocidad actuales, y en vista de que no había indicios de un posible cambio de rumbo, colisionaría con el cuarto planeta.

—¿Qué sabemos de ese planeta? —preguntó Danni.

Garth Breise se encogió de hombros.

—No hay mucha información en los bancos de datos sobre el sistema Helska. Ninguno de los siete planetas es habitable, y nadie se ha tomado ni el tiempo ni la molestia de establecerse allí. Ni siquiera tienen nombre. Sólo han sido numerados del uno al siete.

—Entonces orienta los telescopios orbitales hacia al número cuatro —ordenó Danni—. Vamos a analizar su composición.

—Hielo —dijo Yomin Carr desde el puesto siete, que era el que mostraba la ruta del asteroide de forma más clara.

Los otros científicos de la sala se volvieron para mirarle.

—Lo he investigado un poco y he estado visualizándolo —explicó Yomin Carr—. Cuando determinamos que el asteroide iba a pasar cerca del planeta, y que incluso había peligro de colisión, tomé algunas imágenes desde nuestro telescopio orbital.

—¿Así que no es más que una bola de roca congelada? —preguntó Garth.

—Más bien una bola de agua congelada —replicó Yomin Carr—. Las únicas sustancias que detecté fueron agua y vapor. Ni rastro de minerales.

Evidentemente, Yomin Carr sabía mucho más sobre aquel planeta, el cuarto del sistema Helska. Él había estado allí y lo había estudiado. Había dejado los villips orientadores en el borde galáctico para guiar a los esperados visitantes, la gloria de

la Pretoria Vong, hasta él.

— ¿Y estás seguro de que colisionará? —preguntó Tee-ubo.

—Parece que sí —replicó Danni.

— ¿Qué tamaño tiene el planeta? —inquirió Tee-ubo.

—No es muy grande —respondió Yomin Carr—. Unos cuantos miles de kilómetros de diámetro.

—Si es sólo hielo, entonces el asteroide lo desintegrará —comentó Bensin Tomri, y una sonrisa se dibujó en su rostro. A todos les emocionó saber que el asteroide estaba en ruta de colisión porque nadie hasta ahora había presenciado un acontecimiento tan poco habitual. Y, además, si Yomin Carr estaba en lo cierto sobre la composición del planeta, el espectáculo sería realmente impresionante.

—Vamos a intentar descubrir más sobre el planeta —sugirió Danni—. Y creo que ya es el momento de comunicar la noticia para que ExGal y la Nueva República puedan enviar allí unos cuantos científicos.

—Y cuanto antes mejor —añadió Bensin Tomri—. Sólo les quedan unos días antes de que... —se detuvo y sonrió, y entonces abrió los brazos y terminó la frase —, ¡boom!

Tee-ubo se dirigió inmediatamente al transmisor, situado en la parte elevada de la sala, y activó el canal normal de acceso a la red galáctica para contactar con ExGal.

No funcionaba.

—oOOOo—

—Que los dovin basal estrechen el bloqueo sobre el planeta —ordenó el enorme y poderoso prefecto Da'Gara a su tripulación. La tripulación del asteroide, que, en realidad, era un enorme fragmento de diez kilómetros de longitud de coral yorik: una nave viviente.

— ¿Desea más velocidad, Prefecto? —preguntó otro de los guerreros tatuados.

Da'Gara, que no estaba acostumbrado a responder preguntas, le miró con curiosidad.

—Belek tiu —dijo el otro, chocando los puños contra los hombros en señal de disculpa y pidiendo permiso para proseguir.

Da'Gara asintió. el guerrero, Tu Shoolb, había demostrado a lo largo de sus viajes por la galaxia tener gran astucia y muchos recursos.

—Un cambio de velocidad podría alertar a los que nos observan —explicó Tu

Shoolb—. Un cuerpo natural no aceleraría de forma tan obvia.

— ¿Los que nos observan? —preguntó Da'Gara—. ¿Acaso dudas del éxito de Yomin Carr?

—No, Prefecto —dijo Tu Shoolb, y volvió a señalar su respeto. Después repitió —: Belek tiu.

Da'Gara le permitió irse para que reanudara sus tareas con los dovin basal, los organismos que impulsaban la nave. Dichas criaturas poseían la capacidad de dejarse atrapar por un campo de gravedad específico, aunque estuviera situado a millones de kilómetros de distancia, excluyendo a todos los demás. Los dovin basal adultos de tres metros funcionaban como propulsores esféricos perpetuos, y cuanto más se centraban en una trayectoria, con más fuerza empujaban. Ahora, los seres se habían dejado atrapar por el campo gravitatorio de un planeta que los habitantes de esta galaxia llamaban Helska 4. el destino se había fijado siguiendo las instrucciones del villip de orientación de Yomin Carr, colocado en Vector Prime, el punto de ruptura situado en el borde de la galaxia.

Da'Gara reconsideró las órdenes que le había dado a Tu Shoolb. Las instrucciones de Yomin Carr especificaban que el recorrido hasta el cuarto planeta fuera uniforme, pero el Prefecto estaba ansioso, y, si Carr había hecho bien su trabajo no ocurriría nada. Obviamente, la aceleración podía obligarles a realizar algunas correcciones de trayectoria en el último minuto para interceptar adecuadamente el planeta, pero eso daba igual. el Prefecto quería hacerlo. Se dirigió al compartimento principal para comunicarse con el gran yammosk, el Coordinador Bélico. La gigantesca criatura tenía una cabeza bulbosa enrojecida por la ansiedad. Poseía, además, un amasijo de numerosos tentáculos, algunos de los cuales eran gruesos y otros delgados como filamentos, pero de una longitud de cientos de kilómetros. Los apéndices se enrollaban y estiraban, lo que revelaba claramente su deseo de comenzar la acción.

Da'Gara era un Prefecto, que no era un título cualquiera, y esta nave estaba bajo su mando; pero la verdadera misión era responsabilidad del Coordinador Bélico, una criatura, una herramienta manipulada genéticamente durante siglos para servir a su pueblo con su don para la conquista.

El yammosk estaba ansioso.

Da'Gara también.

—oOOo—

—Tiene cola —anunció uno de los científicos de ExGal-4. Después se levantó y dio un golpecito en el borde de la consola—. ¡Lo sabía!

Danni, Bensin y los demás se acercaron al monitor del puesto siete y asintieron al reconocer la cola visible del asteroide.

—No es muy grande —dijo otro, pero lo cierto es que se apreciaba claramente.

—Entonces es un cometa —susurró Bensin Tomri.

En ese momento surgieron varias conversaciones a la vez, la mayoría sobre la aparente ausencia de calor más allá del borde galáctico. La cuestión era si, como afirmaban muchos científicos, había calor solar y energía fuera de la galaxia, entonces era imposible que un cometa atravesara la barrera con restos de hielo intactos.

Danni y Bensin intercambiaron sonrisas sinceras. Había sido un día de descubrimientos inesperados, algo que siempre resulta delicioso para la mente de un científico. En primer lugar, habían comprobado que el asteroide aceleraba significativamente, aunque aún no habían determinado si se debía a un rebote en el borde galáctico o a alguna fuerza gravitacional aún por descubrir. Pero ahora resultaba que no era un asteroide, sino un cometa, con una cola pequeña, pero perfectamente apreciable.

— ¿Ha arreglado Garth el sistema de comunicación? —preguntó Danni.

—Está en ello —replicó Bensin Tomri—. Algo se comió los cables, y tiene que construir un conector lo suficientemente grande para unirlos todos.

Al otro lado de la habitación, Yomin Carr se divertía contemplando lo que ocurría a su alrededor. No era un cometa y no tenía cola. Los órganos largos y volubles que se extendían a lo largo de la cola de la nave viviente eran enormes criaturas membranosas ancladas al extremo por los coralitas, versiones más pequeñas de los cazas de coral yorik. Cuando los campos gravitatorios mostraban un impulso demasiado débil, las membranas se extendían como velas cósmicas y empujaban a la nave, movidas por las corrientes estelares.

Garth Breise entró en la habitación arrastrando una gran caja metálica.

—Tardaré dos días —dijo a Danni.

—Lo quiero mañana —respondió ella—. Tenemos que darles tiempo para llegar allí.

Garth suspiró, pero asintió y se marchó.

Yomin Carr se limitó a sonreír. Sabía que todo aquello era inútil. Cuando Garth Breise arreglara los cables descubriría que el sistema seguía sin funcionar. el guerrero yuuzhan vong se preguntaba cuánto tardarían en localizar el siguiente problema: los cables sutilmente desconectados en lo alto de la torre.

Sí, esos estúpidos seres se llevarían muchas sorpresas en los próximos días y no podrían avisar a sus compañeros. Luego, el planeta ardería a su alrededor.

Aquella tarde, la puesta de sol se tiñó de verde y naranja, una clara señal de que los pequeños dweebit de Yomin Carr estaban empleando su talento letal.

—oOOOo—

Da'Gara se sentó en su compartimento multicolor y sintió las vibraciones y los cada vez menos sutiles movimientos a su alrededor. Todo estaba en marcha. Había ordenado la deceleración para interceptar al cuarto planeta, el lugar que el yammosk y él emplearían como base de operaciones.

En el exterior, docenas de coralitas se abrieron, arrastrando con ellos la gigantesca vela membranosa. Las pequeñas naves plegaron la vela en forma de semicírculo y dejaron a la nave viviente situada en el vértice. Los dovin basal, a las órdenes de los timoneles, liberaron su enlace con la gravedad del planeta y se enlazaron con campos gravitacionales opuestos. De esa forma, la velocidad de la enorme nave viviente disminuyó.

Los coralitas recogieron la nave, que se posó en el planeta con un movimiento seco y sin provocar la gran explosión que esperaban aquellos que observaban desde lejos. Para lograrlo, la nave viviente utilizó las membranas como escudos y formó con ellas un gigantesco colchón que amortiguara el impacto.

Da'Gara, al igual que el resto de los cinco mil yuuzhan vong que iban a bordo, abrió el armario y extrajo una criatura carnosa y cubierta de membranas, una variación del enmascarador ooglith llamado encubridor ooglith. Con ayuda del Prefecto, la criatura subió por sus piernas y envolvió todo su cuerpo. Luego comenzó el punzante éxtasis de la unión, durante el cual millones de pequeños garfios se introdujeron en los poros de Da'Gara. La diferencia entre el enmascarador y el encubridor ooglith era que el segundo dejaba el rostro al descubierto, lo que permitía apreciar la gloria de las desfiguraciones de su portador. Tras dedicar un instante a experimentar por completo la conexión, Da'Gara sacó de un tanque de agua una suave criatura con forma de estrella y se la llevó a la cara. el ser se aferró a su rostro y Da'Gara sintió una ligera náusea cuando el tentáculo central del gnullith se introdujo en su boca y bajó por su garganta. Tuvo que ponerse un dedo a cada lado de la nariz para evitar quedarse sin respiración.

Pero, en ese momento, la conexión se completó y la criatura lo comprendió. el ser respiraba ahora en el agua del interior del cuerpo de Da'Gara, mientras que éste aspiraba el oxígeno necesario a través de su nariz.

El Prefecto salió a los pasillos de burdas paredes y bajó al nivel inferior, donde

le esperaban el gran yammosk y sus muchos soldados.

El yammosk los guió al exterior de la nave viviente, con los tentáculos gruesos extendidos y bien aferrados a la superficie helada. Entonces, la criatura sacó su gigantesco diente y lo clavó en el hielo una y otra vez con la fuerza de un cañón de iones, excavando cada vez más y más hondo, mientras su único colmillo segregaba un líquido que erosionara aún más la corteza.

Al cabo de una hora, el colmillo logró atravesar el hielo, y el yammosk, no perdió ni un segundo en contorsionar su gigantesco y deshuesado cuerpo y deslizarse por el agujero hacia el submundo helado.

Da'Gara y su tripulación le siguieron rápidamente cuesta abajo, hundiéndose en el agua, donde los gnullith que llevaban aferrados al rostro respirarían por ellos y los encubridores ooglith les protegerían de las heladas temperaturas.

Las secreciones del yammosk desaparecieron enseguida, y el hielo volvió a cubrir rápidamente el agujero, pero no antes de que una descomunal criatura, un gusano tubular marrón, deslizara uno de sus extremos a través de la abertura, enlazando la nave viviente con el agua bajo la superficie helada. el aire del interior de la criatura tubular estaba demasiado caliente para que se volviera a formar hielo, lo que convertía al ser en nexo de unión y línea de comunicación entre la nave y Da'Gara.

Entonces, los pilotos de los coralitas se pusieron manos a la obra, superponiendo cuidadosamente las membranas y soltándolas. Volaron a la zona superior de la nave y allí esperaron las órdenes del Coordinador Bélico.

—oOOoo—

¡Al final la gravedad del planeta lo ha atraído! —anunció Bensin Tomri excitado.

Los quince estaban en la sala de control, esperando que ocurriera algo así. Todos esperaban que la aceleración del cometa no fuera lo suficientemente fuerte como para hacerle pasar de largo sobre el cuarto planeta del sistema Helska.

Todos contemplaron atentamente cómo el pequeño punto luminoso se acercaba al planeta.

No ocurrió nada. Ni una explosión ni la vaporización del hielo del planeta.

Nada.

— ¿Pero qué...? —preguntó más de un científico confuso.

Se habían quedado estupefactos. Era cierto que los datos procedentes del cometa no implicaban conclusiones determinantes, ya que no mostraban nada conocido en su composición, pero esto...

— ¿Has arreglado la torre de comunicación? —preguntó Danni a Garth, un tanto cortante.

—Ya sólo tengo que subir a la torre para comprobar las conexiones —replicó el hombre con tono frustrado.

La mirada de Danni no dejaba lugar a dudas.

—Ya voy, ya voy —dijo Garth, levantando las manos derrotado. A continuación salió de la habitación.

— ¿Alguien tiene alguna idea sobre lo que acabamos de ver? —preguntó la frustrada Danni, volviendo la mirada a la pantalla.

No recibió respuesta.

—Tenemos que contactar con ExGal —dijo Bensin—. Con la torre o desde el espacio.

— ¿Quieres subir a la nave repetidora? —preguntó alguien dudoso.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —intervino Danni—. La pondremos en órbita y la enviaremos hacia el planeta. En el camino llamaremos a la red galáctica.

No hubo discusión, pero a ninguno le satisfizo la idea. La última vez que utilizaron la anticuada nave repetidora apenas consiguieron ponerla en órbita, y la idea de llevarla hasta el sistema Helska era más que intimidatoria.

El único que no se mostraba asustado era Yomin Carr, que disfrutaba de veras con aquella escena de científicos torpes e indisciplinados.

CAPITULO 6

Llévame lejos, muy lejos

El *Sable de Jade* salió del hiperespacio en la última etapa de su viaje a Coruscant. Jaina conducía la nave, activando y desactivando la hipervelocidad, mientras Mara supervisaba sus maniobras. La mujer confiaba tanto en la chica que, al pasar a velocidad sublumínica, decidió dejarla sola en el puente.

Leia se quedó un tanto sorprendida cuando entró y vio a su hija sentada cómodamente a los mandos, sin rastro de Mara por ninguna parte. — ¿Dónde está tu tía? —preguntó.

Jaina se dio la vuelta con una amplia sonrisa.

—Dijo que estaba cansada.

Leia se sentó a su lado.

— ¿Cuánto falta para llegar a Coruscant? —preguntó.

—Dos horas —respondió Jaina—. Mara me dijo que saliera de la velocidad luz porque hay mucho tráfico en la zona. Quiere que la despierte justo antes de llegar.

Leia asintió y se puso cómoda. Ella también estaba cansada, cansada de todo. En los últimos años no había hecho más que renunciar a su puesto para luego tener que volver, porque siempre había alguien, incluso ella misma, que se ocupaba de recordarle que podía haber un millón de vidas en juego. Leia estaba considerada como una de las mejores diplomáticas de la Nueva República. Su heroica reputación, su capacidad de negociación y su auténtica empatía la capacitaban para intervenir en cualquier crisis.

Leia cerró los ojos y sonrió amargamente con un intenso sentimiento de fracaso al recordar que sus habilidades y su reputación no habían mejorado la situación entre Osarian y Rhommamul. Los rhommamulianos tenían derecho a quejarse de los osarianos, quienes, acomodados en el lujo que les proporcionaba el trabajo de los mineros, vivían mucho mejor que sus vecinos. Además, no era ningún secreto que los rhommamulianos apenas tenían representación en el Gobierno osariano. Pero esas discrepancias se habían canalizado y explotado, y su naturaleza se había teñido de tintes fanáticos y religiosos. Lo que debía haber sido un conflicto entre los trabajadores, corría el riesgo de convertirse en una guerra santa.

Un gran riesgo, pensó Leia, porque en todos esos años no había conocido a nadie tan intratable como Nom Anor, y más teniendo en cuenta que él y el pueblo al que supuestamente representaba iban a ser aniquilados en una guerra que no

podían ganar. Tras la desastrosa reunión, Leia le había llamado varias veces desde el *Mediador*. Él había contestado todas las llamadas, pero para decirle que no tenía tiempo de hablar con ella.

Leia se quedó dormida con esos desagradables pensamientos rondando su cabeza.

— ¡Madre mía! —susurró Jaina.

Leia abrió los ojos de par en par, pensando que había problemas.

— ¿Qué ocurre? —preguntó, evidentemente alarmada.

—El defensor estelar calamariano —respondió Jaina, señalando la esquina superior izquierda de la pantalla. Un rápido gesto con la otra mano bastó para cuadrar el monitor y obtener una vista completa de la preciosa nave.

Era espectacular. Como todas las naves calamarianas, era única, una obra de arte, dinámica y fluida, y, en último término, letal. Era la nave más grande que había sido creada en el planeta acuático. Su tamaño era casi el doble que el del crucero de combate que habían dejado entre Osarian y Rhommamul, y era, además, el primer defensor estelar calamariano creado especialmente para la flota de la Nueva República.

—Es el *Vizconde* —dijo Leia—. Se botó hace sólo dos semanas. Deben de haberlo traído para que pase el examen del Consejo.

— ¡Madre mía! —murmuró Jaina de nuevo, y sus ojos marrones brillaron.

Leia rió en silencio. Al escuchar la exclamación de Jaina, había interpretado de inmediato que había problemas y se había preocupado por si Jaina no podía solucionarlos. Examinó su aparente falta de confianza en su hija y durante un momento creyó que era una madre horrible por pensar así de la niña.

No, niña no, se recordó Leia. Ya era una mujer.

Cuando había entrado en el puente, tras terminar el informe sobre el desastre de Rhommamul, y había visto a Jaina sola, su corazón se había detenido un instante. Pero Mara, como piloto competente y la adulta más responsable que Leia había conocido, había juzgado que Jaina estaba preparada para quedarse sola.

¿Por qué no podía Leia tener la misma confianza en su hija? Contempló a Jaina minuciosamente: la seguridad de sus movimientos, la expresión tranquila en su rostro...

¿Y ahora cuánto falta? —preguntó.

Jaina se encogió de hombros.

—Has dormido una hora —explicó—. Nos debe de quedar otra media, depende de la ruta que nos asignen.

—Voy a despertar a Mara —se ofreció Leia, levantándose de la silla y sacudiéndose los últimos restos de sueño.

—Puedes dejarla descansar —sugirió Jaina—. Yo puedo aterrizar el *Sable de Jade*.

Leia lo pensó un momento. Sí, Jaina podía aterrizar la nave sin problemas, y Leia era una piloto con experiencia; podía supervisar todo. Además, Mara necesitaba todo el descanso posible. Casi estuvo de acuerdo.

Pero sólo casi. De nuevo le asaltaron las dudas sobre cómo trataba a Jaina.

—Es la nave de Mara —dijo—. Podría ofenderse si la aterrizamos sin su permiso explícito.

Contenta por la educada excusa, Leia sonrió y le dio una palmada a Jaina en el hombro.

—Sé que podrías aterrizar tan suavemente que Mara ni se movería en la cama —dijo, y le guiñó un ojo a Jaina cuando ésta se giró para mirarla.

Eso hizo a Jaina sonreír. Leia volvió a acariciarle el hombro y abandonó el puente en dirección a la habitación de Mara.

Se detuvo ante la puerta y levantó la mano para llamar, pero oyó un sonido suave procedente del interior, y dudó. Leia acercó la oreja a la puerta y escuchó.

De vez en cuando se oía a alguien sorber ruidosamente, y Leia se dio cuenta de que Mara estaba llorando.

— ¿Mara? —dijo suavemente, y llamó a la puerta.

No hubo respuesta. Leia pulsó el botón y la puerta se deslizó a un lado. Mara se sentó en la cama, de espaldas a Leia, con los hombros encogidos ligeramente, como si acabara de recuperar el control.

— ¿Estás bien? —le preguntó Leia.

Mara asintió.

Leia se sentó a su lado en la cama y, al ver la humedad en los ojos de la mujer, le pasó el brazo por los hombros.

— ¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

Mara se sentó derecha y respiró profundamente. Luego forzó una sonrisa.

—Nada en absoluto —respondió.

Leia la miró con escepticismo.

—Un sueño —explicó Mara—. Cuando me desperté me dejé llevar. — ¿Quieres hablar de ello?

Mara se encogió de hombros.

Leia esperó un poco, pero la otra mujer no parecía tener ganas de hablar. — Estamos cerca de Coruscant —explicó Leia—. ¿Quieres que ayude a Jaina a aterrizar?

—Puedo hacerlo yo —le aseguró Mara.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Andaba tan rígida que una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

Leia se levantó de inmediato y la cogió del brazo para ayudarla.

—He dormido en una postura rara —intentó explicar Mara, pero Leia no se lo creyó en absoluto y no la soltó. Por el contrario, cogió a Mara y la obligó suavemente a volver a sentarse en el borde de la cama.

—No es una mala postura —dijo Leia—. Es la enfermedad, ¿no? Mara la miró. Le costaba un gran esfuerzo tragarse las lágrimas. —El dolor ha vuelto hace un rato —admitió.

Leia suspiró y sacudió la cabeza. Deseaba que hubiera algo, cualquier cosa, que pudiera hacer para ayudar a su cuñada, su querida amiga.

—Dijiste que te dolía con frecuencia —dijo—. ¿Ha sido diferente esta vez?

Mara apartó la mirada.

—Tienes que decírmelo —dijo Leia con más dureza de la que pretendía.

La mirada que Mara le devolvió no era de enfado ni de indignación, sino más bien de incredulidad, lo que dejó a Leia un poco sorprendida. De todas formas ¿por qué tenía que decírselo? Tampoco había nada que pudiera hacer por ella. Todos los que habían padecido la enfermedad habían explicado a sus médicos lo que se sentía, y éstos, a su vez, habían enviado los informes a los mejores expertos de la Nueva República. Todos los pacientes habían detallado cada punzada y cada dolor, y habían pedido toda clase de ayuda. Y todos estaban muertos o a punto de morir.

—Lo siento —dijo Leia, con ese pensamiento tan desagradable rondándole la mente—. No tienes que decirme nada —dio un beso a Mara en la mejilla. Luego se levantó para irse y ofreció la mano a la mujer.

Mara la aceptó, pero, en lugar de levantarse, hizo que Leia volviera a sentarse en la cama. Luego la miró fijamente a los ojos durante un rato.

—Esta vez ha sido en el vientre —dijo.

Leia se mostró confusa.

—El dolor volvió mientras dormía —explicó Mara—, y esta vez me atacó al vientre.

Leia abrió los ojos asustada.

— ¿Ya se ha pasado?

Mara asintió e intentó sonreír.

—Todavía no me va a matar —respondió con una risa bastante descorazonadora.

Leia, llena de admiración ante esa mujer tan fuerte y estoica, asintió. Cada vez que aparecía el dolor, Mara se concentraba en su poder, orientaba la Fuerza hacia su interior y lo repelía.

—Pero esta vez ha sido más difícil —dijo Leia, pensando que tenía la respuesta a la inusual reacción de llanto de Mara.

La mujer negó con la cabeza.

—El dolor no ha sido tan fuerte —replicó.

— ¿Entonces? —preguntó Leia.

Mara volvió a suspirar profundamente.

—Mi vientre —dijo con solemnidad.

Entonces Leia se dio cuenta.

—Tienes miedo de no poder tener hijos —dijo.

—Ya no soy tan joven —dijo Mara con una sonrisa amarga.

Era cierto. Mara, al igual que Leia y Luke, pasaba de los cuarenta, pero, aparte de aquella enfermedad, estaba muy bien y, por lo que Leia sabía, aún podía tener niños. Leia comprendía perfectamente la preocupación de la mujer. el dolor la había atacado en el núcleo de su femineidad.

—Cuando me casé con tu hermano, hablamos de tener niños —explicó Mara—. Él había visto a vuestros tres hijos crecer tan sanos y fuertes, que deseaba tener los suyos más que nada en el mundo.

—Todavía puedes tenerlos —le aseguró Leia.

—Es posible —respondió Mara—, pero ¿quién sabe, Leia? Estoy cansada de luchar, y esta enfermedad no tiene visos de rendirse.

Pero tampoco parece estar ganando terreno —le recordó Leia.

—No me he rendido —le garantizó Mara—, pero ahora no puedo tener hijos. Ni siquiera sé si les contagiaria este mal, o si morirían dentro de mí. Y quién sabe cuándo acabará, o si, para entonces, me habrá causado tanto daño que no podré ser madre.

Leia quería decir algo que la tranquilizara, pero ¿cómo negar la lógica aplastante de las palabras de Mara? Pasó su brazo por el hombro de la mujer.

—No puedes perder la esperanza —dijo.

Mara sonrió.

—No lo haré —prometió—. Además, ahora Jaina está a mi cuidado y eso es casi igual de bueno.

Un gesto cruzó rápidamente la cara de Leia y la traicionó. — ¿Qué? —preguntó Mara preocupada.

Leia se puso roja y se rió.

— ¿Qué?

—A veces he sentido celos de Jaina y de ti —admitió Leia, sonriendo a cada palabra—. Veo la conexión que tenéis y, por un lado, me encanta que Jaina haya encontrado una amiga y mentora tan maravillosa como tú; pero, por otro, me siento fatal. Cuando os veo a las dos juntas trabajando me dan ganas de correr hacia ti, abrazarte y ahogarte al mismo tiempo.

La expresión de Mara revelaba una auténtica preocupación, pero Leia se aproximó a ella y le dio un fuerte abrazo.

—Vas a superar esto —dijo Leia—. Seguro. Y tendrás niños. Y puede que después de ti los tenga Jaina —Leia dejó de abrazarla—. ¿No sería maravilloso? —preguntó—. Las tres sentadas contándonos nuestras cosas, y Luke cuidando de todos.

Era lo mejor que le podía decir en aquel momento. Las comisuras de los labios de Mara dibujaron una sonrisa y una chispa de esperanza cruzó sus ojos verdes.

Pero Leia sabía, y lo pensó mientras volvían al puente, que la esperanza podía ser pasajera, y la imagen de ella misma y Jaina, sentadas hablando con los hijos de ésta sobre la difunta tía abuela Mara, casi le hizo venirse abajo.

Pero consiguió controlar las lágrimas. Tenía que hacerlo, todos tenían que hacerlo, por el bien de Mara.

—oOOo—

Al acercarse a la cámara principal del *Halcón Milenario*, Jacen escuchó un chasquido eléctrico y un zumbido inconfundible, y supo que Anakin estaba allí practicando de nuevo con el sable láser.

Siempre estaba practicando.

En circunstancias normales, Jacen habría dejado en paz a su hermano pequeño, pues sabía que no se pondrían de acuerdo en el estado mental en que se hallaban en ese momento; pero esta vez, tras el espectáculo que había presenciado durante la reunión con el Consejo, a Jacen le apetecía una buena discusión, así que entró en la sala.

Anakin estaba empapado en sudor. Giraba sobre sí mismo y se movía hacia los lados, mientras, con el sable láser brillando entre sus manos, intentaba eludir todos y cada uno de los numerosos disparos que emitía el pequeño control remoto que volaba a su alrededor, y que buscaba su punto vulnerable.

Su hermano pequeño estaba mejorando, admitió Jacen al ver cómo Anakin hacía descender la hoja luminosa, se movía hacia la izquierda, luego hacia arriba y de vuelta a la derecha, rechazando un proyectil de energía en cada movimiento.

La secuencia terminó. Anakin desactivó el sable y se quedó parado para recobrar el aliento.

Jacen aplaudió despacio, con un gesto de burla.

— ¿Podrías mejorarlo? —preguntó Anakin incluso antes de darse la vuelta para mirar a su hermano.

— ¿Acaso importa? —replicó Jacen.

Anakin hizo una mueca de desdén y resopló.

—Te pasas la mitad de tu vida yendo de aquí para allá con esa cosa —dijo Jacen.

—Somos Caballeros Jedi, o pronto llegaremos a serlo —respondió Anakin.

—Y todos los Jedi deberían pasar las horas de vigilia solos y bailando con los controles remotos —dijo Jacen sarcásticamente.

—Tú también practicas —le dijo Anakin de pronto.

—Y paso solo más tiempo que tú —admitió Jacen.

Anakin le miró con escepticismo. Teniendo en cuenta lo que acababa de decir, no entendía cuál era el problema.

—La soledad y la práctica tienen su sentido —intentó explicar Jacen. —Para mejorar la habilidad —respondió Anakin.

Jacen negó con la cabeza antes incluso de que su hermano terminara la previsible frase.

—Para profundizar en la comprensión —dijo él.

— ¿Ya estás otra vez con eso?

—Siempre —dijo Jacen con firmeza—. ¿En qué piensas cuando practicas?

De nuevo la expresión escéptica.

— ¿Fantaseas con que estás persiguiendo a bandidos gamorreanos? —preguntó Jacen—. ¿O te imaginas salvando la galaxia, como hizo papá?

—Cuando practico tengo la mente libre de tonterías —respondió Anakin, pero Jacen volvió a negar con la cabeza, insatisfecho con la respuesta.

—Sí, eso es antes de entrar en contacto pleno con la Fuerza —aclaró—, pero justo después... ¿en qué piensas?

Anakin comenzaba a enfadarse.

— ¿En qué piensas en esos momentos? —continuó Jacen—. ¿Qué batallas fantásticas libras en esas sesiones?

— ¿Y eso qué importa? —soltó Anakin.

—Importa porque ésa no es la verdadera Fuerza —respondió Jacen cortante—. Sigues viéndola como una herramienta, como un arma en tu guerra contra todo lo que te parece malo. Pero ésa es una filosofía muy limitada.

—Pero la Fuerza es un arma —respondió Anakin despacio—. Un arma poderosa y una gran responsabilidad.

Jacen negó con la cabeza.

—Ésos son sólo atisbos de la auténtica Fuerza —dijo—. Atisbos que muchos como tú utilizáis para satisfacer vuestro apetito personal de gloria. Anakin parecía a punto de interrumpirle.

—La Fuerza es un método de serenidad y de verdad. No es una herramienta externa para que alguien pueda aumentar su percepción sobre lo que es bueno o malo —aseveró Jacen.

— ¿Crees que la Nueva República es algo malo? —se burló Anakin.

—No es mala ni buena —explicó Jacen sin ofenderse—, pero no estoy de acuerdo con todas sus acciones. Hay comunidades que han sufrido por su causa, al igual que lo hicieron bajo el reinado del Emperador.

—Pero esta vez esas acciones han conducido a bienes mayores —discutió

Anakin con convencimiento, evidentemente disgustado por la comparación entre la Nueva República y el Imperio.

Jacen se limitó a reírse, y aquella reacción burlesca bastó para que Anakin se diera cuenta de la sutil verdad escondida tras las palabras de su hermano.

—Me pone enfermo oír esto —dijo Anakin.

—Pues lo oirás hasta que descubras la verdad —respondió Jacen inmediatamente—. Ésa es mi responsabilidad.

— ¿Te lo dijo el tío Luke?

—Esto no tiene nada que ver con él —replicó Jacen—. Tiene que ver contigo y conmigo.

—Va a volver a reunir el Consejo Jedi —dijo Anakin, como si esas palabras le dieran la victoria.

—Tiene que hacerlo —dijo Jacen, y en su tono dejó claro que no le gustaba admitirlo—. Su otra alternativa es arriesgarse a soportar el desastre que supone tener un montón de Caballeros Jedi como tú, sueltos por la galaxia y haciéndolo todo mal.

Hizo un gesto con las manos para dar por terminada la conversación y se dio la vuelta, pero Anakin le agarró por el hombro antes de que pudiera dar dos pasos y tiró de él.

Anakin cogió la empuñadura de su sable láser.

—Esto —dijo con énfasis—, es un instrumento de la ley.

—No —le gritó Jacen en la cara—. Es una herramienta mediante la cual un Jedi puede mirar dentro de sí mismo y encontrar la paz interior, un baremo para medir su aceptación de la Fuerza.

La expresión de Anakin reveló claramente que no entendía nada en absoluto.

—Negar el acceso completo a la Fuerza durante un entrenamiento debilitará tus movimientos y hará que te hieran a menudo —replicó Jacen—. No se trata de guerras, Anakin, consiste en encontrar la paz y el lugar que ocupas en la galaxia.

—Bonitas palabras que no significan nada cuando la pelea ha comenzado —exclamó Anakin.

—Un Jedi en paz es mucho mejor guerrero —dijo Jacen. —Demuéstralo —Anakin enfatizó el reto activando su sable láser, que brilló y zumbó al encenderse frente a la cara de Jacen.

—Si tengo que hacerlo para que te entre en esa cabezota... —respondió Jacen

alejándose unos pasos. Después, se dio la vuelta para enfrentarse a Anakin y activó su sable láser.

Anakin cerró la puerta. Al tío Luke no le gustaría verles enfrentándose allí, y a su padre mucho menos. A continuación se volvió hacia su hermano, que ya se acercaba con pasos medidos.

—Quizás admitas la verdad cuando te derrote —dijo Anakin, pero Jacen parecía no escucharle porque estaba entrando en los niveles más profundos de concentración, la antesala al vacío de consciencia que implicaba la aceptación pura de la Fuerza.

Ambos se detuvieron un momento, y luego, de repente, Anakin se adelantó con rapidez, girando el sable láser a su alrededor y buscando el hombro de Jacen. Cuando éste lo esquivó fácilmente, Anakin atacó en la otra dirección, justo desde el ángulo opuesto.

Jacen volvió a eludir el golpe, interceptando el sable de Anakin con el suyo y llevando ambas armas de un lado a otro; primero a la izquierda y luego al lado opuesto. Cuando las hojas se levantaron verticales, justo en medio de los dos hermanos, Jacen giró la muñeca y su sable rechazó el de Anakin.

Pero Anakin estuvo a la altura e impulsó el arma hacia abajo para romper la poderosa llave. Después volvió a subirla rápidamente, justo a tiempo de apartar la hoja de su hermano, antes de que éste pudiera colocarle el luminoso filo en la garganta y apuntarse así una victoria rápida.

Levantó el sable por encima del hombro y lo lanzó hacia delante. Las chispas saltaron al encontrarse con el arma de Jacen. Atacó de nuevo una y otra vez, como si quisiera arrojar a su contrincante a través de la pared.

—La ira te traiciona —dijo Jacen, y las palabras provocaron un escalofrío en Anakin.

Eran palabras que definían claramente el momento que estaban viviendo, y también el Lado Oscuro de la Fuerza, un lugar que ningún Jedi podía permitirse visitar.

El ataque de Anakin se suavizó. Los golpes se volvieron más suaves y él se limitó a moverse lo justo para esquivar los ataques de Jacen.

Continuaron moviéndose por la sala durante varios minutos. Cada uno ganaba terreno y volvía a perderlo ante la rápida respuesta del adversario. Ambos tenían que confiar en sí mismos y en su oponente, ya que sus sables láser no podían ser colocados en modo de práctica, y el más mínimo error podía causarles graves daños.

Pero, aun así, siguieron adelante, solventando sus diferencias de pensamiento mediante el combate, y, a pesar de la advertencia de Jacen, no pasó mucho tiempo sin que estuvieran peleando con furia: asestando y esquivando, golpeando arriba y abajo, y, más que esquivando, rechazando una y otra vez la hoja del otro. Jacen fue el primero en salir de aquel círculo vicioso, suavizando sus movimientos y sus giros sin apenas ofrecer rutinas defensivas.

Esa repentina pasividad sólo consiguió provocar más a Anakin. Su sable láser golpeó una, dos y tres veces desde la izquierda; luego recorrió un arco completo, girando mientras lo hacía, y se descargó una, dos y tres veces desde la derecha.

Jacen esquivó los tres primeros golpes desde su izquierda. A continuación volvió a eludir el arma una y otra vez desde la derecha, y luego... se agachó.

Anakin, que estaba totalmente inmerso en el combate, pensó en dar un tercer golpe y volver a dar la vuelta, pero lanzó la hoja hacia su hermano agachado y se tambaleó cuando su arma encontró sólo el aire.

Entonces, Jacen se alzó y atacó. Fue un golpe sutil y rápido que envió el sable de Anakin lejos e hizo que el chico retrocediera, agarrándose la mano herida.

Jacen apagó el sable.

—La Fuerza es un poder interior y debe usarse para el bien interior —dijo—. No somos una patrulla galáctica.

Anakin miró a su hermano con frialdad durante un buen rato, evidentemente sorprendido de que Jacen, que practicaba mucho menos que él, le hubiera vencido tan limpiamente.

—El tío Luke utilizó la Fuerza para destruir la Estrella de la Muerte —le recordó Anakin.

—Y Mara lo emplea ahora para combatir su enfermedad —replicó Jacen—. Sólo cuando alcancemos la paz interior podremos pensar en actuar correctamente en las batallas de la gran galaxia.

Anakin no respondió y se quedó ahí, de pie, agarrándose la mano y mirando a su hermano durante un largo y silencioso rato.

—Estás mejorando —le dijo Jacen. Luego le guiñó el ojo y se fue hacia la puerta.

—La próxima vez te ganaré —fue la previsible respuesta de Anakin. Jacen sonrió al salir al pasillo que conducía a la escalera. Más abajo, oyó un ruido metálico y unas cuantas maldiciones proferidas por su frustrado padre, que seguía trabajando.

— ¡Vas a fundir los cables! —gritó Han.

Chewbacca aulló y se oyó una réplica aguda y chisporroteante, seguida por un lamento de Han.

La cabeza de Chewie asomó por el panel de servicio abierto. — ¡Vuelve aquí, bola de pelo! —gritó Han.

Chewbacca salió del agujero con un único y ágil salto, o al menos así le pareció a Jacen, hasta que vio el brazo de su padre asomando por el agujero de detrás del wookiee, con un cable chisporroteante en la mano, y el humo saliendo del trasero de Chewie.

Jacen no pudo evitar reírse, pero intentó con todas sus fuerzas contenerse cuando el wookiee se acercó a él frotándose el trasero.

— ¡Aaaah, aaaaaah! —aulló Chewie.

—Yo no he sido —exclamó Jacen—. Ha sido Anakin.

Chewie aulló de nuevo.

—No, no da lo mismo —protestó Jacen.

El wookiee abrió los brazos, abarcando una distancia de unos tres metros, y negó con la peluda cabeza, gruñendo y rugiendo.

—Yo no dije que pudieras girar el *Halcón* —replicó Jacen—. Y yo tampoco lo he hecho. Díselo a Anakin.

— ¡Aaaah, aaah, aah!

— ¿Podrías pasarte por aquí y ayudarme con este compensador? —preguntó Han con frialdad, obligando al wookiee a darse la vuelta. Llevaba un par de cables en la mano, y uno de ellos soltaba chispas de forma intermitente. La cara de Han estaba cubierta de grasa, y los ojos y los dientes le brillaban por el contraste.

Jacen se rió de nuevo, o al menos comenzó a hacerlo; pero Chewie se dio la vuelta y le miró enfadado. Nada como la mirada ceñuda de un wookiee para callarte.

— ¿Y bien? —preguntó Han.

Chewie emitió un rugido de resignación, dio media vuelta y volvió al panel de servicio abierto.

Un rato después, Mara, Jaina y C-3P0 encontraron a sus amigos trabajando en el *Halcón*. Leia había ido a hablar con el Consejo para darles un informe completo sobre su misión en Osarian y Rhommamul.

Jaina se dirigió inmediatamente a sus hermanos y los dejó boquiabiertos con el relato de su huida de los Incursores Z-95. Anakin resoplaba entusiasmado con la

historia y se la tomaba como una prueba para comprender el grado de percepción de la Fuerza.

Jacen no se molestó en retomar la discusión.

C-3P0 también corrió al encuentro de R2-D2 y comenzó a detallar minuciosamente la aventura con Nom Anor, "una persona de lo más desagradable", según explicó.

R2-D2 silbó impresionado, sobre todo cuando C-3P0 le contó el encuentro final, cuando se vio cara a cara con el poderoso Nom Anor, el líder rhommamuliano.

Mientras tanto, Mara explicó a Luke la temeraria intervención de Wurth Skidder.

—Es demasiado temperamental —dijo ella.

— ¿Estás segura de que no estaba simplemente intentando ayudar? —preguntó Leia.

—No necesitábamos su ayuda —respondió Mara con decisión—. Y él lo sabía perfectamente. el *Sable de Jade* tenía munición de sobra para enfrentarse a unos cuantos Incursores. Además ya nos íbamos cuando llegó hasta donde estábamos. No, Wurth quería divertirse un poco y añadir un par de calaveras a la carrocería de su nave.

Luke, que se sentía impotente, se encogió de hombros. Había cien Caballeros Jedi vagando por la galaxia. ¿Cómo iba a controlarlos a todos?

—Uno a uno —dijo Mara, y cuando Luke le dirigió una expresión curiosa, ella se limitó a devolverle una sonrisa pensativa—. Estás escuchando todos los problemas y tienes la sensación de que te superan, pero hay que resolverlos uno a uno. Tu hermana puso a Wurth en su sitio, al menos por ahora, así que no creo que tengas que preocuparte por él de momento.

— ¿Qué te parecería ir de excursión al Borde Exterior? —le preguntó Luke.

Ahora le tocó a Mara poner cara de curiosidad. Luke esbozó una sonrisa de intriga.

Entonces él le dio un fuerte abrazo y se rió con ganas. Siempre se sentía mucho mejor cuando su mujer estaba cerca.

—oOOOo—

Chewie esperaba tranquilamente en pie, fuera de la Cámara del Consejo, apoyado contra la pared con las manos detrás de la cabeza. Cuando Mara y Jaina llegaron al *Halcón*, Han envió al wookiee a escoltar a Leia, pero Chewbacca se dio

cuenta de que lo único que Han quería era mantenerlo alejado de él y del *Halcón*. La reparación no iba muy bien, y Han y Chewie se habían pasado la mayor parte de la última hora aullándose el uno al otro. Ambos necesitaban un descanso, y Chewie estaba de acuerdo.

Pero cuando uno de los consejeros, Fyor Rodan, de Commenor, salió de la habitación de repente y comenzó a apuntar con el dedo a Chewie y a mascullar algún argumento irresoluble sobre ciertos privilegios comerciales que tenía Kashyyyk, el planeta del wookiee, éste se dio cuenta de que no había pasado el tiempo suficiente alejado de los gritos de Han.

Leia salió un rato después de la Cámara del Consejo y se llevó las manos a la cabeza. Allí, al otro lado del pasillo y dentro de un armario, estaba Fyor Rodan colgado del cuello en una percha.

—Permítame alabar sus amistades —dijo el consejero con frialdad. —Chewie, bájale —ordenó Leia.

Chewbacca gruñó y negó con la cabeza.

—El consejero Triebakk sabrá esto —amenazó Fyor Rodan—. ¿Conoces a Triebakk, no? —tanteó a Chewie.

Chewie cerró la puerta del armario.

—No puedes ir por ahí tratando así a los consejeros —le regañó Leia, dando un paso adelante. Pero entonces se detuvo y empezó a pensar en la reunión de la que acababa de salir. Recordó la interminable charla sobre detalles insignificantes y el desdén que habían mostrado dos de los consejeros ante la preocupación que mostraba Leia por haber fracasado en el tema de Osarian y Rhommamul; una actitud por otra parte lógica desde un punto de vista político.

—Vámonos —dijo bajando por el pasillo, con Bolpuhr deslizándose tras ella.

— ¿Aaaaah? —preguntó Chewie, y cuando Leia se dio la vuelta, él echó a andar hacia la puerta.

—Con suerte no le encontrarán hasta que nos hayamos ido —explicó Leia. Chewie soltó un gruñido de asentimiento y ambos se fueron.

El humor de Leia mejoró en cuando llegaron al *Halcón* y pudo volver a ver el brillo en los ojos de su marido. Después de tantos años, entre Leia y Han aún ardía la chispa del amor y el respeto profundo y sincero.

—Chewie te encontró —dijo Han, acercándose a Leia para darle un fuerte abrazo—. Seguro que te oyó gritar desde abajo.

—Mara te ha contado lo de Nom Anor —dedujo Leia.

—Y lo de Wurth Skidder —añadió Luke, saliendo de la rampa de descenso.

Leia suspiró y movió la cabeza.

—Tienes que hacer algo con él —respondió.

—Sólo una cosa cada vez —explicó Luke.

¿Qué pasa ahora? —preguntó Leia exasperada.

—Bueno, parece que nos vamos de excursión —le dijo Han. —Espero que sea muy lejos —añadió Leia.

Han se rió.

—Lo más lejos posible.

—Y no sería bastante —dijo Leia, mirando furiosa en dirección al edificio del Senado—. ¿Habría alguien capaz de satisfacer por completo a esa panda?

Luke soltó una risita. Él sabía la respuesta.

—Ningún punto de vista puede satisfacer a un grupo tan... —se detuvo para buscar la palabra adecuada— ...ecléctico.

—Qué diplomático —dijo Leia—. Bueno, ¿cuál es ahora el problema?

—Te lo contaré por el camino.

— ¿Jedi?

La risita de Han le indicó que había acertado, y eso le provocaba todavía más ganas de irse. Una gran parte de ella quería unas vacaciones lejos de todo aquel caos, pero, tras el incidente con Wurth Skidder, Leia empezaba a tomarse como algo personal los incidentes con los Jedi. No había dedicado mucho tiempo a pensar en los planes de Luke para volver a formar el Consejo Jedi porque, en vista de todas las responsabilidades que las autoridades de la Nueva República le endilgaban sin cesar, no lo había considerado su problema, pero ahora empezaba a tener una perspectiva más amplia, que sería aún más amplia si Luke ponía un poco de orden entre los Jedi.

—Vamos a ver a un viejo amigo —dijo Han.

Leia le miró curiosa.

—Lando —explicó él.

Demasiado para unas vacaciones, pensó Leia. Siempre que Lando estaba implicado, aunque fuera de forma indirecta, las situaciones se complicaban y se volvían peligrosas. La verdad es que no le emocionaba la idea de que su marido tuviera alguna clase de trato con Lando, pues sabía que ese hombre siempre se las

arreglaban para llevar a Han al borde del desastre. Por supuesto, eso reforzaba sus razones para acompañarle.

— ¿Qué pasa con Mara? —preguntó a Luke, intentando con todas sus fuerzas no mostrar su profunda preocupación.

—También viene —respondió Luke—. Jaina y ella están trazando la ruta ahora mismo. Siempre que podamos hacer volar el *Halcón* de nuevo. Leia miró a Han.

—Anakin —explicó él, y de alguna manera, a Leia no le sorprendió. — ¿Estás seguro de que Mara quiere venir? —preguntó Leia a Luke.

—Intenta detenerla —respondió Luke.

Leia consiguió sonreír. A pesar de todo el dolor y de la inminente amenaza de muerte, Mara estaba resuelta a vivir su vida plenamente, sin que la enfermedad fuera el centro de su existencia.

Eso hizo que Leia se alegrara todavía más de que Mara fuera la mentora de Jaina.

CAPITULO 7

Lanzamiento

Ah, ¿pero acaso lo dudaba alguien? —dijo Bensin Tomri sarcástico— cuando Danni anunció que iría en la nave repetidora hasta el helado cuarto planeta del sistema Helska.

—No vas a ir sola —intervino Tee-ubo. Danni se mostró de acuerdo.

Al final, se decidió que irían tres, incluida la propia Danni como capitana de la misión y piloto de la antigualla voladora, y alguien con conocimientos geológicos.

Un rato después, Danni llamaba a la puerta del aposento de Yomin Carr. el alienígena encontró a la joven en el pasillo, sonriendo tímidamente.

—Has venido a pedirme que me ofrezca voluntario —dedujo Yomin Carr.

—Pensé que sería una buena compensación por tu diligencia y tu trabajo —respondió Danni—. Tú deberías haber descubierto el cometa.

—Así que ahora vienes a ofrecerme la oportunidad científica de mi vida —dijo Yomin Carr con la mayor seriedad.

Danni asintió y sonrió. Suponía que él se mostraría satisfecho.

—Me temo que voy a tener que negarme —dijo el guerrero yuuzhan vong. En el interior de su oído, el pequeño tizowym seguía vibrando. Yomin Carr se concentró por un instante en los sonidos y se dio cuenta de que era el momento de dar a la situación un toque de frivolidad—. Me lo pides a mí porque sabes que nadie más está tan loco como para subirse a esa basura que llamas nave —dijo forzando una sonrisa.

Danni se rió y no se lo discutió.

—Pero eso no estaría bien —dijo Yomin Carr muy serio, un momento después.

Conocía las implicaciones que aquello podía tener. Según sus instrucciones, no le estaba permitido bajo ninguna circunstancia acercarse al planeta base. Desobedecer esa orden le supondría la pena de muerte y, además, de una forma deshonrosa. Yomin Carr no podía tener contacto físico con el Coordinador Bélico ni con nadie más. Su única forma de comunicación eran los seguros villips.

—No hace tanto que estoy en ExGal —dijo Yomin Carr—. La mayoría lleva en Belkadan más que yo en la organización. No podría quitarles la oportunidad.

—Tú mismo lo has dicho —replicó Danni—. La mayoría ni siquiera quieren ir.

—Pues claro que quieren —le aseguró Yomin Carr—. Tienen miedo de la nave, como yo, y tú también deberías tenerlo; pero lo cierto es que cualquier científico estaría ansioso por aprovechar esta oportunidad.

—Cualquiera menos Yomin Carr —dijo Danni sarcásticamente.

—Yo creo en las prioridades —respondió Yomin Carr.

El yuuzhan vong se sentía satisfecho ante el hecho de que Danni, dado su comportamiento desde que llegó a Belkadan, no podía discutirle ese hecho. Yomin Carr siempre llegaba puntual a su turno y permanecía en su puesto hora tras hora, día tras día y semana tras semana; mientras los demás, Danni incluida, se tomaban un poco a la ligera sus responsabilidades.

—Recluta a la tripulación entre quienes crean merecérselo —dijo Yomin Carr.

Ambos sonreían cuando Danni se alejó por el pasillo. La joven aceptaba su cortés negativa. En cuanto se marchó, Yomin Carr cerró la puerta de su habitación privada con gesto de preocupación. Se preguntó si debería matarlos a todos mientras dormían para evitar el riesgo de que su pueblo fuera descubierto. Se puso de rodillas y posó varias veces la frente en el suelo, invocando a Yun-Harla *La Diosa Oculta* y a Yun-Yammka el *Aniquilador* para que le ayudaran. Mientras recitaba sus plegarias de guerrero contra la imposible superficie, sus dedos palidecieron debido a la presión que ejercía sobre el suelo.

Y entonces, Yomin Carr recuperó la calma y volvió a controlar sus pensamientos. Tenía que encontrar el equilibrio entre lo que podía suponer sólo una amenaza y lo que podía provocar un auténtico desastre. Fue a buscar la pequeña cajita. el tizowym llevaba demasiado tiempo en su oído y corría el peligro de caer exhausto. Si la criatura se pasaba demasiado tiempo dentro de su sistema auditivo, las vibraciones podían llegar a matarle.

Poco tiempo después, el guerrero salió de su habitación y, de nuevo en la oscuridad de la noche, se deslizó en busca de la pequeña nave repetidora.

Lo que más trabajo le había costado a Yomin Carr durante su intensa formación había sido aprender a trabajar con máquinas sin contar con las herramientas vivas que empleaba su pueblo. Se recordó a sí mismo la importancia de los bienes mayores y aceptó estoicamente su papel, como lo había hecho durante todos sus años de entrenamiento. Lo cierto era que se sentía orgulloso de ser el mejor técnico de toda la Pretoria Vong.

Yomin Carr no se molestó en ocultarse, había demasiada gente a su alrededor y no esperaba pasar inadvertido. Activó la iluminación y no se esforzó en absoluto en disimular los ruidos metálicos.

Como era de esperar, al cabo de una hora apareció Danni y le encontró trabajando intensamente en el compensador de inercia de la nave repetidora.

—Se ha desprendido la junta de la bomba de presión —explicó Yomin Carr con sinceridad. En ese momento estaba realmente arreglando la nave, pero si Danni hubiera llegado unos minutos antes, cuando Yomin Carr estaba desconectando el emisor de señales del puerto de comunicaciones, quizás hubiera pensado que algo no iba bien.

—Salimos en tres horas —le informó ella.

—Estoy comprobando los sistemas vitales —replicó Yomin Carr—. La hipervelocidad no funciona correctamente, pero llegaréis, aunque no muy rápido. el impulso iónico funciona bien.

Danni asintió. Ella acababa de hacer las mismas comprobaciones. — ¿Qué le pasa al compensador? —preguntó ella.

—Sólo era la junta —replicó Yomin Carr. Luego pasó el soldador láser por el exterior del anillo metálico y anunció que el problema estaba resuelto.

Danni se acercó, inspeccionó el trabajo y asintió con aprobación.

— ¿Estás seguro de que no quieres venir? —preguntó ella—. Bensin Tomri y Cho Badeleg vienen conmigo, pero podemos hacerte sitio.

—Excelente elección —dijo Yomin Carr—, pero no; uno más en la nave repetidora elevaría el riesgo de la misión. Si queréis permanecer un tiempo en el planeta para estudiarlo de cerca, no hay reserva de combustible suficiente para que podamos ir y volver los cuatro, sobre todo con la hipervelocidad funcionando bajo mínimos.

—Esto me huele a conejillo baldaviano —replicó Danni, refiriéndose a la nerviosa criatura que se utilizaba como símbolo de cobardía.

Yomin Carr se limitó a reírse. Sabía que ella acababa de insultarle en broma, pero no había entendido en absoluto la referencia.

—Vete a dormir —le dijo, y volvió al trabajo.

Danni le puso la mano en el hombro.

—Quiero que sepas que aprecio lo que estás haciendo —dijo. Yomin Carr asintió y mantuvo la sonrisa perfecta. ¡Si esa mujer supiera la ironía que había en lo que acababa de decir!

Un rato después, Yomin Carr pulsaba el transmisor a larga distancia de la nave repetidora y llamaba a la cercana estación ExGal-4. La pantalla indicaba que su

señal había sido recibida, pero, por supuesto, y gracias a los esfuerzos de Yomin Carr, no era así.

Se irían al espacio convenientemente incomunicados.

Pero eso sólo satisfizo en parte al cauteloso agente yuuzhan vong. Aún corrían el riesgo de que Danni y sus compañeros se encontraran con otro vehículo de camino al Coordinador Bélico. No había mucho tráfico en la ruta, pero era posible, sobre todo teniendo en cuenta que alguien más podía haber localizado la nave.

Con ese pensamiento en mente, Yomin Carr regresó a su habitación y se dirigió a sus villips. Levantó la tela y llamó al prefecto Da'Gara. Cuando el villip de Da'Gara se activó, Yomin Carr reconoció el gnullith aferrado al rostro del Prefecto. La simbiosis era tan completa que el villip interpretó al ser como parte de su anfitrión y así lo reflejó en la imagen.

—Que vengan —respondió Da'Gara cuando Yomin Carr le informó de la misión—. Hiciste bien en incomunicarlos.

—Cuidado con la mujer llamada Danni Quee —explicó Yomin Carr—. Es extraordinaria.

En la cara del villip con forma de Prefecto se dibujó una sonrisa tan amplia que las comisuras de sus labios sobresalieron por los extremos del gnullith.

— ¿La convertimos?

Yomin Carr consideró esa posibilidad un buen rato. Lo cierto era que Danni sería un buen guerrero yuuzhan vong, pero esas mismas aptitudes suyas hacían difícil el proceso. La voluntad de la joven era férrea, y él dudaba de que se la pudiera doblegar para obligarle a volverse contra su propio pueblo. Su expresión, reflejada perfectamente ante el prefecto Da'Gara a través del villip, mostró claramente sus dudas.

—Entonces será un sacrificio digno —respondió Da'Gara—. Recibirá una muerte honrosa en el momento adecuado.

—Me honra que aceptéis mis palabras, Prefecto —replicó Yomin Carr.

Teniendo en cuenta que estaban hablando de sacrificios, el rito más importante para los yuuzhan vong, resultaba curioso que Da'Gara hubiera aceptado su sugerencia. Todas las especies inteligentes veían la muerte como algo inevitable, pero la cultura yuuzhan vong le daba la bienvenida y consideraba la vida como una mera preparación para la muerte. Todos iban a morir, así que el único factor relevante era el cómo. Normalmente, las muertes más deshonorosas se reservaban para los enemigos.

— ¿Cuánto tiempo le queda a Belkadan en su estado actual? —preguntó el Prefecto.

—No mucho —prometió Yomin Carr. Aquella misma mañana había hecho algunas investigaciones y cálculos—. Los gases alcanzarán su estado crítico en un par de días. Después, las tormentas llegarán con fuerza.

— ¿Tienes el encubridor ooglith? —preguntó Da'Gara—. Sería una pena que alguien tan eficiente como Yomin Carr acabara muriendo en un planeta lejano.

—Estoy preparado, Prefecto —respondió Yomin Carr, poniéndose firme ante el cumplido. Sus obligaciones, por desgracia, casi habían llegado a su fin. Tras la transformación de Belkadan, lo único que tenía que hacer era quedarse en el planeta y conducir las tormentas tóxicas mientras la conquista se llevaba a cabo—. Sólo espero encontrar algo en lo que pueda servirle mientras espero.

—Tal vez lo haya —respondió Da'Gara—. Quizás utilicemos los datos de tu estación para facilitar la entrada del próximo grupo de mundonaves. Y lo más probable es que el ejecutor Nom Anori reconozca tus buenos servicios y te reclute para ayudarlo como espía.

En ese momento, alguien llamó a la puerta de Yomin Carr. el yuuzhan vong cubrió el villip rápidamente y lo ocultó en el armario. Después se quitó la camisa y corrió hacia la puerta, frotándose los ojos para simular que acababa de despertarse.

Garth Breise, con un cable enrollado en el hombro, estaba en el pasillo. — ¿Listo? —preguntó.

—Todavía está oscuro —dijo Yomin Carr.

—Prefiero enfrentarme a los peligros de la jungla nocturna que al mal genio de Danni Quee —replicó Garth Breise.

Yomin Carr volvió para recuperar su camisa. Todo iba a las mil maravillas.

—oOOoo—

El aire de la mañana era frío, pero no helado, y traía un espeso olor a sulfuro. Garth Breise arrugó la nariz varias veces, pero no dijo nada. Yomin Carr se sintió aliviado y pensó que quizás él era más sensible al olor porque sabía lo que presagiaba. Tal vez por eso Garth Breise apenas lo había notado. — ¿Quieres ir primero a ver el despegue? —preguntó Yomin Carr de camino hacia el hangar en el que Danni y los otros se preparaban para partir.

—Ya me he despedido —replicó Garth—. Sólo quiero acabar de una vez con este estúpido asunto.

—La torre sólo mide cien metros de alto —dijo Yomin Carr.

—Sólo —repitió Garth sarcásticamente—. Y hace frío y sopla mucho viento cuando llegas arriba.

—A lo mejor nos encontramos con un puma de cresta roja esperándonos en la base —continuó Yomin Carr, pero Garth Breise no sonreía—. Eso nos ahorraría la subida.

Preocupado por la sugerencia, Garth Breise se detuvo fuera del perímetro de control y redirigió todos los focos para que iluminaran la base de la torre. Luego cogió una pistola láser del armario de las armas, se la colocó en el cinturón y sacó otra para ofrecérsela a Yomin Carr, que la rechazó cortésmente.

Salieron del complejo, cerrando la puerta tras ellos, y se dirigieron a la construcción. Al acercarse se dieron cuenta de que había movimiento en la base de la torre, como si el suelo hubiera cobrado vida.

— ¿Pero qué son esas cosas? —preguntó Garth Breise, agachándose para inspeccionar la fuente del extraño movimiento: un enjambre de escarabajos marrón rojizo.

—Quizá sean la causa de nuestros problemas de transmisión —sugirió Yomin Carr.

—Lo que mordió el cable fue algo más grande que un escarabajo. —Pero si unos cuantos se metieron en el cable una vez roto... —dijo Yomin Carr, y dejó el resto a la imaginación de Garth.

Él, claro, sabía que ése no era el caso, y que ésa no era la única causa de los problemas del sistema de comunicación, pero Garth no, y si algunos de los escarabajos habían entrado en el cable, éste habría quedado completamente dañado.

—No vi ninguno por aquí cuando encontré la fisura —dijo Garth. Yomin Carr miró hacia arriba.

— ¿Sigues pensando que merece la pena subir? —preguntó—. ¿O prefieres inspeccionar primero el cable?

Garth se detuvo un momento antes de responder. Yomin Carr pensó que le había convencido para no subir.

—Arriba —dijo Garth, quitándose el cable del hombro—. Acabemos con esto de una vez.

Yomin Carr estuvo a punto de ponerse a discutir, pero no lo hizo. Quizás hubiera sido mejor para la misión disuadir a Garth de su idea de escalar, pero lo cierto es que Yomin Carr estaba cada vez más deseoso de un poco de acción.

Quería escalar.

Y eso hicieron. Una mano tras otra, asentando bien cada paso, asegurando la cuerda y subiendo al siguiente nivel. Todavía estaba oscuro cuando llegaron arriba. Garth Breise llegó el primero.

—Ahí lo tienes —anunció cogiendo la caja de empalmes desconectada —. el viento.

Yomin Carr terminó de subir y se puso a su lado.

—Puede ser —dijo.

Un estruendo a sus espaldas les indicó que Danni y el resto estaban ya en camino. Miraron hacia arriba y vieron a la nave repetidora ascender por el cielo oscuro, con el humo de las toberas desdibujando las estrellas.

—Prefiero estar aquí que allí —comentó Garth.

—Pero una amenaza aquí arriba tú eres —dijo Yomin Carr.

— ¿Qué? —preguntó Garth, dándose la vuelta con expresión curiosa.

Yomin Carr le sostuvo la mirada y le cortó la respiración hundiendo dos dedos rígidos en la tráquea de Garth. el hombre jadeó y se agarró la garganta con una mano. Yomin Carr utilizó los mismos dedos para asestarle a Garth un golpe en la muñeca que le hizo perder el equilibrio.

Garth se tambaleó e intentó agarrarse, pero las manos de Yomin Carr estaban ahí, impidiéndoselo y manteniéndole a raya. Entonces, el guerrero yuuzhan vong hizo aparecer en sus manos una pequeña navaja brillante, como sacándola de la nada, y la agitó amenazadora ante la cara de Garth. Eso sólo sirvió para que el hombre dejara de mover los brazos. Yomin Carr invirtió rápidamente su ataque, blandió la afilada hoja hacia arriba y alcanzó el tenso cable en uno de los postes cruzados de la torre, justo allí donde estaba enrollado.

Garth agitaba los brazos en círculos en un intento desesperado por mantener el equilibrio.

— ¿Por qué? —jadeó.

Yomin Carr podía haber acabado con aquello de un simple empujón, pero se mantuvo apartado, disfrutando intensamente con la mirada de profundo pavor en el rostro del hombre y sus esfuerzos frenéticos e inútiles.

Garth Breise cayó de espaldas y se desplomó gritando por un lado de la torre. el hombre se llevó por delante uno de los postes cruzados y, tras la mortal caída, su cuerpo se estrelló contra el suelo.

A Yomin Carr le agradó que Garth hubiera cambiado la posición de los focos, porque la luz le permitió ver mejor la caída y el impacto que le destrozó los huesos. "Porque me diste una excusa", respondió en silencio el yuuzhan vong a la última y desesperada pregunta de Garth.

Pero hubo algo que no le agradó. Garth podía haber aplastado en su caída a algunos de sus queridos dweebit.

—oOOOo—

Desde muy lejos, Danni Quee miró por el monitor posterior cómo se alejaba Belkadan, y pronto su expresión dejó de reflejar melancolía y se volvió curiosa.

—Haz girar la nave —le ordenó a Bensin Tomri, que llevaba los mandos.

—Cuanto más recto sea el camino hasta Helska, mejor —replicó Bensin, desconfiando claramente de las condiciones del vehículo—. Estaba a punto de saltar al hiperespacio.

—No, tenéis que ver esto —respondió Danni.

El tercer miembro del equipo, un hombre bajito de pelo oscuro y espeso como la lana llamado Cho Badeleg, se colocó a su lado.

—Menuda tormenta —dijo cuando, al igual que Danni, vio las amenazadoras nubes sobre el curvado horizonte del planeta Belkadan.

Bensin Tomri hizo girar la nave repetidora y se quedó de piedra. En ese momento, los tres pudieron comprobar la magnitud de la tormenta y su tono verdoso amarillento, algo que le recordó a Danni los atardeceres que había estado contemplando últimamente.

—Llama a la base y diles que se preparen —ordenó ella.

—La torre todavía no estará arreglada —le recordó Cho Badeleg. Danni sacó su comunicador portátil.

—Acércanos un poco a la superficie —ordenó.

Bensin Tomri accedió, pero cuando penetraron en la atmósfera de Belkadan y la nave repetidora sufrió una sacudida tan violenta que parecía que iba a caer en picado, los tres se replantearon si la opción había sido la correcta.

— ¿Tee-ubo? —llamó Danni, haciendo una mueca por la gran cantidad de ruido de fondo que había en el comunicador—. ¿Me recibes? — ¿Danni? —llegó la respuesta entrecortada.

Luego, Tee-ubo dijo algo. Los tres creyeron haber oído el nombre de Garth Breise, pero no lo entendieron bien.

—Amenaza tormenta por el sur —dijo Danni despacio y vocalizando—. Una tormenta enorme. ¿Me has oído? —lo repitió varias veces.

Tee-ubo respondió como pudo, con palabras sueltas y a veces solamente sílabas, entre la maraña creciente del ruido de fondo.

—Probablemente sea por la tormenta —dijo Cho Badeleg.

Danni se dio por vencida y apagó el comunicador. Luego miró a los otros dos con gesto de duda.

—Quieres volver —dedujo Cho Badeleg.

—Si regresamos es probable que no podamos volver a despegar hasta dentro de un tiempo —intervino Bensin Tomri—. Sobre todo si nos coge la tormenta. Hemos tenido mucha suerte de que esta cosa haya entrado en órbita. Cho Badeleg contempló durante un instante el espectáculo de la tormenta. —Todavía no parece muy formada —observó—. No hay ningún remolino visible y no tiene el centro definido.

— ¿Crees que estarán a salvo? —preguntó Danni.

—Cuando salgamos de esta zona cargada de estática podremos enviar la información con el comunicador de la nave —ofreció Bensin Tomri—. Hay que tomar una decisión. ¿Seguimos o regresamos?

Danni lo pensó un buen rato. Al fin y al cabo, ella tenía un compromiso como científica, y lo cierto era que los tripulantes de aquella nave corrían más peligro que los que se habían quedado abajo.

—Tee-ubo dijo algo de Garth —comentó Danni—. Probablemente ya haya arreglado la torre.

—Entonces vamos allá —dijo Bensin Tomri. A continuación giró la nave repetidora y volvió a hacer los cálculos para saltar a la velocidad luz.

Cuando dejaron atrás el planeta, Danni se dirigió al comunicador de la nave y dio un detallado informe sobre la tormenta del oeste. Luego esperó a recibir respuesta. Nadie contestó, pero supuso que el mensaje les habría llegado y que, probablemente, no se habían completado las reparaciones de la torre y seguían sin estar en condiciones de responder.

—oOOo—

Nom Anor parpadeó ante el reflejo de las estelas provocadas por los misiles lanzados sobre la ciudad enemiga de Osa-Prime, un ataque al planeta que llevaba planeando semanas. Tamaktis Breetha se había opuesto al ataque consciente de que la acción provocaría una guerra abierta entre ambos planetas, pero cuando

encontraron los cadáveres de varios oficiales rhommamulianos de alto rango, el ex alcalde se encontró sin argumentos para defender su postura.

Nom Anor confiaba en que el *Mediador* no detectara el lanzamiento de los misiles a tiempo de enviar cazas a interceptarlos, pero eso también se había tenido en cuenta. el Ejecutor y Shok Tinothkin habían estudiado durante horas y horas las rutas planetarias y la posición de la nave de la Nueva República, y habían lanzado los misiles desde un punto desde el que la explosión del despegue y la consecuente combustión serían muy difíciles de detectar. Al entrar en órbita, los misiles se apagarían como si fueran insignificantes puntos de luz a la deriva. Cuando entraran en contacto con la atmósfera osariana volverían a encenderse y entonces sería demasiado tarde para una intervención del Mediador.

Para aumentar las probabilidades de éxito, Nom Anor había dedicado varias horas a hablar con el comandante Ackdool. Había adoptado un tono conciliador y había argumentado que ahora que la entrometida Leia se había marchado quizás ellos dos podrían llegar a un acuerdo para acabar con el conflicto. Incluso habían fijado la fecha para un encuentro entre Nom Anor y sus delegados, y para una expedición diplomática de Osarian.

Nom Anor sabía que al comandante Ackdool le gustaba la idea de apuntarse el tanto de tan inesperada victoria diplomática. Corría el rumor de que Ackdool había obtenido el mando del *Mediador* porque era un calamariano, una raza que, tras la partida de Ackbar, se había quedado casi sin representación en la flota. Por supuesto, a Ackdool le habían llegado rumores soterrados de descontento con respecto a su nombramiento, y eso le ponía furioso. Además, el comandante estaba tan convencido de la aplastante superioridad de su nave en comparación con los escasos medios de los dos planetas, que jamás sospecharía de la estratagema.

Era evidente que las consecuencias del ataque serían considerables, y que Nom Anor probablemente se vería obligado a abandonar Rhommamul. Pero eso le daba igual. Su misión casi había llegado a su fin, y si esos misiles alcanzaban Osa-Prime y provocaban una guerra, a él le alegraría marcharse. Ahora, su trabajo consistía en distraer a la Nueva República para que estuviera tan ocupada con los conflictos cercanos al Núcleo Galáctico que no tuviera tiempo de vigilar el exterior.

Cuanto más tiempo tuviera el prefecto Da'Gara para operar en secreto, más asentado quedaría su pueblo, lo que además facilitaría la entrada de otras mundonaves.

Tres horas después, Nom Anor recibió la colérica llamada del comandante Ackdool. Las colas de los misiles habían sido detectadas en la atmósfera osariana. Nom Anor asumió toda la responsabilidad y justificó el ataque en respuesta a la

muerte de varios de sus oficiales, que él mismo, claro, había ordenado asesinar en secreto. Después, cortó súbitamente la comunicación con Ackdool.

Shok Tinothkin y él contemplaban atentamente la videopantalla, en la que habían sintonizado un canal de la televisión osariana. el frenético reportero de Osa-Prime detallaba la confusión y el pánico y, luego, tras una pausa, informó solemnemente de que los misiles ya eran visibles.

La holocámara giró a tiempo de captar las líneas de fuego descendiendo a través del cielo nocturno.

Otros misiles y cazas se acercaban para interceptarlos.

Pero no llegaron a tiempo.

Momentos después, Osa-Prime estaba en llamas.

Nom Anor pensó que aquel día había sido especialmente glorioso.

CAPITULO 8

Estratos

Has vuelto a pelearte con Anakin —dijo Luke a Jacen.

Su aprendiz estaba sentado sobre el muro que rodeaba la pista donde había aterrizado el *Halcón Milenario*, un patio abierto situado en el planeta Reecee. Han y Chewie habían volado hasta allí desde Coruscant porque, según habían explicado a Jacen, Anakin, C-3P0 y Leia tenían que hacer una parada antes de saltar al Borde Exterior. Leia se las había arreglado para librarse de Bolpuhr en Coruscant, y había dejado al noghri en su casa con su familia. No quería su protección obsesiva, y menos ahora, que necesitaba de veras un respiro lejos de los estratos de intriga y burocracia que su posición la obligaba a aguantar. Aunque las intenciones de Bolpuhr y en general del resto de los noghri hacia ella eran buenas, a veces podían resultar un tanto irritantes. Alejarse de él era como una pequeña victoria, un indicio de que se liberaba de su posición y de sus responsabilidades, aunque sólo fuera durante un tiempo.

El *Sable de Jade*, con Mara y Luke a bordo, acababa de aterrizar junto al *Halcón*. Ahora todos estaban esperando la llegada de Jaina, que, absolutamente encantada, pilotaba sola el Ala-X personal de Luke junto a R2-D2.

—Le encontré practicando con el sable láser —respondió Jacen con toda sinceridad—. Quería saber cuánto había mejorado él y cuánto yo.

—No me refiero al enfrentamiento físico —explicó Luke—. Aunque no creo que a tu padre le agrade saber que estabais luchando con los sables láser en el compartimento principal de su nave. Yo me refiero al enfrentamiento verbal.

Jacen se mostró sorprendido y se quedó mirando a su tío y mentor, buscando alguna señal que le indicara lo que Luke pensaba del tema. Pero no sacó nada en claro.

—Una sincera diferencia de opiniones —dijo Jacen, apartando la mirada—. Eso es todo.

—Sobre la función de los Jedi —dijo Luke.

—Sobre la función de la Fuerza —le corrigió Jacen, dándose la vuelta. — ¿Y por qué no me lo cuentas? —le preguntó Luke. No había rastro de sarcasmo en su voz ni nada en la frase que hiciera pensar que hablaba en broma.

Pero Jacen, que estaba demasiado sobrecogido por la aparente omnipotencia de su tío, no lo vio así. Suspiró, negó con la cabeza y volvió a apartar la vista.

Luke dio un salto, se encaramó al muro y se sentó al lado de su sobrino. —Ya conoces el dilema al que me enfrento —dijo.

—Creía que ya habías tomado una decisión —replicó Jacen. Luke asintió.

—Y casi lo he hecho —dijo—, pero si tienes algo que decirme, algún argumento que me convenza para no volver a crear el Consejo Jedi, es el momento de hablar.

Jacen miró a su tío con atención durante un rato y le sorprendió comprobar que la mirada que le devolvía estaba llena de respeto. Él era un chaval de dieciséis años que no solía llevarse bien con los adultos que le rodeaban, y no estaba muy acostumbrado a que valorasen sus opiniones. Incluso Luke, al que admiraba profundamente, mostraba ante él un papel de profesor y, a menudo, sus lecciones eran muy severas.

—No sé cómo decírtelo —intentó explicar Jacen.

—Habla con el corazón —exclamó Luke.

—Es sólo que... —Jacen se detuvo y volvió a suspirar. Miró a Luke absorto y vio la sonrisa melancólica y la tranquila alegría que iluminaba la cara infantil del hombre. A pesar de cargar con terribles experiencias a sus espaldas, y las que le quedaban por delante, el tío Luke, más que nadie, parecía estar en paz espiritual, en armonía. Ahí estaba, era la personificación del ideal de un Caballero Jedi; y Jacen, que lo sabía mejor que nadie, quería refutarle esos ideales—. La Fuerza es algo puro para mí, la auténtica verdad sobre lo que soy, sobre lo que somos todos —dijo con indecisión—. No sé, poner en marcha un sistema burocrático para gobernar a los Jedi me parece como encerrar a un pájaro preaky de manchas azules en una jaula, o matarlo y disecarlo para garantizar su seguridad y poder disfrutarlo en todo momento.

Luke meditó un momento las palabras de Jacen.

—No estoy seguro de que estés equivocado —dijo—. Son los mismos temores que yo he sentido. Creo que los dos tenemos una actitud muy parecida hacia la Fuerza, pero —y alzó un dedo para silenciar a Jacen, que quiso interrumpirle entusiasmado—, los Jedi tienen poderes que van más allá de la comprensión y el control de las personas que les rodean. Y con esos poderes llegan las responsabilidades.

—¿Personas como Borsk Fey'lya? —preguntó Jacen sarcástico.

—Sí —respondió Luke—, personas que toman decisiones que afectan a las vidas de muchos otros.

—Borsk Fey'lya no se merece nuestro tiempo —escupió Jacen, pero la reacción de Luke le sorprendió.

—Me dan miedo tus palabras y tu forma de expresarte —dijo Luke serio y contemplando a su sobrino con una expresión que reflejaba una gran preocupación.

Jacen no entendía nada.

—Orgullo —dijo Luke negando con la cabeza.

Jacen repitió la palabra en voz alta, y el tono interrogativo empezó a hacerle entender.

— ¿Orgullo?

Al menospreciar a Borsk Fey'lya se había colocado, sin duda alguna, por encima de los bothan.

—Es un defecto peligroso —le advirtió Luke—. Todos lo tenemos, y normalmente en demasiada cantidad, y hay que intentar que no nos controle.

—Es sólo que me da miedo... —comenzó a decir Jacen.

Luke terminó la frase por él:

—El control, la disciplina. Según tu hermano, ya ni siquiera te gusta la academia.

—Mi hermano es un bocazas —replicó Jacen.

Luke se rió. De alguna manera, estaba de acuerdo.

—No me gusta la academia —admitió Jacen.

—Te ha dado mucho de lo que tienes ahora —le recordó Luke.

— ¿Ah, sí? —preguntó el joven—. Yo tenía potencial en la Fuerza, lo llevaba en la sangre. ¿No habría sido mucho más puro si me hubieran entrenado de forma individual, como tú fuiste entrenado por Yoda?

Luke no discutió ese punto, sino que observó a Jacen con admiración. Era bueno que un Jedi se hiciera preguntas, pensó. La disciplina era necesaria, pero la obediencia ciega era una limitación, no una estimulación. Y el comentario de Jacen sobre el entrenamiento individual había dado en el clavo. Incluso Luke pensaba que la academia se había alejado demasiado de ese sistema y había dejado a muchos posibles Caballeros Jedi sin la orientación necesaria para encontrar su energía plena y, lo que era más importante, para resistir la tentación del Lado Oscuro. Por eso habían vuelto al sistema de Maestro y aprendiz, y Luke era ahora uno de los pocos Maestros que tenía más de un alumno a su cargo.

—Ni siquiera voy a discutir tu opinión —dijo Luke, poniéndole a Jacen una mano sobre el hombro—, pero te aseguro que a medida que vayas creciendo te

darás cuenta de que las cosas son un poco diferentes.

— ¿Cuando se amplíe mi perspectiva? —preguntó Jacen con una pizca de evidente sarcasmo en su tono.

— ¿Crees que a mí me gusta tratar con Borsk Fey'lya? —le preguntó Luke con una carcajada que relajó la tensión del momento.

El Jedi dio unas palmaditas a Jacen en el hombro y se marchó, pero cuando se acercaba a la rampa de descenso del *Halcón*, la voz de Jacen le detuvo.

— ¡Tío Luke!

Luke se dio la vuelta y Jacen añadió con la mayor seriedad: —Toma la decisión correcta.

—oOOOo—

—Por favor, tenga cuidado, Lady Vader —dijo C-3P0, burlándose del título que empleaba Bolpuhr y muchos otros noghri para dirigirse a ella.

Leia se dio la vuelta hacia el androide y le dirigió una mirada de enfado. La risa de Mara, a sus espaldas, acrecentó su ira.

—Como vuelvas a llamarme eso, te baño en combustible y te prendo fuego —prometió a C-3P0 en tono sosegado.

—Pero usted me ordenó ejercer de guardaespaldas noghri en este viaje —protestó C-3P0 con toda seriedad.

—Era sólo para que te quedaras calladito y no le contaras a Bolpuhr mi intención de librarme de él —le respondió Leia.

El androide, que no podía mover ningún rasgo de su rostro metálico, pareció quedarse perplejo. Leia no pudo evitar reírse. Algunas veces, bueno, más bien todas, C-3P0 se tomaba sus palabras demasiado literalmente.

En la otra punta de la sala, en el puente del *Sable de Jade*, Mara comprendió lo que pasaba.

—Te agobia un poco tanta atención, ¿no?

Leia se dio la vuelta y asintió.

—No sé —dijo sacudiendo la cabeza—. Quizás haya llegado a un punto de mi vida en el que quiero pensar en mí como Leia. Ni como la princesa Leia ni como la consejera Leia ni como la jefe de estado Leia ni —terminó girándose para clavar los ojos en C-3P0— como Lady Vader. Sólo Leia.

Cuando se volvió hacia Mara, vio que ésta asentía comprensiva.

— ¿Crees que soy egoísta? —preguntó Leia a Mara.

Mara sonrió aún más.

—Creo que eres humana —respondió—. Cuando hayamos terminado de salvar la galaxia tendremos que pasar un tiempo salvándonos a nosotros mismos.

Viniendo de Mara, la mujer que luchaba por encontrar un equilibrio en el abismo entre la vida y la muerte, la frase cobraba todavía más peso.

—Pero tú tienes mi edad —se atrevió a decir Leia—. Y todavía quieres niños. No me imagino volviendo a eso.

—Porque ya lo has hecho —replicó Mara—. Yo estoy empezando a pensar que la edad física y las etapas vitales son dos cosas distintas.

Leia meditó un momento esas palabras y sopesó su propia perspectiva del universo que la rodeaba. Recordó cómo había huido de buena gana y con impaciencia de sus responsabilidades en el Núcleo Galáctico, y cómo había dejado atrás hasta a su guardaespaldas. Pensó en lo fervientemente que deseaba trabajar menos, sentarse un rato y disfrutar de toda la prosperidad que sus acciones y sacrificios habían llevado a la galaxia. Luego contrastó sus deseos con los de Mara, que quería comenzar la aventura de tener hijos, seguir activa y ocuparse de todo, enseñando a Jaina y viviendo a través de Jaina.

Cuando llegó a esa conclusión, Leia no tuvo el menor atisbo de celos. Sólo sintió tristeza y deseó que existiera la forma de librar a Mara de esa maldita enfermedad para que pudiera conseguir todo lo que deseaba... y se merecía.

—Lo conseguirás —dijo Leia despacio.

Mara la miró con curiosidad.

—Todo lo que quieras —aclaró Leia—. Esa enfermedad, o lo que sea que te está afectando, no te detendrá.

La sonrisa de Mara mostraba alegría y valor.

—Lo sé.

—oOOOo—

—Cúbreme —dijo Han a Chewie cuando entraron en La Espuma Burbujeante de Riebold, un tugurio muy popular en Reece por los asesinatos, las fechorías y los alborotos a los que servía de marco.

El lugar retumbaba debido al ruido y los estruendos, y estaba atestado de matones de varios planetas. Había humanos, bothan, rodianos, tervig, vuvrianos y snivvianos maquinando negocios y formas de matarse entre ellos. Si liquidabas a

alguien en La Espuma Burbujeante, sin mancharlo todo de sangre y te ocupabas del cadáver, a nadie le importaba lo que hicieras y ni lo notaba; pero si lo manchabas todo, tenías que soltar unas cuantas monedas aquí y allá para cubrir los costes de limpieza.

Mientras hablaba, Han miró a su amigo wookiee y le agradó ver la antigua chispa en los ojos de Chewie. La luz ávida que su peludo colega y él habían compartido tantas veces en sus primeros años. Ciertamente, Chewie y él no eran nuevos en este tipo de sitios, pero el tiempo había pasado y se estaban haciendo mayores.

Un gamorreano borracho se tambaleó y chocó contra la pareja. Rebotó contra Han y acabó chocando contra Chewie, que no se movió ni un centímetro. el wookiee miró a la criatura porcina y gruñó. el gamorreano se marchó tropezando, cayó al suelo y ni siquiera se molestó en levantarse, sino que se alejó a gatas del enorme e imponente wookiee lo más rápido que pudo.

A Han le gustaba tener un wookiee a su lado.

Chewie le miró y soltó una serie de gruñidos de protesta.

—Lo sé, lo sé —le dijo Han. A él no le gustaba el lugar mucho más que a su gigantesco y peludo amigo—, pero no voy a ir a ver a Lando sin saber algo más sobre lo que se trae entre manos. Tiene que ser algo más que asuntos de minería. Con los contactos que tiene, podría obtener los derechos de explotación de mil sitios igual de productivos y mucho más cercanos al Núcleo Galáctico. No, está tramando algo, y quiero saber qué es antes de aparecer allí con mi familia.

Han chasqueó los dedos y dibujó una amplia sonrisa.

—Bagy —dijo señalando a un sullustano al otro lado del local.

Chewie reconoció a la criatura que le indicaba su amigo. Era un conocido artista de la estafa llamado Dugo Bagy. el wookiee soltó otro gruñido muy poco entusiasta.

Ambos se abrieron paso por el local, atravesando la multitud, pero cuando el sullustano les vio, apuró la copa y comenzó a marcharse.

Han señaló hacia la izquierda. Chewie dio un rodeo por ese lado, mientras él se acercaba por la derecha. Dugo Bagy, que parecía estar más pendiente de Han, se alejó hacia la derecha, pero se detuvo y decidió ir por la izquierda. Al final, se dio de bruces contra Chewie. La cara de Dugo Bagy apenas llegaba a la tripa del wookiee, que no se tambaleó ni un centímetro por el golpe del sullustano.

—Ah, Han Solo —dijo Dugo Bagy cuando Han llegó hasta él—. Qué alegría verte.

—Siéntate, Dugo —dijo Han cogiendo una silla de una mesa cercana.

—Si tú invitas, yo me siento —comentó Dugo Bagy con una risita que delató sus nervios. Se sentó mientras hablaba. Han y Chewie cogieron sendas sillas y se colocaron cada uno a un lado.

— ¿Por qué estás tan nervioso? —preguntó Han cuando los tres se acomodaron.

— ¿Nervioso? —repitió Dugo Bagy con escepticismo.

Han le dirigió lo que sus hijos llamaban "la mirada". Sus ojos mostraban un completo desprecio por la evidente mentira que acababa de salir de la boca de Dugo Bagy. el sullustano se había quedado callado y miraba alrededor con gesto nervioso, en busca de una camarera.

—Oye —exclamó Han mientras tiraba de él para atraer su mirada.

—Perdóname —dijo Dugo Bagy algo más calmado—. A mí, como a muchos, me sorprende verte aquí. el mero hecho de hablar contigo me convierte en sospechoso.

—Todavía no he ido tan lejos —aseguró Han al contrabandista—. Y no he dado absolutamente ningún problema a esta gente. De hecho, en los últimos años he dejado a un lado mis propios asuntos para ayudar a muchos de ellos.

La última parte la dijo en voz alta para que todos aquellos personajes despreciables se dieran por aludidos.

—Y tampoco voy a darte a ti ningún problema —le dijo seriamente—. Sólo quiero un poco de información sobre un viejo amigo.

Dugo Bagy subió las orejas y se inclinó hacia delante. Su mirada mostraba un repentino interés, lo que indicaba a Han que, sin duda alguna, el sullustano esperaba algún tipo de recompensa por su cooperación.

—Te deberé una —dijo Han, que apenas llevaba dinero encima. Dugo Bagy se echó hacia atrás de nuevo y alzó las manos en gesto de impotencia.

—Yo soy un hombre de negocios —explicó.

Chewie se inclinó hacia él y gruñó.

—Pero me gusta que la gente este en deuda conmigo —admitió enseguida Dugo Bagy.

—Voy a ver a Lando —explicó Han—. Sólo quiero saber lo que se trae entre manos.

Dugo Bagy se relajó visiblemente. Era una pregunta sencilla.

—Está extrayendo minerales de los asteroides —respondió. Han le dedicó de

nuevo "la mirada".

—En serio —insistió Dugo Bagy.

—Y... —le ayudó Han.

— ¿Y qué más podría haber? —preguntó Dugo Bagy—. Es muy rentable. —Y... —dijo Han de nuevo.

Con un suspiro, Dugo Bagy se inclinó hacia delante, al igual que Han y Chewie, y los tres formaron un corrillo cerrado.

—Lando busca nuevos sistemas de trabajo —explicó Dugo Bagy—. Hay mucho mineral que extraer, pero tienen que saber cómo hacerlo. — ¿Qué quieres decir?

—El Capricho de Kerane —dijo Dugo Bagy.

— ¿El asteroide? —preguntó Han.

—Sí, en el sistema Hoth —confirmó Dugo Bagy—. Es de platino puro, pero está tan rodeado de otros asteroides que no se puede llegar a él. Muchos han muerto en el intento, pero Lando está dispuesto a encontrar el camino.

—Creí que había perdido la pista de ese lugar —dijo Han.

Dugo Bagy sonrió sardónico.

—Lando está metido en esa operación porque la está utilizando como campo de pruebas —dedujo Han—. Quiere averiguar la mejor forma de extraer el mineral de los asteroides para luego patentar el método en toda la galaxia.

La verdad es que su conclusión tenía mucho sentido y sonaba más propia de su emprendedor amigo Lando.

—Y quiere otras cosas también —dijo Dugo Bagy con un guiño, una expresión demasiado linda para la cara de un sullustano.

— ¿Lo de recorrer el cinturón? —preguntó Han—. ¿Es un juego, no? —Para algunos, sí —corrigió Dugo Bagy—. Para otros...

Han acabó la frase:

—Es un aprendizaje. Así que Lando está trabajando con los contrabandistas, y les permite jugar a recorrer el cinturón para perfeccionar sus habilidades a la hora de escapar de sus perseguidores.

—Perseguidores adiestrados por Luke —dijo Dugo Bagy.

Su tono indicó claramente a Han por qué el sullustano se había puesto tan nervioso al verle. Los contrabandistas se estaban poniendo un poco quisquillosos con los asuntos del Borde Exterior relacionados con los depredadores Jedi. Y la

conexión de Han con los Jedi y la academia, mediante su cuñado, su esposa e incluso sus hijos, era innegable. — ¿Quién es? —preguntó.

—Kyp Durrón —respondió Dugo Bagy—. Él y sus encantadores amiguitos. La Docena de Vengadores Más Dos —dijo con tono dramático y poniendo los ojos en blanco—. Causan problemas y cuestan dinero.

Han asintió. Conocía a Kyp, y ahora todo encajaba mejor. Kyp siempre había sido un poco imprevisible y, para empeorar las cosas, sus padres habían sido asesinados en parte debido a las acciones de un conocido contrabandista, Moruth Doole.

— ¿Por qué vas a ver a Lando? —preguntó Dugo Bagy.

—Estoy de vacaciones —respondió Han fríamente. Luego se levantó junto con Chewie.

Cuando Dugo Bagy intentó hacer lo mismo, Chewie le puso una enorme garra en el hombro y le obligó a sentarse de nuevo.

—Bueno, esto va a ser divertido —dijo Han a Chewie cuando salían de La Espuma Burbujeante de Riebold.

La respuesta de Chewie fue un largo aullido, como para recordar a Han: "¿Acaso no lo ha sido siempre?".

CAPITULO 9

El honor de morir

Tee-ubo condujo un equipo de cuatro personas al exterior de la base científica cargando una enorme mochila atada a la espalda. Mientras lo hacía, la chica pensaba en lo que habría dado por un simple disco transportador que le evitara cargar con tanto peso. En circunstancias normales nunca habrían abandonado ExGal-4. La sólida estación podía afrontar cualquier condición climática adversa de Belkadan, pero la llamada de Danni había dejado claro que esta tormenta era excepcional, y que debía ser investigada.

Por otra parte, y aunque ninguno de los cuatro lo decía abiertamente, tener algo que hacer les ayudaba a superar el dolor que les había provocado la muerte accidental de Garth Breise. Por supuesto, cuando aceptaron venir a Belkadan, un planeta salvaje e inexplorado, todos sabían el riesgo que corrían; pero, aun así, la pérdida de un compañero había resultado devastadora, sobre todo para Tee-ubo. Ella sabía que la noticia sería terrible para Bensin Tomri, pero, antes de poder comunicársela, tenían que encontrar la forma de contactar con la ya lejana nave repetidora.

La twi'leko era la única que mantenía la pistola láser enfundada. Los otros tres se movían con las armas en la mano, listas para disparar. Luther De'Ono, un hombre recio de pelo negro y ojos oscuros que había pasado de los veinte años, guardaba diligentemente el flanco izquierdo; Bendodi Ballow-Reese, de cincuenta y tres años, el miembro más antiguo de ExGal-4 y ex agente de misiones peligrosas para la Alianza Rebelde, marchaba a la derecha; y Jerem Cadmir, un corelliano, vigilaba la retaguardia y caminaba prácticamente de espaldas mientras el grupo se abría paso por la espesa selva. el delgado y tierno Jerem era el que se encontraba menos cómodo con su arma. No era soldado, pero había sido escogido para la misión por ser el miembro del equipo con más conocimientos de geología y climatología. Si la tormenta que se avecinaba, y de la que Danni Quee les había advertido, era realmente un peligro para ExGal-4, Jerem Cadmir podía dar la señal de peligro de forma rápida y precisa.

—Lo más peligroso serán las noches —dijo Bendodi aquella tarde. el equipo avanzaba lentamente a través de la espesura—. Los pumas de cresta roja son depredadores nocturnos y nos seguirán de cerca para identificar el extraño olor que desprendemos para ellos.

El resto miró hacia Bendodi, a su recio y atractivo rostro cruzado de cicatrices adquiridas en combates brutales, y apenas pudieron ignorar su advertencia.

—Activaremos las retromochilas en cuando salgamos de la selva —sugirió Tee-ubo.

—Entonces démonos prisa —urgió Jerem nervioso.

—Aún nos quedan dos días de camino —dijo Bendodi.

Tee-ubo le miró con cierto desprecio. Ya habían tenido esa conversación en la estación. Bendodi y Luther eran partidarios de volar desde el muro del recinto; aunque los cálculos indicaban claramente que se quedarían sin combustible si intentaban sobrevolar los gigantescos árboles. En ese caso, tendrían que abandonar las retromochilas y pasarse una semana andando.

El plan de Tee-ubo, con el que todo el mundo en la estación se había mostrado de acuerdo excepto los dos más habituados a misiones bélicas, era más sensato. Consistía en atravesar la jungla a pie y ponerse las retro-mochilas al llegar a la gran llanura que estaba a unos veinte kilómetros al sur del complejo. Calculando el ángulo y teniendo en cuenta la dirección del viento, las retromochilas les permitirían cruzar los trescientos kilómetros de la meseta gastando menos combustible del que hubiera sido necesario para sobrevolar los árboles hasta el borde de la llanura.

Con la lógica de su parte, Tee-ubo ganó el debate, pero desde que salieron del recinto supo que Luther, y mucho menos Bendodi, no olvidarían el tema.

Los miembros del grupo aceleraron el paso a través del espeso aire, en medio del calor y empapados en sudor. Cuando llegó la noche encontraron un recoveco en lo alto de un árbol y decidieron utilizarlo para acampar.

Apenas durmieron. La selva producía sonidos amenazadores: gruñidos ronc y silbidos que parecían surgir de lugares muy próximos. A pesar del peligro, no encontraron ninguna amenaza real y decidieron ponerse en marcha enseguida. Querían llegar con tiempo de sobra al borde de la selva, donde se encontraba el precipicio rocoso que dominaba todo el valle.

Un tiempo que no iban a malgastar una vez allí. Nada más llegar hicieron unas rápidas comprobaciones de última hora en las retromochilas, que, al igual que el resto del equipamiento terrestre de ExGal-4, no estaban en las mejores condiciones. Después, se alejaron volando del precipicio y abrieron las alas para aprovechar las corrientes de aire a sus espaldas.

Volaron durante todo el atardecer y hasta bien entrada la noche. Preferían los vientos gélidos a los sonidos que salían de los árboles. Por lo que sabían, no había grandes depredadores voladores en Belkadan. Tee-ubo medía los progresos por horas y no por kilómetros. Teniendo en cuenta el vuelo que podían realizar

planeando con un mínimo de combustible, dedujo que podrían volar unas cuatro horas antes de consumir la primera mitad del depósito.

Cuando llegó el momento de aterrizar, Bendodi encendió una bengala portátil y se la colocó en la retromochila. el resto del grupo empleó su luz para orientarse hasta el suelo. A pesar del temor real y bien fundado que les provocaba el incesante rumor de rugidos y chillidos en la zona, aterrizaron sin incidentes. Una rápida comprobación del sistema de localización confirmó que casi habían cruzado la llanura. Si los datos proporcionados por Danni eran correctos, encontrarían la amenazadora tormenta tras caminar un par de días. Con un poco de suerte tendrían tiempo suficiente para obtener las mediciones necesarias —sobre todo en lo relativo a la velocidad del viento—, recoger los instrumentos y salir de allí enseguida. Algo más animados, decidieron tomarse un breve descanso nocturno.

Pero fue más breve de lo esperado.

Tee-ubo escuchó una tos ronca y áspera, y abrió los ojos. Al principio pensó que una niebla espesa subía desde el suelo, pero cuando un olor asqueroso parecido al de los huevos podridos le llegó a la nariz, se dio cuenta de que era algo más.

La twi'leko consiguió incorporarse, pero ya era presa de la tos y empezó a escupir.

— ¡Poneos los trajes de aislamiento! —oyó gritar a Bendodi. Tee-ubo apenas podía ver. Le picaban los ojos y los tenía llenos de lágrimas. Logró manipular torpemente la retromochila y se puso la pequeña escafandra y la bombona de oxígeno.

— ¡Los guantes también! —ladró a todos Bendodi con la voz amortiguada por el traje de aislamiento—. No expongáis la piel hasta que sepamos qué es esto.

Un momento después, con los ojos todavía ardiendo y el sabor a podrido en la garganta, pero con oxígeno limpio fluyendo en sus pulmones, Tee-ubo avanzó despacio entre las enmarañadas ramas que habían escogido como lugar para acampar y se unió a Bendodi y a Luther. Jerem Cadmir había trepado a lo alto de una rama y parecía estar estudiando las hojas con una linterna.

—Probablemente sea un volcán —comentó Luther—. Eso vio Danni al entrar en órbita: un volcán soltando gases. Tendremos que llamar a ExGal para que cierren y aislen por completo el recinto.

Bendodi y Tee-ubo asintieron sin mostrar demasiada preocupación. La estación de ExGal era autosuficiente y capaz de soportar cualquier gas venenoso que expulsara Belkadan. Había muchas otras estaciones situadas en planetas mucho más hostiles y que contaban con el mismo equipamiento que ésta. Una de ellas se

encontraba en un pedazo de roca giratorio sin ningún tipo de atmósfera. Si la nube procedía realmente de un volcán, serían buenas noticias, porque eso significaría que apenas habría vientos venenosos.

—No es un volcán —dijo Jerem. Los otros tres se volvieron para mirarle. Estaba sentado en una rama con una hoja en la mano—. Es el árbol —explicó.

El resto de sus compañeros le miró con sorpresa. Siguiendo las instrucciones de Jerem, los miembros del equipo se fueron acercando uno a uno y abrieron sus escafandras lo justo para olisquear la hoja que tenía en la mano.

—Bajemos de aquí —dijo Luther.

—No —respondió Bendodi de repente mientras los otros tres comenzaban a moverse por el tronco. Todos le dirigieron miradas interrogativas.

—Este lugar es seguro —dijo el viejo soldado marcado—. Nos quedaremos aquí arriba sin quitarnos los trajes. Aquí no vendrán los pumas.

Parecía bastante lógico. Los gases no podían hacerles daño si llevaban puestos los trajes de aislamiento.

— ¿Cuánto falta para que amanezca? —preguntó Luther.

Tee-ubo miró el cronómetro.

—Dos horas.

—Entonces colocaos bien —dijo Bendodi.

Así lo hicieron, pero cuando el sol salió y explotó brillante sobre el horizonte oriental, su angustia creció. el bosque a sus pies parecía arder y emanaba un humo verde anaranjado. Las hojas verdes se habían vuelto amarillas.

Enseguida se dieron cuenta de que no era fuego, sino algo que surgía directamente de las hojas y llenaba el aire de gases tóxicos.

— ¿Pero cómo es posible? —preguntó Tee-ubo.

La chica, Bendodi y Luther miraron a Jerem en busca de respuestas. el hombre tenía una hoja en la mano y, mientras negaba con la cabeza, la miraba con los ojos desorbitados.

— ¿Un cambio molecular? —musitó.

—Luther, trepa todo lo alto que puedas mientras nosotros bajamos al suelo —ordenó Bendodi, y comenzó el descenso.

A nivel del suelo el aire era igual de espeso e irrespirable. La hierba, el musgo y las flores emitían los mismos gases. Jerem se acercó rápidamente a una pequeña

planta y la arrancó de raíz. Al hacerlo, unos extraños escarabajos de color marrón rojizo salieron por el agujero en la tierra.

Siguiendo las órdenes de Jerem, Tee-ubo cogió uno y lo levantó.

— ¿Qué es esto? —preguntó Bendodi.

—Quizá no sea nada —replicó Jerem—. O quizá sea una pista.

Antes de que Bendodi pudiera preguntar algo más, Luther bajó a trompicones del árbol. Lo hizo tan rápido que al final saltó al suelo y rodó hasta un montículo. Casi volvió a caerse al intentar levantarse.

—Está cubriéndolo todo —explicó agitando el brazo en dirección al norte—. Y sigue expandiéndose... ¡He visto los árboles cambiando de color y echando humo!

—Vámonos de aquí —sugirió Tee-ubo, colocándose el escarabajo en una pequeña bolsa que llevaba colgada del cinturón. A continuación, empujó la palanca de control de su retromochila. Apenas podía esperar, así que encendió el aparato.

O al menos lo intentó.

El equipo renqueó, crujió e incluso llegó a encenderse lo suficiente como para elevar a Tee-ubo, pero fue sólo un pequeño salto. Nada más. Y entonces se apagó.

—No tiene oxígeno suficiente —dedujo Bendodi.

En ese momento se escuchó un crujido cercano. Todos se quedaron inmóviles al ver a un puma de cresta roja aparecer entre la maleza. Luther y Bendodi cogieron sus pistolas láser, pero pronto se dieron cuenta de que no iban a necesitarlas. el enorme animal estaba jadeando, sus costados se hinchaban y se deshinchaban. Si llegó a verles, no reaccionó en modo alguno. Ante la atónita mirada del grupo, la criatura se tambaleó, anduvo un par de pasos más y cayó al suelo respirando por última vez.

—Vámonos de aquí —sugirió Tee-ubo, contemplando al patético animal. Comenzó a quitarse la retromochila, pero Bendodi la detuvo.

—Déjatala puesta —le ordenó—. Vamos a necesitarlas si conseguimos salir de... —hizo una pausa y miró a los otros con gesto interrogativo—, ...lo que quiera que sea esta cosa —concluyó.

Jerem Cadmir sacó el intercomunicador e intentó llamar, pero el ruido de fondo era demasiado denso como para distinguir ni una palabra.

Se pusieron en marcha lo más rápido que les permitían sus pies. Tras una hora de camino, y con la reserva de oxígeno a la mitad, seguían sin poder ver el final de

los gases tóxicos. Bendodi ordenó a Luther que trepara a otro árbol, mientras él y los demás miembros del grupo se dispersaban para buscar un sitio en el cual no hubiera tanta estática en los intercomunicadores.

Fue inútil. Volvieron a reunirse en la base del árbol y un desanimado Luther descendió por el tronco y negó con la cabeza. Después les explicó que no podía ver nada a través del espeso humo.

Les cubrió el infortunio, tan denso como los gases.

Para sorpresa de todos, Bendodi Ballow-Reese se quitó la mascarilla de oxígeno y se la lanzó a Jerem Cadmir.

—Corre —le ordenó. Inspiró y arrugó la nariz con asco—. Corre. Uno de nosotros tiene que volver para avisar a los otros.

Jerem, como Luther y Tee-ubo, se quedó atónito.

— ¡Vamos! —insistió Bendodi.

Jerem iba a empezar a discutir, pero Bendodi se dio la vuelta y se internó corriendo entre la maleza. el resto del grupo escuchó sus posteriores toses roncadas.

—Se ha vuelto loco —gritó Luther, y se apresuró a seguirle. Antes de llegar al borde de los arbustos, se escuchó el zumbido de una pistola láser, y Luther cayó de espaldas con un disparo en el pecho.

— ¡Iros! —gritó Bendodi desde algún lugar no muy lejano.

Tee-ubo y Jerem se acercaron rápidamente a Luther, pero ya era demasiado tarde, estaba muerto. Tee-ubo le quitó el equipo de oxígeno, agarró al asombrado e inmóvil Jerem por el brazo y lo arrastró tras ella. Los dos echaron a correr desenfrenadamente hacia el norte.

Entonces oyeron otro disparo y supieron que Bendodi también había muerto.

Después de una hora, y sin que el desastre biológico tuviera visos de remitir, Jerem se vio obligado a cambiar la bombona de oxígeno. Aprovechó la parada y se aproximó a Tee-ubo para comprobar también su nivel de aire.

La twi'leko no se movió.

— ¿Necesitas oxígeno? —le preguntó Jerem.

Tee-ubo le entregó su bombona de repuesto.

—Corre —explicó ella—. Yo llevo una hora retrasando tu marcha. Eres nuestra única esperanza.

Tee-ubo se quitó del cinturón la pequeña bolsa en la que había guardado el

escarabajo y también se la entregó al asombrado hombre.

—No voy a dejarte aquí —le dijo Jerem.

Su tono no admitía discusión. el hombre se acercó a la twi'leko con la bombona de repuesto en la mano, pero se detuvo al ver que Tee-ubo alzaba su pistola láser y apuntaba hacia él.

—Uno de los dos tiene que seguir con las bombonas que quedan —explicó—. Tú eres más rápido y... tu formación es mejor que la mía... para averiguar lo que... ocurre, así que... ésta es mi oferta —sus jadeos evidenciaban que se quedaba sin oxígeno por momentos—. Eres nuestra última oportunidad —dijo, señalando con la pistola hacia el norte.

—Los dos lo somos —insistió Jerem.

Tee-ubo se quitó la escafandra del traje de aislamiento y la tiró al suelo. Entonces, ante el absoluto pavor de Jerem, inspiró profundamente una bocanada de los gases tóxicos que les rodeaban. Inmediatamente, los ojos se le pusieron amarillos y un líquido espumoso comenzó a salir de su nariz.

—Estás perdiendo tiempo —le dijo, tosiendo con cada palabra—. Y oxígeno.

Jerem fue hacia ella, pero la twi'leko alzó la pistola láser y disparó justo por encima de la cabeza del chico.

Jerem corrió hacia el norte, cegado por la horrible niebla y por sus propias lágrimas. Apenas había avanzado unos metros cuando oyó el disparo de un láser detrás de él.

Y Jerem corrió desesperadamente. Recobró un poco la esperanza cuando comprobó que los gases eran cada vez menos densos. En ese momento, tuvo que volver a cambiar la bombona de oxígeno y se puso la última. Poco después llegó a una escarpada pared que apenas medía unos diez metros de alto, pero que no podía escalar.

Tampoco tenía tiempo de buscar un camino que la rodeara. Al borde de la desesperación, Jerem conectó los mandos de su retromochila, pero, antes de encenderlo, tuvo una idea.

Se quitó la bombona de oxígeno, tiró del tubo que salía del lateral de su escafandra y lo introdujo en la válvula de entrada de la retromochila.

Después lo encendió. el equipo renqueó y se quejó, pero se elevó por encima del precipicio, donde el aire estaba más limpio. Era como si la barrera rocosa hubiera detenido la plaga. Ya en lo alto, Jerem miró atrás y sintió que le inundaba el desaliento. La tormenta que Danni había anunciado se extendía a sus espaldas en

todo su esplendor verde y amarillo. Por supuesto, no era una tormenta, sino una gigantesca nube de gases tóxicos. Una nube que crecía por momentos y que se expandía en todas direcciones.

Jerem continuó volando, volviéndose de vez en cuando para comprobar el progreso de la nube. Calculó que avanzaba a unos diez kilómetros por hora.

Dentro de dos días alcanzaría la estación ExGal-4.

Jerem aceleró la retromochila y ese mismo día salió de la llanura. No aterrizó en la selva, sino que sobrevoló las copas de los árboles y planeó sobre ellas. Finalmente, su retromochila se quedó sin combustible y Jerem se precipitó al suelo de mala manera. el hombre se internó entre las ramas y cayó en la espesa vegetación. Había perdido la pistola láser en la caída.

Jerem estaba solo y desarmado en la selva, y se hacía de noche.

Corrió.

—oOOo—

En cuanto salieron del hiperespacio apareció ante ellos el cuarto planeta del sistema Helska, una bola gris de hielo de varios miles de kilómetros de diámetro. No se apreciaba atmósfera y tampoco había niebla ni nubes. A simple vista, parecía un lugar muerto.

Por supuesto, Danni Quee y sus dos compañeros sabían que no había que fiarse de las apariencias. Muchos sistemas contaban con mundos en los cuales existía vida bajo una inmensa capa de hielo aparentemente impenetrable. Aun así, desde la órbita, la superficie del planeta parecía lisa y sin señales de un impacto reciente.

—A lo mejor pasó de largo —dijo Bensin Tomri.

— ¿Hemos atravesado la mitad del sector en este armatoste medio desguazado para descubrir que el cometa a lo mejor ha pasado de largo? —Cho Badeleg sonaba realmente disgustado.

Danni le lanzó a Bensin una mirada seria, dándole a entender explícitamente que no apreciaba su sarcasmo.

—Lo digo en serio —replicó Bensin—. Si el cometa que vimos colisionó contra esta bola de hielo, entonces ¿qué hace este planeta aquí? Debería haber explotado en mil pedazos y haberse convertido en una nube de polvo espacial.

Danni miró el monitor. Lo que decía Bensin era cierto, pero, aun así, los datos recogidos en ExGal-4 indicaban que el cometa había chocado contra ese planeta.

—Estoy recibiendo unas señales muy extrañas desde la superficie —dijo Cho

Badeleg mientras pulsaba los mandos de sus sensores. Miró a sus compañeros, que le observaban con un atisbo de esperanza en sus rostros—. Es *energía*.

—Podría ser la energía del sol reflejada por el hielo —dijo Bensin. Cho Badeleg negó con la cabeza.

—No, es distinta.

— ¿Cómo es? —preguntó Danni colocándose a su lado.

—Es un espectro diferente al de la luz del sol reflejada —explicó el hombre.

Bensin se apartó para que Danni pudiera observar los indicadores. No mostraban nada claro, sólo una emanación intermitente, pero era cierto que la amplitud de onda no era propia de una bola de agua congelada.

— ¿Es energía orgánica? —preguntó Danni.

Cho se limitó a encogerse de hombros.

—Puede que el cometa fuera sólo una bola de gas —dijo Bensin Tomri—. Eso explicaría muchas cosas.

— ¿Como cuáles? —preguntó Danni.

—Bueno, si fuera así, el planeta seguiría aquí y, de hecho, sigue aquí —dijo Bensin—. Además, una combinación poco habitual de gases provocaría lecturas energéticas extrañas.

— ¿Pero qué combinación de gases no se desintegraría al atravesar un campo gravitatorio? —preguntó Cho.

—Bueno —intervino Danni, siguiendo el razonamiento de Bensin—, pues una bola de gas que tuviera una pequeña masa sólida en el núcleo.

— ¿Un núcleo con suficiente gravedad como para mantener unida una bola de gas tan grande? —preguntó Cho escéptico.

— ¿Y además girando a una velocidad vertiginosa? —exclamó Danni con tono interrogativo y con la voz llena de agitación.

Todos llegaron a la misma conclusión. Sus miradas brillaron.

—Vamos a decírselo a los otros —dijo Danni a Bensin.

—Todavía no he podido contactar con ellos —respondió el hombre—. La torre debe seguir averiada.

Danni pensó en ello un instante.

—Entonces transmítelo por todos los canales —dijo—. Vamos a necesitar ayuda con esto.

Bensin la miró con expresión reservada.

—Cuando alguien llegue hasta aquí, nosotros ya habremos realizado las primeras investigaciones —explicó Danni—. Aunque luego aparezca aquí la flota entera de la Nueva República, este descubrimiento es ahora nuestro. Vigila las lecturas —dijo a Cho Badeleg—. Voy a conducir la nave hasta el otro lado del planeta.

Bensin sonrió al oír aquello y abrió el comunicador a todos los canales. Después emitió un mensaje sobre su posición y sobre los posibles descubrimientos.

Mientras la nave repetidora se deslizaba alrededor del planeta, un grupo de pequeños meteoritos pasó de largo y se perdió de vista en la curva del horizonte helado.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Danni.

—Yo también los he visto —confirmó Cho con expresión curiosa—. Eran cientos.

— ¿Qué eran? —preguntó Bensin.

Danni casi se atraganta.

— ¿Restos? —preguntó, y se dio la vuelta para mirar a sus compañeros con el rostro iluminado—. Creo que eso puede significar algo.

—Restos en órbita tras un impacto —afirmó Cho Badeleg mientras asentía con la cabeza.

El grupo de meteoritos reapareció sobre la curva del horizonte, justo delante de ellos, pero cuando salieron de la sombra del planeta, la cegadora luz solar les llegó de frente y les deslumbró.

Danni entrecerró los ojos y soltó un gruñido.

—Sigo viéndolos —le garantizó Cho—. Van por delante de nosotros y se mueven deprisa —se detuvo y frunció el ceño—. Son muy veloces, en realidad —aclaró, pero lo cierto es que aquello no tenía ningún sentido.

—Y hay algo más —continuó Cho—. Abajo, a la izquierda, en la superficie.

Siguiendo las indicaciones de Cho, Danni hizo girar la destartalada nave para orientar la pantalla de forma que pudieran ver de nuevo la superficie del planeta. Era completamente lisa, a excepción de una gran elevación. Algo que parecía cubierto por una fina capa helada, pero que evidentemente no era hielo. Parecía una sustancia lechosa que cubría un amorfo montículo multicolor de piedra o hueso.

—Ahí está el origen de las lecturas —dijo Cho Badeleg nervioso. Danni descendió despacio hacia el planeta.

— ¿No deberíamos ir primero a por los meteoritos? —dijo Bensin Tomri, evidentemente incómodo.

Su incomodidad encontró respuesta en los otros dos.

—Si es una criatura, aún sigue viva —advirtió Cho Badeleg, mirando sus sensores y sin saber muy bien qué significaban las lecturas procedentes del montículo.

—Vamos a por los meteoritos —dijo Bensin con mayor firmeza. Danni le miró primero a él y después a Cho. Ambos estaban hipnotizados, uno con el montículo y el otro con los meteoritos. Volvió a mirar el planeta y contempló la línea del horizonte.

—Oh, no —musitó.

—Vamos a por los meteoritos —repitió Bensin.

—Los meteoritos vienen a por nosotros —explicó Danni.

Cuando miraron hacia arriba lo entendieron.

Los extraños pedazos de roca se aproximaban a ellos. Estaba claro que no podían ser meteoritos. Volaban en una formación clásica de cuña de ataque.

— ¡Sácanos de aquí! —gritó Bensin.

Danni maniobró inmediatamente. Hizo descender la nave y la dirigió hacia un lado.

— ¡Listos para saltar a velocidad luz! —exclamó Danni.

— ¡Tardaríamos demasiado! —gritó Bensin.

La nave repetidora recibió un impacto y se estremeció, dando así la razón a Bensin.

— ¡Activa la velocidad luz! —apoyó Cho Badeleg.

Danni orientó la nave hacia arriba buscando una trayectoria que les permitiera saltar al hiperespacio sin correr el riesgo de chocar con algún otro cuerpo a millones de kilómetros de distancia.

Pero la pantalla estaba llena de naves-meteorito que zumbaban a su alrededor como cazas. Una de ellas se acercó y los tres la contemplaron sorprendidos y atemorizados. Un pequeño apéndice parecido a un volcán en miniatura surgió de su parte frontal y entró en erupción, expulsando una llama y un pedazo de roca

derretida que golpeó a la nave repetidora y la hizo estremecerse.

— ¡Está derritiéndose! —gritó Bensin Tomri.

— ¡Conecta la hipervelocidad, Danni! —pidió Cho.

—Ya lo he hecho —respondió ella con la voz tranquila, casi apagada.

La había activado..., pero no había obtenido resultados. Se dio cuenta de que los primeros proyectiles habían dado justo en el motor, como si esas cosas... supieran exactamente dónde disparar.

Los tres científicos saltaron hacia atrás instintivamente cuando un fragmento de algo golpeó el cristal blindado. Con intenso horror, vieron cómo el proyectil se derretía y cambiaba de forma al atravesar el escudo transparente. Al final quedó colgando por el interior de la ventana como una bola de pegamento.

La cosa vibró y un agujero se abrió en su envoltorio membranoso. Los dos hombres gritaron. Danni se abalanzó sobre el armario de las armas.

Y entonces, la bola se replegó hasta casi tragarse a sí misma. Lo que salió de ella parecía una cabeza humanoide desfigurada, aterradora y completamente tatuada.

—Celebro que hayan venido, Danni Quee, Bensin Tomri y Cho Badeleg —dijo la bola. O lo que fuera, pensó Danni.

La chica identificó la cosa, o la criatura, como algún tipo de comunicador y no como el ser real que hablaba. No reconoció el acento en absoluto. Además, la criatura parecía tartamudear con cada palabra.

—Yo..., Da'Gara —prosiguió el intruso—. Prefecto y consejero del yammosk, Coordinador Bélico de... ee... ee... la Pretoria Vong. Bienvenidos mi casa.

Los tres tripulantes se quedaron aturridos ante el hecho de que la criatura Da'Gara les reconociera, y que incluso supiera sus nombres. No podían articular respuesta.

—Veis mi casa, cre..., ee... eo —prosiguió Da'Gara cortésmente—. Venir con mí allí. Yo muestro esplendor yuuzhan vong.

— ¿Qué dice? —preguntó Bensin Tomri mirando a Danni.

—Creo que es una invitación —respondió Danni encogiéndose de hombros.

—El villip de ver —explicó el prefecto Da'Gara—. Animal de los yuuzhan vong.

Los tres descifraron las palabras y dedujeron que hablaba de la criatura que había invadido la nave repetidora.

—Para hablar lejos —continuó Da'Gara.

—Un comunicador viviente —dijo Cho Badeleg, cuyos instintos científicos se impusieron por un momento a su miedo.

— ¿De dónde venís? —consiguió preguntar Danni.

—Lugar que no conocer tú.

— ¿Por qué habéis venido?

Da'Gara respondió con una carcajada.

—Sácanos de aquí —rogó Bensin Tomri a Danni. Ella le miró, gruñó y volvió a los mandos, dispuesta a salir volando de allí.

Pero los meteoritos, los cazas que eran como rocas, rodeaban por completo la nave repetidora y vomitaban roca derretida en los puntos precisos para deteriorar cada vez más la nave. Antes de que Danni pudiera siquiera comenzar una maniobra de evasión, se quedaron con un solo motor y con la capacidad de vuelo al mínimo. el resto de los compartimentos de la nave ya tenían fugas y la unidad de aislamiento había sufrido varios impactos.

Danni miró asustada a sus dos compañeros.

—No elección —subrayó el villip del prefecto Da'Gara—. Se... eee... guir a los coralitas adentro. ¡Ahora! Y si no, derretís y vosotros ofrenda de honor para Yun-Yammka.

—Date prisa —rogó Cho Badeleg, temblando tan violentamente que tartamudeó en las dos palabras.

— ¡No elección! —advirtió el prefecto Da'Gara.

Danni estaba llena de frustración y de ira. Sus sueños científicos habían sido truncados por una especie de pesadilla alienígena. La joven abrió el armario de las armas, sacó una pistola láser y destruyó al villip. Se tambaleó un momento y se dirigió a los mandos.

Pero entonces les dispararon una y otra vez y, de repente, la nave repetidora empezó a girar vertiginosamente, fuera de control, y el planeta pareció abalanzarse sobre ellos y tragarles.

Y después... nada.

—oOOOo—

Llegó la oscuridad y Jerem Cadmir seguía corriendo. Tropezaba en medio de la negrura, exhausto y atemorizado. Estaba horrorizado por lo que había visto y aterrorizado por los peligros que le rodeaban. Los rugidos de los pumas de cresta roja viajaron aquella noche con él, y hubo un momento en el que creyó ver a una

de esas enormes fieras mirándole desde lo alto de un árbol.

Jerem nunca supo si todo fue producto de su imaginación o si realmente ocurrió, porque no dejó de correr. Corría por su vida y por la vida de todos los que se hallaban en la estación. Aparte del localizador, sólo llevaba tres cosas encima: el escarabajo, la planta y una muestra de los gases tóxicos que había tomado sin querer y por fortuna en una de las bolsas de muestra.

El alba no le reconfortó. Llegado a ese punto apenas podía pensar. Suponía que estaba moviéndose en la dirección correcta y por el camino más corto, pero el localizador empezaba a fallar, probablemente debido a los gases tóxicos, y no podía estar seguro.

—Sería estupendo para todos que pasara de largo junto a la base —se lamentó. Creyó reconocer un árbol enmarañado, pero lo cierto es que eran todos iguales.

Jerem cayó de cabeza a un matorral que le provocó cortes en el brazo. Al otro lado le esperaba un miembro del equipo ExGal. el hombre sintió un gran alivio.

— ¿La base? —jadeó Jerem.

—Está justo ahí —respondió Yomin Carr, mientras ayudaba a Jerem a levantarse—. ¿Dónde están tus compañeros?

—Muertos —dijo Jerem casi sin aliento—. Todos.

Yomin Carr le ayudó a levantarse y le miró fijamente.

—Encontramos... encontramos... la tormenta, pero no era una tormenta —intentó explicar Jerem—. Era una especie de plaga..., un desastre biológico. Nos alcanzó a todos.

—Pero tú escapaste —dijo Yomin Carr.

—Me dieron su oxígeno —respondió el hombre, y comenzó a temblar. Yomin Carr le agitó con fuerza.

—Uno de nosotros tenía que volver para advertiros —prosiguió Jerem—. Tenemos que activar el carguero Jolian y salir de aquí.

— ¿El carguero Jolian? —repitió Yomin Carr riendo—. Esa nave lleva sin utilizarse desde que se construyó la base. La mitad de sus piezas se han reutilizado en los sistemas operativos de la estación. No despegará nunca.

— ¡Pero tenemos que irnos! —gritó Jerem. Yomin Carr le agarró por los hombros—. No hay elección.

— ¿Una plaga, dices? —preguntó Yomin Carr. Jerem asintió frenético—. Bueno, entonces quizá podamos encontrar alguna forma de eliminarla. O de aislarnos de

sus efectos.

—Podemos aislarnos —dijo Jerem.

A continuación echó a andar hacia el recinto, pero, para su sorpresa, Yomin Carr le detuvo.

—Cuando la tormenta nos alcance no tendremos forma de comunicarnos con el exterior —intentó explicar Jerem mientras trataba de apartarse de su compañero—. Los gases...

— ¿Gases? —preguntó Yomin Carr con tranquilidad.

—No tengo tiempo de explicártelo —dijo Jerem—. Tenemos que irnos de aquí.

Yomin Carr tiró de Jerem y le empujó contra un árbol. Jerem, absolutamente inmóvil, miró al imponente hombre con absoluta incredulidad.

—Podría dejarte ir con ellos —dijo Yomin Carr—. O irrumpir en el recinto contigo, gritando que tenemos que hacer despegar el carguero Jolian.

—No lo entiendes —dijo Jerem—. La plaga avanza a una velocidad increíble. Estará aquí en cuestión de horas.

—Dentro de tres horas, para ser exactos —dijo Yomin Carr.

Jerem iba a responder, pero el peso implícito en las palabras de Yomin Carr le cayó encima y le dejó sin habla.

—Los gases arrasarán la base dentro de tres horas —afirmó Yomin Carr—. Y el resto del planeta en dos días, o antes, si el tiempo favorable permite que los niveles atmosféricos lleguen a un nivel crítico.

— ¿Tiempo favorable? —repitió Jerem Cadmir confuso—. ¿Cómo lo sabes?

Yomin Carr se llevó un dedo a la nariz y tocó el punto sensible del enmascarador ooglith que indicaba a la criatura que saliera.

Cuando las solapas del enmascarador se retiraron y Jerem Cadmir vio el desfigurado y tatuado rostro de Yomin Carr, el hombre intentó retroceder e introducirse en una hendidura que había en el tronco del árbol contra el que estaba apoyado.

El guerrero yuuzhan vong se quedó quieto, disfrutando intensamente de la exquisita agonía del hombre, mientras el enmascarador se separaba totalmente de él y se deslizaba bajo sus ropajes sueltos.

—Podría llevarte de vuelta allí y esperar contigo y con los demás a que se cumpliera vuestro destino —explicó Yomin Carr—. Porque está claro que he deshabilitado el carguero de forma irparable; aunque, de todas formas, ese

cacharro no hubiera servido de nada. Podría dejarte luchar con valentía contra la transformación, eso que tú llamas plaga, y dejarte morir sin honor y no a manos de un guerrero, sino simplemente por falta de oxígeno.

Jerem negaba con la cabeza y movía los labios intentando responder, pero de su boca no salía palabra.

—Pero creo que te debo esto en respeto a la perseverancia y a los recursos que has empleado para volver hasta aquí —prosiguió Yomin Carr.

Jerem intentó esquivarlo, pero Yomin Carr le atrapó sin dificultad con los músculos propios de sus años de entrenamiento guerrero. Colocó una mano bajo su barbilla y con la otra le agarró el pelo de la nuca. Con facilidad aterradora, Yomin Carr le hizo arrodillarse y tiró de su cabeza hacia atrás para que pudiera ver su horrible rostro desfigurado.

— ¿Entiendes el honor que te estoy ofreciendo? —preguntó Yomin Carr con la mayor seriedad.

Jerem no respondió.

— ¡Te ofrezco una muerte de guerrero! —gritó el yuuzhan vong—. ¡Yun-Yammka!

A continuación, hizo un movimiento brusco con los brazos y le rompió el cuello a Jerem.

Yomin Carr dejó caer el cadáver y se quedó en pie, ante Jerem, durante un largo rato, murmurando oraciones con solemnidad para que el *Aniquilador* aceptara su sacrificio. Yomin Carr estaba seguro de que le había mostrado un gran respeto a Jerem Cadmir en ese día. En cierta manera, incluso se había saltado las órdenes, pues no había permitido a los científicos luchar contra la plaga sin ponerles trabas.

Pero Yomin Carr podía justificarlo. Jerem había visto muy de cerca la plaga y, como él mismo admitió, sabía que no tenían medios para eliminarla. Jerem les habría instado a realizar un intento desesperado de despegue, y eso habría evitado que investigaran la plaga. Satisfecho con el razonamiento, el guerrero yuuzhan vong asintió y se agachó para inspeccionar el cuerpo de Jerem. Al hacerlo, encontró los tres valiosos objetos.

Los llevaría al recinto para que fueran analizados y para que los otros seis científicos buscaran soluciones. Su misión con respecto a la plaga era averiguar si los científicos de ExGal podían encontrar alguna manera de eliminar la poderosa arma biológica de los yuuzhan vong.

Alcanzar ese objetivo podía justificar su muestra de respeto hacia Jerem Cadmir. Satisfecho, el yuuzhan vong anduvo hacia el recinto. Había conseguido que todo

cuadrara, pero él sabía la verdad.

Había asesinado a Jerem Cadmir no por respeto o porque el hombre se mereciera una muerte de guerrero, sino porque había querido hacerlo y porque lo había disfrutado. Yomin Carr llevaba demasiado tiempo viviendo entre los infieles, hablando su idioma y aceptando sus extrañas y sacrílegas actitudes. Y ahora, el día de la gloria, el día de los yuuzhan vong estaba cada vez más cerca. Y él estaba ansioso, muy ansioso.

Al principio Danni pensó que estaba muerta, pero, a medida que recuperaba la conciencia y antes incluso de abrir los ojos, no sólo supo que estaba viva, aunque gravemente herida, sino que, de alguna forma, también supo dónde se encontraba. La certeza de estar dentro del montículo viviente que habían visto en el monitor de la nave repetidora la aterrorizó.

El hombro derecho se le había dislocado y le palpitaba. Sus brazos estaban extendidos y sujetos. Podía sentir unas manos fuertes agarrándole de las muñecas, el suave roce de una túnica sobre sus hombros desnudos y una humedad pegajosa en los pies, como si estuviera de pie sobre un charco de barro pegajoso.

Escuchó un grito ahogado y reconoció la voz de Bensin Tomri. Se esforzó por abrir los ojos.

Vio los irregulares y vastos muros multicolor y a aquellos hombres enormes, aunque enseguida comprendió que no eran hombres, sino algún tipo de humanoides. Estaban desfigurados y cubiertos de tatuajes, y le sujetaban los brazos estirados con tanta fuerza que no podía moverse. Vio a Bensin a su lado. Estaba en pie, con la cabeza echada hacia atrás y con otra de las grandes criaturas situada a su espalda. el guerrero tatuado alzó una mano, la cerró como el espólón de un ave y la clavó en la garganta de Bensin. el guerrero le soltó y Bensin cayó al suelo inerte. Danni supo que había muerto.

El gigantesco guerrero se acercó a ella lentamente y con la mano aún empapada de la sangre de Bensin. Danni intentó escapar, pero los humanoides que la sujetaban dieron sendos tirones y su cuerpo fue recorrido por una oleada de dolor originada en su hombro dislocado cuando la articulación se colocó en su sitio. Danni estuvo a punto de desmayarse y dejó caer la cabeza hacia delante. el guerrero se colocó ante ella. Ahora podía verle claramente y le reconoció. Tenía el mismo rostro que la criatura que había invadido la nave repetidora.

—Yomin Carr pidió respeto para Danni Quee —afirmó el prefecto Da'Gara—. ¿Com... compre...? —se detuvo e hizo una extraña mueca, buscando de la palabra adecuada.

—Comprendes —dijo la mujer apretando los dientes.

Da'Gara asintió y sonrió.

— ¿Comprendes el honor?

Danni le miró con impotencia.

Entonces volvió a sentir las punzadas de dolor. La masa viscosa que yacía a sus pies cobró vida y comenzó a reptar por sus piernas. A medida que la criatura comenzaba a unirse a ella, los ojos de Danni se desorbitaron por el pánico y el dolor. el ser subía cada vez más y se arrastraba por debajo de la túnica, recorriendo todo su cuerpo. Ella intentó forcejear.

Da'Gara le dio una bofetada.

—No deshonres la petición de Yomin Carr —le gruñó en la cara—. ¡Demuestra tu valor o te dejo morir en el aire vacío de la superficie!

Danni se calmó, pero siguió retorciéndose, algo inevitable teniendo en cuenta que esa criatura hundía sus garfios en los poros de su piel para unirse a ella. La mujer se mordió los labios y se mantuvo firme, mirando a Da'Gara fijamente.

El Prefecto asintió en gesto de aprobación.

—Me alegra que Danni no muerta, como era Cho Badeleg cuando os trajimos aquí —dijo Da'Gara—. Seré yo quien te mate ahora, de forma honorable, este día.

Danni no parpadeó.

—Pensando mejor —explicó Da'Gara—. Quizá prefieras venir conmigo a ver el zhaetor-zhae —sacudió la cabeza al darse cuenta de que estaba empleando una palabra yuuzhan vong—. A ver la gloria de la Pretoria Vong.

Danni negó con la cabeza, incapaz de comprender lo que ocurría.

— ¿Quieres ver la galaxia morir? —le preguntó de pronto Da'Gara—. Hace ya tiempo que visteis a nosotros entrar, mundonave. el principio del fin.

Danni frunció el ceño. Ahora estaba empezando a entender lo que quería decir Da'Gara y le parecía totalmente absurdo.

—Sí —dijo el Prefecto. Acarició suavemente la mejilla de Danni con una mano y la chica sintió más asco que si le hubiera propinado un puñetazo—. Lo ves conmigo, ves la verdad, la zhaetor, la gloria de yuuzhan vong. Quizá vengas a verlo y creerlo, y te unas. Quizá sientas viccae, ira en el orgullo, y mueras. Da igual. La verdad es que haría más feliz a Yun-Yammka.

Danni quiso preguntar qué o quién era Yun-Yammka, pero sólo movió la cabeza de un lado a otro, demasiado aturdida por la situación.

Da'Gara se alejó de Danni para dirigirse a otro guerrero, que se acercó a la chica

llevando en la mano algo parecido a un trozo de carne con forma de estrella. Ella intentó retroceder instintivamente y trató de resistirse con todas sus fuerzas, pero eran demasiado fuertes. Su grito de protesta se ahogó en cuanto le pusieron a la criatura en la boca. Su horror aumentó todavía más cuando el tentáculo del extraño animal se arrastró por su garganta. Al principio notó que se ahogaba, pero luego el ser se unió a ella y pasó a formar parte de su sistema respiratorio.

Con los ojos abiertos de par en par por el pánico, Danni fue arrastrada a través de las cámaras de la mundonave hasta una enorme sala con un agujero circular en el suelo. La abertura era aún más grande de lo que parecía, pero estaba semioculta por el hielo. Danni se preguntó por qué no tenía más frío y por qué no estaban todos congelados.

Pero ese pensamiento se alejó en un instante de sumo terror. Da'Gara se acercó a ella por la espalda y, sin ceremonia alguna, la empujó de cabeza por la cavidad. Danni resbaló por el interior de un enorme gusano tubular hacia las profundidades acuáticas.

El Prefecto saltó tras ella.

CAPITULO 10

Recorrer el cinturón

No podía esperar menos de Lando —dijo Han cuando el *Halcón Milenario* salió del hiperespacio y se encontró ante los dos planetas que Lando Calrissian había adoptado como hogar y lugar de trabajo.

Ambos estaban completamente rodeados de naves espaciales. Había pequeños cazas, enormes cargueros e incluso gigantescas naves escudo que Lando había empleado en alguna ocasión para proteger a otros transportes mientras extraía mineral en Nkllon, un planeta demasiado cercano a su sol.

—Hay más tráfico que en el Núcleo Galáctico —dijo Luke a través del sistema de comunicación cuando el *Sable de Jade* salió del hiperespacio y se colocó justo al lado del *Halcón Milenario*.

Sólo quedaba por aparecer Jaina, que pilotaba el Ala-X. Han miró a su mujer y vio que estaba preocupada. el viaje desde Reece les había llevado una semana. A bordo de una nave cómoda, como el *Halcón Milenario* o el *Sable de Jade*, eso no suponía ningún problema, pero pilotando un Ala-X podía resultar extenuante. Por no hablar de las provisiones. Los Jedi que emprendían tales viajes solían sumirse en un estado cercano al coma que reducía el ritmo de su metabolismo y dormían durante todo el trayecto. Jaina había aprendido la técnica y, durante sus entrenamientos con Mara, había demostrado que era capaz de dominarla.

Pero una sala de entrenamiento no era lo mismo que un largo y solitario viaje en Ala-X.

Incluso Luke le había preguntado repetidamente a su mujer si Jaina estaba preparada para ello. Mara había insistido en que sí. Nadie podía dudar de las innegables habilidades como piloto de Jaina y, dado que Mara era la tutora oficial de Jaina, nadie discutió nada; ni siquiera Leia y Han, que no estaban especialmente ilusionados con poner en peligro la vida de su hija.

Así que Jaina había volado hasta allí en el Ala-X, siguiendo la misma ruta, con el mismo destino y a la misma velocidad que las otras dos naves. Pero... ¿por qué no había salido ya del hiperespacio?

La pregunta flotaba palpable entre Leia y Han, pero ninguno la formulaba, no hacía falta.

—A que adivino cuál es el planeta de Lando —dijo la voz de Luke con tono ácido y sarcástico.

La respuesta era obvia. Uno de los planetas era de un color marrón y parecía bastante poco habitable, mientras que en el otro, cubierto de nubes blancas, se mezclaban azules y verdes. La escena recordó a Leia y a Mara los dos planetas que acababan de visitar: el acogedor Osarían y el poco hospitalario Rhommamul.

—Luke, ¿dónde está Jaina? —dijo Leia con un tono de voz que no reflejaba su preocupación.

Oyó risas en la otra nave. Era Mara.

— ¿Por qué no ha salido todavía? —insistió Leia.

—Porque Mara le dio a Erredós las coordenadas equivocadas —respondió Luke.

—Es una pequeña prueba —dijo la voz de Mara a través del comunicador—. Jaina está cerca, pero lo suficientemente lejos del sistema como para tener pocos puntos de referencia que le permitan rectificar la ruta. —Estará asustada —respondió Leia mientras visualizaba claramente una sonrisa en la preciosa cara de Mara.

—Al principio sí —respondió Mara—, pero sólo tiene que mirar en su interior y utilizar la Fuerza para enlazarse con nosotros, especialmente con Jacen. Llegará en cualquier momento.

—De todas formas —añadió Luke rápidamente—, Erredós conoce las coordenadas correctas.

—Sois un poco perversos —dijo Leia con un suspiro.

— ¿Con Jaina o contigo? —preguntó Luke.

Leia y Han oyeron a su cuñada riendo de nuevo.

—Sí —respondió Mara.

Leia se limitó a suspirar.

—Si le ocurre algo a la señorita Jaina, seré yo personalmente quien hable muy seriamente con Erredós-Dedós —intervino C-3P0 nervioso—. Oh, él siempre causa problemas, ¿verdad? Seguro que está disfrutando con todo esto.

Leia miró de reojo al dorado androide de protocolo.

—No tanto como Mara —murmuró y, teniendo en cuenta el miedo que sentía, lo dijo medio en serio medio en broma.

—Jaina está bien —afirmó Luke—. Si rozas la Fuerza, mi querida hermana, verás que está sana y salva.

Leia estaba a punto de hacerlo, pero no fue necesario porque en ese momento

los sensores del *Halcón* empezaron a sonar. Poco después, el Ala-X de Jaina apareció a la vista.

—Sí que has tardado —dijo Mara, dejando el canal abierto para que los tripulantes del *Halcón* también pudieran oír sus palabras.

—He tenido un problemita con Erredós —dijo Jaina sarcástica. Los vehementes silbidos de protesta de R2-D2 se escucharon al fondo.

Mara pidió a Jaina que les guiara en el aterrizaje. La chica lo hizo, pero dio un pequeño rodeo al planeta en el que vivía Lando, Dubrillion, para echar una ojeada a las operaciones que se llevaban a cabo en las proximidades del otro planeta, Destrillion. Una riada de pequeñas naves fluía hacia él, transportando a las enormes plantas de procesamiento que Lando había construido allí los minerales en bruto que habían extraído de los asteroides. Otro desfile de naves más grandes salía del planeta y se dirigía a los gigantescos cargueros que estaban en órbita.

Todos, incluido Han, que estaba más que acostumbrado a los sistemas de Lando, contemplaban incrédulos el espectáculo. ¿Cómo había conseguido Lando establecer una operación tan compleja en tan poco tiempo? Sólo llevaba allí un año, pero, aun así, daba la impresión de que podía suministrar minerales a la mitad de la galaxia.

Un mensaje de bienvenida les llegó desde la superficie del planeta verde y azul, el entusiasmo del controlador de vuelo aumentó cuando escuchó el nombre de las naves y el de sus ocupantes. Después, les proporcionó las coordenadas para el aterrizaje. Mientras descendían por la atmósfera de nubes de Dubrillion comprobaron que el nuevo hogar de Lando no era menos impresionante que sus operaciones mineras. La ciudad estaba formada por un conglomerado compacto de edificios. Había torres elevadas y, en las zonas más altas, se agrupaban numerosas plataformas de aterrizaje. Luke observó que la mayoría de ellas estaban vacías, lo que hacía suponer que los posibles invitados de Lando entraban y salían muy deprisa de la ciudad.

Como los contrabandistas.

Mientras el *Sable de Jade* se deslizaba hacia la plataforma que se le había asignado, Luke vio un par de Ala-X en una de ellas. Eran de la clase XJ, como la suya, la versión más actualizada de ese modelo de nave. Había pocos cazas de ese tipo en los alrededores, y los que había visto o salían de un destructor estelar o pertenecían a los escuadrones de un crucero de combate. La única y notable excepción eran los cazas pertenecientes a Caballeros Jedi.

Las naves tomaron tierra en tres zonas circulares situadas muy por encima de la superficie y rodeadas de nubes bajas. Las áreas de aterrizaje estaban conectadas

por estrechas pasarelas a una plataforma central. Una cuarta pasarela enlazaba ésta con una de las altas torres.

Los tripulantes de las naves desembarcaron y se dirigieron a la plataforma central. Jaina y R2-D2, que había necesitado mucha ayuda para salir del Ala-X, cerraban el grupo. La pareja se unió al resto justo antes de que Lando apareciera por la puerta de la torre con una enorme sonrisa de bienvenida dibujada en el rostro. Sus ojos, como siempre, centelleaban y daban la impresión de ocultar algo detrás de sus gestos y expresiones.

Soltó un par de carcajadas, se acercó a Han y lo envolvió en un fuerte abrazo. Después le dio a Leia otro un poco más largo, lo que arrancó una mueca de celos de Han. Luego pasó a Luke y, finalmente, llegó frente a Mara. Miró a la mujer y movió la cabeza lentamente.

— ¡Estás increíble! —le dijo con sinceridad. Mara sonrió mientras Lando le daba un abrazo.

—No muchos se atreven a abrazarme —comentó Mara.

—Mejor, entonces habrá más para mí —respondió Lando con una alegre carcajada. Cuando dejó de reír miró a Luke, que asentía y sonreía abiertamente, el saludo de Lando a Mara no podía haber sido mejor.

Lando se mostró mucho más reservado con Chewbacca, ofreció un saludo a R2-D2 y a C-3P0, y después centró su atención en los tres jóvenes.

— ¿Vais a crecer más? —preguntó abriendo los brazos asombrado—. No ha pasado ni un año y ya sois mayores, no puedo creerlo.

Los tres, claramente avergonzados, sonrieron amablemente.

— ¿Qué hacéis aquí? —preguntó Lando volviéndose hacia Han—. ¿Y por qué no me avisasteis de que veníais? Podría haber preparado algo.

—De todas formas, creo que no nos aburriremos —dijo Han sarcástico.

Lando rió, pero se detuvo de repente y miró a Han con suspicacia. No estaba seguro de si el comentario había sido un cumplido o un insulto. Su brillante sonrisa volvió casi de inmediato. Haciendo un gesto ostentoso, el anfitrión dio un pequeño salto, guió al grupo hacia el interior de la torre y se ofreció a enseñarles todas las instalaciones, el recorrido abarcó desde las habitaciones de lujo para los invitados a las salas de control en las cuales se coordinaban las plantas de procesamiento robótico del planeta vecino. Allí, Lando les describió con orgullo la gran variedad de minerales que se elevaba hacia los cargueros, rumbo al Núcleo Galáctico. La visita terminó en la enorme cámara de monitorización situada en el centro de la ciudad. Una sala ovalada cuyo perímetro imitaba la ruta orbital del

cinturón de asteroides, el Capricho de Lando. Las paredes de la estancia estaban cubiertas por una enorme pantalla de visualización que mostraba el cinturón de asteroides en tiempo real. Lando les condujo hasta una gran pantalla rectangular situada en una pared, el hombre que controlaba el panel de control se apartó respetuosamente.

A continuación, Lando hizo una demostración que no les decepcionó en absoluto. Seleccionó una sección del cinturón de asteroides y la amplió en la pantalla rectangular, el grupo pudo ver claramente cómo las pequeñas naves-robot mineras examinaban, taladraban y extraían minerales de un asteroide, y luego saltaban a otro.

— ¿Cuánto ganas con esto? —preguntó Han—. En serio.

—La mayoría de los asteroides no son rentables —admitió Lando—. Pero, de vez en cuando... —añadió tímidamente, frotándose las manos y con los ojos oscuros reluciendo.

Lando prolongó un poco más la demostración, respondiendo a preguntas sobre el volumen del negocio y el coste de la instalación. Luego les condujo fuera de la torre para entrar en otra por la que ascendieron más y más hasta llegar a un hangar cerrado ocupado por varias naves pequeñas. Los vehículos consistían en una cabina central monoplaza de cuyos lados brotaban dos barras de conducción eléctrica que conectaban con sendas alas solares. Las alas eran verticales en las dos terceras partes de su recorrido, pero los extremos se doblaban arriba y abajo en un ángulo de cuarenta y cinco grados para apuntar a la cabina central.

Los invitados de Lando, sobre todo los más viejos, reconocieron enseguida la nave. Era un caza de combate avanzado X1 TIE, el modelo preferido por la élite del antiguo Imperio, incluido Darth Vader. La visión de la nave afectó visiblemente tanto a Luke como a Leia, que mostraron una expresión de desánimo. Han miró a Lando y frunció el ceño.

—Es el mejor diseño para nuestros propósitos —respondió Lando en tono sincero.

— ¿Éstos son los cazas con los que recorres el cinturón? —preguntó Luke.

—Es por la cabina de choque ajustable —explicó Lando, llevándoles hasta el más cercano. Mientras se aproximaban comprobaron que en la parte trasera del hangar había varias naves de cabinas gemelas similares, pero de mayor tamaño, y algunos bombarderos TIE—. Los pilotos de estas cosas pueden soportar impactos muy fuertes.

—Eso ya lo sabíamos —replicó Han sarcástico.

— ¿Así que pilotáis estos aparatos a través del cinturón de asteroides? — preguntó Jaina. Su expresión y su tono demostraba que estaba más que intrigada.

—No. No atravesamos el Capricho de Lando, lo recorremos —le corrigió Lando—. Volamos a contra corriente por el flujo de asteroides. Tenemos localizadas un par de zonas difíciles —miró a Jaina un momento, observando su expresión ansiosa—. ¿Quieres intentarlo?

Ella miró primero a sus padres un instante y luego a Mara. Era obvio que estaba pidiendo permiso.

—oOOoo—

El tiempo de preparación se le hizo interminable a Jaina, pero se preocupó de prestar atención a Lando y al técnico mientras le explicaban las diferencias básicas entre pilotar un caza TIE mejorado y un Ala-X. Los pedales y los controles manuales eran fáciles de manejar, pero la cabina de choque ajustable, un artificio que se balanceaba de un lado a otro, era muy diferente a la cabina estable de un Ala-X o de un deslizador, el técnico le explicó que la diferencia más importante de todas tenía que ver con el compensador de inercia. En los cazas TIE modificados, al contrario que en los Ala-X y en la mayoría de las naves, los compensadores no podían graduarse. Los niveles estaban establecidos de antemano y diseñados para intensificar en el piloto la sensación de vuelo táctico. A menudo, esos niveles proporcionaban a los pilotos un paseo emocionante, pero estaban ajustados para no sobrepasar niveles gravitatorios que excedieran los límites de seguridad.

—Al principio, los pilotos lo bajaban a noventa y cinco —explicó el técnico a los tres jóvenes—. De esa forma, recorrían el cinturón rebotando de un asteroide a otro. Cuando alcanzaban el límite de seguridad y estaban a punto de colisionar, viraban con un giro brusco. Solíamos encontrarlos inconscientes cuando íbamos a buscarles. Uno casi muere.

Al oír la última frase, Leia mostró una expresión preocupada. Jaina supo que estaba deseando cancelar el tema de las carreras.

Pero entonces el técnico les garantizó que los problemas estaban resueltos.

—Cuando te chocas con un asteroide, das las vueltas de tu vida —explicó—, pero puedes sobrevivir para fanfarronear de ello.

Para acabar de ganarse su confianza, el técnico les mostró los escudos repulsores, una protección sólida que no era controlada por el piloto ni recibía la energía de los motores de la nave, sino de una estación espacial, la *Corredor I*.

Aquella información dejó a Luke estupefacto. Gracias a la combinación de escudos y sistemas propulsores mejorados, Lando había conseguido una

tecnología que permitía a los cazas TIE soportar varios impactos sobre los asteroides. Durante muchos años, los poderes militares del Imperio, así como los de la Nueva República, habían intentado perfeccionar los escudos exteriores de las naves, utilizando fuentes de energía mayores que pudieran generar escudos deflectores para los cazas de menor tamaño. Así, los pilotos de los cazas no tendrían que maniobrar, acelerar y disparar. Pero esa técnica no había progresado, y Luke se dio cuenta de que si Lando conseguía perfeccionarla, eso aumentaría la valía del hombre de negocios mucho más que todos los tesoros que pudiera sacar de los asteroides del Capricho de Lando. Quizás ése era su auténtico propósito.

—Además —prosiguió el técnico, acercándose para acariciar la carrocería blanca junto a la cabina de choque—, estas preciosidades tienen hipervelocidad.

Luke asintió con admiración. Lando y sus técnicos estaban realizando una labor impresionante.

—No les pasará nada —terminó Lando en lugar del técnico. Luego le guiñó un ojo a Leia.

Un momento después, Jaina y los dos chicos Solo llevaron a cabo una prueba en los cazas TIE retocados. La simulación incluía una colisión a velocidad media contra una ladera, para que pudieran sentir por primera vez la sensación del choque.

Pero ese ejercicio apenas sació el ansia de Jaina. Lando les llevó a la entrada de la sala de la torre principal de la ciudad, donde, sobre un panel, se destacaban los nombres de los principales pilotos y la duración de sus vuelos. Jaina no conocía a ninguno excepto a dos: Miko Reglia, que ocupaba el séptimo lugar, y Kyp Durrón, el campeón, cuyo tiempo de vuelo era de once minutos y trece segundos.

Eran Caballeros Jedi, el Maestro Kyp y su aprendiz Miko.

Jaina tendría que hacerlo muy bien.

—oOOOo—

Jaina estaba pilotando su caza TIE dentro de las coordenadas de preparación y frente al punto de entrada del cinturón de asteroides. Jacen lo recorría en ese momento y ya llevaba un respetable tiempo de casi cinco minutos. Jaina no podía verle, pero oía sus llamadas, o al menos captaba las señales que él emitía. Jaina sabía que su hermano gemelo guardaba silencio porque buscaba la calma a través de la meditación de la Fuerza.

Jacen sobrepasó la marca de los cinco minutos y medio. Había entrado en el panel.

—Adelante —susurró Jaina.

Cuando terminó de decirlo, oyó a su hermano soltar una exclamación y luego un largo grito.

—Ya ha salido —comunicaron desde la *Corredor I*—. Ha recibido un golpe tremendo.

Jaina le vio. Las luces del caza TIE giraban a medida que él cruzaba el espacio.

— ¿Jacen? —llamó ella.

Al no obtener respuesta, Jaina se enlazó con su hermano gemelo a través de la Fuerza. Su estrecha conexión le permitió percibir que estaba conmocionado, pero sano y salvo.

Entonces prestó atención a Anakin, que comenzaba su carrera en ese momento. Mientras escuchaba su respiración y los gritos ocasionales a través de la unidad de comunicación, Jaina captó breves imágenes de la nave de su hermano esquivando rápidamente las rocas. Parecía más animado que Jacen y más pendiente de sus emociones físicas. Jaina comprendió el conflicto ideológico que mantenían sus hermanos. Cada uno intentaba encontrar el equilibrio correcto entre la Fuerza y lo material, y sus diferencias no le sorprendían en absoluto.

—Le tenemos —dijeron desde uno de los remolcadores de Lando. La voz de Jacen llegó a continuación asegurando que estaba bien. Jaina se imaginó la expresión de alivio de su madre.

—Quiero hacerlo otra vez —añadió.

Jaina imaginó el previsible ceño fruncido de su madre.

El caza TIE y el remolcador pasaron en ese momento frente a ella, el caza modificado parecía estar bien, pero, aun así, lo estaban remolcando. Ella respiró profundamente para calmar los nervios.

Entonces escuchó el grito de alegría de Anakin, y pudo ver su caza TIE esquivando el filo de una enorme roca.

Jaina apagó el comunicador. Prefería concentrarse en su interior y encontrar la paz en el vacío de tranquilidad que le ofrecía la Fuerza. De forma casi inconsciente, Jaina pisó varias veces los pedales de su caza. Intentaba conocer la nave a fondo. La joven aceleró y se quedó clavada en el asiento.

A medida que pasaban los segundos, Jaina caía en una meditación más profunda.

La voz del controlador de tierra confirmó que Anakin había superado a Jacen, algo que motivaría una interesante conversación entre los hermanos. Jaina volvió a centrarse en su entorno y encendió de nuevo el comunicador en el canal de Anakin

justo a tiempo de oír su grito triunfal.

— ¡Te pillé, Ja...! —comenzó a decir.

Jaina lo veía todo. Anakin pasó rozando una roca por debajo y luego giró hacia arriba para esquivar otra.

Pero no pudo escapar a una tercera, que no vio hasta que la tuvo justo delante.

El caza TIE chocó de frente y rebotó hacia arriba, girando a una velocidad vertiginosa. Cada vez subía más, hasta que, de repente, se detuvo. Probablemente, Anakin había encendido un motor de compensación. La nave avanzó a la deriva, ladeada y aparentemente inerte.

— ¿Anakin? —la ansiosa voz de Leia llegaba desde la estación de tierra. No hubo respuesta.

Mientras Leia gritaba de nuevo, Jaina agarró los mandos. Pensaba que ella llegaría antes a su hermano, aunque no sabía si eso le beneficiaría. Antes de salir disparada, se oyó la voz tenue de Anakin respondiendo a través del comunicador.

—Alucinante —dijo. Parecía enfermo o como si acabara de estarlo.

— ¿Estás bien? —preguntaron Lando y Leia al mismo tiempo.

—Eso creo.

—Has ganado a Jacen —intervino Jaina.

— ¿Y eso qué importa?

Fue entonces cuando Jaina comprendió lo emocionado que realmente estaba su hermano pequeño. En condiciones normales, el mero hecho de haber vencido a Jacen hubiera sido lo máximo a lo que podía aspirar, una victoria inmejorable.

—Ya basta —dijo Leia, que parecía haberse dado cuenta de lo mismo—. Aterriza, Jaina.

¡Preparados para el despegue! —exclamó Jaina cambiando a un canal diferente y fingiendo que no había oído a su madre. No iba a dejar que la mala suerte de Anakin la detuviera. Sabía que tenía que haber salido ella primero—. ¿Tengo la salida despejada? —preguntó al controlador aéreo de la *Corredor 1*.

— ¡Adelante! —respondió él.

— ¡Jaina! —la voz de Leia llegó a través del comunicador. Su intuición maternal le había permitido encontrar fácilmente el nuevo canal de su hija.

Pero Jaina aceleró rápidamente en dirección al punto de entrada del cinturón. La mayoría de los pilotos se quedaban totalmente quietos y dejaban que el flujo de

asteroides avanzara hacia ellos. De ese modo, utilizaban los motores sólo para realizar las maniobras que les permitían esquivar las piedras. Después de todo, lo importante no era la distancia recorrida, sino la duración del vuelo.

Sin embargo, Jaina, temiendo que su madre encontrara la forma de suspenderlo todo, entró en el cinturón acelerando... a toda velocidad.

Nada más entrar supo había cometido un error. Antes incluso de reconocer alguna pauta en el movimiento en los asteroides que se acercaban a ella, tuvo que pulsar a fondo los mandos y subir el morro del caza TIE, echándose hacia la izquierda desesperadamente para esquivar una roca, el caza giró tres cuartos de vuelta, Jaina se detuvo y avanzó en diagonal. La nave pasó rozando otro asteroide y estuvo a punto de darse por detrás contra el primero que había eludido. La joven no tuvo tiempo de respirar para relajarse; otras dos rocas se acercaban. Hizo girar el caza TIE hacia un lado y, de alguna forma, consiguió pasar entre ellas. Luego volvió a enderezar la nave, dirigió el morro hacia abajo y avanzó rápidamente. Antes de que saltara la alarma indicando que se hallaba cerca del borde exterior del cinturón, Jaina hizo girar el TIE y se echó a un lado, sin entrar en el camino de los asteroides. De ese modo no perdió el ritmo, lo que la habría descalificado, y ganó un segundo muy valioso.

Y en ese segundo recobró la compostura y se dio cuenta de que no podía confiar en sus reacciones. Era un juego de anticipación, en el que era necesario prever el movimiento antes de realizarlo. Ésa era la razón por la que los cuatro Jedi que habían participado, incluyendo a sus hermanos, que eran pilotos relativamente inexpertos, habían llegado a figurar en el panel de clasificación. Jaina ignoró los mandos parpadeantes y las señales sonoras y miró hacia delante, al río de rocas. Sentía el ritmo de su movimiento mientras lo veía.

Puso a trabajar su instinto y se sumergió de lleno en la corriente.

—oOOOo—

Un gruñido escapó de la boca de Leia cuando Jaina se introdujo en el cinturón de asteroides. Han lo escuchó y le pasó un brazo por los hombros. —Me ha oído —dijo Leia despacio y en voz baja.

Han la abrazó más fuerte, acercándola hacia él. Por supuesto que Jaina había oído la llamada de su madre. Había fingido no hacerlo para emprender la carrera que había ocupado sus pensamientos en los últimos días. Han sabía que Leia acabaría superándolo, pero si Jaina hubiera accedido a la petición de su madre, habría perdido la oportunidad que tanto deseaba, y la tirantez entre madre e hija habría sido eterna.

—No le pasará nada —dijo él, pero apartó la mirada cuando el caza TIE de

Jaina, claramente visible en las enormes pantallas de la sala de control central, salió disparado, giró tres cuartos de vuelta y reaccionó en el último instante—. Es el mejor piloto de los tres.

A su lado, los ojos verdes de Mara brillaban con excitación.

—Usa la Fuerza, Jaina —susurró—. Deja que la Fuerza te guíe.

Luke, que masajeaba el cuello y los hombros a Leia, sonrió y recordó un consejo parecido por parte de Obi-Wan Kenobi cuando el viejo Ben le había acompañado en su vertiginosa carrera por la trinchera de la Estrella de la Muerte. No prestes atención a lo que perciben tus ojos ni el resto de tus sentidos. No hagas caso de los instrumentos. Apágalos, si puedes. Deja que la Fuerza te muestre el camino, las vueltas, los giros y el objetivo.

Jaina estaba más concentrada. Todos lo apreciaron porque sus giros eran más marcados, pero menos drásticos, como si supiera cuál iba a ser el siguiente movimiento.

Luke miró el reloj que colgaba sobre ellos. Llevaba cuatro minutos.

Jaina seguía dando vueltas y girando. Caía y, de repente, volvía a subir a una zona más despejada de rocas. Anticipándose a su sobrina, Luke reconoció lo que parecía ser un obstáculo insalvable. Dos enormes asteroides se habían unido como si uno colgara del otro. Ambos formaban un muro de piedra que el caza TIE no podría salvar.

— ¡Ruta bloqueada! —gritó uno de los jueces de observación de Lando. Las mismas palabras parpadearon en su monitor, el ordenador que calculaba el vuelo de Jaina no había sido capaz de determinar una maniobra que permitiera al caza TIE cruzar la barrera sin salirse de los límites del asteroide.

—Qué mala suerte —dijo Lando—. Pasa de vez en cuando. —Ella lo conseguirá —insistió Mara.

—Vamos, Jaina —susurró Leia a su lado.

—oOOOo—

Jaina vio el cúmulo de rocas. Parecían dedos entrelazados para formar una sólida barrera. La joven disminuyó la velocidad y miró a su alrededor desesperada, buscando una forma de cruzar.

No la había.

Miró a sus instrumentos, que parpadearan y silbaban enloquecidos para avisar de la inminente colisión. Jaina se dio un puñetazo en la pierna con frustración. Estaba perdiendo la compostura, y con ella, las oportunidades.

Pero entonces escuchó a Mara suplicándole que se dejara guiar por la Fuerza, y después oyó la voz de su madre. Ambas transmitían un sentimiento general de apoyo y amor.

Jaina clavó la mirada al frente y aceleró, directa hacia las rocas. Tenía que ganar tiempo, eso era todo, el asteroide que parecía colgar del otro sobrepasaría pronto al primero, y entonces, tal vez se podría ver alguna forma de cruzar.

Jaina se acercó rápidamente al asteroide más cercano girando a un lado y descendiendo. La chica encendió los propulsores y rebotó suavemente. Giró de nuevo y volvió a activar los motores, utilizando otro asteroide para darse impulso. Y una vez más rebotó hacia atrás. De ese modo y técnicamente no volaba en sentido inverso, lo que la habría descalificado.

Jaina continuó jugando, rebotando como si fuera un balón. Nunca llegaba a impactar, sino que activaba los motores en el momento preciso y se impulsaba hacia un lado, hacia arriba, hacia abajo, o incluso hacia atrás, ganando tiempo, que no distancia, a medida que los asteroides se adelantaban unos a otros y chocaban entre sí, girando con ángulos ligeramente distintos.

Jaina percibió una ligera vía de escape. Fue como si un soplo de brisa hubiera cruzado entre dos rascacielos a través de un callejón. La joven rebotó contra otra roca, giró sobre sí misma y se lanzó hacia abajo. Entonces invirtió el impulso y esquivó un asteroide más. Lo rodeó, ascendió y, finalmente, aceleró a través del hueco, recogiendo las alas para adaptarse al ángulo de salida.

Tenía los ojos medio cerrados para visualizar en su mente la trayectoria de las rocas. Su caza TIE giraba, aceleraba y reducía la velocidad antes incluso de que ella fuera consciente de los movimientos.

Y tampoco era consciente de los segundos que pasaban, ni de cualquier cosa que no fuera encontrar el camino más despejado frente a ella.

—oOOOo—

El aullido de Chewie cruzó el aire cuando, ignorando los cálculos del ordenador, Jaina atravesó la aparentemente inquebrantable barrera, el grito reflejó el sentimiento de todos los presentes, incluso del personal de Lando, el wookiee saltó arriba y abajo, agarró al técnico que tenía más cerca, le agitó haciéndole rechinar los dientes y elevó el puño peludo al aire.

— ¿Tan bueno ha sido? —preguntó C-3P0 completamente serio. Parecía no entender nada.

R2-D2 aulló y silbó a modo de respuesta.

Leia se acercó y apretó la mano de Mara.

—La chica sabe volar —dijo Han con la voz más llena de asombro que de orgullo. Miró el reloj.

Marcaba cinco minutos y treinta y dos segundos.

Jacen, que seguía algo conmocionado por su colisión, entró en la sala en aquel momento. Miró al reloj y se unió al resto, que seguían vigilando los progresos de Jaina.

—Ha encontrado la paz interior —dijo.

— ¿Y tú? —preguntó Luke.

Jacen asintió.

—Pero no vuelo tan bien como ella —admitió—. Jaina lo tiene todo.

Y eso parecía, ya que la pantalla mostraba su caza TIE fluyendo sin esfuerzo por el laberinto de rocas voladoras.

El tiempo superó la barrera de los siete minutos, lo que dio una buena posición a Jaina en el panel.

—Quedará tercera como mínimo —les dijo Lando—. Y nadie ha tenido una ruta más difícil que la suya —se dio la vuelta hacia uno de los técnicos—. Emítelo por todos los canales de televisión —le ordenó—. Quiero que esto se vea en todo el planeta.

—Que empiecen las apuestas —susurró Han a Leia al oído. Ambos sonrieron.

—Ya se está emitiendo en las otras salas de control y en las áreas de aterrizaje —respondió el técnico.

—Lo vi al entrar —dijo Jacen—. Kyp Durrón está fuera y no se está perdiendo ni un segundo.

Aquel nombre le recordó a Luke que tenía otros negocios que atender allí. Pero no era el momento, se dijo a sí mismo. Estudió el ritmo de vuelo de Jaina y volvió a mirar el reloj.

Kyp va a perder —afirmó sin variar el tono.

—oOOOo—

La Fuerza crecía dentro de Jaina. Era una presión tangible que aumentaba por segundos. Con una apariencia borrosa e incomprensible, una serie de movimientos aparentemente inconexos la colocaron en un desfiladero entre asteroides de pocos metros de anchura, el caza giraba bruscamente, daba vueltas, subía y efectuaba giros hábiles para localizar las estrechas hendiduras abiertas que separaban las rocas.

El recorrido se prolongó en el tiempo, un tiempo que, perdida en lo más profundo del trance, le parecía irrelevante.

Pero la presión creció, segura y tangible. Jaina se daba cuenta, pero sólo la obligaba a concentrarse aún más.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando el caza TIE rodeó una roca giratoria y se precipitó hacia otra más pequeña, el leve impacto la impulsó lo suficiente como para rebotar contra otro asteroide de mayor tamaño.

Giró una y otra vez, y, al final de una de las vueltas, se asustó al ver un muro de piedra que se interponía en su trayectoria.

Entonces se dio cuenta de que giraba tan deprisa que apenas tenía tiempo para registrar los movimientos y para asimilar las imágenes que se sucedían ante ella. Chocó contra otro asteroide y sintió claramente el impacto, y entonces...

...Estaba fuera del cinturón.

Sus agitados sentidos se estabilizaron. Jaina empezó a luchar enfebrecida para controlar los mandos y detener las vueltas. No tenía ni idea del tiempo que había pasado y apenas recordaba la carrera.

En la sala de control reinaba... el silencio.

Un silencio lleno de asombro, el cronómetro se detuvo cuando el caza TIE de Jaina salió del cinturón.

Veintisiete minutos y veintisiete segundos.

—La chica sabe volar —repitió Han.

CAPITULO 11

Explosión

Sólo seis enemigos, cuatro hombres y dos mujeres, se oponían Yomin Carr. Uno de ellos se había subido a la torre con un traje de aislamiento completo e intentaba reparar la desconectada caja de empalmes.

Pero Yomin Carr sabía que era inútil. La plaga molecular ya había pasado por ExGal-4 y arrasado casi todo Belkadan. Los gases tóxicos y los remolinos de nubes verdes y amarillas eran ya tan grandes y espesos que resultaba imposible enviar un mensaje fuera del planeta. Cuando la realidad de la devastación se hizo evidente, los científicos que quedaban en la base se apresuraron a preparar el carguero para el despegue. A Yomin Carr le habría resultado muy fácil sabotear la ya de por sí destrozada nave. Con sólo frotar los cables unos con otros, se habría desmenuzado el interior, que estaba de por sí podrido, causando cortocircuitos y haciendo saltar las placas de conexión más allá de las tuercas polvorientas.

Los científicos habían abandonado rápidamente cualquier esperanza de huida y se habían concentrado en enviar una señal de socorro. Pero ya era demasiado tarde. La muerte de Garth Breise y el haber confiado en Yomin Carr había sellado sus destinos.

Las nubes y los gases venenosos les rodeaban y, aunque la estación cerrada herméticamente podía mantenerse activa en una atmósfera carente de oxígeno, estaban atrapados. Eran como un grupo de peces calamarianos metidos en un barril a merced de los arpones de Yomin Carr.

El guerrero yuuzhan vong salió del recinto con el respirador en forma de estrella de mar colocado en su rostro. No acababa de confiar en los aparatos mecánicos de respiración de los trajes de aislamiento. Satisfecho con la devastación provocada por sus amigos escarabajos, Yomin Carr se dirigió a la base de la torre y miró hacia arriba. A través de la densa niebla, apenas podía ver al hombre que trabajaba allí.

— ¿Cómo va la reparación? —gritó.

Su voz, debido a la máscara, sonó acuosa.

— ¡Ya lo tengo! —gritó alguien desde arriba. Era la voz de una mujer—. Una conexión más...

Yomin Carr sacó un hacha de su cinturón y lo clavó con fuerza en la sección del cable que descendía por la base de la torre, el corte fue limpio. Después, guardó el

hacha y esperó con calma, disfrutando con la gloriosa niebla tóxica.

Unos minutos después, descendió de la torre Lysire Donabelle, una de las dos hembras que quedaban con vida en Belkadan.

—Ya funciona —explicó mientras llegaba al suelo y comenzaba a despojarse del arnés de seguridad y de los metros de cuerda—. Era sólo un conector —comenzó a explicar. Entonces se giró y se quedó helada. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a Yomin Carr con su respirador viviente.

Yomin Carr alargó la mano y la acercó al nuevo corte del cable.

Lysire lo miró un momento y su agitada respiración empañó el cristal de su escafandra. Después volvió a mirar a Yomin Carr y, atónita, negó con la cabeza.

Entonces echó a correr y dejó atrás al alienígena.

Yomin Carr le puso la zancadilla y, con un movimiento ágil, agarró el tubo de aire del casco de la chica y se lo arrancó. Lysire cayó al suelo de bruces, el yuuzhan vong le puso un pie en la espalda y la inmovilizó.

Lysire se agitó frenéticamente, intentado respirar, mientras los gases amarillos se introducían en su traje protector. De alguna forma y en medio de su desesperación, la joven consiguió liberarse, arrastrándose sobre las rodillas y consiguiendo ponerse en pie. Yomin Carr hubiera podido cogerla sin problemas, pero no lo hizo, el paso tambaleante de la chica demostraba que él ya había vencido.

Lysire anduvo con paso vacilante y recorrió el camino hasta la entrada del recinto dando tumbos. Avanzó unos pasos más, tropezó y se dio contra la puerta. Sus manos se movieron en un intento inútil de encontrar el mando de apertura. Ya casi había perdido el conocimiento.

Yomin Carr no se movió, no tenía motivos, y observó cómo Lysire caía contra la puerta. Luego se puso a su lado y contempló los remolinos de nubes y los espesos gases.

Transcurrió media hora. Por razones de seguridad, los siete científicos que quedaban se habían encerrado formando dos grupos de dos y uno de tres. Los dos compañeros de Yomin Carr pensaban que él estaba durmiendo en su habitación, pero la compañera de Lysire sabía que la joven había salido al exterior. Por eso, a Yomin Carr no le sorprendió que se abriera la puerta del recinto.

Lysire Donabelle cayó al suelo.

— ¡Lysire! —gritó su compañera, y se arrodilló a su lado.

Entonces notó movimiento y miró hacia arriba. Sus ojos se abrieron

desmesuradamente ante el horror que le provocó ver a Yomin Carr atacándola con el hacha.

El guerrero yuuzhan vong se dio cuenta de que asesinar a la última hembra de Belkadan era un gesto simbólico. Era el sello de la victoria, el símbolo de que los humanos y otras especies inteligentes de la galaxia habían sucumbido en su primer contacto con los yuuzhan vong.

Yomin Carr arrancó el hacha del pecho de la mujer y dejó que su cuerpo cayera sobre Lysire. Después, se dirigió a la puerta y regresó al recinto.

Sólo quedaban cuatro enemigos, y Yomin Carr sabía que probablemente dos de ellos estarían dormidos.

—oOOo—

Nom Anor no se sentía nada cómodo sentado en su asiento con el cinturón abrochado y con toneladas de inestables explosivos líquidos brillando a sus espaldas, el Ejecutor yuuzhan vong llegado de otra galaxia nunca había tenido miedo de los vuelos espaciales, ni mucho menos; pero este primitivo cohete de dos fases rhommamuliano hacían extraordinarios los motores fónicos de cualquier nave convencional, e incluso eso le parecía a Nom Anor algo muy alejado de la gloria y la sofisticación de las mundo-naves y los coralitas que utilizaba su pueblo.

Shok Tinothkin, que estaba a su lado, no parecía más tranquilo. Los dientes le rechinaron por la fuerza de gravedad cuando el cohete entró en órbita. Superada la primera fase de vuelo, Shok se dirigió a su puesto para pilotar el enorme y destartalado cohete hacia el paciente *Mediador*.

—Nos están saludando —explicó Shok a su líder un momento después. Nom Anor alzó la mano y movió la cabeza de un lado a otro. —Termina de establecer la ruta —ordenó.

Cualquier retraso en la respuesta estaba justificado por lo complicado que resultaba alinear un cohete tan grande y difícil de manejar. La discusión con el *Mediador* vendría después, cuando Shok y él estuvieran a salvo dentro del Ala-A camuflado.

—Pasaremos justo a su lado —le aseguró Shok un momento después.

Nom Anor se levantó de la incómoda silla y Shok le siguió. Ambos se agacharon y se introdujeron en la reducida cápsula del Ala-A. Nom Anor sólo se detuvo un instante, para colocar un señuelo en el asiento del piloto, murmurar rápidamente una plegaria a Yun-Harla *La Diosa Oculta, La Mentirosa*, y dar un beso de despedida a uno de sus villips.

El cohete rhommamuliano abandonó la órbita y se dirigió en línea recta hacia el

Mediador empleando los motores de la segunda fase, de la que luego se desprendió. En realidad, esos motores no se habían encendido. No era necesario porque aquello no era realmente una parte del cohete, sino una carcasa vacía con un caza Ala-A hábilmente camuflado en su interior.

Desde la alargada cabina del Ala-A, modificada para dar cabida a dos pilotos, Nom Anor y Shok Tinotkin contemplaron los repetidos destellos provocados por el intercambio de misiles entre Osarian y Rhommamul. Los cazas del *Mediador* cruzaban vertiginosos la atmósfera de ambos planetas, sobre todo la de Osarian, intentando derribar la mayor cantidad posible de misiles. Pero cuando la carcasa de la segunda fase del cohete rotó hacia un lado, el Ejecutor tuvo una perspectiva mejor de Osarian y pudo apreciar las enormes sombras rojas, causadas por las nubes de las explosiones termonucleares, y cómo algunos proyectiles conseguían abrirse paso hasta sus objetivos.

Por eso no era extraño que el comandante Ackdool hubiera aceptado ansioso su oferta de negociar con los osarianos.

La cápsula del cohete giró un poco más y el gran crucero de combate apareció ante ellos. A pesar de la enorme distancia entre ambas naves, el tamaño del crucero ridiculizaba el de la cápsula rhommamuliana que se aproximaba a él.

—Mantén la ruta —ordenó Nom Anor. Shok activó los motores direccionales, interrumpió el impulso de giro y estabilizó suavemente la imagen del *Mediador*.

—Abre el canal.

Shok asintió y, desde el Ala-A, activó a distancia el canal de comunicación de la cápsula. La imagen del comandante Ackdool no podía ser devuelta al Ala-A, porque eso habría delatado a la pareja, pero Nom Anor podía imaginarse perfectamente la cara del calamariano y su estúpida sonrisa de saludo mientras soltaba las previsibles tonterías diplomáticas de rigor.

Saludos, comandante Ackdool —dijo Nom Anor a través de su villip. La pequeña criatura, una réplica exacta del rostro de Nom Anor, estaba colocada sobre el cuerpo decapitado que habían situado en el asiento del piloto de la cápsula, e interpretaba las palabras de Nom Anor con una inflexión perfecta.

Ackdool apenas había iniciado su hipócrita retahíla de bienvenida, cuando un grupo de naves surgió de la oscuridad del espacio y se acercó rápidamente hacia la cápsula.

Ackdool soltó una maldición y ordenó la salida de los cazas. Nom Anor y Shok Tinotkin escucharon un grito de júbilo procedente del lugar donde se encontraba Ackdool.

—El Caballero Jedi —dijo Shok Tinotkin.

Nom Anor asintió, pensando en lo irónico que resultaba que los propios cazas del *Mediador* despejaran el paso a la falsa segunda fase del cohete.

Shok Tinotkin se esforzó por mantener a la vista tanto al *Mediador* como a la cápsula, para así poder disfrutar del espectáculo que suponía ver los cazas del enorme crucero de combate interceptando y atrapando a los Incursores Z-95 osarianos.

—Sus amigos de Osarian no parecen interesados en emprender el diálogo, comandante Ackdool —dijo Nom Anor tranquilamente.

—Osa-Prime ha sido arrasada —respondió Ackdool, y un ligero titubeo alteró su perfecto tono diplomático.

—Estamos de acuerdo con el alto el fuego —dijo Nom Anor.

—Les protegeremos durante su trayecto hasta el *Mediador* y, una vez terminadas las negociaciones, les escoltaremos de vuelta a Rhommamul —le garantizó el comandante Ackdool. Nom Anor supo, por su tono formal, que se había puesto firme mientras hablaba—. Tienen mi palabra.

—Como queráis —dijo Nom Anor, consciente del hecho de que su villip no podía asentir con la cabeza—. Destruye la imagen —ordenó tranquilamente a Shok Tinotkin, el hombre obedeció y cambió una y otra vez de canal, con la intención de que la interrupción visual de la comunicación pareciera una avería.

— ¿Comandante Ackdool? —preguntó el villip de Nom Anor con la voz agitada.

—Le recibo —respondió la voz entrecortada de Ackdool—. Hemos perdido la imagen.

—Me temo que la avería es nuestra —dijo Nom Anor—. Sólo vemos naves osarianas. Los mandos no responden. ¡No podemos esquivarlas!

—Calma, Nom Anor —respondió Ackdool—. Mis cazas le protegerán.

Nom Anor y Shok Tinotkin, que observaban desde el interior de la carcasa desechada del cohete, no pudieron evitar sonreír cuando los cazas del *Mediador*, muy superiores en número, empezaron a perseguir y a interceptar a las naves osarianas. Un Incursor incluso disparó un torpedo, pero una brillante maniobra por parte de un Ala-X, que salió de la formación e interceptó el proyectil con una delgada línea de láser, salvó la cápsula de ser destruida. Aun así, el impacto del torpedo la sacó de su trayectoria haciéndola a girar a la deriva.

—Nunca dudé de usted —añadió Nom Anor con calma.

El silencio de Ackdool confirmó a Nom Anor que la admiración que el comandante sentía por él había aumentado ante la tranquilidad que mostraba ante el peligro. En ese momento, Nom Anor casi deseó estar viajando realmente en la cápsula para poder encontrarse con Ackdool y con los osarianos.

Casi.

—Los mandos no responden —gruñó Nom Anor—. Ni siquiera puedo apagar los motores y no puedo cambiar la ruta. Váyase a los depósitos de brea de Alurion, Ackdool. Me prometió seguridad.

—Les cogeremos —le garantizó el comandante Ackdool.

Un momento después, el cohete detuvo su rotación de repente y, a pesar de que los motores seguían encendidos y de que el ángulo de su trayectoria debería haberlo alejado del *Mediador*, comenzó a avanzar hacia la gran nave.

—Un rayo tractor —explicó Shok Tinothkin—. Los motores de la cápsula no pueden escapar de él. La atraparán y la mantendrán sujeta hasta que puedan desactivarla.

Nom Anor sonrió y contempló la escena. Ni siquiera se molestó en responder a las continuas llamadas que le hacía Ackdool. Mientras, la cápsula, flanqueada por los cazas, se aproximaba al *Mediador*.

El Ala-A se movió y la falsa carcasa comenzó a girar.

—Estamos rebotando en la atmósfera —explicó Shok Tinothkin.

Nom Anor le miró, el pobre Shok, temeroso de las consecuencias que podría tener que el Ejecutor no presenciara su momento de gloria, redobló sus esfuerzos para seguir teniendo el *Mediador* a la vista.

La cápsula comenzó a entrar en el hangar de ataque inferior del *Mediador*. Shok Tinothkin volvió a abrir el canal visual.

—Boom —dijo Nom Anor a Shok, sonriendo.

—Boom —repitió el villip de Nom Anor al comandante Ackdool.

Los explosivos de fisión nuclear escondidos en la cápsula saltaron por los aires y vaporizaron toda la sección de los hangares. Gran parte de la planta baja del crucero de combate quedó destrozada. La onda expansiva y una lluvia de metralla blanca y brillante se llevaron por delante a varios cazas y elevaron la popa del *Mediador* en un ángulo de noventa grados, antes de que los motores de estabilización pudieran hacer nada.

Nom Anor y Shok Tinothkin salieron disparados a la deriva en el interior de su

carcasa, fueron atrapados por la gravedad de Rhommamul y acabaron sobrevolando la superficie del planeta. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos del *Mediador* como para no ser detectados, Shok pulverizó la carcasa con los cañones láser y el Ala-A salió disparado hacia el otro lado del planeta. Ambos sabían que el comandante Ackdool y su tripulación estarían muy ocupados en mantener la seguridad del resto de su nave y no se darían cuenta de su huida.

El Ala-A saltó a velocidad luz un momento después, y dejó atrás Rhommamul. Nom Anor había llevado el conflicto planetario al límite y había disipado cualquier esperanza de solución pacífica, así que su trabajo allí había terminado. Era mejor que todos pensaran que había muerto como un mártir a su causa en la explosión del *Mediador*, y que la agitada muchedumbre que había dejado atrás, en Rhommamul, muriera llena de rabia.

Cuando el Ala-A salió de la hipervelocidad, horas después, Nom Anor seguía meditando absorto en la belleza de su plan y su fingida muerte. Frente a él, Shok Tinotkin dormía profundamente en la silla del piloto, respirando de forma rítmica y con satisfacción. Las coordenadas habían sido introducidas y el Ala-A volaba de forma autónoma hacia su siguiente destino. Otro lugar donde Nom Anor podría agitar los ánimos de los oprimidos, traer el caos a la Nueva República y mantener a los tontos tan ocupados con sus guerras civiles y el malestar reinante entre su propia gente, que no tendrían tiempo de volver la vista a la frontera galáctica, donde empezaba a gestarse un peligro mucho mayor.

Sabía que el conflicto entre Osarian y Rhommamul alcanzaría su punto crítico, y que el Consejo de la Nueva República enviaría a la mitad de la flota para intervenir y mantener a raya a los planetas en conflicto. Mientras, los consejeros pasarían horas y horas desgranando detalles sin importancia y, sin duda, la mitad de ellos buscarían la forma de sacar partido del desastre.

Nom Anor hizo un gran esfuerzo para que su desprecio personal por el Gobierno de la Nueva República no empañara su perspectiva y le hiciera demasiado optimista. La Pretoría Vong, la fuerza bélica de los yuuzhan vong que había llegado para conquistar la galaxia, no era muy imponente en tamaño, y no podían permitirse subestimar a sus oponentes.

Nom Anor miró a Shok un momento, se aseguró de que estaba dormido y sacó el villip empático de Da'Gara de una caja que tenía junto a su asiento. En unos instantes, la criatura mostró la cabeza del Prefecto con el respirador en forma de estrella de mar colocado sobre el rostro.

— ¿Cómo va la operación de Yomin Carr? —preguntó Nom Anor tras los saludos formales. Le alegró estar hablando por fin en la cómoda lengua de los

yuuzhan vong.

—Belkadan ha muerto para nuestros enemigos —le aseguró Da'Gara—. Yomin Carr, mis nuevos ojos en esa parte de la galaxia, sigue allí.

— ¿Entonces ya ha orientado las cámaras orbitales de la estación en nuestro beneficio? —preguntó Nom Anor.

—Claro que sí, Ejecutor —dijo Da'Gara—. O lo hará en cuanto pasen las tormentas. Pero no estamos ciegos, el Coordinador Bélico escanea los sectores de la zona.

— ¿Y te complace lo que ve el Coordinador Bélico? —preguntó Nom Anor.

—Es una zona poco poblada —respondió Da'Gara con algo de arrepentimiento en la voz—. La investigación del Coordinador Bélico y los informes previos demuestran que encontraremos poca resistencia durante el asentamiento.

Nom Anor asintió a modo de aprobación y con cierto alivio. Si sólo contaban con un único planeta helado como base, la Pretoría Vong sería vulnerable durante un tiempo. Era una gran ventaja contar con un Coordinador Bélico, un yammosk, para el ataque. Además de su propia y poderosa energía, y fiel a su título de Coordinador Bélico, la criatura podía unir las fuerzas de tres mundonaves y concentrarlas en un único objetivo. Y podía hacer que los coralitas volaran al unísono, multiplicando por diez su eficacia. Pero aquel esfuerzo tenía sus desventajas, ya que si la Nueva República conseguía concentrar todo su armamento en el planeta congelado y, por imposible que pareciera, lograba destruir al yammosk, el caos resultante podía ser una completa catástrofe para la Pretoría Vong. Al principio había que ir despacio para que el yammosk estableciera todas las bases de defensa y permitiera la llegada de las dos siguientes mundonaves.

— ¿Habéis seleccionado el siguiente objetivo? —preguntó.

—Sernpidal —respondió Da'Gara—, el tercer planeta del sistema Juvelian y el más poblado de todo el sector.

—Un paso ambicioso.

—Pero es nuestra mayor amenaza —explicó Da'Gara— el yammosk ha estado observando y no se siente seguro ni con sus brechas atmosféricas, que son demasiado frecuentes, ni con la multitud de transmisiones que emanan de la superficie.

—Si os descubren, es probable que sea desde allí —asintió Nom Anor.

—Intentaremos hacerlo de forma discreta —explicó Da'Gara—. Puede que

utilizando la plaga o algo parecido al desastre molecular que Yomin Carr creó en Belkadan; aunque la desactivación de las comunicaciones procedentes de un planeta tan avanzado como Sernpidal no será tarea fácil, como no lo será mantener a los habitantes del planeta en la senda de la destrucción. Los cálculos del Coordinador Bélico indican que en la primera misión tenemos siete coma tres posibilidades de éxito contra una de fracaso. En la segunda, aunque empleemos los dos destacamentos enteros de coralitas, las posibilidades son de uno contra uno.

Nom Anor pasó un largo rato pensando en las dificultades y empezó a sentirse incómodo con las opciones. Aunque seguía estando de acuerdo en que había que comenzar con Sernpidal lo antes posible, intentó dirigir sus pensamientos en otra dirección.

—Tiene que ser algo que no esté conectado directamente con una invasión —dijo Nom Anor—, y que, desde luego, no revele el objetivo de nuestra fuerza de invasión. —Volvió a pensar en los problemas a los que se enfrentaría en breve el Consejo de la Nueva República, y en el armamento que tendrían que emplear cerca del núcleo de la galaxia para prevenir una catástrofe completa—. Pero no lo haremos discretamente —explicó—. No, destruiremos Sernpidal y mataremos a la mayor cantidad de enemigos posibles. Utilizaremos este desastre para distraer a nuestros enemigos y atraer sus naves de guerra. La flota completa de la Nueva República podría causar problemas a la Pretoria Vong, pero no tendrá importancia si les dividimos.

— ¿No lo haremos discretamente? —repitió el prefecto Da'Gara escéptico.

—No, pero tampoco de forma descarada —respondió Nom Anor.

Hubo otro largo silencio durante el cual ambos pensaron en el problema que les ocupaba. Entonces, el villip frente a Nom Anor reflejó a la perfección el brillo ansioso del ojo del Prefecto.

— ¿El Núcleo de Yo'gand? —preguntó Da'Gara.

La sugerencia cogió por sorpresa a Nom Anor, el Ejecutor la juzgó totalmente ridícula y estuvo a punto de rechazarla, pero lo pensó un momento y consideró sinceramente la posibilidad. Yo'gand era un general legendario entre los yuuzhan vong al que se le reconocía el mérito de haber cambiado el curso de la Guerra de Cremlevia y de haber conseguido, hacía varias generaciones, unir a las diferentes tribus yuuzhan vong. Su táctica del "Núcleo" había sido un golpe decisivo en aquel conflicto pasado, y gracias a ella había conseguido destruir Ygziir, el planeta natal de la tribu más poderosa de los yuuzhan vong, y matar a casi todos sus obstinados líderes de un sólo golpe. Yo'gand había empleado la energía de un potente dovin basal, la criatura capaz de conectarse con la gravedad de un punto del espacio y

que ahora se empleaba para propulsar las mundonaves y otros vehículos, y la había lanzado contra la superficie de Ygziir. Así, había conseguido que el ser se enlazara con el núcleo del planeta por un extremo y con la luna por el otro.

Después de la destrucción de Ygziir, el pueblo de Nom Anor había aprendido a responder a esta táctica, pero estos infieles, que no comprendían a las criaturas de otra galaxia y que no contaban con la capacidad de respuesta de los dovin basal, no tendrían forma de determinar el origen de tamaño desastre, ni el armamento necesario para combatirlo.

Los equipos de investigación de la Nueva República no podrían averiguar su verdadero origen ni cuál era la energía que se escondía tras él. No hasta que fuera demasiado tarde.

—Haced ruido, prefecto Da'Gara —dijo Nom Anor—. Destruid Sernpidal y planificad la expansión. Esperaré su llamada.

— ¿Qué? —preguntó Shok Tinothkin con los ojos llenos de legañas y despertándose adormilado.

El villip de Nom Anor recuperó su apariencia normal y éste lo colocó en la bolsa.

—La llamada —respondió Nom Anor—. La llamada de los oprimidos que suplican piedad a los indiferentes consejeros de la Nueva República.

— ¿Preparando el siguiente discurso? —preguntó Shok Tinothkin.

Nom Anor sonrió. Lo cierto es que dentro de poco estaría haciendo exactamente eso. Soltando un discurso para agitar a la muchedumbre, y luego otro y otro más.

Pero supo que su discurso sería pronto de conquista, un ultimátum a la Nueva República para que accediera a las demandas de sus nuevos amos o aceptara la destrucción total.

CAPITULO 12

El juego, la realidad

Resultó... extraño —admitió Jaina ante sus hermanos más tarde, mientras los tres exploraban las maravillas del nuevo hogar de Lando.

Habían visitado unos tubos transparentes que les habían transportado de una torre a otra y se habían probado unos trajes paracaídas con los que habían descendido de forma vertiginosa desde la decimotercera planta a la primera. Para ello se habían colocado unos cascos, se habían deslizado por un agujero y habían caído contra la corriente provocada por un enorme ventilador, lo que les había hecho aminorar la velocidad y les había depositado suavemente en la planta baja.

—Encontraste la paz —comentó Jacen.

—Practicaste mucho —intervino Anakin rápidamente.

Jacen y él se miraron. Habían estado hablando del tema otra vez, discutiendo las ventajas internas de la Fuerza frente a las habilidades técnicas a las que se podía aplicar. La discusión había empezado cuando Anakin había regresado del Capricho de Lando y se había encontrado con Jacen y con el resto en la sala de control, donde todos, inmóviles, habían alucinado con la actuación de Jaina y esperaban la confirmación de que la chica se encontraba bien.

Jaina negó con la cabeza y se rió del ridículo debate.

— ¿Eras consciente de tus movimientos? —le preguntó Jacen. — ¿Al pilotar? —dijo Jaina—. No me acuerdo.

—Porque te dejaste llevar por la Fuerza —razonó Jacen, pensando que se había apuntado un tanto.

—Porque aprendió a aplicar el uso de la Fuerza y lo añadió a sus habilidades como piloto —afirmó el persistente Anakin—. Sus acciones eran tan automáticas porque practica constantemente el vuelo.

—Es más que eso —insistió Jacen.

— ¿Entonces por qué no lo hiciste tú mejor? —le preguntó Anakin. —No alcancé un buen nivel de meditación.

—Porque no practicas lo suficiente —dijo Anakin—. Por eso te gané —chasqueó los dedos en el aire como si con el gesto enlazara los argumentos—. Yo sé cómo aplicar la Fuerza a las tareas prácticas, y no me limito a sentarme en la oscuridad y a profundizar en mi interior.

— ¿Entonces por qué no vences ni siquiera a nuestra pareja de entrenamiento? —le preguntó Jacen.

—Puedo vencerte ahora mismo —insistió Anakin, cogiendo su sable láser.

—Estáis haciendo un poco el tonto para ser dos supuestos Caballeros Jedi —dijo Jaina con frialdad.

—Al contrario —dijo una voz.

Los tres se dieron la vuelta y vieron acercarse a un hombre que andaba con cierta arrogancia y llevaba un sable láser colgando del cinturón.

—Kyp —saludó Anakin.

Kyp Durrón se acercó y saludó con la cabeza a los chicos, mirando fijamente a Jaina.

—Muy bueno el vuelo —dijo al final.

— ¿Muy bueno? —le preguntó Jacen con una risita.

Kyp le miró y le mantuvo la mirada un rato antes de sonreír de oreja a oreja.

—Vale —admitió él—, ha sido mejor que eso. Sabía que tenía un problema en cuanto oí que ibas a volar, Jaina. Ahora voy a tener que volver a recorrer el cinturón entero para recuperar mi puesto.

— ¿Ahora? —preguntó Anakin, colocándose justo delante de Kyp y obviamente emocionado ante el Jedi.

—Ahora no —explicó Kyp—. Me voy del planeta. De hecho, voy a salir del sistema. Tengo trabajo que hacer. Mi escuadrón está esperándome, listo para partir, pero quería veros y saludaros.

— ¿Tu escuadrón? —preguntaron Jacen y Anakin al unísono. Jacen con tono escéptico y Anakin emocionado.

—Unos amigos que vuelan conmigo —explicó Kyp.

— ¿Miko Reglia? —preguntó Jaina.

—Y más gente.

—Pero no más Jedi —afirmó, más que preguntar, Jacen.

—Sólo unos amigos —explicó Kyp—. Sois bienvenidos si algún día queréis uniros a nosotros, y si os dejan vuestro padre y vuestro tío Luke, claro.

— ¿Unirnos a qué? —se vio obligado a preguntar Jacen.

—Al trabajo —dijo Kyp.

— ¿Trabajo? —el escepticismo de Jacen iba en aumento.

—Detenemos el comercio ilegal y solventamos disputas —explicó Kyp. No lo decía en plan bravucón, pero sí con firme determinación. La resolución en los ojos de Kyp era más intensa que nada que hubieran visto antes los tres chicos.

— ¿A eso se dedican ahora los Jedi? —preguntó Jacen—. ¿A perseguir contrabandistas?

Anakin y Jaina, asombrados, no podían creer que su hermano fuera capaz de desafiar al Caballero Jedi, que era mayor y tenía más experiencia.

—Pues sí —respondió Kyp con una risita.

—Hubo un tiempo en el que los contrabandistas eran amigos de los Jedi —se atrevió a decir Jacen.

—Como tu padre —dedujo Kyp.

—Eran otros tiempos —intervino Jaina, y avanzó para interponerse entre los dos e intentar suavizar la tensión—. Tiempos en los que un Gobierno ilegítimo controlaba la galaxia.

Jacen sacudió la cabeza. No parecía muy convencido.

— ¿Crees que es indigno de nosotros? —preguntó Kyp. Luego avanzó, apartando a Jaina suave pero firmemente, para ponerse frente a Jacen—. Cuando los inocentes sufren el robo de sus posesiones o son capturados, y quizá torturados, ¿acaso no es responsabilidad de los Jedi acudir en su ayuda? —preguntó, elevando el tono con cada palabra.

—Lo es —admitió Anakin.

—Hay una diferencia entre encontrar problemas en el camino y salirse de él para buscarlos —dijo Jacen—. No somos la policía galáctica.

—Ya le he oído todo esto a tu tío —replicó Kyp.

— ¿Acaso hay una fuente mejor de sabiduría para un Jedi en toda la galaxia? —preguntó Jacen.

—Aun así, él no intentó impedirme realizar la tarea que me he autoimpuesto —añadió Kyp rápidamente, señalando a Jacen con el dedo para subrayar sus palabras—. Me dijo que controlara mi carácter, pero no que dejara de hacerlo —terminó asintiendo con la cabeza y se volvió para mirar a Jaina—. Un vuelo magnífico, Jaina —dijo—. Volveré para superar tu marca y espero que luego quedes por detrás de mí.

—Nunca me alcanzarás —dijo Jaina en tono de burla.

Kyp, con una amplia sonrisa, le dio unos golpecitos en el hombro y pasó de largo.

—Nos vamos —explicó él. Se dio la vuelta una vez más mientras caminaba—. Mi oferta sigue en pie para los tres si conseguís alejaros de vuestro padre y vuestro tío. Me vendrían bien unos cuantos Jedi para completar el escuadrón.

Les guiñó un ojo y se dirigió al espaciopuerto, donde le esperaba su Ala-X. A sugerencia de Anakin, y ante la insistencia de Jaina, ya que Jacen no quería, fueron a la planta superior de la torre y salieron al mirador de la pasarela, bajo el cielo nocturno, para contemplar el despegue. De alguna forma, sabían que Kyp Durrón no les decepcionaría.

Comenzó con música. Los altavoces del espaciopuerto empezaron a emitir el Shwock Dubllon, o Estela Encrespada, de Dembaline, la melodía más triunfal del compositor calamariano. La apertura de la pieza se fundía en un caos de notas algo discordantes que iban uniéndose de forma gradual, y que se mezclaban al mismo tiempo que los miembros del escuadrón de Kyp ascendían en el aire. Había naves de todo tipo, casi todas de modelos antiguos. Ala-B, Ala-A, e incluso un par de Incursores y tres Ala-X antiguos. Una docena de cazas bordaban el cielo oscuro con el rojo de sus propulsores. Era el baile de los pilotos al son de la música *in crescendo*.

Después, los dos Ala-XJ, Kyp y Miko, cruzaron la formación, justo cuando la Estela Encrespada llegaba a su punto culminante, momento en el cual su docena de compañeros les siguió en orden rápido y disciplinado.

Jacen miró a Anakin, que observaba sin pestañear las llamaradas de las naves, claramente impresionado. Jacen sabía que los pensamientos de su hermano pequeño estaban repletos de aventuras y gloria. Soñaba con perseguir el mal y luchar por la buena causa.

Anakin no entendía que las cosas no fueran blancas o negras.

—Kyp ha reunido una buena mezcla de cazas —comentó Jaina mientras la música desaparecía. Miró a sus hermanos y negó con la cabeza—. Él sí que sabe cómo hacer una buena salida.

—Y son esas exhibiciones heroicas las que confirmarán al tío Luke que es necesario volver a reunir el Consejo Jedi —replicó Jacen.

—Y un buen Consejo estaría muy satisfecho de una exhibición como ésa —intervino Anakin.

— ¿Para mostrar a la galaxia la gloria de los Jedi? —preguntó Jacen con escepticismo.

—Para atemorizar a los que quieran enfrentarse a la Nueva República y para llevar esperanza a aquellos que quieran vivir en paz bajo el gobierno de la ley —respondió su hermano.

¡Ya basta! —rogó Jaina.

Ambos accedieron a su petición y, mientras seguían a Jaina de vuelta a la torre, negaron con la cabeza. Ninguno de los dos estaba tan seguro de su punto de vista como quería hacer ver.

—oOOOo—

—Ahí van —dijo Leia.

La mujer, junto a Han, Mara, Luke, Lando, Chewie y los dos androides contemplaron la admirable salida de Kyp desde el mirador de los aposentos de Lando.

—Cuenta con Kyp si lo que quieres es una salida con estilo —dijo Han, y después añadió en voz baja—: Probablemente sigue doliéndole haber perdido ante Jaina.

—Hizo falta un Jedi para vencer a otro —observó Lando, y adoptó una pose pensativa mientras miraba a Luke—. Sé de otro Jedi que es muy buen piloto —dijo despacio y con expresión astuta. Al oír esas palabras, el resto también se giró hacia Luke.

Luke sonrió y se encogió de hombros. No iba a ponerse a competir con los chicos Solo, el intento de Lando de enfrentar a dos Jedi en competición no hizo más que reforzar su determinación por restablecer el Consejo Jedi. En opinión de Luke, un Jedi debería estar más interesado en competir con sí mismo. Podía perdonar el entusiasmo de los chicos Solo y su deseo de competir por un puesto en el panel; pero Kyp, con más de diez años de experiencia a sus espaldas, debería ser más cabal.

—Tenemos una clasificación totalmente diferente para los cazas de dos plazas —explicó Lando—. No hay Jedi en ese panel.

Luke miró a Mara indeciso. No tenía ganas de recorrer el cinturón y no necesitaba ningún desafío para demostrar sus habilidades, ni como piloto ni como Jedi, pero sabía que Mara podía verlo de otra forma. Tal vez necesitaba garantizarse a sí misma que podía rendir al máximo a pesar de su condición física. Quizá recorrer el cinturón le aseguraría que su decisión de continuar jugando un papel vital en sus asuntos, sobre todo en lo referente a Jaina, no comprometía en modo alguno la seguridad de sus seres queridos.

— ¿Quieres probar? —le preguntó Luke.

Lando se acercó, esperando ansioso la respuesta.

—Lo acabo de hacer —respondió Mara en voz baja para que Luke fuera el único en escucharlo. Él percibió que ella estaba totalmente en paz y que, gracias a la magnífica prueba de Jaina, había hecho acopio de toda la confianza que necesitaba.

Luke se sintió maravillado por lo bien que ella le había entendido y por cómo había sabido Mara que, aunque él no tenía ganas, estaba dispuesto a hacerlo si ella quería. Contempló a Mara con admiración durante un buen rato. Como solía mirarla casi siempre.

—Creo que pasamos de la oferta —dijo Mara a Lando.

Lando comenzó a protestar y a parlotear sobre la posibilidad de que los dos consiguieran la puntuación más alta jamás vista, una marca que ninguna otra pareja de pilotos podría alcanzar nunca; pero luego miró a Han y a Leia y los vio negar con la cabeza de forma muy sutil, indicándole que lo dejara y recordándole la condición de Mara.

—Bueno, si alguna vez cambiáis de opinión... —dijo con algo de arrepentimiento.

A Luke todo le cuadraba. A Lando le encantaría tener los nombres de Luke y Mara Jade Skywalker abriendo su panel de carreras dobles, como ahora, que tenía el nombre de dos Caballeros Jedi abriendo el panel de carreras individuales. Sería una publicidad inmejorable para un hombre de negocios y daría notoriedad a su rehabilitado planeta. Y, lo que era más importante, la legitimidad de la operación de Lando aumentaría considerablemente.

— ¿Y vosotros dos? —preguntó Lando girándose hacia Han y Leia.

—Las reuniones del Consejo me estresan demasiado —respondió inmediatamente Leia, negando con la cabeza, alzando la mano y mostrando su total falta de interés en el reto del cinturón de asteroides.

— ¡Entonces Han y Chewie! —dijo Lando eufórico—. Siempre se han enorgullecido de ser la mejor pareja de pilotos de la galaxia. ¡Que lo demuestren!

—Soy demasiado viejo y lento —replicó Han, pasando un brazo por encima de los hombros de Leia.

Chewie se limitó a aullar.

Jacen, Jaina y Anakin entraron en la sala.

— ¿Habéis visto irse a Kyp? —preguntó Anakin emocionado y acercándose a Luke rápidamente—. La música y la formación cerrada. Luke asintió.

Jaina miró a su alrededor con curiosidad, se centró en Lando y en sus padres, y luego en Chewie, que parecía bastante nervioso, hasta llegar finalmente a su tía.

—Lando quiere que Chewie y Han recorran el cinturón en una carrera de dos pilotos —explicó Mara—. A mí me parece una buena idea.

Leia se apartó de su marido, que le dirigió una de sus típicas sonrisas tristes. Lo cierto es que, aunque Lando les asegurara que el riesgo era mínimo, a Leia no le entusiasmaba la idea de que Han se metiera en aquello. Pero su instinto de protección no podía contra aquella sonrisa. Era evidente que Han no quería ir o que le importaba un bledo aquello, pero ella era incapaz de aguantarse las ganas de animarle.

—A mí también —coincidió ella.

Esta vez, Chewie soltó unos cuantos aullidos para explicar que la idea le provocaba curiosidad.

—Es un juego infantil —respondió Han con una mueca—. Soy demasiado viejo, demasiado lento y demasiado torpe.

—Y demasiado gallina —añadió Anakin rápidamente, arrancando una carcajada a todo el mundo, excepto a Han, por supuesto.

—Moss Devers y Twingo tienen el récord actual —dijo Lando, refiriéndose a un par de contrabandistas de poca monta, conocidos por echar más mercancía en las copas que se bebían que en el compartimento de carga de sus naves. Solía decirse de Moss, el bothan, y de Twingo, su inseparable compañero sullustano, que si hubieran transportado la centésima parte de los cargamentos que decían haber transportado, ya serían los granujas más ricos de la galaxia; y que si hubieran esquivado, derribado o escapado de una centésima parte de las naves imperiales a las que decían haberse enfrentado, el Emperador se habría quedado sin flota mucho antes de que la Alianza Rebelde lo derrotara.

Aquellos dos fanfarrones no estaban especialmente bien considerados entre los maleantes que Han y Chewie llamaban amigos, y Han nunca había sentido simpatía por la pareja, y menos por Moss.

Para Lando era una fortuna que esos dos tipos encabezaran el panel de carreras dobles en ese momento.

—No creo que quepas en un bombardero TIE —dijo Han al wookiee—. Se te saldrían las piernas por detrás y le irías dando patadas a los asteroides.

Chewie alzó los puños por detrás de la cabeza, imitando las grandes orejas del sullustano, y puso cara de tonto. Después gruñó enfático, recordando a Han que Moss y Twingo nunca olvidarían su cobardía. A ambos maleantes les encantaría

saber que Han y Chewie se habían negado a intentar superar su marca, y lo considerarían otra prueba de las reconocidas habilidades de pilotaje de Moss y Twingo.

—Sí, sí —admitió Han. Miró al resto y vio que todos le contemplaban sonrientes —. ¿Qué pasa? —preguntó inocente.

Todos volvieron a sonreír cuando el personal de Lando apretujó a Chewie y a Han en los asientos gemelos de un bombardero TIE. Un desafortunado trabajador giró la pierna de Chewie hacia el lado incorrecto y el wookiee le soltó un revés con la mano. No había sido fuerte, pero bastó para arrojar al hombre a varios metros, el personal consiguió por fin colocar a ambos en el interior de la nave. Chewie, con las piernas dobladas y las rodillas peludas y huesudas a la altura de la barbilla, resultaba un tanto ridículo.

— ¿Preparados? —se oyó una voz.

— ¿Pero cómo vamos a volar así? —protestó Han, mirando a Chewie con indecisión.

El wookiee aulló.

—Pues la verdad es que no tienes muy buena pinta —se burló Han.

—Eso da igual —respondió Lando—. Creo que ni siquiera os acercaréis a la marca de Moss y Twingo, que es de cuatro con cuarenta y uno. Chewie gruñó.

¡Preparados! —gritó Han.

—El truco es apelar a su orgullo —susurró Lando a Leia y a los otros mientras guiñaba el ojo.

En cuanto Han y Chewie abandonaron el hangar, el resto se dirigió rápidamente a la sala de control para contemplar el espectáculo. Los tres chicos intercambiaron pronósticos por el camino y estuvieron de acuerdo en que su padre y Chewie superarían el récord previo, pero también llegaron a la conclusión de que eso sería lo único que conseguirían, porque no contaban con el apoyo de la Fuerza. Jaina les explicó que, desde su punto de vista, iban a volar prácticamente a ciegas, pues ella había utilizado la información proporcionada por la Fuerza para atravesar la barrera insalvable.

Jacen y Anakin, a pesar de tener puntos de vista diferentes respecto a las prioridades de la Fuerza, estuvieron de acuerdo con la opinión de Jaina.

A Luke le divertía escuchar todo aquello. Ninguno de los dos había llegado a entender bien el poder y las limitaciones de la Fuerza, y parecía que ninguno de ellos comprendía realmente la inteligencia de su padre. Luke jamás subestimaría la

Fuerza, pero tampoco subestimaría a Han Solo.

Y lo que Luke también sabía era que Han y Chewie tenían algo de experiencia en el vuelo a través de cinturones de asteroides.

Cuando el grupo llegó a la sala de control y se encontró rodeado de pantallas por todas partes, Han y Chewie habían ejecutado unas pruebas de maniobra y estaban en posición para entrar en el cinturón.

Los controladores de la *Corredor I* les comunicaron que sus escudos estaban al máximo y dieron la salida.

—Genial —respondió Han con frialdad. En la sala de control, todos rieron.

Cuando el bombardero TIE se introdujo en la corriente de asteroides, la pantalla rectangular secundaria amplió la imagen. Era un punto de luz que avanzaba sin esfuerzo en la oscuridad. Sorteaba los obstáculos y atravesaba los grupos de rocas giratorias tan limpiamente que parecía un fantasma capaz de atravesar la materia.

—Es precioso —dijo Jacen.

—oOOOo—

Han no lo veía exactamente así. De hecho, no había parado de gritar desde el momento en el que Chewie y él se habían metido en el cinturón de asteroides. Era un grito largo y aterrorizado. Lo que desde tierra parecía una ruta bien planeada y cuidadosamente calculada, era en realidad una serie de acciones desesperadas y de golpes de suerte. Porque cuando el bombardero TIE giró bruscamente alrededor de un asteroide, Chewie, con los codos hacia arriba, se deslizó a un lado y le dio a Han un golpe en la cabeza.

Han estuvo a punto de elevar la nave en vertical, lo que les habría precipitado de cabeza contra otro asteroide que no había visto, pero el impacto del codo de Chewie le apartó de los controles, el bombardero TIE mantuvo la trayectoria que llevaba y, de alguna forma, se deslizó entre los dos asteroides que Han, Chewie y los observadores en tierra habían pensado que estaban demasiado cerca.

La maniobra pareció brillante.

— ¡Bola de pelo! —gritó Han a Chewie.

El wookiee se dio la vuelta, colocó su cara a menos de un centímetro de la de Han y soltó un aullido. Ambos volvieron a dirigir la mirada a la pantalla y vieron un asteroide a punto de chocar contra la nave. Los dos dejaron escapar un grito y, de forma instintiva, se taparon la cara con los brazos.

Al hacerlo, la rodilla de Chewie golpeó el mando y el bombardero TIE viró hacia un lado, esquivando el asteroide.

Al menos parecía brillante.

La voz de Lando se oyó por el altavoz.

— Aquí tenéis a los chicos completamente boquiabiertos.

Han activó el comunicador.

—No hay problema —dijo, y lo apagó corriendo, justo antes de gritar: "¡Esto no puede ser cierto!", al ver un muro de asteroides que se levantaba ante ellos.

Han giró a la izquierda, Chewie a la derecha y el bombardero TIE... ni se movió. Cada uno vio el movimiento del otro y ambos cambiaron de lado, pero el bombardero TIE... ni se movió.

— ¡A la izquierda, bola de pelo apestosa! —gritó Han desesperado.

Entonces, mientras Chewie seguía sus instrucciones, giró sin querer su propio mando hacia la derecha, y el bombardero TIE... ni se movió.

— ¡Tu izquierda, no la mía! —le corrigió Han. Algo ridículo teniendo en cuenta que ambos estaban mirando en la misma dirección.

Chewie cogió las manos de Han y su mando de un zarpazo, se hizo con los controles y tiró de ambos mandos a la vez, el ágil bombardero TIE salió disparado hacia la izquierda y se deslizó al ras de la enorme pared. Han aceleró al máximo y la nave pasó rozando el muro. Luego regresaron a la derecha y volvieron a incorporarse a la corriente... lo cual tenía que haber parecido una maniobra brillante.

Se habían unido al flujo de asteroides, pero iban muy rápido. La voz de Lando se abrió paso a través del altavoz, pero Han y Chewie, que estaban intentando recuperar el control, apenas le prestaron atención. Una enorme roca giratoria se aproximaba a ellos, y ambos pilotos, que habían recuperado la sincronía, descendieron en picado, dieron marcha atrás y ejecutaron un bucle perfecto. De esa forma cruzaron sobre la superficie del asteroide y emplearon su gravedad para frenar un poco su velocidad de vuelo.

Salieron por el otro lado a una velocidad mucho más segura y, durante un tramo bastante despejado, adquirieron un ritmo de vuelo suave. Han miró el cronómetro, más que nada para saber si Chewie y él podían irse de allí.

No funcionaba.

— ¿Qué? —preguntó, y le dio un puñetazo al instrumento.

Nada.

Han activó el comunicador.

—El cronómetro no funciona —dijo—. ¿Cuánto tiempo llevamos?

—oOOOo—

Su voz, algo quebrada, resonó en los altavoces de la sala de control. Todos miraron hacia arriba, al cronómetro de la pared. Tres minutos con treinta y tres segundos, lo que se acercaba a un nuevo récord de carreras dobles.

—Tres con treinta y tres, casi les habéis ganado —les dijo Lando, y añadió rápidamente—: pero tus tres hijos te siguen sacando una buena delantera —la intención era incitarles a que siguieran volando para que continuara el espectáculo.

— ¿Cuánto tiempo llevamos? —la voz de Han, aún más quebrada, sonó de nuevo a través del altavoz.

—No te ha oído —señaló Luke.

Ante la repentina expresión seria en la cara de Lando, todas las sonrisas y los gestos de aprobación hacia la carrera desaparecieron rápidamente. Los técnicos de los monitores de control se inclinaron sobre sus instrumentos y abrieron varios canales hacia la *Corredor I*.

—Tres con cuarenta y siete —gritó Lando.

— ¿Cuánto tiempo? —preguntó Han, que evidentemente no había escuchado ni una palabra.

—Es sólo un problema de comunicación —aseguró Lando al resto. —Es más que eso —dijo uno de los controladores—. Hemos perdido por completo la señal de la *Corredor I*.

— ¿Por completo? —preguntó Lando.

—Sí —confirmó el hombre.

— ¿Qué significa eso? —preguntó Leia, agarrando a Lando por el codo. — Significa que están sordos —respondió con sobriedad—. Y significa que no tienen escudos.

La estancia se llenó de expresiones de miedo al comprender las implicaciones de aquella afirmación. Luke salió corriendo de la sala de control.

—oOOOo—

A bordo del bombardero TIE, y mientras la nave atravesaba sin complicaciones una zona relativamente despejada de asteroides, Han y Chewie estaban tranquilos. Ambos creían que no había peligro e incluso empezaban a entender cómo emplear los sistemas del bombardero en su beneficio.

Si funcionaban, claro.

—Sáltate ése —ordenó Han, señalando una gran roca pulida que surgió a su derecha. Entonces llevó el brazo hacia la izquierda, prediciendo la ruta de vuelo, y señaló un punto en el que probablemente se encontrarían con otro grupo de rocas.

Chewie hizo lo que se le ordenaba y, con la intención de pasar cerca y utilizar los escudos como propulsores, sorteó la roca que había surgido por su derecha.

Y lo cierto es que rebotaron, pero, al carecer de escudos deflectores, lo hicieron golpeando con el ala del panel solar derecho, el bombardero TIE salió despedido girando a la deriva y los asustados Han y Chewie miraron instintivamente hacia fuera para comprobar los daños. La mitad del panel solar había sido arrancado y la torre de conducción eléctrica estaba torcida.

Ambos agarraron los mandos y los apretaron frenéticamente para intentar recuperar el control. Debido al intenso movimiento, uno de los cinturones de Han se abrió y salió disparado hacia los mandos, lo que lanzó la nave en una vertiginosa caída en diagonal.

Chewie, aullando mientras Han gritaba y se esforzaba por corregir la ruta, reaccionó rápidamente y desactivó los mandos de Han para controlar completamente la nave.

— ¡No tenemos escudos, Chewie! ¡No hay escudos! —exclamó Han. Un asteroide apareció de repente ante ellos, como un muro de piedra.

—oOOoo—

—¡Baja, baja, baja! —gritó Lando mientras contemplaba el espectáculo, el bombardero TIE avanzó frente a la pared rocosa y entonces... Nada.

— ¡Hemos perdido la señal! —gritó uno de los controladores.

—Tampoco recibimos señales de la *Corredor I* —añadió otro.

La imagen de la pantalla rectangular cambió de repente y mostró un caza TIE saliendo a toda prisa de uno de los hangares.

—Encuétralos —dijo Leia casi sin respiración. Las palabras y su plegaria iban dirigidas a su hermano Luke, el piloto del caza TIE que estaba a punto de recorrer el cinturón.

CAPITULO 13

Menos trece

El desordenado escuadrón que Kyp Durrón había bautizado con el nombre de La Docena de Vengadores Más Dos, nombre que el Jedi esperaba que pronto resonara en toda la galaxia, atravesó sin dificultades la oscuridad. Todos habían recorrido varias veces el Capricho de Lando en cazas TIE modificados, y todos lo habían hecho bien, por lo que algunos figuraban en el panel de clasificación; pero lo más importante era que todos habían aprendido a volar juntos gracias al entrenamiento intensivo al que les había sometido Kyp, complementando sus movimientos unos con otros y aprendiendo a anticiparse más que a reaccionar. Kyp sabía que no podían compararse con los escuadrones de cazas más famosos, como el escuadrón Pícaro. Aún no, pero su equipo mejoraba cada vez más y entraba más veces en acción que ningún otro. Quizás algún día La Docena de Vengadores Más Dos recibiera los mismos elogios que el Pícaro.

Ésa era la esperanza de Kyp.

Por supuesto, la ecuación variaría enormemente si los tres Solo, o al menos alguno de ellos, especialmente Jaina, decidiera unirse al equipo. Los retoños de Han y Leia proporcionarían una atención y reconocimiento inmediatos a La Docena Más Dos, un nombre que, por cierto, tendría que cambiar. ¿Sería eso bueno? ¿Estaban los catorce miembros de su escuadrón preparados para la atención y la fama? Eso sin duda les ayudaría cuando se gestaran las batallas, ya que sus enemigos sentirían tanto miedo que no podrían coordinar sus movimientos y atacar. Y la gloria atraería a los mejores enemigos.

¿Estaban preparados? ¿Estaba preparado Kyp?

¿Y qué pasaba con el liderazgo de los Vengadores? Kyp tendría que plantárselo. Jaina le había superado en el recorrido del cinturón y, a pesar de su bravuconería, él sabía que había sido una derrota limpia. Podía recorrer el cinturón cien veces más y jamás se acercaría a la marca de Jaina. Los otros pilotos de La Docena Más Dos también lo sabían. Así que si Jaina y sus hermanos se unían al grupo, ¿quién mandaría? Tal y como estaban las cosas en ese momento, sólo Miko, el único Jedi aparte de él y el segundo mejor piloto del grupo, podía rivalizar con Kyp. Y Miko, un hombre tranquilo y sin pretensiones, pasaba la mayor parte de su tiempo practicando con el sable láser o sentado solo bajo el firmamento estrellado. No parecía tener aspiraciones de líder. De hecho, era el aprendiz de Kyp y se entrenaba con el experimentado Jedi.

Todos esos pensamientos acompañaban a Kyp en la oscuridad del espacio mientras él y sus compañeros abandonaban Dubrillion. No le incomodaban las posibilidades, simplemente las sopesaba. Al final llegó a la conclusión de que las ventajas superarían con creces cualquier problema, que pudiera surgir. Si los tres Solo se unían a los Vengadores, que entonces pasarían a llamarse La Docena Más Cinco, el escuadrón sería considerado en términos de élite, y sus misiones serían más importantes, más peligrosas y aportarían más a la defensa de la ley en la Nueva República. La Docena Más Cinco, una docena de civiles y cinco Jedi, podía convertirse en el mejor escuadrón de la galaxia.

Evidentemente, Kyp estaba seguro de que los Solo no se unirían a ellos, al menos no todos. Luke Skywalker se había mostrado con él tan diplomático y respetuoso como siempre, pero también había estado algo severo y crítico. Kyp no estaba seguro de si Luke consideraba la caza de contrabandistas una causa indigna para los Jedi, o si simplemente se oponía por razones personales — ¿acaso no hubo un tiempo en el que Han Solo fue uno de los contrabandistas más conocidos? —, pero, en cualquier caso, Kyp había deducido que Luke no estaba a favor de sus actividades actuales. Sin embargo, tampoco le había ordenado que las abandonara, así que ahora Kyp conducía a su escuadrón hacia el sector Veragi, una zona remota carente de sistemas estelares, un espacio negro vacío, a excepción de una cápsula de observación que Kyp y sus amigos habían colocado en un cruce con el hiperespacio.

Siguiendo la señal por un canal secreto y poco utilizado, Kyp guió al escuadrón hacia su destino. Una vez allí, y mientras Kyp se acomodaba a la cápsula, Miko Reglia dispuso al resto de los cazas en círculo defensivo alrededor del Ala-XJ. R5-L4, el androide astromecánico al que Kyp llamaba Elecuatro, comenzó a descargar rápidamente la información de la cápsula y la fue pasando a la pantalla de Kyp. La grabación sólo mostraba días y días de vacío estelar.

Kyp suspiró y se recostó en el asiento. Los contrabandistas no eran fáciles de encontrar, y no frecuentaban aquella zona del Borde Exterior. A excepción, claro está, de los que se dirigían a los planetas de Lando para hacer negocios y entrenar un poco. Pero Kyp no podía perseguir a ningún grupo relacionado con las operaciones de Lando Calrissian porque el pragmático hombre de negocios ejercería su influencia en personas como Han y Luke para detenerle.

Durante un largo rato, la pantalla sólo mostró el movimiento de las estrellas. Kyp permaneció recostado durante una hora. Se animó un poco cuando R5-L4 bajó la secuencia de imágenes a ritmo normal para mostrarla aparición de un carguero sospechoso que llegaba a la zona desde la hipervelocidad; pero volvió a suspirar cuando la nave giró y se alejó de allí, en dirección a Destrillion según los cálculos

de R5-L4.

Continuó así varias horas, durante las cuales lo más extraordinario que mostró la grabación fueron un par de asteroides en una zona desconocida y unos cuantos cargueros, e incluso un par de naves privadas pequeñas, muy alejadas y demasiado veloces como para justificar una inspección. Pero después, casi al final de la grabación, apareció una nave sospechosa. Era una nave antigua. R5-L4 la identificó como una nave repetidora.

—Sigue su ruta, Elecuatro —ordenó Kyp al androide, el ángulo de acercamiento de la nave a la zona de rastreo de la cápsula resultaba extraño y, desde luego, no venía del Núcleo Galáctico interior.

La palabra Belkadan apareció en la pantalla junto a sus coordenadas en el cercano sector Dalonbiano.

— ¿Características? —preguntó Kyp.

Nada más pedirlo, la historia y la presente disposición de Belkadan aparecieron ante él, incluyendo los detalles sobre ExGal-4.

— ¿Por qué se irían?

Un signo de interrogación apareció en la pantalla. R5-L4 no parecía entender la naturaleza retórica de la pregunta.

Siguiendo las órdenes de Kyp, R5-L4 se centró en los archivos de la cápsula que seguían la ruta de la nave repetidora y calculó que su salto a la hipervelocidad les había conducido al sistema Helska, donde la señal desaparecía de los escáneres.

El androide extrajo los archivos de audio, que habían grabado pedazos de charla subespacial, principalmente de la zona operativa de Lando. Kyp ordenó a R5-L4 que calculara el momento aproximado en el cual la nave repetidora había salido de Belkadan y centró su inspección en ese momento y en las señales procedentes del área de ese planeta.

Sólo una de las palabras reconocibles de la imperfecta grabación sorprendió a Kyp: "tormenta".

¿Estaría Belkadan y la estación denominada ExGal-4 en peligro?

Kyp sintió que la adrenalina comenzaba a fluir por sus venas. Era ese cosquilleo de excitación que siempre le inundaba antes de la aventura. Tenía que tomar una decisión, ya que Belkadan estaba muy lejos del sistema Helska, pero la respuesta le pareció obvia en cuanto lo pensó en serio. Algo había ocurrido en Belkadan que había obligado a los científicos a marcharse; aunque la cuestión era por qué se habían dirigido al remoto sistema Helska y no de vuelta hacia el Núcleo Galáctico,

o incluso hacia la zona de operaciones de Lando o el sector Moddell, que no estaba muy lejos.

—Dame todos los detalles del sistema Helska —pidió Kyp al androide. Los datos, que no eran muchos, aparecieron de inmediato.

No había asentamientos registrados en Helska y parecía carecer de planetas habitables.

— ¿Por qué? —preguntó Kyp en voz baja.

—Porque lo has solicitado —fue la respuesta inconsciente del androide. Kyp frunció el ceño y borró la pantalla.

—Nos vamos al sistema Helska —dijo a Miko y al resto—. Trazad la ruta.

Mientras se ponían en camino, Kyp redactó un informe sobre Belkadan, un aviso de alarma para que alguien averiguara si la estación de ese planeta necesitaba ayuda.

—oOOo—

Luke no frenó al entrar en el cinturón de asteroides ni escuchó el aviso de la *Corredor I*, que le advertía de que el generador de escudos seguía estropeado y que no podían ofrecerle protección.

Luke esquivó un asteroide con el caza TIE y pasó por debajo de un par de rocas que aparecieron de repente por detrás de la primera. No necesitaba instrumentos y ni siquiera llevaba a R2-D2 detrás, como era costumbre en el Ala-X. Estaba volando con el instinto y guiado por la Fuerza. Sentía el flujo de asteroides y buscaba sin parar la señal de Han y Chewie.

Esquivó un asteroide, cruzó por debajo y alrededor de otro y ladeó un muro de rocas giratorias. Disminuyó la velocidad y, en cuanto percibió una zona despejada, voló más hacia el interior de la corriente de rocas. Había entrado en el cinturón cerca del punto en el que Han y Chewie habían desaparecido de las pantallas, pero no podía reconocer los asteroides que había visto en los monitores.

Aun así, sabía que estaba cerca.

—Los escudos ya funcionan —le dijeron desde la *Corredor I*.

— ¿Eso incluye los escudos del bombardero TIE? —preguntó Luke, con la esperanza de que le confirmaran que sus amigos estaban vivos.

—Si está ahí y no ha sufrido demasiados daños, debería tener escudos —dijo una voz sin mucha confianza desde otro lado.

Luke continuó maniobrando y virando entre los asteroides. Al principio le

animó un poco no encontrar los restos del bombardero TIE; pero, entonces, un pedazo de panel solar destrozado pasó por su lado.

Luke respiró profundamente. Leia hablaba por el canal de comunicación, pidiéndole que le diera alguna información. ¿Cómo se lo iba a decir?

Entonces se dio cuenta de que su sufrimiento no iba a ser menor que el de ella. La relación entre Luke y Han había empezado con mal pie y había resultado un tanto tormentosa durante un tiempo, pero, a pesar de las discusiones ocasionales y de los desacuerdos ideológicos, lo cierto es que se había forjado un lazo férreo entre los dos, un amor tan profundo como el que se profesan los hermanos.

Han no podía haber muerto.

Leia seguía rogando. Luke, pensando que sería mejor decírselo en persona, apagó el comunicador.

El Jedi hizo girar el caza TIE y dio media vuelta. La nave se incorporó a la corriente de asteroides en lugar de ir contra ella.

Y entonces les vio. Estaban colgados de la parte trasera de un asteroide como una mosca de arena posada sobre un vaporizador de humedad de Tatooine. De alguna manera, Han y Chewie habían aterrizado el bombardero TIE en la enorme roca. Teniendo en cuenta el daño que había sufrido la nave y que tenía un ala arrancada, la hazaña le pareció casi imposible a Luke.

El Caballero Jedi se acercó despacio, ajustando los motores mientras seguía el curso de la roca para aproximarse lo más posible a ella. Lentamente, y desconcentrado por el temor por sus amigos y por el respeto que le imponía el asteroide, Luke subió poco a poco hacia el bombardero TIE hasta que pudo mirar en la cabina.

Han y Chewie estaban allí, discutiendo, como siempre. Han señalaba a un lado y Chewie al otro, y ambos sacudían la cabeza al mismo tiempo. Han tenía la frente manchada de sangre. Chewie vio a Luke en el caza TIE y soltó un gran aullido wookiee. Luke apreció el volumen del grito por la forma en que Han se tapó las orejas.

— ¡Están bien! —dijo Luke activando el comunicador.

— ¿Dónde están? —gritó Leia.

— ¿Por qué no podemos verles? —preguntó Lando al mismo tiempo.

— ¿Se han salido del cinturón? —preguntó Mara.

Luke respondió primero a Leia, luego a Lando, después a Mara y luego a Leia otra vez; y acabó riéndose de lo inútil que había resultado todo aquello. En ese

momento se dio cuenta de que Han y Chewie siempre estaban haciendo cosas inexplicables, y que éste era sólo otro increíble gesto en una larga serie de ellos, para esquivar las garras del macabro espectro de la muerte.

—Han, ¿me oyes? —dijo Luke, buscando por los canales.

En respuesta, y para demostrar que podía oírle, pero no contestarle, Han alzó el micrófono y le enseñó el cable roto.

Luke asintió y se acercó a la nave averiada para inspeccionar los daños. No podría volver a volar, o al menos no con estabilidad, y no consiguió entender cómo habían conseguido Han y Chewie posarla sobre el asteroide. Además, teniendo en cuenta que los motores no daban señales de vida, Luke dedujo que lo más probable sería que no tuvieran escudos.

Entonces ¿cómo iba a sacar a Han y Chewie de allí?

—Lando —llamó—. ¿Me recibís?

—Te recibimos alto y claro —respondió Lando—. Estás flotando detrás de un gran asteroide. ¿Se encuentran ahí Han y Chewie?

—Están justo detrás —respondió Luke—. ¿Se os ocurre alguna forma de sacarlos de aquí?

—La ayuda está en camino —le aseguró Lando—. Utilizaremos un remolcador.

Luke, que había retomado la posición sobre el bombardero TIE, vio cómo aullaba Chewie y la mueca de Han, y supo que ellos también lo habían oído. La certeza de que para Han supondría una desgracia que las máquinas de Lando vinieran a sacarle del peligro le hizo sonreír. ¡Nunca le dejaría olvidarlo!

Luke no se movió de su posición hasta que el remolcador de Lando llegó esquivando los asteroides. Utilizando un brazo mecánico, la nave efectuó una comprobación improvisada para asegurarse de que los escudos funcionaban bien, y después los desactivó lo suficiente como para enganchar el cable de arrastre.

—Quizá nos topemos con unos cuantos baches —advirtió el piloto del remolcador.

Luke se quedó el tiempo necesario para ver la sonrisa de Han. Después dio la vuelta al caza TIE y se alejó, buscando la salida del cinturón.

—Ignoraremos el tiempo que te has pasado cuidando a Han y Chewie —dijo la voz de Lando—. Once minutos más contra corriente y tendrás un nuevo récord.

Luke sonrió, pero ni siquiera consideró la posibilidad de batir el récord. No le

interesaba en absoluto. Encontró el punto de salida y salió disparado en línea recta a través del cinturón hasta llegar al espacio abierto, de vuelta a Dubrillion. Llegó al planeta mucho antes de que hubiera empezado la operación de remolque en el cinturón.

Encontró a Lando y al resto en la sala central de control. Lando llevaba unos auriculares e, inclinado sobre un panel, hablaba al micrófono de forma acalorada.

—El eterno héroe —dijo Mara sonriendo, y rodeó a Luke con un abrazo. Leia se puso a su lado y cogió la mano de su hermano.

—Deja algo para Han y Chewie —explicó Luke—. Todavía no sé cómo consiguieron aterrizar ese armatoste en el asteroide.

—Siempre se las arreglan —dijo Leia.

—El transmisor tractor mejorado —explicó Lando, quitándose los auriculares y acercándose al grupo—. Los generadores fónicos seguían funcionando en la *Corredor I*, pero no podían enviar la señal a las naves. Estabas desnudo, amigo mío.

Luke asintió, pero no dio señales de preocupación o enfado.

—Los escudos externos me siguen pareciendo buena idea —continuó Lando—. Las defensas planetarias serán más fuertes con cazas que puedan soportar el impacto de los disparos efectuados por cruceros de combate.

—Un concepto limitado y a la vez limitador —replicó Luke con calma—. La infraestructura necesaria para garantizar la efectividad de los escudos será abrumadora. Y, si fallan, tendrás un montón de naves por ahí con serios problemas.

—Seguirían contando con los escudos de sus propios sistemas —argumentó Lando.

—Pero estarían volando sin red —respondió Luke, más preocupado por la mentalidad de los pilotos—. No sabrían qué hacer. Lo que forma a un buen piloto es su capacidad para operar en situaciones límite.

Lando negó con la cabeza y comenzó a responder, pero se dio cuenta de que cualquier argumento sería difícil de defender ante las acciones recientes de Luke. Antes de comenzar a discutir, Han y Chewbacca entraron en la sala nerviosos. Han llevaba una toalla alrededor de la frente malherida.

—Esa lata que enviaste para rescatarnos chocó contra todos y cada uno de los asteroides que se encontró en el camino —se quejó Han, el resto, que se sentían aliviados de volver a ver a ambos, se limitaron a sonreír.

Pero Chewie no había terminado de quejarse, y los wookiees solían expresar sus

quejas con acciones. Se fue directo hacia Lando con los brazos abiertos y dispuesto a asfixiar al hombre hasta matarlo. Luke, Mara, Leia y los tres chicos se pusieron en medio, pero todos retrocedieron al ver que el wookiee no se detenía.

Finalmente, Lando retrocedió y Chewie se detuvo.

— ¿Hemos ganado a Moss y a Twingo? —preguntó Han, rompiendo la tensión.

Lando miró a sus técnicos.

—Les perdimos cuando llevaban cuatro con cuarenta y uno —replicó uno en tono irónico, la misma marca establecida por Moss y Twingo. Lando comenzó a declarar el empate, pero miró al wookiee, que seguía echando humo, y de repente dijo:

—Añade cinco segundos por el tiempo que tardaron en posarse sobre el asteroide. Cuatro con cuarenta y seis. Un nuevo récord.

— ¿Y a quién le importa el récord? —preguntó Leia—. Según Luke, sólo haber aterrizado en el asteroide ha sido algo extraordinario.

—Es el mejor vuelo que habéis hecho nunca —asintió Luke.

El resto añadió sus elogios con palabras como "brillante" e "impresionante".

Han iba a explicarles que el mérito era de Chewie y que el golpe en la frente le había dejado inconsciente durante esos segundos críticos, pero el wookiee, para confirmar su trabajo en equipo, soltó un largo aullido. Formaban una unidad, eran camaradas, los mejores amigos y, por definición de esa unión, el mérito de uno era el mérito del otro.

Han lo comprendió todo y le guiñó un ojo a su compañero wookiee.

—No hay problema —les dijo mientras su cara dibujaba una de sus sonrisas maliciosas.

Pero cuando su mirada se posó sobre Lando, Han frunció un poco el ceño y sus ojos reflejaron sus sentimientos más sinceros: miedo, e incluso cierta náusea en la boca del estómago.

Ningún problema.

La Docena de Vengadores Más Dos salió del hiperespacio y llegó en formación al sistema Helska. Cada nave del grupo alternaba sus respectivas posiciones en la cuña de vuelo, efectuando bucles coordinados y giros controlados en un sistema de brillante precisión que les mantenía al filo del peligro y, al mismo tiempo, dificultaba que los localizaran con los escáneres. Kyp Durrón, con Miko Reglia a su derecha, estuvo a la cabeza en todo momento.

El sistema estelar no era muy extenso; sólo tenía siete planetas, y ninguno de ellos muy grande. Mientras el escuadrón pasaba ante el séptimo planeta y luego ante el sexto, R5-L4 siguió enviando datos a la pantalla de Kyp, detallando todo lo que se sabía sobre el sistema.

El quinto mundo era un gigante gaseoso, una bola inhabitable de furia arremolinada, así que Kyp pasó de largo sin prestarle atención y centró su atención en el cuarto planeta, una intrigante bola de hielo.

—Recibo lecturas del cuarto mundo —dijo Miko un momento más tarde.

Siguiendo a Kyp, el escuadrón redujo su velocidad. ¿Con qué se estaban encontrando?, se preguntó. ¿La guarida de un contrabandista? ¿Otra estación científica? Pero, si era eso, ¿por qué no figuraba en los registros de la Nueva República, como requería la ley? Aquello no tenía sentido, pero sabía que la nave repetidora no había salido del sistema, ya que, de hacerlo, lo habría detectado la cápsula de vigilancia.

—Activad los escudos y preparad los torpedos —dijo Kyp al resto en frecuencia abierta—. Que dos se coloquen a mi derecha para compensar la cuña.

El Ala-A de su izquierda dio un rápido giro y se situó a la derecha, detrás de la nave que cerraba la formación por ese lado.

—Hay movimiento extraplanetario —dijo Miko.

El androide astromecánico de Kyp dio la información al mismo tiempo que su hombre de confianza. De hecho, la confirmación visual llegó un momento después. Había movimiento de docenas y docenas de...

¿De qué? ¿De asteroides?

Al principio, los instrumentos de Kyp no revelaron casi nada. Sólo mostraban una cantidad de señales que indicaban algún tipo de energía vital.

—Quedaos aquí y cubridme —ordenó Kyp, y se puso en marcha.

Su siguiente impresión fue que eran asteroides, aunque bastante espectaculares y de múltiples colores; pero un escalofrío le recorrió la espalda al acercarse.

R5-L4 soltó una retahíla de protestas y envió señales a la pantalla de Kyp que demostraban que estaban frente a formas de vida. Después, una señal mucho más urgente atrajo la atención de Kyp hacia sus instrumentos. Una tremenda burbuja energética rodeaba al cuarto planeta congelado.

Kyp volvió a mirar a los asteroides de colores y se dio cuenta de que tenían formas geométricas específicas. Ninguno se parecía a otro, pero todos tenían rasgos en común: el morro afilado, laterales aerodinámicos...

¡Eran naves! ¡Cazas!

Kyp aceleró al máximo y retrocedió alzando la parte delantera de la nave en un giro vertiginoso. Una vez se colocó en posición vertical, volvió a girar hasta estabilizarse y salió disparado por donde había venido.

Y comenzó la persecución. "Enjambre" era la única palabra que se le ocurría a Kyp para describir aquello.

— ¡Son enemigos! —gritó. Mientras, R5-L4 silbó y el Ala-X se vio sacudido por un impacto.

Kyp realizó una serie de maniobras de evasión. Su caza, con el motor a toda potencia, descendió girando, viró a la derecha y luego dio un vuelco a la izquierda. Se sintió más tranquilo cuando vio que se acercaba a su escuadrón, que se había colocado en formación y disparaba con los cañones láser.

—Miko, a mi izquierda —gritó.

Kyp dio un giro brusco a la derecha y continuó virando hasta colocarse en sentido contrario, con Miko obedientemente situado a su lado.

Éste ya estaba disparando, y Kyp, cuando terminó de dar la vuelta, también lo hizo de forma ciega y desesperada. Acertó de lleno en uno de los enemigos más cercanos y el caza con forma de roca salió disparado hacia un lado. Pero un segundo le adelantó y, en ese momento, pudo ver que eran naves pilotadas. Tenían una carrocería que se parecía más a la mica que al transpariacero y el Caballero Jedi pudo ver tras ella al piloto: un humanoide con aspecto de bárbaro y con un trozo de carne palpitante en la cara.

Kyp apartó los ojos de semejante visión y guió a Miko de nuevo a la derecha, de vuelta con el resto del escuadrón.

Se reunieron en un instante con sus compañeros. Los cazas enemigos les rodearon por todas partes y empezaron a dispararles proyectiles por sus extraños cañones delanteros y laterales, que parecían volcanes en miniatura. Lo cierto era que La Docena de Vengadores Más Dos estaba encajando casi todos los impactos y acertando de pleno en gran cantidad de naves enemigas, pero éstas entraban en barrena y volvían de nuevo para unirse a la batalla.

—Sí que aguantan —observó Miko.

—Pero no aciertan —dijo Kyp, al ver que varios proyectiles chocaban contra los escudos de un Ala-B sin ningún resultado—. De acuerdo, Docena Más Dos —dijo—. Nuestros escudos les vencerán. Vamos a organizarnos para cargármelos uno a uno —se volvió hacia su androide—. Elecuatro, intenta contactar con ellos por todos los canales. Veamos si se rinden.

Cuando acabó de decirlo, se escuchó un grito procedente del Ala-B.

— ¡No tengo escudos!

Antes de que Kyp pudiera responder, un grupo de cazas enemigos se colocó en formación y lanzó una buena tanda de misiles volcánicos, el Ala-B fue atacado cada vez más, hasta explotar en mil pedazos que inundaron el espacio oscuro.

Después se oyó a alguien más gritar que había perdido los escudos, y un Incursor corrió la misma suerte.

Aun así, los Vengadores que quedaban mantuvieron la formación y siguieron atacando a los cazas enemigos. Destruyeron a algunos de ellos con la técnica del fuego láser concentrado. Una serie de rápidos disparos sobre el mismo punto que iban arrancando pedazos y destrozando la nave poco a poco. Pero, por cada nave enemiga eliminada aparecían doce, y cada vez llegaban más desde el planeta.

— ¡No tengo escudos! —gritó Miko.

Kyp miró a su hombre de confianza sin poder creerlo. ¿Cómo era posible? Miko no había recibido ni un sólo impacto porque él y Kyp aún no habían llegado al centro de la batalla.

— ¡Un proyector de gravedad! —intentó explicar Miko rápidamente—. Ha sido como un tirón, como si una fuerza de doce gravedades me sacara del asiento. Luego un agujero en el escudo, y después nada. ¡Mi androide balbucea algo sobre campos magnéticos, pero no sé qué pasa!

— ¡Retirada! ¡Retirada! —gritó Kyp a Miko y al resto del escuadrón. Después orientó su nave hacia el centro de la batalla para cubrir la retaguardia de sus compañeros durante la huida.

Kyp avanzó girando y disparó sobre una nave enemiga, el impacto del láser abrió un agujero en la nave meteoro, el Jedi colocó un torpedo en el orificio e hizo explotar al enemigo en mil pedazos. Después viró bruscamente entre dos más y, sin consecuencias graves, absorbió el impacto de dos golpes. Luego dio marcha atrás, con R5-L4 aullando sin parar, y efectuó un giro brusco, una maniobra violenta que casi le deja inconsciente, pese a que su compensador de inercia estaba ajustado al 97 por ciento. Kyp mantuvo la calma, siguió disparando y acertó a las dos naves que le acababan de pasar de largo, y que se alejaron girando y desprendiendo fragmentos.

Un Ala-A con un piloto frenético en su interior le adelantó, el caza estaba absorbiendo varios impactos, y algunos de los proyectiles se pegaban a la nave como una sustancia pegajosa derretida.

—Oh, no —se lamentó Kyp, al ver que esos misiles quemaban la superficie de la

nave y se introducían en los conectores de los motores fónicos, el Ala-A explotó.

Kyp giró para enfrentarse directamente al enjambre. Disparó y recibió varios impactos, pero los superó.

Se acercó a la proa de una de las naves enemigas para echar otro vistazo y comprobó que el vehículo parecía una criatura viviente, un enorme corazón. Las lecturas que procedían de la nave diferían de todo lo que Kyp había visto hasta el momento.

El Jedi sintió un tirón repentino y supo que se había quedado sin escudos. Y también supo que aquella nave, o criatura o lo que fuera, se los había quitado con algún tipo de campo magnético o gravitatorio. Kyp concentró su ira en ese pensamiento y la centró en aquella cosa que había matado rápidamente a varios de sus amigos.

¡Torpedos fuera!

Pero los proyectiles ni siquiera se acercaron a la cosa, deteniéndose a mitad de camino como si hubieran chocado con una barrera impenetrable. Y entonces explotaron.

— ¿Qué? —gritó Kyp, que no se atrevió a aminorar la marcha para inspeccionar más a fondo porque se sentía desnudo sin escudos y había un montón de enemigos persiguiéndole.

— ¡Me han dado! —gritó Miko.

Kyp giró, volvió a girar y se precipitó en busca de su amigo. Aunque no podía ni reducir la velocidad para localizar un objetivo, en ningún momento dejó de disparar.

— ¡No tengo motores! —se oyó la voz de Miko—. ¡Me he quedado sin energía! ¡Estoy sin energía!

Luego se hizo el silencio.

Kyp vio otro de los miembros de su escuadrón, un antiguo Ala-X, desintegrarse bajo una lluvia de misiles, orientó el morro de su nave hacia el exterior del sistema y aceleró. Sintió la persecución a sus espaldas y se esforzó en calcular las coordenadas para poder saltar al hiperespacio. No era momento de hacerse el héroe. La supervivencia era la clave. ¡Tenía que sobrevivir para poder regresar e informar de aquello!

Un Ala-A apareció justo a su lado, volando a su ritmo.

— ¡Los tenemos justo detrás! —gritó el piloto.

— ¡Sigue recto y rápido! —respondió Kyp. Aquellas extrañas naves parecían no poder adelantarlos.

— ¡Pero somos los únicos que quedamos! —gritó el piloto.

— ¡Recto y rápido!

Y lo cierto es que los cazas enemigos no les alcanzaban, pero eso no ponía fin a la persecución. Otra nave rocosa, basta y ovalada, se abrió de repente y de su interior salieron un montón de criaturas aladas negras de medio metro de longitud, que parecían saltamontes armados.

Kyp los vio y observó que se acercaban rápidamente.

— ¡Hipervelocidad! —gritó a su compañero.

— ¡No tengo coordenadas!

— ¡Ahora! —ordenó Kyp, y aceleró su nave al máximo.

El otro piloto hizo lo mismo, pero el Ala-A tenía tres de aquellos perversos insectos encima. Las criaturas expulsaban una sustancia que derretía la carrocería de las naves y les permitía meterse dentro.

Kyp perdió de vista el Ala-A cuando la luz de las estrellas se alargaba, justo en ese instante de realidad congelada provocado por el salto inicial al hiperespacio; pero, en algún lugar de su subconsciente, supo que el otro piloto no había conseguido dar el salto, y que la activación de la hipervelocidad había reducido a polvo el Ala-A.

Kyp, temiendo colisionar con un planeta o atravesar una estrella, salió de la velocidad luz casi al momento, pero antes de poder determinar dónde se encontraba, comprobó que él tampoco había salido indemne de la batalla, y que también llevaba un par de pasajeros no deseados.

Y uno de ellos había atravesado la carrocería de su nave y se dirigía hacia él cortando frenéticamente con las terribles pinzas.

—oOOo—

— ¿Sernpidal? —repitió Han incrédulo—. ¿Quieres que vaya a Sernpidal?

—Es un favor —respondió Lando con cara inocente—. Oye, te he dejado recorrer el cinturón gratis... —el ceño fruncido de Han le detuvo y le recordó que sacar el tema del incidente del cinturón no era lo más inteligente para pedir un favor.

—Sólo tardarás dos días —dijo Lando—. Si utilizo un carguero no sacaré beneficio de la operación.

—Entonces no les vendas el mineral —razonó Han.

—Tengo que hacerlo —explicó Lando—. Si envío suministros a las colonias exteriores, la Nueva República se mantiene al margen de mis... ¿cómo decirlo?, operaciones secretas.

—Es el precio de los negocios —dijo Han con determinación y levantando los brazos. Después miró a Leia, que esperaba en el vestíbulo, detrás de Lando. La mujer tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido, una pose que recordó a Han que Lando podía ser un aliado muy valioso en aquel momento. Aquel hombre había establecido una red de trabajo que le permitiría acceder a los contactos que necesitaban si querían descubrir la relación del Consejo con los contrabandistas. Les gustara o no, Lando Calrissian era la pieza que necesitaban tanto Luke como Leia en aquel turbulento debate político.

—Oye —dijo Lando—, aunque no te fuera bien en la carrera, y que coste que te dejaré repetirla gratis, Jaina obtuvo el récord, y Chewie y tú también.

Han dibujó una sonrisa más dirigida a su esposa que a Lando. — ¿Sernpidal? —repitió con tono conciliador, como si la mera idea fuera ridícula.

Lando comenzó a caminar hacia la sala de control con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Estaréis de vuelta antes de que nadie se dé cuenta de que os habéis ido —dijo.

En ese momento, uno de los técnicos salió de la sala de control con un datapad en la mano. Vio a Lando y, aparentemente nervioso, se acercó corriendo hacia él.

— ¿Hay algún problema? —dijo Lando mirando los datos en papel impreso que le mostraba el técnico.

—Es Kyp Durrón —explicó el hombre.

Lando miró el titular y sonrió.

—La Docena de Vengadores Más Dos —recitó con una risita. Después sacudió la cabeza. Incluso Lando, conocido por su fanfarronería y su ostentación, reconoció que Kyp se había pasado de pretencioso.

— ¿Cuál es el problema? —preguntó Leia. Han y ella se acercaron a su amigo.

—Estación en Belkadan, en el sector Dalonbiano —explicó Lando—. Algo pasa allí —miró al técnico—. ¿Has intentado establecer contacto? —Sólo se oye ruido de fondo —confirmó el hombre.

— ¿Belkadan? —preguntó Leia.

—Es un pequeño planeta con una estación científica y con más o menos una

docena de empleados —respondió Lando.

— ¿Y esto que significa? —preguntó ella cogiendo el papel impreso.

—Seguramente significa que el transmisor no les funciona —respondió Lando—. O quizás un rayo de sol esté malogrando sus comunicaciones. Seguro que no es nada importante —miró a Han con sonrisa maliciosa—. Y ya que te vas... —comenzó a decir.

— ¿Belkadan? —repitió Han todavía con más incredulidad que cuando repitió Sernpidal.

—Sólo está a unos días de camino —dijo Lando en tono inocente. —Ni siquiera te he confirmado que vaya a ir a Sernpidal —le recordó Han. —Luke y Mara irán a Belkadan —ofreció Leia—. De todas formas, querían pasar un tiempo a solas.

Lando, más que satisfecho con la oferta, asintió. Todas sus naves estaban dedicadas a los negocios y cualquier distracción implicaba dinero perdido.

El grupo se reunió más tarde aquel día, y lo cierto es que a Luke y a Mara les encantó la idea de ir a Belkadan mientras Han y Chewie transportaban la carga de Lando en el *Halcón Milenario* a Sernpidal. Leia decidió no ir, pero insistió a Han para que se llevara a Anakin consigo, e incluso le sugirió que quizá podría volver a dejarle los mandos del *Halcón*.

Han miró a su mujer impotente y con cara de haberse rendido. Ella era la mejor mediadora en sus disputas, y él sabía que acabaría encontrando una forma de solucionar los problemas que habían surgido entre el padre y el hijo debido a la irresponsable actitud de Anakin al aterrizar el *Halcón* en Coruscant.

A la mañana siguiente, Han y Chewie se dirigieron al hangar donde estaba aparcado el *Halcón Milenario*. La nave estaba abierta y una fila de vagones entraba en su interior.

— ¿Y cuánta de esta mercancía es ilegal? —preguntó Han a Lando, que estaba supervisando la carga.

—Todo está en regla —le aseguró Lando con un guiño poco tranquilizador.

Chewie aulló.

—Luke va a necesitar tu ayuda —dijo Han—. Tiene algunos temas pendientes con Kyp Durron y sus amigos y va a necesitar información sobre algunas operaciones de contrabando.

Lando se inclinó solemnemente.

—A su servicio —dijo con una brillante sonrisa.

Han sabía lo que quería decir, pero no estaba seguro de que fuera algo bueno.

Luke pasó por allí, acompañado de Mara y con R2-D2 rodando tras ellos, les saludó con la mano y se metió en el *Sable de Jade*. Minutos después, y tras haber recibido la confirmación de la torre de control, la nave de reflejos verdes despegaba y desaparecía de la vista en unos segundos.

—Una nave rápida —comentó Lando.

— ¿Crees que Luke le habría regalado a Mara algo peor? —preguntó Han.

Lando miró al cielo vacío, hacia el lugar por el que había salido el *Sable de Jade*, y asintió.

El *Halcón Milenario* partió una hora después. Sólo iba a realizar un trayecto de un día, pero aquella expedición resultaría ser la más dolorosa de la vida de Han Solo.

CAPITULO 14

Cada vez más cerca

R5-L4 se lamentó silbando y chirriando. La cabeza del androide despedía chispas a medida que las pinzas de las criaturas insectoides segregaban ácido, abrían, rasgaban y cortaban el metal tan fácilmente como si fuera barro.

Delante del pobre androide, Kyp hacía esfuerzos ímprobos para ponerse el traje espacial antes de que el desgarró del fuselaje de la nave dejara escapar toda la atmósfera respirable. Los chillidos de R5-L4 se le clavaron en el corazón tan profundamente como si estuviera perdiendo a un querido amigo, pero no podía hacer nada hasta que acabara de ponerse el traje.

Las chispas saltaban desde la parte trasera de la cabina de Kyp y volaban por todas partes. Una pequeña llama brotó del androide y se apagó inmediatamente por la falta de oxígeno. Y aquello fue todo para R5-L4. Los silbidos cesaron.

Kyp estaba solo.

El Jedi se quitó el cinturón y se dio la vuelta para estudiar la situación. En la parte trasera de la nave, la criatura insectoide se deleitaba con los cables y los paneles que constituían las entrañas del androide. En el exterior, otra criatura colgaba del ala inferior derecha intentando estabilizarse y hacerse con el motor fónico.

Kyp pensó rápido, apagó el motor y tiró de la palanca para cerrar los alerones-S. La nave crujió cuando éstos se plegaron y atraparon al insecto entre ellos sin aplastarlo. Kyp movió la palanca arriba y abajo, abriendo y cerrando los alerones, para tratar de destrozar o aplastar a la cosa, el ser se mantuvo en su sitio sin moverse, así que Kyp se limitó a dejar los alerones lo más juntos posible.

El monstruoso insecto de la parte trasera del fuselaje había acabado ya con los cables, y sus venenosas pinzas se aproximaban a la cabina de Kyp.

El Jedi esperó con el dedo sobre el pulsador.

Las pinzas se dirigían a él. Kyp apretó el pulsador y, agarrando el cinturón con todas sus fuerzas, se pegó al asiento. La cabina del caza explotó con un estruendo que bamboleó violentamente el Ala-X y que hizo bajar el morro de la nave, lanzándola en una diagonal descendente.

Kyp se dio la vuelta, pensando en cómo librarse del ser que tenía en las alas, pero se detuvo asombrado al comprobar que la criatura de la parte trasera del fuselaje seguía allí, con las cuatro patas posteriores agarradas al Ala-X y las dos

delanteras en el aire. La cosa tenía la parte trasera agachada, la cabeza levantada hacia arriba y las pinzas clavadas en el fuselaje. Sin apenas pensarlo y presa de un horror absoluto, Kyp se puso de rodillas, se extrajo el sable láser de su cinturón y atacó al insecto con la hoja brillante. Un barrido limpio le arrancó las dos patas delanteras al ser. Otro barrido y la hoja se llevó por delante las otras dos, el monstruoso insecto y la cabina salieron volando.

Mientras intentaba recobrar la compostura, pensó en las pérdidas del día y contempló los restos hechos trizas de R5-L4, y la ira nació en Kyp. Sabía cuál era el resultado de la partida. Nadie de su Docena Más Dos Vengadores había escapado tras él... De repente se produjo una explosión en el lateral de su Ala-X, y Kyp comprobó que la pertinaz criatura atrapada entre las alas de su nave había conseguido de alguna manera extender sus pinzas lo suficiente para alcanzar el motor fónico. En ese momento pensó que él tampoco conseguiría escapar.

El Jedi salió de la cabina como pudo, jadeando y con la certeza de que no tenía margen de error. Un resbalón le enviaría a la deriva en el espacio, el Ala-X giraba sobre sí misma, y aunque Kyp, debido a la gravedad cero, no podía sentirlo, podía percibir el cambio de posición de las estrellas, el Jedi se dio cuenta de que las continuas vueltas acabarían causando una fuerza centrífuga que podía lanzarle al espacio, y se agarró con fuerza.

Nunca había estado tan desesperado. Era como un náufrago agarrado a una balsa en medio del océano más vasto de todos. Ignoró la ira, negándose a dejarse dominar por ella, y se acercó cuidadosamente al horrible ser.

El insecto le miró. Las pinzas chasqueaban llenas de cólera.

Kyp deslizó una estocada con su sable láser entre las pinzas y clavó la hoja de energía en la cabeza de la criatura, el insecto se puso furioso, el Ala-X comenzó a girar más rápido y, al mismo tiempo, inició otra rotación hacia delante. Kyp se soltó un momento y cayó hacia atrás, el sable láser se le escapó de la mano, pero, ayudado por la Fuerza, lo recuperó. Aunque en esa situación no le sirviera de mucho, necesitaba la seguridad que le proporcionaba el arma.

Utilizando la misma técnica, y apenas tuvo el sable en la mano, Kyp agarró mentalmente el Ala-X y lo aferró de forma tan segura como si lo hiciera con sus fuertes brazos. Después, se fue acercando hasta que lo tuvo al alcance de la mano. Girando sobre sí mismo, el Jedi se agarró a la cola de la nave y logró subirse al fuselaje.

El monstruoso insecto permanecía inmóvil, todavía atrapado entre las alas.

Kyp soltó el sable láser y se sirvió de su ventajosa posición para examinar el motor dañado e intentar encontrar la forma de repararlo. ¿Qué podía hacer?

Kyp suspiró e inmediatamente soltó un gruñido de determinación.

Salió por el lateral del fuselaje de vuelta a su cabina, estabilizó la nave con los motores propulsores y comenzó a realizar un inventario general. Intentaba averiguar hasta dónde llegaban los daños. La hipervelocidad parecía funcionar, pero no se atrevía a activarla sin cabina. Buscó instintivamente el equipo de emergencia, pero se detuvo de inmediato al darse cuenta de que, sin la cabina, no tenía nada que reparar.

¿Qué podía hacer? Aunque hubiera un planeta habitable cerca, Kyp no podría aterrizar sin la cabina; y si se sumía en el trance Jedi, el traje espacial le duraría horas, o quizá días.

Pero era mejor dejar esos pensamientos para más tarde, reflexionó.

Ahora venía la verdadera prueba. Kyp encendió el motor iónico y éste soltó una llamarada, el Jedi comprobó que la única forma de mantenerlo en funcionamiento era pulsar constantemente el acelerador a baja potencia.

Miró a un lado, hacia la atrapada e inerte criatura, y estuvo a punto de abrir las alas del caza. Pero mantuvo la calma, se concentró y comprendió que esa forma de vida alienígena tenía que ser examinada. Incluso si no sobrevivía, los que posteriormente encontraran su nave a la deriva tenían que estudiar aquel ser.

Incluso si no sobrevivía...

Aquella perturbadora idea resonaba una y otra vez en su cabeza. Kyp se recostó en el asiento y se obligó a relajarse. Para ello abandonó la consciencia y entró en el flujo de la Fuerza. Visualizó su nave y llevó sus pensamientos más allá de las piezas del vehículo, hacia el reino de lo conceptual, donde podía visualizar el auténtico propósito de los distintos componentes que integraban su Ala-X. Y entonces se le ocurrió. No era la solución perfecta, pero era una posibilidad.

Trabajando solo, sin androide astromecánico, y con un manual básico de ingeniería como única guía, Kyp alteró la red de potencia del motor iónico y reforzó totalmente su escudo energético. Entonces, aguantando la respiración, volvió a conectarlo. Esta vez el motor no soltó una llamarada, sino que creó un escudo con forma de burbuja alrededor de Kyp, que el Jedi esperaba le permitiera sobrevivir en el hiperespacio. A continuación introdujo las coordenadas de Dubrillion, pero, mientras tanto, siguió revisando los archivos y pronto descubrió que había otro posible destino: un remoto planeta llamado Sernpidal.

No sabía qué hacer. En el planeta de Lando encontraría ayuda, pero, tras otro chisporroteo del malogrado motor, decidió que era mejor dirigirse al cercano Sernpidal. Kyp cambió las coordenadas y, concentrándose para que funcionara y

atento a cada sonido y movimiento, activó la hipervelocidad.

Entró y salió del hiperespacio casi de forma inmediata, justo un momento antes de que el motor iónico se parara y el improvisado escudo se desactivara. Pero el motor volvió a funcionar inmediatamente. Kyp, pensando en la tremenda tarea que le esperaba, sacudió la cabeza. Tendría que recorrer todo el camino hasta Sernpidal saltando pequeños tramos de hiperespacio. Y durante todo ese tiempo tendría que tener fe en que el motor iónico no dejara de funcionar.

El Jedi volvió a activar la hipervelocidad. Cerraba los ojos, sentía las vibraciones a sus espaldas, aminoraba cuando tenía que hacerlo y procuraba que las explosiones repentinas del motor iónico llegaran a un nivel crítico. Para preservar el oxígeno, comenzó a respirar más despacio y bajó su ritmo cardíaco, pero se mantuvo lo suficientemente consciente como para sentir las vibraciones del vehículo y salir del hiperespacio cuando era necesario. Después, cuando el motor iónico estaba preparado, acunaba los mandos como si fueran un bebé cansado y volvía a saltar.

—oOOo—

Danni Quee se encontraba en el interior de una cámara abovedada de paredes de hielo. Estaba sentada sobre una superficie de agua congelada y con cientos de metros de hielo sólido sobre su cabeza. Sólo llevaba la túnica suelta. Ya no tenía sus otras prendas, la terrible criatura carnosa que le había envuelto el cuerpo y el organismo en forma de estrella que había penetrado en su interior de forma tan violenta. Pese a estar desnuda, Danni no tenía frío, el suelo del lugar estaba cubierto por un extraño liquen que emitía calor, luz y probablemente oxígeno, pensó, porque podía respirar sin dificultades.

Sus secuestradores eran lo más horrible que había visto en su vida, en especial el gigantesco cerebro con tentáculos que parecía su guía, pero también resultaban extrañamente nobles. Danni no había sido torturada —al menos de momento— y no había sufrido ningún ataque personal. Da'Gara, el líder de los humanoides, había declarado que, según Yomin Carr, ella era una enemiga digna y, por tanto, la habían tratado con una considerable dosis de respeto.

Pero, aun así, iban a sacrificarla.

Llevaba horas sola. De vez en cuando, el agua burbujeaba y un par de bárbaros tatuados hacían su aparición. Mientras uno de ellos la apuntaba con un arma, el otro le traía agua potable y comida, que consistía en unas criaturas escurridizas parecidas a anguilas. Danni se preguntó qué estaría pasando allá abajo, en las profundidades, donde descansaba el enorme Coordinador Bélico y el agua era más cálida por la actividad volcánica. Se preguntó lo que estaría pasando en el exterior,

más allá de aquel planeta yermo y congelado, en el universo que era su hogar. Da'Gara le había asegurado que su galaxia iba a ser conquistada y sometida ante la gloria de los yuuzhan vong. Y que ella viviría para verlo.

De alguna forma, Danni intuía que Da'Gara tenía esperanzas de que ella renegara de los infieles, como llamaba a los pueblos de la galaxia, y que viera la luz y la verdad de los yuuzhan vong.

Pero a ella no le parecía muy probable.

El agua burbujeó, indicando que alguien se acercaba. Danni lanzó una mirada burlona. Estaba esperándolo. Da'Gara le había dicho que otra mundonave estaba a punto de llegar, y que ofrecería a Danni el honor de presenciar la gloria de su llegada. Para los yuuzhan vong todo parecía girar en torno a la palabra "gloria". Danni se preparó mentalmente para la violación de las criaturas carnosas: el traje y la terrible máscara.

Pero entonces vio algo que no se esperaba y se quedó sin respiración. Un par de bárbaros tatuados emergieron del agua arrastrando a un humano malherido entre los dos.

Da'Gara salió a continuación y se acercó a Danni. Mientras tanto, los otros dos arrojaron al prisionero en el suelo. Su traje de aislamiento carnoso y orgánico se despegó de su cuerpo.

—Algunos guerreros vinieron a por nosotros —explicó el Prefecto con la voz burbujeante que le provocaba la máscara estrellada—. Parecían ser de los mejores —se detuvo y señaló con la cabeza a la forma inmóvil que yacía en el suelo—. Los eliminamos con facilidad.

Danni le miró con curiosidad. Más que las palabras en sí, le sorprendía la forma de hablar. Durante sus anteriores conversaciones, el acento y la pronunciación de Da'Gara habían sido terribles y solía destrozar la estructura de todas las frases, pero ahora se le daba mucho mejor.

—¿Dudas de nuestro poder? —preguntó Da'Gara, confundido ante la expresión de la chica.

—Has aprendido nuestro idioma —respondió ella.

El Prefecto ladeó la cabeza y se dio unos golpecitos en la oreja con el dedo. Danni vio algo en su interior que se retorció como un gusano.

—Tenemos nuestros recursos, Danni Quee. Ya lo aprenderás.

Danni no lo dudaba, y eso hacía que los yuuzhan vong fueran aún más terribles.

El Prefecto se quedó mirando a Danni fijamente.

—Él no es digno —dijo, señalando a su nuevo compañero. Después, con un repentino movimiento de la mano, los otros dos guerreros saltaron al agua. Da'Gara siguió mirando a Danni un rato y se metió en el agua tras ellos.

Danni se acercó rápidamente al humano. No llevaba identificaciones y sólo vestía un par de pantalones cortos. Tenía muchas cicatrices recientes, como si los guerreros de Da'Gara le hubieran herido y después le hubieran curado. Según las últimas palabras de Da'Gara, aquel hombre no era digno. Danni comprendió lo que eso significaba.

Le iban a ofrecer en sacrificio al Coordinador Bélico.

Danni cogió aire y se quedó inmóvil. Ella también se había enfrentado al Coordinador Bélico, el horrible yammosk. Sus dos tentáculos interiores, delgados y pegajosos, la habían cogido y la habían llevado hacia la criatura, entre los enormes tentáculos de la bestia y frente a esos ojos negros y aquella mandíbula de un solo diente.

El Coordinador Bélico la había rechazado porque le reservaba otro propósito, algo que, según el prefecto Da'Gara, era un honor increíble; pero Danni, con las rodillas temblándole mientras intentaba no desmayarse, no lo apreció en absoluto.

El Coordinador Bélico no haría lo mismo con él, pensó Danni. Le envolvería en sus tentáculos y le absorbería lentamente hasta devorarlo.

El hombre se agitó, parpadeó despacio y, visiblemente dolorido, abrió los ojos.

— ¿Dónde? —tartamudeó.

—En el cuarto planeta —respondió Danni.

—Cazas... como rocas —balbuceó el hombre.

—Los coralitas —le aclaró Danni. Lo sabía porque Da'Gara le había explicado lo que eran. Luego apoyó suavemente la cabeza del hombre en el suelo—. Descansa sin miedo. Ya estás a salvo.

Aproximadamente una hora después —Danni empezaba a perder la noción del tiempo—, el hombre se despertó gritando y sobresaltado.

— ¡Están atravesando la nave! —gritó, pero se detuvo cuando se dio cuenta de dónde estaba. Miró a Danni con curiosidad—. ¿El cuarto planeta? —preguntó.

Danni asintió.

— ¿El sistema Helska?

Danni asintió de nuevo y ayudó al hombre a incorporarse.

—Soy Danni Quee —comenzó a decir—. Salí de la estación ExGal-4 en Belkadan... —la mirada del hombre le indicó que ya lo sabía.

—En la nave repetidora —dijo él.

Danni le miró sin poder creerlo.

—Os seguimos hasta el sistema Helska —explicó el hombre—. Vinimos a buscaros.

— ¿Vinimos?

El hombre intentó sonreír y levantó una mano.

—Soy Miko Reglia, de La Docena de Vengadores Más Dos —dijo. Danni le dio la mano, pero su expresión demostraba que no sabía de lo que estaba hablando.

—Somos un escuadrón de... —Miko se detuvo. ¿De qué era exactamente el escuadrón?—. Un escuadrón de pilotos de combate —explicó—. Guiado por Kyp Durrón y por mí mismo.

— ¿Eres un Caballero Jedi? —preguntó Danni con los ojos abiertos de par en par y con una chispa de esperanza en ellos.

Miko asintió y se mostró visiblemente desanimado. Fue como si recordar que era un Caballero Jedi cambiara su percepción de la situación.

—Sí —dijo solemnemente—. Me entrenaron en la academia, bajo la dirección del mismísimo Luke Skywalker, y aunque mi entrenamiento aún no se había completado, estaba en un período de aprendizaje con Kyp Durrón. Lo cierto es que soy un Caballero Jedi.

Danni volvió a mirar el agua. Creía en la afirmación de Miko y se preguntó si habría encontrado un punto débil en sus enemigos, el prefecto Da'Gara había dicho que él no era digno, pero ¿cómo podía un Caballero Jedi ser indigno a los ojos de cualquier guerrero? Quizá Da'Gara y sus compañeros habían subestimado al hombre, y quizá Danni pudiera encontrar una forma de aprovecharse de su error.

Miró a Miko, que permanecía tranquilo, sentado y con los ojos cerrados en postura meditativa.

— ¿Qué haces? —le preguntó.

Miko abrió los ojos y parpadeó.

—Estoy lanzando una llamada —explicó—. Proyecto mis pensamientos e intento percibir los de algún Caballero Jedi que esté por la zona. — ¿Y funciona? —preguntó Danni ansiosa.

Miko se encogió de hombros.

—Los Jedi tenemos una conexión, un nexo con la Fuerza que nos une en un todo.

— ¿Pero funcionará? —insistió la pragmática Danni.

Él volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé —admitió—. No sé si Kyp consiguió escapar ni lo lejos que pueden estar él o cualquier otro Jedi.

Eso era todo lo que Danni necesitaba escuchar para llegar a la conclusión de que no podían depender en aquella proyección mística de los pensamientos. Necesitaban su propio plan.

— ¿Quiénes son? —preguntó Miko tras un silencio—. ¿Contrabandistas? A pesar de la situación, Danni se echó a reír. ¿Contrabandistas? Ojalá fuera tan sencillo y tan fácil de explicar.

—Puede que ellos, los yuuzhan vong, fueran contrabandistas —respondió ella—, pero en su propia galaxia.

Miko comenzó a responder, pero se detuvo enseguida y miró a Danni fijamente. Había comprendido de golpe la implicación de lo que le estaba diciendo.

—No son de nuestra galaxia —explicó Danni.

—Imposible —replicó Miko—. Es una mentira que han contado para asustarte.

—Localizamos su entrada —prosiguió Danni—. Atravesaron la frontera de la galaxia. Pensamos que era un asteroide o un cometa y, cuando determinamos su destino, tres de nosotros vinimos para investigar.

— ¿Y los otros dos? —preguntó Miko, pero Danni negó con la cabeza antes de que terminara la pregunta.

Entonces pensó en Bensin Tomri y en Cho Badeleg, y en el terrible final de Bensin, y luego pensó en Miko y en lo que había dicho Da'Gara. No quería presenciar esa escena de nuevo.

— ¿Y qué hacen aquí?

—Los yuuzhan vong lo quieren todo —explicó Danni.

Miko la miró escéptico.

— ¿Van a conquistarnos?

—Sí, toda la galaxia.

Miko rió.

—Menuda sorpresa nos van a dar.

—O la que les vamos a dar nosotros —dijo Danni muy seria.

— ¿Cuántos...? —preguntó Miko—. ¿Cuántos planetas?, ¿cuántos cometas, asteroides o lo que sea han venido?

—Uno —respondió Danni, y antes de que Miko pudiera contestar añadió—: De momento. Y vendrán más, estoy segura.

—Necesitarán un número diez mil veces superior —afirmó Miko.

—No son sólo números —señaló Danni—. Tienen recursos y armas que no comprendemos. Parece ser que todo gira alrededor de organismos vivos, criaturas que han sido entrenadas o criadas para servir a sus propósitos.

—Como los trajes que nos pusieron —dijo Miko. Tanto Danni como él temblaron al recordarlo.

Danni asintió.

—Tienen recursos —dijo ella.

Miko sacudió la mano con desprecio.

—Están en una desventaja de tres contra uno —explicó—. Nosotros sólo teníamos cazas, y la mayoría muy antiguos. Los cazas alienígenas no tendrán nada que hacer ante un destructor estelar o un crucero de combate.

—Ibais ganando, pero no lo lograsteis —le recordó Danni.

—Sólo porque encontraron la forma de desactivar nuestros escudos —comenzó a decir Miko, pero se detuvo. Sus palabras se quedaron colgando en el aire.

—No los subestimes —le dijo Danni, y se preguntó si habría encontrado el motivo por el que Da'Gara apreciaba tan poco a aquel hombre—. Tienen herramientas, armas y tecnología que nos resultan ajenas. Quizá no nos resulte fácil reaccionar ante su armamento. Están muy seguros de sí mismos y parece que nos conocen mejor que nosotros a ellos.

Miko comenzó a ponerse de pie, tambaleándose, y Danni se acercó para ayudarlo. Un momento después, él la apartó a un lado suavemente y se puso a realizar una especie de coreografía con movimientos lentos y precisos. Un rato después, cuando terminó, parecía haber encontrado el equilibrio.

—Tenemos que salir del planeta —dijo echando un vistazo alrededor y mirando el hielo que les rodeaba.

—Tiene cientos de metros de espesor —observó Danni.

—Hay que encontrar la forma —dijo Miko con la voz llena de determinación—. No sé si alguno de los otros consiguió escapar, pero alguien tiene que volver para informar a la Nueva República. Veamos lo que pueden hacer estos... ¿cómo los has llamado, yuuzhan vong?... Veamos lo que pueden hacer contra armas de verdad.

Danni asintió, animada por la fuerza del Caballero Jedi y deseando con todas sus fuerzas que el prefecto Da'Gara se hubiera equivocado al subestimarle.

—oOOoo—

—Hemos perdido más de una docena —admitió Da'Gara. Los ojos del villip de Nom Anor se entrecerraron con gesto amenazador—, pero cuando descubrimos su punto débil y utilizamos los dovin basal para responder a sus escudos de energía de bloqueo, la batalla fue nuestra —añadió rápidamente—. Ahora, uno de los nuestros puede vencer a uno de los suyos, o a diez.

— ¿Cuántos? —preguntó el Ejecutor.

—Once enemigos eliminados —informó Da'Gara—. el duodécimo fue derribado, y aunque otros dos escaparon, los grutchins les persiguieron. Suponemos que han sido eliminados.

— ¿Lo suponéis? —repitió Nom Anor escépticamente.

—Sobrepasaron la velocidad luz, lo que ellos llaman hipervelocidad —explicó Da'Gara—. Aun así, la última vez que se les vio, antes del salto, tenían varios grutchins agarrados a su nave, y muchos más seguían persiguiéndolos. No han podido sobrevivir.

Nom Anor permaneció callado un buen rato y Da'Gara no se atrevió a interrumpirle, el Prefecto comprendía los problemas que aquello conllevaba. Incluso liberar a los grutchins suponía un riesgo enorme, porque, al contrario que la mayoría de las criaturas de los yuuzhan vong, los grutchins no eran racionales y ni siquiera estaban entrenados. Eran instrumentos de destrucción, armas vivientes y, una vez liberados, no podían ser controlados ni recuperados. Los que no habían saltado a la hipervelocidad agarrados a los cazas enemigos o habían continuado la persecución se habían quedado por la zona con los coralitas y habían sido destruidos. Intentar capturar a un grutchin adulto era demasiado arriesgado. La pérdida no era significativa porque las criaturas insectoides crecían rápidamente, y pronto se recuperarían, el problema era que habían escapado varios. Lo más probable era que hubiesen destruido los cazas y ahora rondaran a sus anchas por la galaxia. No podían reproducirse porque no tenían reinas, pero los grutchins eran criaturas agresivas y continuarían buscando y atacando otras naves de la zona. Muy pronto llamarían la atención de la Nueva República y atraerían los ojos del

enemigo a este sector del Borde Exterior de la galaxia, y eso sería nefasto para la Pretoria Vong.

Pero eso no preocupaba a Nom Anor, y con razón, pensó Da'Gara; pero, aun así, ¿qué otra opción tenían sus guerreros? No podían atrapar al enemigo si saltaba al hiperespacio porque los dovin basal de los corralitas, aunque eran muy sensibles, no podían conectarse a las naves enemigas en semejante trayecto.

—Piensas que el nuevo prisionero es un Jedi —apuntó Nom Anor. Da'Gara, encantado de ofrecer esta importante información, se relajó completamente.

—Lo es, Ejecutor.

—Cuidado con él —le advirtió Nom Anor.

—Está con la mujer —respondió Da'Gara—. No puede escapar.

— ¿Habéis iniciado la ruptura?

—Utilizamos a la mujer en su contra —confirmó Da'Gara—. Le hemos dicho a ella que él no es digno, y a él también. Le ejecutaremos mil veces en su mente, si tenemos que hacerlo. Y cuando esté bajo el dominio del Coordinador Bélico, acercándose a su mandíbula y a punto de morir, su fuerza de voluntad cederá.

El villip de Nom Anor reprodujo su risa. Da'Gara sabía exactamente cómo se sentía el Ejecutor. La ruptura era un procedimiento que se empleaba frecuentemente con los enemigos capturados, y que situaba la tortura mental por encima del tormento físico. Consistía en eliminar de forma paulatina su sensibilidad y determinación hasta que el desgraciado prisionero caía al suelo sollozando como un bebé, con la mente deshecha por las sucesivas percepciones de horrores y muertes terribles.

—Mediremos cuidadosamente su fuerza de voluntad, Ejecutor —le garantizó Da'Gara—. Así conoceremos los límites de los Jedi y aprenderemos a sobrepasarlos.

La mirada del villip reflejaba satisfacción, y Da'Gara sabía que era una reproducción exacta del auténtico rostro de Nom Anor. Qué suerte habían tenido capturando a un Jedi. Ahora, mientras Nom Anor continuaba probando las habilidades físicas de los Jedi con la enfermedad que habían inoculado en Mara, Da'Gara y el yammosk podrían aprender mucho sobre la capacidad mental de esas supuestas supercriaturas.

—Por encima de todo, humilladlo —sugirió Nom Anor—. No es digno. Ésa será vuestra constante letanía, el mensaje que utilizaremos para introducir en su fuerza de voluntad y para romper sus barreras. Y es mejor que mantengáis con vida a la mujer que Yomin Carr nos recomendó, podemos

utilizarla como baremo. Ella es digna, pero él no. Eso debería afectarle.

—Entonces estamos de acuerdo —aseguró Da'Gara a Nom Anor. —Dentro de poco dejaremos de ser un secreto —respondió Nom Anor—. Al escaparse esas dos naves...

—No escaparon —se atrevió a interrumpir Da'Gara, algo que normalmente no se atrevería a hacer. Pero, en este caso, pensó que era necesario dejar las cosas claras. De todas formas, soltó un suspiro de alivio cuando Nom Anor le concedió esa conclusión.

—Quizás hayan conseguido enviar un mensaje de alarma —explicó Nom Anor—. De todas formas, las inevitables acciones de los perversos grutchins atraerán la atención hacia vuestra zona. Además, ¿qué fue lo que atrajo al escuadrón de cazas hasta allí?

Da'Gara no tenía respuesta. Tenía la esperanza de que hubiera sido casual.

—Estáis muy lejos del Núcleo Galáctico —prosiguió Nom Anor—, y la Nueva República tiene mucho a lo que enfrentarse en su propio hogar. el conflicto entre Osarian y Rhommamul está en una fase crítica, y ya he iniciado otros enfrentamientos menores tanto entre planetas independientes como entre planetas con gobiernos leales a la Nueva República. Si el escuadrón actuaba bajo órdenes específicas, no fue enviado hasta allí sin razón. Habrá que interrogar al prisionero Jedi.

—Ésa es exactamente mi intención.

—Y cuidado, prefecto Da'Gara —dijo Nom Anor amenazante—. ¿Cuándo llegará el resto de la Pretoria Vong?

—La segunda mundonave llegará hoy —respondió Da'Gara—. La tercera dentro de una semana.

—Preparad correctamente las defensas y no bajéis la guardia —advirtió Nom Anor—. Si la Nueva República os descubre o si algunos de esos cazas consiguió escapar, tendréis que enfrentaros a enemigos mucho peores en menos de una semana.

—Estaremos preparados.

—Espero que sea así.

Cuando la conexión se interrumpió, el villip se giró de repente, el prefecto Da'Gara se relajó y se frotó el bulto del cuello, que le dolía por haber prestado toda su atención durante la discusión con el Gran Ejecutor. Ya había conversado con el Coordinador Bélico, y el yammosk le había garantizado que los humanos y sus

penosas armas energéticas no eran nada digno de temer, el planeta se había convertido en una fortaleza, ya que el yammosk emitía sus propios campos de energía y utilizaba los dovin banal para controlarlos. En cuanto llegaran las otras dos naves, cada una repleta de corallitas, estaría listo para recibir a los humanos.

Da'Gara pensó en su otro asunto pendiente: la ruptura del Jedi, y sonrió astutamente. Ya había colaborado antes en diversas rupturas, durante su entrenamiento como Prefecto, por supuesto, pero ésta era la primera vez que dirigía una.

Para el guerrero, que siempre buscaba el punto débil de sus enemigos, era una experiencia francamente placentera.

—oOOOo—

Danni y Miko se pusieron de pie cuando el agua comenzó a agitarse. Se miraron y cada uno buscó en el otro la confirmación de que era el momento de actuar. Hubo un ligero asentimiento de cabeza, y luego otro. A continuación, ambos se colocaron a cada lado de la reducida cámara y esperaron. Miko se agachó y juntó las palmas de las manos ante sí.

Danni también se agachó, mirando el agua que se arremolinaba, pero luego alzó la vista hacia Miko y se maravilló ante su postura y su preparación. Podía apreciar los firmes músculos del hombre aguantando la presión isométrica hasta el momento de entrar en acción.

En ese instante apareció una cabeza yuuzhan vong, con el pelo negro cortado de forma irregular y la estrella carnosa en la cara. Después surgieron los brazos, que, portando un bastón corto en una mano, se acercaron a la orilla, se apoyaron y sacaron al poderoso humanoide del agua, hasta el suelo cubierto de liquen.

Danni dio una vuelta, se giró y comenzó a golpear la pared como si intentara correr. Quería atraer la atención de la criatura.

Llegó otro guerrero yuuzhan vong, y después un tercero.

Miko se movió de pronto, lanzándose hacia los tres enemigos, y tiró a uno al agua y a los otros dos al suelo.

Danni se subió encima de uno, asió su arma con ambas manos y, al mismo tiempo, le rodeó la garganta con un brazo. Apretó con todas sus fuerzas, pero, un segundo después, el guerrero yuuzhan vong, que tenía una fuerza considerable, alzó a Danni lo suficiente como para evitar que ella le asfixiara.

Danni, desesperada, se aferró al bastón con una mano para mantenerlo a raya, y consiguió liberar la otra lo suficiente como para agarrar la cara del guerrero. Mientras intentaba colar los dedos por debajo de la máscara estrella, la chica se

agitaba con frenesí para evitar la chasqueante mandíbula de su adversario.

Miko y el otro alienígena cayeron al suelo en un forcejeo, el tercero, con el bastón en la mano, salió del agua.

—Indigno —repetían una y otra vez mientras le rodeaban. Los guerreros blandían sus bastones, pero no pretendían iniciar una verdadera rutina de ataque, así que iban acortando los golpes para medir las reacciones del Jedi.

Miko mantuvo la calma y el equilibrio, y tuvo mucho cuidado para no reaccionar de forma desmedida. Vio a Danni forcejeando con el otro soldado, que rodó sobre ella y le atrapó la mano.

Miko apartó la imagen en su mente, con la seguridad de que no podía ayudarla hasta que no se hubiera ayudado a sí mismo, el yuuzhan vong situado a su espalda lanzó su bastón como si fuera una jabalina y Miko saltó hacia delante y a un lado, el guerrero que tenía frente a él aprovechó la oportunidad para atacarle, pero el habilidoso Jedi echó un pie hacia atrás, rechazó el golpe de lado y lo repelió con la palma abierta. Como si fuera una serpiente, Miko utilizó el mismo brazo para golpear a su adversario. Elevó el codo, colocó el brazo recto y clavó el dorso de su mano rígida en la garganta del guerrero yuuzhan vong.

Aunque el oponente se tambaleó y se echó hacia atrás, Miko notó movimiento a su espalda y no pudo terminar el ataque, ya que se vio obligado a darse la vuelta para centrar su atención en el nuevo enemigo.

Mientras daba puñetazos y patadas, consiguió, a duras penas, rechazar el bastón, pero no pudo evitar recibir un corte en el pecho.

Danni escuchó los jadeos de Miko y se vio acorralada contra una esquina, el guerrero yuuzhan vong colocó el bastón horizontal por encima de su cabeza y, después, dominándola, lo apretó con fuerza contra la garganta de la chica. Con una fuerza nacida de la desesperación, Danni forcejeó y clavó su rodilla entre las piernas del alienígena, el guerrero soltó una bocanada de aire y se quedó rígido, pero Danni no supo si fue por la sorpresa o por el dolor. La joven aprovechó para quitarse de encima el bastón y comenzó a soltar puñetazos. Izquierda, derecha, izquierda, girando el bastón y golpeando con él la cabeza de su oponente a ambos lados.

El yuuzhan vong alzó una mano para bloquear los golpes, pero Danni logró asestar el último, que obligó al guerrero a ladear la cabeza y le dejó retorciéndose. La joven plantó el bastón en el suelo, se giró y se puso de rodillas. Entonces, sin atreverse a forzar el movimiento, se levantó tambaleándose y se dio la vuelta, dejando que sus manos se deslizaran por el bastón hasta el final. A continuación, utilizó ese impulso para golpear al guerrero primero en el hombro y luego en la

cabeza, lo que le arrojó al suelo aturdido.

Mientras tanto, Miko, utilizando los mismos movimientos y maniobras equilibrados que siempre empleaba con su sable láser al enfrentarse a un control remoto, lanzaba manotazos para esquivar los ataques del bastón del yuuzhan vong, el hombre logró entrar en trance y consiguió anticiparse a los golpes en lugar de reaccionar ante ellos. Intentaba seguir los movimientos y perturbaciones de la Fuerza como una criatura acuática sentiría los cambios de corriente.

También intentó otra técnica: utilizar la Fuerza para comprender mejor a su oponente y entender sus tácticas y sus intenciones.

Pero obtuvo el mismo resultado que si hubiera intentado leer las intenciones del espacio vacío.

Aun así, y a pesar de no contar con esa ventaja intuitiva, Miko comprobó que podía anticiparse a los movimientos lo suficiente como para aguantar los ataques, bloquear, golpear y, de vez en cuando, agarrar o girar. Al principio procuró no mover mucho los pies para intentar conservar la energía y para llevar a su oponente a un ventajoso estado de complacencia.

Pero el guerrero al que había derribado se estaba poniendo en pie de nuevo, y Miko se quedaba sin tiempo.

Y entonces el bastón volvió a atacarlo. Fue un golpe directo hacia su estómago, un ataque que Miko había rechazado y esquivado ya tres veces con un sutil movimiento de cadera. Pero, esta vez, agarró el bastón y, mientras daba un paso adelante y se ponía al lado de su enemigo, se lo pasó por encima del hombro, lo que le dejaba el campo libre para propinar al yuuzhan vong un puñetazo en el rostro enmascarado.

Pero, en lugar de eso, deslizó la mano libre entre los brazos del guerrero, agarró el bastón, girando al mismo tiempo, y, con la otra mano, que seguía bloqueando el golpe de su adversario, cogió el arma por el otro lado. Miko tiró con esa mano y golpeó con la otra, pero, cuando su enemigo intentaba responder a sus movimientos, el Jedi cambió su impulso de lado, agarró el bastón, lo alzó y asestó al alienígena un buen golpe en la frente.

Miko dio un repentino tirón, le quitó el bastón de las manos a su adversario y se lo clavó en la cara, dándole en un ojo y lanzándolo hacia atrás.

Entonces, Danni se acercó justo por detrás del obstinado guerrero y, mientras Miko dirigía su atención al que seguía agarrándose la garganta asfixiada, alzó el bastón y le asestó un buen golpe en la cabeza, el guerrero se desplomó al suelo como una piedra.

El yuuzhan vong que se había quedado solo se acercó al agujero del suelo con el propósito de lanzarse al agua, pero Miko le alcanzó y le puso la zancadilla, lo que le arrojó de cabeza al suelo.

Danni le atrapó al vuelo, colocándole el bastón en la garganta, y le retorció la cabeza para ahogarle sin remedio. Él asió el arma e intentó golpear a la chica, pero se estaba quedando sin aire y cayó inmóvil en cuestión de segundos.

—Coge las criaturas traje —le ordenó, pero Miko ya estaba intentando encontrar la forma de quitársela a su portador.

El primer yuuzhan vong que Danni había derribado comenzó a ponerse en pie. Ella se acercó y le asestó un golpe en la nuca que lo volvió a tumbar en el suelo.

Aunque acabaron encontrando el punto de presión detrás de la nariz, y se las arreglaron para despojar a dos de los alienígenas de sus encubridores ooglith, les llevó un tiempo y unos cuantos golpes en la cabeza a los guerreros que se reanimaban averiguar cómo ponerse las criaturas. Cuando lo hicieron, temblaron ante el intenso dolor y las punzadas de exquisita agonía que les provocaban los seres al envolverles.

Entonces centraron su atención en los respiradores estrellados, pero tardaron un poco en atreverse a ponérselos. Danni estuvo a punto de vomitar, pero luchó contra la repugnancia cuando la criatura le metió el tentáculo por la garganta hacia los pulmones.

Cuando acabó el proceso, Danni vio que Miko ya llevaba puesto el suyo.

—¿Estás bien? —preguntó Miko con voz acuosa.

Danni asintió.

—No nos reconocerán fácilmente con esto puesto —respondió ella—. Tenemos que inspeccionar el lugar.

—Vamos adonde guardan las naves —dijo Miko.

No tuvo que formular la cuestión obvia: una vez encontradas las naves, ¿cómo iban a pilotarlas?, pero no tenía que hacerlo.

Danni sabía lo que hacía, así que fue la primera en saltar a las heladas aguas. En cuanto se sumergieron vieron la lejana luz que procedía del área central de la base principal de los yuuzhan vong. Sabían que en aquel resplandor residía la principal porción bulbosa del yammosk de largos tentáculos y, como ninguno quería acercarse a aquella asquerosidad, se alejaron de las luces y se dirigieron hacia arriba a lo largo del hielo, pasando las manos por la basta superficie en lugar de nadar, hasta que localizaron a la criatura tubular que enlazaba con la nave de la

superficie.

Sorprendentemente, el final del tubo no parecía vigilado, así que se dirigieron hacia allí, se detuvieron al borde y se miraron, compartiendo su inquietud. Danni comenzó a bajar de nuevo, pero Miko la cogió del hombro y tiró de ella, el hombre cerró los ojos, localizó su centro de meditación y se metió en el tubo, abriéndose paso con el bastón que le había quitado a uno de los soldados.

Danni aguantó la respiración y comenzó a seguirle. Miko se dio la vuelta y le indicó con la cabeza que el camino estaba despejado.

Subieron lentamente unos veinte metros y salieron del agua. Entonces empezaron a trepar, admirando el diseño de la criatura tubular, cuyos huesos, como costillas, podían utilizarse a modo de escalones. A ambos les resultó curioso que el camino hasta arriba estuviera despejado, pero no se atrevieron a decirlo abiertamente.

Siguieron escalando y, entonces, Miko pudo ver más arriba los matices multicolores de la nave alienígena. De nuevo, el Jedi abrió la expedición, pero esta vez no vacilaba, porque Danni, que iba tras él, le empujaba para que avanzara. Llegaron a una gran sala y esperaron un rato hasta que sus ojos se acostumbraran al cambio de luz. Al principio les pareció estar solos, pero entonces, Danni, abriendo los ojos como platos, señaló un pequeño cubículo a la izquierda, donde una figura tatuada permanecía de pie.

—Aquí no necesitáis los gnullith —les dijo el prefecto Da'Gara, dándose la vuelta. No llevaba puesta la criatura estrellada... y sus labios se curvaban en una sonrisa—. La mundonave crea su propia atmósfera.

Danni miró primero a Miko y luego a su alrededor, buscando otros guardias.

—Habéis tardado más de lo que pensaba —afirmó lentamente Da'Gara.

Miko se lanzó hacia él, blandiendo el bastón sobre su cabeza.

Pero Da'Gara también se movió rápidamente, alargó los brazos y lanzó un puñado de masa viscosa a los pies de Miko. Después abrió la otra mano y dejó escapar una pequeña criatura en forma de bola y con alas que zumbaban.

Miko se hizo a un lado, rodó para recuperar el equilibrio y volvió a ponerse en pie con la intención de acercarse a Da'Gara; pero la masa viscosa se había movido con él y se había expandido, creciendo hasta convertirse en una especie de charco cuya superficie oscilaba en ondas como si la agitara una corriente de agua, el Jedi se movió de nuevo, dio un paso atrás y luego volvió a saltar hacia el mismo sitio. Entonces, con la sustancia pegajosa siguiéndole y a punto de atraparle, avanzó un paso adelante y dio un salto mortal para pasar por encima.

Pero no hubo suerte. La masa se elevó y cogió a Miko por los pies mientras aún estaba en el aire, el Jedi, que se movía con mucha agilidad, consiguió aterrizar de pie, pero estaba atrapado. Echó el brazo hacia atrás para lanzar el bastón, pero la masa reaccionó rápidamente y una porción de ella se elevó por encima de las piernas y el torso de Miko hasta envolver brazo y proyectil.

Danni gritó pidiendo ayuda, pero no pudo articular palabra y apenas una bocanada de aire salió de sus pulmones, porque, por tercera vez, tuvo que esquivar al esférico ser que había salido volando de la mano del Prefecto. La zumbante criatura volvía una y otra vez. Era como si el misil viviente adivinara sus movimientos y alterara su ritmo para adaptarse al de ella. Finalmente, le golpeó en el pecho con tal fuerza que Danni se desplomó. La joven se quedó un buen rato en el suelo, aturdida, inmóvil y mirando el techo multicolor de la sala. Entonces escuchó la risa burlona de Da'Gara.

Supo que tenía que levantarse para ayudar a Miko, y se giró hacia un lado, apoyándose en un codo.

Y, de repente, estaba de pie, alzada por otros dos bárbaros yuuzhan vong. Antes de poder pelear, sintió algo húmedo y pegajoso en la muñeca y que se la retorcían. Después le doblaron el brazo por detrás de la espalda en un abrir y cerrar de ojos. Otro guerrero le atrapó el otro brazo con un movimiento parecido y la llevaron a empujones hasta Da'Gara, donde vio a Miko firmemente pegado al suelo.

— ¿De verdad pensasteis que teníais alguna posibilidad? —preguntó Da'Gara a Miko lentamente, el Prefecto avanzó y se colocó frente al atrapado Jedi—. Te dije muy sinceramente que no eras digno. No creas que puedes resistirte a nosotros.

Miko dejó escapar un gruñido e intentó inútilmente liberarse del abrazo de la masa viscosa. Da'Gara, con una sonrisa más abierta que nunca, se acercó aún más a él y le arrancó a Miko el gnullith con una mano. Con la otra, deslizó un dedo tras la nariz del Jedi y pulsó en el lugar exacto para que el hombre sintiera una punzada de dolor.

—Qué fácil —susurró Da'Gara al oído de Miko.

El Prefecto se dirigió hacia sus guerreros y, mientras se encaminaba hacia el cubículo de la izquierda, éstos empujaron a Danni tras él.

—Qué bien que hayáis venido —le explicó Da'Gara mientras doblaban la esquina. Allí, las paredes eran translúcidas y ofrecían una maravillosa vista de la superficie congelada y de los miles de lejanas estrellas.

Y una de esas "estrellas" se aproximaba, haciéndose cada vez más grande.

Danni abrió los ojos al darse cuenta de lo que estaba viendo: una enorme nave

de coral abría su paracaídas membranoso, mientras el hielo bajo ella comenzaba a vaporizarse y desaparecía en forma de niebla.

Oh, y habrá más, Danni Quee —le susurró Da'Gara al oído—. ¿Ves ya la verdad? ¿Comprendes lo inútil de vuestros actos?

Danni no respondió ni pestañeó.

—Podrías unirme a nosotros —comentó Da'Gara.

Ella siguió mostrándose obstinada.

—Ya aprenderás —prometió Da'Gara—. Conocerás la gloria de la Pretoría Vong. Sabrás cuál es tu sitio —se volvió hacia los dos escoltas—. Decidle a la prefecto Ma'Shraid que se una a nosotros. Le encantará contemplar al yammosk devorando al indigno.

Danni empleó todas sus fuerzas para estabilizar su respiración y para que no se notase lo aterrorizada que estaba. No dijo nada ni ofreció resistencia, ¿cómo hacerlo?, y fue arrastrada de nuevo por la sala principal, hasta donde se encontraban los guerreros que manipulaban las viscosas ataduras de Miko.

Y todo empezó a pasar muy deprisa para Danni. La realidad era borrosa, como un sueño. Fue metida de nuevo en el tubo y se deslizó por él rebotando hasta caer al agua, cuya helada temperatura le mordió en aquellos sitios en los que el encubridor oogolith no la protegía bien. Después descendieron más abajo, donde le quitaron las ataduras y le pusieron pesas en las manos. Luego continuaron descendiendo hasta la profundidad del mar, hacia el brillo que señalaba la base principal. Una vez más, Danni pudo admirar el maravilloso funcionamiento del encubridor oogolith, porque apenas sintió presión al descender, como si el traje viviente absorbiera el peso del agua que la cubría.

Los inmensos tentáculos del yammosk, el coordinador y cerebro central de la Pretoría Vong, flotaban en el agua alrededor de Danni, como banderines clavados para mostrar el lugar de la celebración. Formaciones rocosas cubiertas de criaturas sencillas y luminosas servían de gradas, y los guerreros de Da'Gara se paraban sobre éstas en formación y en atento silencio. La intensidad de su mirada no se veía disminuida por los gnullith, que ocultaban en gran medida la variedad de cicatrices y tatuajes de sus rostros. A Danni la colocaron detrás, lejos del centro del yammosk.

Pero, a través del agua cristalina, podía ver el horrible rostro del ser: los dos bulbosos ojos negros, la quijada arrugada y el gran diente central.

Nadie parecía fijarse en ella. Todos los guerreros permanecían en pie, inmóviles, mirando fijamente al frente, aunque los dos que flanqueaban a Danni la tenían

firmeramente agarrada por los brazos.

El gran yammosk soltó una enorme burbuja que creció y creció hasta abarcar a Danni y a todos los yuuzhan vong. Y, para su asombro, la bolsa de aire se mantuvo firme, sin dejar entrar el agua. Luego, los alienígenas reunidos se quitaron los gnullith y uno de sus guardianes le quitó a ella el suyo.

Un momento después apareció el prefecto Da'Gara. Vestía ropajes ceremoniales rojos que Danni no le había visto antes. Subió a una plataforma ante el yammosk y elevó las manos hacia su pueblo.

Aunque no emitió sonido alguno, Danni supo que se estaba comunicando con los suyos. Mientras cerraba los ojos y se concentraba, la joven se dejó llevar por esa idea hasta que también comenzó a comprender los pensamientos del Prefecto. Se dio cuenta de que la llamada no procedía exactamente de Da'Gara, sino que llegaba a él, y que él la transmitía a su pueblo mediante el poder mental del gigantesco yammosk. Obviamente, la criatura era telepata y poseía suficiente poder para comunicarse con todos los presentes.

De repente, el título que Da'Gara le había dado al yammosk, Coordinador Bélico, le sonó más profundo a Danni.

La llamada telepática pidió silencio y el enlace de la comunidad facilitado por el yammosk se completó. Da'Gara se adelantó hasta el centro de la plataforma y comenzó a hablar en voz alta. Danni no entendía el lenguaje, claro está, pero si se concentraba en las constantes ondas de energía del yammosk podía entender el argumento del discurso. Hablaba de la gloria, de la Pretoría Vong y de la gran conquista que se les habían encomendado. Habló con entusiasmo de la prefecto Ma'Shraid, de la segunda mundonave y de la tercera, que estaba por llegar. Habló de la escaramuza con los cazas y de su aplastante victoria.

Luego volvió a alabar a Ma'Shraid, y Danni entendió un momento después el propósito de todo aquello, cuando un zumbido comenzó a reverberar por su cuerpo. Todas las cabezas se volvieron y dejaron de mirar hacia Da'Gara y el yammosk. Un gran tubo, como el que llevaba desde la primera nave hasta la profundidad del hielo, se abrió paso hasta la burbuja de aire del yammosk, atravesándola por la parte posterior de la reunión.

Entonces, los guerreros de la segunda mundonave hicieron su entrada en orden jerárquico. Eran cientos, una fuerza mucho a la reunida por Da'Gara. Y todos, machos y hembras, se pusieron a desfilar. Todos iban tatuados y estaban mutilados, eran de constitución atlética y músculos firmes, y tenían la misma mirada intensa y fanática. En último lugar, y sobre una litera portada por cuatro fuertes guerreros, apareció una mujer con un atuendo rojo parecido al de Da'Gara.

Mientras sus camaradas formaban junto a los soldados de Da'Gara, en una exhibición de obediencia y objetivos comunes que no pasó desapercibida a Danni, la litera llegó hasta la plataforma. Una vez allí, la mujer, Ma'Shraid, ocupó su sitio junto a Da'Gara.

Él le cedió la palabra e, inmediatamente, ella ofreció sus plegarias a varios dioses. Entonces entonó un discurso similar sobre la gloria y el deber. Habló del honor que suponía para ella haber sido elegida para servir con la Pretoría Vong y de la gloria que todos conocerían pronto, sobre todo quienes murieran en la conquista.

El ritual duró varias horas, pero Danni no apreció en nadie muestras de aburrimiento. Sólo el nivel de energía que se desprendía de la reunión la tenía abrumada, ya que era una devoción muy poco frecuente entre los suyos.

Por fin acabaron los discursos y Da'Gara llamó al yammosk. Y entonces Danni sintió una vibración que le atravesaba el cuerpo, un poder tan intenso que le dio miedo no poder contenerlo y explotar.

En respuesta a esa onda energética, apareció una segunda litera, pero no desde el túnel, sino rodeando las gradas. Estaba cubierta, así que Danni no pudo ver a quién transportaba.

Pero ya lo sabía.

Cuatro yuuzhan vong marcharon hasta el extremo de las filas dobles de guerreros, que era el punto más alejado del yammosk y estaba situado a unos cien metros de Da'Gara y Ma'Shraid.

Las cortinas fueron retiradas y allí, atado a un poste, estaba Miko Reglia.

Entonces la vibración volvió a atravesar el cuerpo de Danni. Podía sentir la desesperación y la impotencia emanando del yammosk, pero se dio cuenta de que eran sentimientos enfocados sobre Miko, porque el hombre se dejó caer desolado. Contempló con horror cómo dos finos tentáculos salían de los lados del arrugado morro del yammosk y se arrastraban ante las filas de guerreros hasta la litera. Una vez allí, agarraron a Miko y, con una fuerza terrible, le liberaron de las ataduras y comenzaron a arrastrarlo hacia la bestia.

Al principio, el Jedi se resistió, pero, al darse cuenta de lo inútil de sus esfuerzos, cerró los ojos. Danni supo que Miko estaba buscando su centro de meditación.

Pero las ondas de la intensa potencia mental del yammosk volvieron, le atravesaron y tiraron del corazón de Miko, quebrando su fuerza de voluntad.

Y Danni lo comprendió. La criatura quería que mostrara su temor, que soltara una diatriba de desesperación y desaliento.

—Lucha, Miko —susurró, y deseó ser también una Jedi para poder comunicarse con el hombre y prestarle su fuerza para que muriera con algo de dignidad.

—oOOoo—

Miko, resuelto a enfrentarse a su fatal destino con valentía y calma, intentó con todas sus fuerzas mirar a otro lado, hacia abajo o no mirar, pero no podía mantener los ojos cerrados, el yammosk no le dejaba. Entonces supo que había llegado su final, y que iba a ser una muerte terrible y dolorosa. Vio la boca abriéndose más y más, vio las interminables filas de dientes tras el imponente colmillo, y luego, al acercarse aún más, vio el carnosos interior de la boca de la criatura.

Nunca había temido a la muerte porque era un Caballero Jedi, pero esto era distinto a todo lo que había imaginado; era un sentimiento oscuro de miedo y soledad que cuestionaba toda su fe. Sabía, por lógica, que provenía del yammosk y que era un truco de la criatura telepata, pero la lógica no podía contra la desesperación y el horror, ni contra la certeza de que aquél sería el final de su existencia.

Cada vez más cerca. La boca se abría y se cerraba, mascando antes de engullir la comida.

Cerca, cada vez más cerca.

CAPITULO 15

Esperando la llegada de dios

¿Le importaría a alguien ayudarme? —preguntó Han sarcástico y soltando un suspiro de resignación. Anakin acababa de aterrizar el *Halcón Milenario* en Sernpidal. Algo que no resultaba fácil, teniendo en cuenta que el planeta no parecía invertir mucho en puertos estelares. Básicamente habían descendido sobre el suelo en medio de un campo vallado y en medio de una ciudad de casas bajas que había crecido de forma descontrolada. Había mucha actividad a su alrededor y gente de diversas especies iba de un lado a otro, pero apenas parecía haber organización y, desde luego, nadie movió un dedo para ayudarles a descargar el *Halcón*.

Finalmente, Han salió por la puerta del recinto vallado e interceptó a unos lugareños, dos hombres de piel blanca y ojos rojos que llevaban los ropajes tradicionales de Sernpidal: túnicas blancas con rayas rojas y grandes capuchas.

— ¿Quién dirige el puerto estelar? —preguntó Han.

—Tosi-karu! —gritó nervioso uno de los hombres, y ambos comenzaron a alejarse.

—Bueno, ¿y dónde encuentro al tal Tosi-karu? —preguntó Han al que había respondido, colocándose frente a él.

—¡Tosi-karu! —volvió a exclamar el albino, señalando al cielo. Cuando Han intentó cortarle el paso, el hombre le apartó las manos, giró hacia un lado y se alejó rápidamente.

— ¡Tosi-karu! —le gritó Han—. ¿Dónde?

—Oh, me temo que tendrás que mirar hacia arriba —resonó otra voz calmada y tranquila.

Han se dio la vuelta y se encontró con un hombre mayor que no era albino apoyado en un bastón.

— ¿Vuela? —preguntó Han escéptico.

—Más bien orbita —replicó el anciano—. Aunque, si las leyendas locales respecto a la diosa fueran ciertas, creo que podría volar.

— ¿Diosa? —repitió Han, negando con la cabeza—. Genial. Así que hemos llegado durante una celebración religiosa.

—No, no es eso.

Han miró a su alrededor y hacia el constante bullicio. Los lugareños pasaban a toda prisa por su lado, apartando la mirada.

—Pues menos mal que no he llegado en medio de una —murmuró volviéndose hacia el hombre—. ¿Es usted quien dirige el puerto estelar?

— ¿Yo? —el hombre rió incrédulo—. Qué va, soy sólo un anciano que ha venido a pasar sus últimos días en paz.

—Entonces ¿dónde está el jefe del puerto estelar?

—Que yo sepa, no hay —respondió el anciano—. Aquí no hay mucho tráfico espacial.

—Genial —murmuró Han—. Tengo un almacén lleno de mercancía... —Me parece que va a tener problemas para que le ayuden a descargarla —dijo el hombre con una sonrisa.

—oOOoo—

—Tienen que parar y ayudarnos —dijo Anakin a un grupo de sernpidalianos en la otra puerta del recinto vallado. Al hacerlo, utilizó la Fuerza para enfatizar la sugerencia y dejó caer todo el peso en la palabra "tienen".

Los sernpidalianos se detuvieron y miraron al chico y al wookiee. Por un momento pareció que realmente iban a detenerse a ayudarles, pero entonces uno gritó: "¡Tosi-karu!", y todos salieron corriendo.

Chewie aulló.

— ¿Qué quieres decir con que Luke lo habría hecho mejor? —preguntó Anakin—. Es evidente que algo les preocupa.

Chewie dejó escapar una serie de aullidos y rugidos.

— ¡Sí, sí que importa! —insistió Anakin.

Anakin no escuchaba a menudo la risa del wookiee, pero en ese momento sabía que se estaba riendo de él, y el sonido le sentó fatal.

—Voy a por aquél —dijo acercándose a otro sernpidaliano que pasaba por allí.

Chewie colocó su enorme brazo ante el pecho de Anakin y lo detuvo sin dificultades. Luego, el wookiee se puso delante del sernpidaliano y, cuando el albino trató de esquivarle, dejó al hombre clavado en el sitio con un potente rugido wookiee.

Pero sólo duró un segundo. Inmediatamente, el sernpidaliano se dio la vuelta y se marchó corriendo y gritando.

—Ah, vale, tienes razón —dijo Anakin sarcástico—. Eso es mucho más efectivo.

Chewie se volvió para mirarle con los ojos peligrosamente entrecerrados.

Han miró con cara de escepticismo al viejo.

—Qué grande —dijo el hombre con los ojos abiertos como platos. Han escuchó a Chewie a sus espaldas, se dio la vuelta y vio al wookiee y a Anakin. Chewie farfullaba algo y el chico sacudía la cabeza.

—Ni siquiera se paran a escuchar —se quejó Anakin—. No creo que haya ningún tipo de organización en este sitio. Chewie asustó a unos cuantos, pero se limitaron a gritar algo que no entendimos y se fueron corriendo.

Han lo pensó un momento, luego miró al viejo y después a Anakin.

— ¿Percibes algo? —le preguntó.

Anakin se quedó boquiabierto. Obviamente, le sorprendía que su padre le preguntara algo sobre la Fuerza. Han era tan ciego a ella como Anakin sensible a su influjo. Además, a Han casi nunca le interesaba la información relacionada con cualquier acontecimiento procedente de la Fuerza. Él solía fiarse más de su instinto y de su suerte.

Anakin cerró los ojos un buen rato.

—Miedo —dijo al final.

—Oh, hay mucho —dijo el anciano—. ¿Por qué no habría de haberlo?

—Pero hay algo más —dijo Anakin. Miró a su padre fijamente—. Es más que miedo —decidió—. Sobre todo con los que son como éstos —señaló a un grupo de lugareños que pasaban a toda prisa por el otro lado de la calle, con las túnicas blancas a rayas rojas ondeando en la polvorienta brisa—. Es casi...

— ¿Religioso? —preguntó el viejo, soltando de nuevo una risita.

—Sí —respondió Anakin mientras Han miraba al anciano—. Espiritual. Tienen miedo, pero, al mismo tiempo, están llenos de esperanza. —Tosi-karu —dijo el hombre, y comenzó a alejarse.

— ¿Tosi-karu? —preguntó Anakin—. Eso fue lo que gritó uno de los hombres en la otra puerta.

— ¡Oiga! —gritó Han, pero el hombre siguió su camino, riendo y moviendo la cabeza a cada paso.

— ¿Tosi-karu? —volvió a preguntar Anakin.

—Una especie de diosa —explicó Han—. Aquí pasa algo raro. No sé en qué nos

ha metido Lando, pero tengo...

— ¿Un mal presentimiento? —terminó Anakin, poniendo cara de bueno por haberle quitado a su padre su frase favorita.

—Mucho que hacer —corrigió Han—. Quiero descargar la mercancía de una vez para poder marcharnos de aquí lo antes posible.

Chewie protestó con un gruñido. Era muchísimo trabajo.

— ¿Vamos a descargarla nosotros? —preguntó Anakin poco convencido.

—No —respondió Han con su insaciable sarcasmo—. Vamos a conseguir ayuda.

Antes de que Anakin terminara de suspirar se escuchó un grito estridente. Eran cien voces que sonaban como una sola.

— ¡Tosi-karu!

—La diosa está aquí —comentó Anakin.

—Bien, entonces vamos a verla para saber si está al mando —comentó Han, y echó a andar hacia la calle.

Al doblar la esquina encontraron al viejo con las manos cruzadas apoyadas sobre el bastón y cómodamente sentado en un escalón.

—Queremos encontrarnos con la diosa —comentó Han con frialdad.

—Entonces podéis quedaros aquí —replicó el anciano.

Se quedaron clavados en el suelo. Han miró suspicaz al viejo.

— ¿Usted? —preguntó.

En respuesta, el anciano rió y señaló el cielo, hacia el este. Los tres se dieron la vuelta y vieron la luna ascendiendo en el cielo azul.

¡Y qué luna! Parecía gigantesca, como si fuera un segundo planeta del tamaño de Sernpidal. Han recordó por un momento la información que había recopilado sobre el lugar cuando instruía a Anakin sobre el vuelo y el plan de aterrizaje. Sernpidal tenía una luna, bueno, de hecho tenía dos. Una era bastante grande, un quinto del tamaño del planeta, pero la otra era más pequeña, aproximadamente de unos veinte kilómetros de diámetro.

Han, Anakin y Chewbacca miraron asombrados cómo la luna se alzaba por el horizonte, elevándose por el cielo oriental cada vez más alto y a punto de pasar por encima de sus cabezas.

—Se mueve muy rápido —comentó Han.

—Cada hora va más rápido —replicó el anciano, arrancando miradas curiosas de los tres.

— ¿Qué luna es ésta? —preguntó Anakin con curiosidad, y se volvió hacia Han y el anciano con expresión temerosa—. Es Dobido, ¿no?

—Dobido es la pequeña —replicó Han.

—Sí, es Dobido —dijo el anciano.

Han y Anakin se miraron fijamente. Las palabras del anciano: "Cada hora va más rápido" resonaban en su mente. Chewie se tapó las orejas y aulló.

— ¿Quiere decir que Dobido está cayendo? —preguntó Han, repitiendo las palabras de Chewie.

—Eso creo yo —respondió el viejo con tranquilidad—. Los lugareños piensan que Tosi-karu ha llegado, pero yo creo que esa explicación es un poco rebuscada.

Los tres miraron a la luna, que ahora cruzaba a toda velocidad por encima de ellos y se dirigía hacia el horizonte occidental.

— ¿Cuánto falta? —preguntó Anakin sin aliento.

Han comenzó a hacer algunos cálculos, pero sin puntos de referencia, abandonó la idea. De todas formas, otro pensamiento más urgente inundó su cabeza.

—Volvamos al *Halcón* —gritó, y echó a correr hacia el puerto estelar con Anakin y Chewie siguiéndole de cerca.

—Quizá lo hayan descargado ya —les gritó el imperturbable hombre, terminando la frase con una risita marcada por una profunda tristeza. Anakin se detuvo y le miró fijamente.

—Me eligieron alcalde —explicó el hombre con un suspiro—. Yo tenía que protegerles.

— ¡Vamos! —gritó Han a Anakin en un tono casi desesperado. Cuando regresaron al *Halcón*, el proceso de descarga ya estaba muy avanzado. Una gran cantidad de seres de diversas especies se arremolinaban alrededor de la nave. La mayoría de ellos descargaban la mercancía, pero unos cuantos oportunistas se dedicaban a ver lo que había en las cajas.

—¡Eh! —gritó Han, precipitándose hacia a la multitud y agitando los brazos frenéticamente.

Pero, a pesar de que agarró a un par de ellos y les dio un empujón, todos le ignoraron.

— ¡Fuera de mi nave! —gritó repetidas veces y corriendo por todas partes. En su

carrera, llegaba siempre tarde y no podía evitar que la gente abriera las cajas de cartón y huyera con el contenido.

Chewbacca optó por un método más directo. Subió por la rampa de descenso y soltó uno de sus estruendosos aullidos patentados. Eso captó la atención de más de uno, e incluso aquellos que no huyeron directamente tuvieron cuidado de no acercarse al wookiee.

El método de Anakin también era diferente, el chico caminaba lentamente entre los saqueadores "sugiriéndoles" casualmente que sería mejor que se fueran. La inflexión de sus palabras y su uso de la Fuerza le ganó muchos amigos aquel día, amigos que estuvieron encantados de seguir su consejo.

Tardaron más de media hora en despejar la zona, y, ayudados por Anakin y su sensibilidad en la Fuerza, otra media en expulsar a los polizones escondidos en la nave.

Entonces, Han no perdió más tiempo y ni se molestó en pedir permiso a los controladores de tierra. Elevó el *Halcón* y despegó. La nave salió disparada en línea recta y corrió como un rayo hacia la órbita. Han programó una ruta para alcanzar la luna.

—Ahí está —dijo a su hijo cuando sobrevolaron el horizonte y se acercaron al satélite—. Diez billones de toneladas de peligro.

— ¿Torpedos? —preguntó Anakin.

Han le miró incrédulo.

—Sería como darle a un bantha con una pluma —replicó él—. Haría falta un destructor estelar para destrozar esa luna, y si lo consiguiera, los pedazos arrasarían Sernpidal.

— ¿Y entonces qué? —preguntó Anakin.

—Parece que nunca tienes un destructor estelar a mano cuando lo necesitas —murmuró Han. Después miró a Chewie, que estaba ocupado comprobando las lecturas y haciendo algunos cálculos.

El wookiee se quedó mirando fijamente la pantalla, se rascó la peluda cabeza un par de veces y, mientras golpeaba el monitor, soltó un aullido.

— ¿Que mire qué? —protestó Han moviendo su asiento para acercarse. Chewie rugió con insistencia.

— ¿Siete horas? —repitió Han alucinado—. Déjame ver —apartó la zarpa del wookiee de un manotazo y, cuando terminó de leer la línea que Chewie le había señalado, dejó de regañarle.

—El día está mejorando —dijo Han mirando a Anakin—. A Sernpidal le quedan siete horas de vida.

Anakin se quedó boquiabierto.

—La única posibilidad es que la luna rebote en la atmósfera antes de atravesarla —explicó Han.

Mientras hablaba, se dio cuenta de lo ridículo de toda la situación y sacudió la cabeza.

—Esta luna lleva en órbita un millón de años —dijo—. ¿Por qué pasa esto?, y ¿por qué ahora? —una mirada sospechosa cruzó su rostro. Una mirada que dejó claro que más adelante tendría que hablar sobre este tema con el siniestro manipulador que le había enviado hasta allí.

— ¿Crees que Lando lo sabía? —preguntó Anakin con tono escéptico.

Han no tenía respuesta para esa cuestión, pero se preguntaba si alguno de los personajes con los que Lando trataba tendría algo que ver con todo aquello. Quizás a alguno de ellos no le parecía bien que Lando le enviara mercancías a su rival. De todas formas ¿quién sería capaz de mover una luna? Todo aquello era completamente absurdo.

Para Han, que se había pasado la mayor parte de los últimos treinta años luchando contra planes y equipamientos absurdos, y también empleándolos, nada era imposible.

El monitor de la consola de Anakin empezó a soltar pitidos. — ¿Qué has localizado? —preguntó Han.

Anakin se inclinó sobre el monitor.

—Un satélite meteorológico.

Han miró a la luna, que rodaba ante ellos.

—Llévanos hasta allí —ordenó a su hijo—. Descarga toda la información —dijo a Chewie—. Vamos a ver si encontramos una pista o un indicio de algo.

Momentos después, Anakin les llevó justo al lado del satélite meteorológico. Era un modelo antiguo Trueno 63, y Chewie, sin perder ni un momento, empezó a conectar los ordenadores del *Halcón Milenario* a los bancos de datos del satélite.

Han relevó de los mandos a Anakin y, en cuanto Chewie terminó, hizo girar suavemente el *Halcón* y se acercó a la luna, rodeándola varias veces para intentar descubrir si había sido alterada de alguna forma. Con unos motores fónicos bien puestos, por ejemplo. Pero la inspección no reveló nada parecido.

—Mantened los ojos abiertos —ordenó a Chewie, mientras el wookiee cambiaba el sitio con Anakin, que ocupó su asiento de costumbre al lado de Han.

Chewie gruñó a modo de asentimiento y trabajó en perfecta sincronía con Han para que el *Halcón* se moviera lo más cerca posible de la luna de manera lenta y precisa.

—Siete horas —murmuró Han—. ¿Cómo vamos a sacar a toda esa gente del planeta en siete horas? —cuando acabó de formular la retórica pregunta emitió una señal de socorro pidiendo a todas las naves que se encontraran en la zona que se dirigieran a toda velocidad a Sernpidal.

Pero muy pocos recibirían la llamada a tiempo, si es que alguien lo hacía.

— ¿Veis algo? —preguntó a Chewie.

El wookiee gruñó y sacudió la cabeza.

— ¡Viene del planeta! —gritó Anakin a sus espaldas. Ambos miraron instintivamente hacia Sernpidal y, al no ver nada, volvieron la mirada hacia Anakin.

El chico se adelantó y les entregó una hoja impresa con una de las descargas de datos que Chewie había realizado.

—Mirad —dijo señalando un diagrama que había generado basándose en los datos, y que mostraba la ruta que había seguido Dobido en las dos últimas semanas.

Los círculos mostraban la suave órbita con forma de elipse que la luna había mantenido hasta sólo un par de días antes. A partir de ese momento, Dobido se había desviado de su trayectoria con respecto al planeta.

—Mirad el descenso —explicó Anakin—. Cada vez que cruza por esta parte del planeta, baja aún más. Algo está tirando de ella.

Han y Chewie estudiaron el diagrama. Era cierto, Dobido se hundía un poco más cada vez que cruzaba sobre Ciudad Sernpidal.

—Quizá la están atrayendo a casa con sus rezos —murmuró Han.

—Algo lo está provocando —replicó Anakin, demasiado concentrado para captar la broma. Señaló la hoja impresa—. Algo en el punto medio de este arco —pasó el dedo por el punto en cuestión, que estaba situado al este de la ciudad y no muy lejos.

Han miró a Chewie, el wookiee se volvió hacia Anakin y le pidió las hojas impresas.

—Tiene que estar ahí —dijo Anakin a Chewie mientras el wookiee miraba los datos.

Chewie miró al chico, luego a Han y aulló para mostrar que estaba de acuerdo.

Ahora tenían una pista que podía conducirles a la solución.

Han trazó la ruta hacia esa zona, el *Halcón* se deslizó por debajo de Dobido y atravesó la atmósfera. Chewie y él estudiaron la zona este de la ciudad. Buscaban alguna pista o una nave, como, por ejemplo, un crucero clase Interdictor, conocido por sus potentes proyectores gravitacionales, que podían simular los tremendos efectos de un cuerpo estelar en el hiperespacio e impedir que las naves que intentaban huir saltaran a la velocidad luz.

Mientras tanto, Anakin estudiaba el movimiento de Dobido, que atravesaba de nuevo la zona de mayor descenso. Era obvio que la luna variaba su trayectoria en ese punto. Anakin actualizó los cálculos de Chewie con los nuevos datos.

Han escuchó su gruñido.

— ¿Qué has descubierto?

—La luna no rebotará en la atmósfera —explicó Anakin—. No, si esa atracción continúa. Y yo creo que van a ser seis horas, no siete, porque el descenso aumenta cada vez que pasa. Y una cosa más... —se detuvo esperando a que se dieran la vuelta—. No tiene mucha importancia, pero creo que va a caer sobre Ciudad Sernpidal.

—Qué coincidencia —dijo Han con frialdad.

Chewie gruñó, mostrando su acuerdo, y fue la primera vez que Han escuchó en el wookiee semejante muestra de sarcasmo.

Un momento después, cuando el *Halcón* volvía de su patrulla, Ciudad Sernpidal apareció a la vista.

—Sólo en esa ciudad viven cincuenta mil seres —dijo Han.

—Y no hay más de cien naves —añadió Anakin.

Hubo un largo silencio y un prolongado momento de miedo.

—Tenemos que encontrar el punto de origen —ordenó Han.

Llevaron el *Halcón* directamente al puerto estelar. Han se preparó para discutir con el controlador y para decirle que no pusiera objeciones, pero no recibió ninguna llamada. Al acercarse, y mientras hacían descender la nave, comprendieron el porqué. Un gran terremoto agitaba la ciudad, el suelo temblaba en ondas por debajo de los edificios y las callejuelas, derribando los muros y

lanzando a la gente por los aires.

—Menos mal que no es una ciudad costera —comentó Anakin.

Al oír aquello, Han elevó de nuevo el *Halcón* y se dirigió al sur, hacia la costa más cercana. En el interior de un valle, al otro lado de la cadena montañosa que se alzaba al sur de Ciudad Sernpidal, había una ciudad con varios miles de habitantes.

Anakin gruñó cuando el *Halcón* sobrevoló los primeros picos. Han no tuvo que preguntar por qué, el chico era extremadamente sensible a las perturbaciones de la Fuerza, y acababa de sentir la muerte de mucha gente en el pueblo de las montañas.

Cuando el *Halcón* sobrevoló las últimas cumbres, pudieron contemplar el desastre, el mar, agitado, estaba arrasando el valle y llevándose por delante casas y árboles. Todo con una fuerza tan repentina y violenta que, antes incluso de que volaran más bajo, supieron que no había supervivientes.

Han aceleró de vuelta hacia el norte y llevó el *Halcón* directamente al puerto estelar. Cuando la nave tomó tierra, una multitud se arremolinó ante las puertas. Era gente que había comprendido de pronto su destino fatal y que estaba desesperada por escapar.

Han miró a Chewie.

—Carga la nave —le ordenó—. Mete a todos los que puedas. —Tenemos que movilizar el resto de las naves —dijo Anakin—. No podemos dejar que despegue ninguna que no esté llena.

Han asintió.

—No serán suficientes —les recordó—. Tenemos que encontrar el origen y eliminarlo.

—Yo puedo encontrarlo —se ofreció Anakin.

Han se detuvo y le miró fijamente.

—Puedo hacerlo —insistió Anakin—. Y después, Chewie y tú podéis acercaros con el *Halcón* y destruirlo.

Han miró unos instantes a su hijo menor. Sabía que él estaba más capacitado que Anakin para las tareas necesarias de evacuación. Hacía falta alguien de la edad y la experiencia de Han, alguien que inspirara respeto y, a falta de eso, que fuera capaz de controlar a la multitud por la fuerza. Anakin podía ayudar en gran medida, sobre todo si empleaba la Fuerza, pero la situación podía adquirir en breve tintes políticos, sobre todo si las autoridades de Sernpidal, que, por cierto, ¿dónde estaban?, aparecían para investigar y traían consigo las intrigas políticas que siempre acompañaban a esas situaciones. Si ocurría eso, la experiencia de Han no tendría precio. Aun así, le aterrorizaba la idea de enviar a Anakin a buscar el origen desconocido de aquella fuerza, un instrumento tan poderoso como para derribar una luna.

Pero tenía que confiar en su hijo.

—Te conseguiremos un deslizador —dijo—. Ve hasta allí, encuentra el punto de origen y envía las coordenadas inmediatamente. No hagas nada, sólo envíalas.

Anakin asintió, se dirigió al armario de las armas y se colocó una pistola láser en el cinturón, junto al sable.

—No intentes hacerlo solo —le ordenó Han—. Encuéntralo, dinos dónde está y lárgate de allí.

Anakin miró a Han fijamente unos instantes y su padre le sostuvo la mirada. Una corriente de confianza recorrió a ambos.

El caos en Ciudad Sernpidal era peor de lo que Han había imaginado. Muchos lugareños habían salido a las calles y lloraban y rezaban de rodillas para que llegara Tosi-karu.

A Han no se le escapaba la ironía oculta tras esas plegarias.

Había mucha más gente bloqueando las puertas del puerto estelar y, de vez en cuando, se escuchaba el disparo de una pistola láser resonando en el aire. Han calculó que si llenaban completamente todas las naves, conseguirían sacar a la mayor parte de los habitantes de la ciudad, pero cuando bajó la rampa y comprobó

la magnitud del caos y el pánico que reinaba en el planeta, dudó que llegaran a conseguirlo.

En una pista no muy lejana despegaba una nave pequeña. Cuando la vieron, recortada sobre el cielo, comprobaron con horror que había gente agarrada al tren de aterrizaje. Uno tras otro fueron cayendo, gritando y precipitándose hacia la muerte.

Otro terremoto sacudió la ciudad y lanzó uno de los muros directamente sobre el *Halcón*, aunque la vieja y resistente nave no pareció acusar los daños.

— ¡Quita eso! —gritó Han a Chewie, el wookiee volvió dentro y, un momento después, los cañones láser delanteros efectuaron tres disparos cortos y redujeron la pared a escombros.

—No conseguirás llegar —dijo Han a Anakin.

—Tengo que intentarlo.

Han observó a su hijo. No quería enviarle al corazón de aquel caos, lleno de terremotos y plagado de disturbios y pánico generalizado, pero tampoco podía negar que era necesario. Si no encontraban el punto de origen, y pronto, morirían decenas de miles, quizá cientos de miles de seres.

Han agarró a Anakin del brazo y, blandiendo la pistola láser para mantener a la multitud a raya, bajó corriendo la rampa con él. Cuando consiguieron encontrar un deslizador, vieron a alguien conocido que estaba sentado en un banco a su lado. Era el alcalde.

— ¡Oigan, eso es mío! —protestó otro hombre al ver que Han ayudaba a Anakin a subir a la cabina.

—Entonces, si quiere, vaya con él —le espetó Han—. O ayúdeme a meter a esa gente en mi nave.

El hombre lo pensó un segundo, pero la respuesta era más que obvia, así que pasó de largo por donde estaba Han y se dirigió al *Halcón*.

¿Qué está haciendo? —preguntó Han al alcalde, que se acercaba con paso incierto y una gran mochila a la espalda.

El hombre se encogió de hombros.

—Supongo que estoy esperando la llegada de la diosa —respondió con una risita—. Sabía que volveríais.

Han le miró con curiosidad.

—El típico héroe —le dijo el anciano con calma—. ¿Puedes detener la caída

de la luna?

—No tengo las armas necesarias —respondió Han.

— ¿Algo la está atrayendo hacia aquí? —preguntó el hombre sorprendido—. ¿Un controlador de gravedad, como un crucero Interdictor o algo así? La mirada de Han se tornó aún más escéptica.

—Yo no he estado aquí siempre —explicó el anciano—. Y conozco las naves modernas —soltó otra risita lastimera—. Quizá por eso me eligieron alcalde los sernpidalianos.

Han se acercó a él.

—Vaya con mi hijo —le dijo.

— ¿Adónde?

—Vaya con él —gruño Han—. Él se lo explicará por el camino.

El anciano se subió a la nave y Anakin le entregó los gráficos. A continuación, el chico aceleró a fondo el deslizador y bajó a toda velocidad por la calle.

Un aullido de Chewie le indicó a Han que había problemas en el *Halcón*. Han se prometió a sí mismo darle las gracias de corazón a Lando cuando volviera, y corrió hacia su nave.

CAPITULO 16

Digno adversario

Cuando el *Sable de Jade* se aproximó al planeta conocido Belkadan, que ahora era amarillo y verde, Mara y Luke fueron incapaces de decir nada. No podían hacerlo. Ambos conocían la apariencia del planeta porque habían revisado los archivos durante el viaje y, teniendo en cuenta lo que estaban viendo, era evidente que algo iba tremendamente mal.

Cuando intentaron contactar con la estación científica ExGal-4 sólo recibieron ruido de fondo, pero el problema no era la ausencia de respuestas. De hecho, si hubieran recibido alguna señal les habría sorprendido mucho. Sólo con ver el planeta sabían lo que había pasado.

Desde su punto de vista, Belkadan estaba muerto.

—Eso dice ExGal a la opinión pública —dijo Mara escéptica. Luke se dio la vuelta para mirarla.

— ¿Crees que es un experimento que se les ha ido de las manos?

— ¿Qué otra cosa puede haber provocado esto? —preguntó Mara—. Ya has leído los informes de Belkadan. Estaba cubierto de árboles enormes y tenía mares de pequeño tamaño, el aire era limpio y el cielo azul. Lo peor que tenía este planeta eran las fieras que lo habitaban.

—Los informes de la estación indican que los animales vivían fuera de los muros de protección —dijo Luke.

—Entonces —razonó Mara—, si los animales entraron en la estación y la destruyeron, no sería tan sorprendente. ¿Conoces algún animal que pueda provocar esto? —señaló con la mano el paisaje herido, el curvilíneo horizonte de Belkadan y las nubes arremolinadas y aparentemente tóxicas.

—Los informes del cuartel general en Coruscant y de esta estación en particular no ofrecen indicios de que se llevara a cabo otra cosa que no fueran observaciones —dijo Luke, pero su tono denotaba lo poco convencido que estaba. ¿Cómo podía estarlo, ante la devastadora evidencia que se presentaba ante sus ojos? Algo había salido mal, tremendamente mal, y Luke sabía que esas catástrofes solían ser provocadas por seres racionales.

Mara bajó la mirada hacia el pequeño monitor de su panel y observó la información sobre la composición de las nubes.

—Principalmente dióxido de carbono y metano en grandes concentraciones —explicó. Ni Luke ni ella se sorprendieron—. Aunque haya quedado una capa de aire respirable por debajo, estará demasiado caliente para que haya vida.

Luke asintió.

—Tenemos que bajar a inspeccionar.

Mara estaba de acuerdo, pero a Luke no le pasó desapercibida la preocupación en su rostro. Ni el color. Luke había notado que Mara había ido palideciendo a medida que se acercaban a Belkadan, y podía sentir algo de su debilidad interior, el vuelo desde Dubrillion había sido sencillo, pero a Luke le daba miedo que todo aquello, el viaje hasta el Borde Exterior, la visita a la increíble ciudad de Lando y ahora el viaje a Belkadan fuera demasiado para su mujer.

—Podemos informar y hacer unas cuantas lecturas más —le ofreció Luke en su lugar—. ExGal reunirá las naves adecuadas para venir a inspeccionar lo ocurrido.

—Nosotros ya estamos aquí —le recordó Mara.

Luke negó con la cabeza.

—No tenemos el equipo necesario —le explicó—. Podemos realizar el escáner preliminar y enviar esa información, pero el *Sable de Jade* no está preparado para meterse en ese caos.

La sorpresa en la expresión de Mara se tornó enfado cuando llegó a la evidente conclusión de que Luke estaba intentando protegerla.

—El *Sable de Jade* puede atravesar una tormenta de fuego —replicó ella—. Puede derribar un caza y dejar en ridículo a los destructores estelares. Es mejor nave que cualquiera que pueda enviar ExGal.

—Ninguno de los dos estamos entrenados para... —comenzó a decir Luke.

—Puede haber gente allí abajo —le interrumpió Mara bruscamente—. Quizás incluso estén recibiendo nuestra llamada, pero no puedan responder. ¿Crees de verdad que debemos irnos? ¿Debemos regresar a la seguridad del planeta de Lando?

—Nada que tenga que ver con Lando es seguro —respondió Luke con una sonrisa descorazonada. Fue un débil intento de calmar los ánimos.

—Él tiene médicos, ¿no? —dijo Mara con sarcasmo—. Porque necesitamos médicos, ¿verdad?

— ¿Médicos? —repitió Luke, pero la palabra se desvaneció en sus labios. Sabía

que Mara había adivinado que intentaba protegerla, y sabía que eso, más que nada en toda la galaxia, provocaba la ira de la independiente mujer. Cuando de vez en cuando discutían, Luke podía gritarle e incluso meterse con ella, porque su mujer le replicaba sin problemas. Pero lo que Mara Jade Skywalker jamás, nunca jamás aceptaría era la compasión. Sí, estaba enferma, pero no permitiría que la trataran como si estuviera incapacitada. Ahora estaba claro lo que tenían que hacer, el deber les obligaba a bajar al planeta y localizar la estación científica para rescatar a los posibles supervivientes, o quizá recuperar los cadáveres, y obtener alguna información que les indicara lo que había ocurrido en Belkadan.

Luke se abrochó bien el cinturón.

—Va a ser un viajecito terrible —dijo.

El Jedi sabía que si la hubiera convencido para volver con Lando lo habría pasado mucho peor en el trayecto de vuelta.

En cuanto el *Sable de Jade* penetró en la atmósfera de Belkadan, Luke comprendió que sus últimas palabras se habían quedado cortas. Ráfagas de aire golpeaban violentamente la nave y algún desequilibrio electromagnético provocaba que los sensores y otros instrumentos emitieran mensajes de error y que las alarmas sonaran sin cesar. Los sistemas fallaban y volvían a funcionar. De repente, descendieron cayendo hacia la derecha, y tanto Luke como Mara pensaron que los cinturones de seguridad les iban a cortar por la mitad. Detrás de ellos, asegurado en un sitio parecido al que ocupaba en el Ala-X de Luke, se oía incesante el chirriante parloteo de R2-D2.

Tras unos segundos que parecieron horas entraron en un remolino de nubes y golpearon una bolsa de aire que arrojó la nave a una distancia de unos mil metros en línea recta, hasta que consiguieron estabilizar su trayectoria.

Entonces contemplaron la devastación y los vapores tóxicos elevándose hacia el cielo desde el bosque marrón rojizo. Mara le planteó a Luke una serie de preguntas sobre la calidad del aire, la velocidad del viento y la altitud, pero el copiloto se limitó a negar con la cabeza. No tenía respuestas porque ninguno de sus instrumentos le ofrecía lecturas consistentes. Miró al androide y le pidió que le diera algún dato fiable. La respuesta de éste en la pantalla fue una sarta de letras y números incoherentes.

— ¿Estás bien? —preguntó Luke al androide.

R2-D2 silbó como un pirata borracho.

— ¿Has visto eso? —le interrumpió Mara, señalando las pantallas de datos.

Luke se acercó y leyó cuidadosamente.

—Sulfuro —dijo, y miró hacia fuera—. ¿Un volcán?

—Si vamos a salir, necesitaremos máscaras de oxígeno —señaló Mara.

Ahora volaban manualmente para poder ver y mantener los estómagos tranquilos. Mara apagó todos los monitores superiores para que la pantalla mostrara la visión normal y descendió. La nave sobrevoló las copas de los árboles.

— ¿Tienes idea de dónde está la estación? —preguntó ella. Luke cerró los ojos y se dejó llevar por las emanaciones de la Fuerza.

—Tenemos las coordenadas, pero no nos servirán de mucho sin los instrumentos.

— ¿Percibes algo?

—Belkadan no ha muerto —replicó Luke—. Es sólo... distinto.

Cuando Mara miró por la ventana y vio los árboles vivos que emanaban gases, eso le pareció evidente. Por un momento pensó en dejarse llevar por la Fuerza, pero, al ver la cara de perplejidad de su marido, prefirió concentrarse en pilotar la nave.

Viró el *Sable de Jade* hacia el norte y, acelerando un poco, ascendió por encima del nivel de las nubes.

—No vamos a ver nada desde aquí —dijo Luke—. Ni siquiera una señal de socorro.

Un instante después, cuando comprendió las razones de Mara, Luke dejó de quejarse, el espeso aire comenzó a desvanecerse mientras se acercaban al polo norte de Belkadan, una concentración de hielo mucho menor que la indicada en la documentación sobre el planeta. Parecía que el aumento de calor estaba comenzando a marcar diferencias.

—Qué mujer más lista —dijo Luke con una sonrisa.

Redujeron la velocidad cuando la cubierta de nubes se hizo más delgada. Los instrumentos volvieron a funcionar un poco, lo suficiente como para fijar las coordenadas polares exactas. Basándose en ellas, se dirigieron a las coordenadas de la estación ExGal. Guiándose por las peculiaridades del terreno, llegaron incluso a descargar una imagen de las montañas a las que se dirigían. Y allí fueron, ascendiendo de nuevo y en línea recta hacia el objetivo. R2-D2 siguió haciendo los cálculos, midiendo la velocidad y, por tanto, la distancia, y el androide consiguió calcular las coordenadas en unos minutos. Entonces supieron que estaban cerca de la estación ExGal.

Mientras Luke miraba y percibía de forma alternativa, Mara ejecutó un par de

vueltas largas, intentando localizar la estación entre la selva. Fue durante una de esas transiciones de la Fuerza cuando el Jedi encontró la respuesta.

—A la izquierda —dijo a Mara—. Unos treinta grados.

Ella no hizo preguntas y se limitó a girar la nave.

—Continúa en línea recta —le dijo Luke, sintiendo cómo aumentaba la sensación. Cada vez era más cálida—. Tras esa colina —anunció, abriendo los ojos.

Y, ciertamente, cuando el *Sable de Jade* remontó la elevación, vieron una torre delgada y un recinto amurallado tras ella.

—ExGal-4 —anunció Mara.

—oOOOo—

Mientras esperaba pacientemente a que le asignaran un puesto en el que pudiera ser más útil, Yomin Carr escuchó el rugido de los potentes motores del *Sable de Jade* cuando la nave pasó por primera vez sobre su cabeza. Se acercó a una ventana y pudo verla pasar por segunda vez.

Aunque él, al igual que su pueblo, no era partidario de la tecnología, tuvo que admitir que aquella nave, con su esbelto diseño en forma de pez, su alerón trasero en forma de flecha y los laterales que protegían los motores fónicos, era de las más bonitas que había visto nunca. Rasgaba las cortinas de vapor sin inmutarse y con movimientos suaves y seguros.

Sonriendo satisfecho, el guerrero, que estaba un poco aburrido, se colocó la armadura de cangrejos vonduun y la bandolera de insectos aturdidores, hizo una comprobación rápida del bolsillo donde llevaba la gelatina viviente llamada blorash y cogió su anfibastón. Este último era otra criatura viviente. Una mortífera serpiente capaz de endurecer su cuerpo, o una parte de él, hasta adquirir la consistencia de una roca; también podía estrechar cuello y cola para que cortaran como una cuchilla, o aflojarse y convertirse en un látigo para su amo yuuzhan vong. En manos de un auténtico guerrero como Yomin Carr, el anfibastón podía ser un proyectil letal o una jabalina, pero también escupir veneno a una distancia de veinte metros con increíble precisión, cegando al oponente de inmediato y matándolo lentamente y a lo largo de muchas horas de agonía, durante las cuales el veneno se filtraba por poros y heridas.

De nuevo en la ventana, Yomin Carr vio a la esbelta nave aterrizar fuera de los muros del recinto.

El guerrero yuuzhan vong esbozó una sonrisa sincera. Ahora sí que iba a disfrutar.

—oOOo—

Mara y Luke abandonaron con cautela la seguridad del *Sable de Jade*. A R2-D2 le asustaba tanto aquel terrorífico lugar que no prestaba atención y tropezaba continuamente con Luke. Ni siquiera con las máscaras de oxígeno podían permanecer mucho tiempo en la superficie. Hacía demasiado calor y a cada paso perdían algo más de hidratación.

Mara se acercó a la puerta del recinto, pero Luke notó algo cerca de la torre y tiró de ella hacia allí. Al aproximarse comprobaron que todo el suelo de la zona estaba cubierto por unos extraños escarabajos de color marrón rojizo.

—Están todos muertos —señaló Luke, caminando cautelosamente sobre los crujientes insectos. R2-D2 dejó escapar unos silbidos de protesta y se negó en redondo a seguirles... hasta que algo escondido en la profundidad de la selva soltó un rugido y el pequeño androide salió disparado sobre la alfombra de insectos, aplastándolos bajo sus ruedas y haciendo saltar los pequeños caparazones.

—No parece culpa del aire —dijo Mara mirando hacia la selva—. Algunas criaturas han sobrevivido.

—Bueno, si algunas de las criaturas han sobrevivido, entonces debería haber pasado lo mismo con la gente que ha permanecido en el interior de la estación... al menos con algunos.

—A no ser que lo que estamos oyendo sean nuevas criaturas que se han adaptado a la atmósfera —dijo Mara, pero, tras comprobar uno de sus indicadores, negó con la cabeza. Luke y ella podían respirar sin las máscaras, pero el aire era de una calidad pésima.

Los tres se acercaron al muro y localizaron la puerta que daba a aquel lado del recinto. Era de metal y estaba manchada.

—Sangre —dijo Mara.

Luke destapó la caja que albergaba el cierre de seguridad.

—Introduce los códigos —dijo a R2-D2, el androide fue hacia el panel, pero Mara sacó su pistola láser, disparó al aparato y lo hizo saltar por los aires, el chasquido de los pestillos de seguridad al abrirse hizo resonar la puerta metálica.

—Qué directa —dijo Luke con sarcasmo.

—No hago daño a nadie —dijo Mara.

Luke se encogió de hombros y le dio la razón. Luego le asestó una patada a la puerta y entró en primer lugar, el recinto estaba desierto, un panorama que

resultaba mucho más desolador debido al contraste provocado por la luz que se filtraba entre las nubes.

—La pista de aterrizaje está vacía —afirmó señalando al espacio que había quedado desocupado por la salida de la nave repetidora.

—Quizá se utiliza sólo para naves de suministro —razonó Mara. R2-D2 soltó una serie de pitidos y silbidos.

—También es cierto —admitió Luke—. Debían tener algún medio para subir a los telescopios satélites o salir del planeta en caso necesario.

—Más necesario que esto imposible —dijo Mara con frialdad.

—Tanto si se han ido como si no, ahí dentro hay bancos de datos —comentó Luke dirigiéndose hacia el edificio principal—. Nos darán algunas respuestas.

R2-D2 se deslizó tras él. Mara les siguió de cerca, pero, al dar unos pasos, se detuvo y se agachó. Había encontrado otro de los extraños escarabajos. Éste, al contrario que los demás, seguía vivo, aunque estaba un tanto aturdido. Mara lo cogió con cuidado y se lo acercó a los ojos. Un líquido de color claro le salía de la diminuta mandíbula.

— ¿Qué es eso? —preguntó Luke dándose la vuelta hacia su mujer, que tenía el escarabajo en la mano y una mirada intensa en los ojos.

Mara movió la cabeza de un lado a otro con la vista clavada en la criaturita, en sus patitas inquietas y en su mandíbula chasqueante.

— ¿Piensas que estos insectos están relacionados de alguna manera con el desastre? —le preguntó Luke. Para su disgusto, Mara, en lugar de responder, pasó los dedos por las mandíbulas del animal para coger un poco de líquido y lo contempló de cerca.

—Esto es... —dijo ella lentamente.

—Probablemente venenoso —dedujo Luke.

Mara volvió a negar con la cabeza lentamente.

—Es distinto —intentó explicar. Hubo un breve titubeo en su voz—. No sé...

Luke vio que los ojos de su mujer se volvían vidriosos, como si el escarabajo, o incluso el planeta, la estuvieran dejando vacía por dentro. Quería preguntarle si estaba bien, pero se contuvo y se recordó a sí mismo que su capacitada esposa no necesitaba su preocupación.

En el interior de la estación reinaban el silencio y la penumbra, no hacía calor y el aire era más respirable. También había muchas luces encendidas, sobre todo las

de los paneles, y en el aire resonaba el zumbido tranquilo y habitualmente imperceptible de los ordenadores y las lámparas.

—Parece una tumba —dijo Mara.

La voz de la mujer, que rompió el leve y constante zumbido, les hizo dar un respingo.

—Tenemos que encontrar los ordenadores principales para que Erredós se conecte a ellos —sugirió Luke.

—Todo parece funcionar perfectamente —dijo Mara mientras caminaban y recorrían los oscuros pasillos a toda velocidad.

Ninguno quería quedarse en aquel sitio más de lo estrictamente necesario. Doblaron varias esquinas y abrieron todas las puertas al pasar. Tanto Luke como Mara llevaban los sables láser en la mano, pero cuando se vieron con el arma preparada para rechazar un ataque, sus expresiones se tornaron burlonas. Lógicamente, no podía haber ningún peligro.

Pero había algo en la atmósfera del lugar, las luces indicadoras brillando en las oscuras habitaciones...

—Aquí está —dijo Luke empujando una puerta tras la que se reveló una gran sala circular.

—Buen sitio —dijo Mará cuando entró y vio la disposición de los siete puestos de control.

—Y sigue funcionando —añadió Luke—. ¿Dónde está todo el mundo? R2-D2 bajó por la rampa al piso principal y entró en la sala. Se dirigió al puesto más cercano y se conectó a él tras extraer su interfaz.

—Descarga todo lo que tengan —le ordenó Luke. el androide emitió un silbido de confirmación.

Luke volvió a colocarse el sable láser en el cinturón y se acercó al puesto de control donde se había conectado R2-D2. Mara hizo lo mismo y se aproximó al puesto central. Ambos se pusieron manos a la obra e intentaron determinar el estado del equipo. Pronto comprobaron que funcionaba bien, pero, al parecer, no se recibían señales de los satélites en órbita ni de ninguna otra parte.

—Es por la capa de nubes —dijo Luke—. No deja pasar nada.

—Tal vez no pudieron enviar las llamadas de auxilio —añadió Mara. Luke asintió.

—Tardaremos unos minutos —dijo mirando hacia el androide—. Vamos a ver si

encontramos a alguien.

Ya no estaban tan nerviosos, así que no les pareció peligroso dejar a R2-D2 solo en la gran estancia y decidieron dividirse para poder cubrir más terreno. R2-D2, sin embargo, seguía un tanto intranquilo. Mientras continuaba con su tarea y utilizaba todos sus trucos para descargar la información más rápidamente, comenzó a silbar una cancioncilla, pero el soniquete albergaba cierta angustia.

Quizá silbando se sentiría mejor.

—oOOOo—

Mara entró sin reparos en los dormitorios privados, ya que no había nadie y al ver las manchas en la puerta. Miró en los armarios, en las cajas fuertes e incluso en los bolsillos de los abrigos y en los cajones privados. En una habitación encontró unas notas garabateadas en un diario antiguo de plastifino. Estaban fechadas una semana antes y describían el aumento de la fetidez en el aire y la incapacidad de la estación para enviar comunicaciones fuera del planeta o para localizar la señal de los satélites.

El narrador detallaba la investigación e incluso contaba que alguien llamado Yomin Carr insistía en que todo aquello era un desastre meteorológico pasajero. La página terminaba de forma siniestra: "Puede que sea natural, pero yo creo que tiene que ver con..."

— ¿Con qué? —preguntó Mara frustrada y en voz alta.

Rebuscó en el plastifino, pero no encontró más escritos. Luego abrió el cajón del escritorio y vio más plastifino sin utilizar, unos clips metálicos, utensilios de escritura, un par de tarjetas de datos y unos frasquitos.

Sólo cogió las tarjetas de datos, pensando que le ayudarían a encontrar más información, pero uno de los frascos llamó su atención y le dio la vuelta para ver su contenido.

Era un escarabajo.

Mara se sacó del bolsillo el escarabajo que había cogido anteriormente y lo comparó con éste. Resultaba obvio que eran de la misma especie, y eso le hizo preguntarse con más énfasis si aquellas criaturas estaban conectadas con el desastre. ¿Había sospechado lo mismo el científico que ocupaba esa habitación? ¿Sospecharía que el desastre y los escarabajos estaban relacionados?

Cogió el diario y el frasquito, regresó al pasillo y dio la vuelta dirigiéndose hacia la zona donde se encontraba Luke.

Pero un grito de R2-D2 desde la sala de control le hizo darse la vuelta

rápidamente.

—oOOOo—

El androide no estaba tratando de interpretar la información mientras la absorbía, sólo intentaba que la transferencia fuera lo más rápida posible. Ya había realizado la mayor parte y había completado un setenta por ciento de la descarga, cuando giró la cabeza y vio a alguien envuelto en sombras y encapuchado que surgía desde detrás de la barandilla, en un extremo de la sala. R2-D2 tuvo la certeza de que no era Luke ni Mara, y deseó que fuera uno de los científicos desaparecidos.

Pero el visitante salió de las sombras y saltó sobre uno de los puestos de control de la fila frontal. Llevaba una brillante armadura oscura que no se parecía a nada que R2-D2 hubiera visto antes y un bastón con cabeza de serpiente. En ese momento, el androide descubrió que no había tenido suerte.

El guerrero comenzó a gritar a R2-D2 una sarta de maldiciones e insultos: "¡Infiel! ¡Perversión! ¡Sacrilegio!". Y pisó el panel del puesto de control con tanta fuerza que éste comenzó a echar chispas.

R2-D2 intentó huir desesperadamente, pero no desconectó el interfaz y, cuando intentó liberarse, perdió el equilibrio. el androide silbó y chirrió pidiendo ayuda.

El asaltante encapuchado sacó algo de la bolsa que llevaba en el pecho y lo tiró, o, mejor dicho, lo soltó.

R2-D2 dio marcha atrás en sentido opuesto y, al alejarse, la conexión del interfaz se deshizo, el brusco giro hizo caer al androide, y justo a tiempo, porque la cosa voladora le pasó rozando y chocó contra el puesto de control, penetrando en él. R2-D2 gritó, giró la cabeza, miró hacia arriba y vio al guerrero de pie frente a él y a punto de asestarle un golpe mortal con el bastón.

— ¡Iiiooouuu! —silbó el androide, y se echó a un lado.

La puerta trasera se abrió de repente y Mara irrumpió en la sala.

— ¡Deténte! —gritó la mujer—. ¡No somos tus enemigos! —sus palabras se desvanecieron cuando el desconocido saltó del puesto de control, se acercó y se mostró ante ella en toda su gloria guerrera. Vestía una oscura y brillante armadura y miraba fijamente a la mujer con su rostro desfigurado.

Lo que más puso nerviosa a Mara era la íntima sensación de que ese guerrero, ese monstruo, parecía conocerla.

Los dos se miraron un buen rato sin pestañear, midiendo sus fuerzas ante la inminente batalla. Más allá, R2-D2 intentaba manipular su cuerpo metálico,

ayudándose con la consola y el brazo extendido para ponerse de pie, el androide comenzó a alejarse, pero el ruido alertó al guerrero encapuchado, que le lanzó otro proyectil. ¿Era algún tipo de insecto? el misil se enganchó al puesto de control que R2-D2 acababa de dejar atrás y las chispas saltaron sobre él, el pequeño androide emitió otro frenético "¡iiiiioouuu!".

Mara cogió su sable, pero, recordando qué estaba débil, prefirió utilizar la pistola láser. La mujer se dio la vuelta, se encontró cara a cara con el guerrero y le apuntó a la cara.

—Eso es una abominación —gruñó él.

—Es un androide —corrigió ella.

—Lo que yo he dicho —respondió el guerrero con una sonrisa perversa—. Una abominación. Un símbolo de la debilidad que impregna a tu pueblo.

— ¿Mi pueblo? —preguntó Mara—. ¿Quién eres tú?

—Soy Yomin Carr, el emisario de vuestra perdición —dijo con una risa siniestra—. Soy el comienzo del fin de tu pueblo.

El rostro de Mara se torció con un gesto de incredulidad.

— ¡No te burles de mí! —rugió Yomin Carr. A continuación extrajo otro insecto de la bolsa y lo soltó hacia Mara.

Ella disparó al insecto, que esquivó el tiro, por lo que se agachó un par de veces para evitarlo. Al tercer intento, la mujer dio en el blanco y lo voló en pedazos.

Yomin Carr seguía riéndose.

Mara le apuntó con la pistola láser.

—Tú te vienes conmigo —dijo ella.

Él siguió riendo y ella le disparó, pero la magnífica armadura rechazó el impacto.

Mara, que no podía creerlo, tuvo que moverse de nuevo y rápidamente, porque Yomin Carr comenzó a soltar un insecto detrás de otro. Ella tomó la sabia decisión de soltar la pistola láser y desenfundar el sable. Entonces, mientras el arma luminosa interceptaba a los insectos voladores que se acercaban a ella en rápida sucesión, comenzó una danza frenética de giros y bloqueos.

La risa de Yomin Carr se tornó en gruñido cuando se dio cuenta de que se le estaban acabando los insectos. Una docena de ellos sobrevolaban y atacaban a Mara.

La brillante hoja zumbaba con furia y parecía un borrón de luz cuando Mara la

lanzaba hacia arriba, a un lado o hacia abajo. La mujer no pudo acertar a un misil que llegaba a ras del suelo y saltó a ciegas por encima de él... pero se encontró con otra criatura voladora a menos de un centímetro de su cara. Mara se dio la vuelta y, asestando un mandoble, eliminó a dos insectos de la pelea. Después se agachó y colocó el luminoso sable láser por encima de su cabeza para derribar a otro insecto. A continuación se hizo a un lado y obligó a otro a alterar su vuelo, el insecto intentó girar, pero llevaba demasiado impulso y se aplastó contra la pared trasera.

Mara se dio la vuelta para enfrentarse a Yomin Carr y dio una voltereta hacia delante para evitar posibles ataques. Cuando se puso en pie, ya tenía el sable láser preparado, pero el siguiente misil explotó inofensivo un par de metros antes de llegar a ella.

El guerrero armado saltó hacia delante y aterrizó sobre la barandilla, frente a la mujer. Ella avanzó para responder al ataque y rechazó los movimientos del bastón con el sable láser.

La masa viscosa que cubría el suelo frente a ella creció de repente y la cogió por los pies. Rápida como un felino, y anticipándose al movimiento, Mara dio dos volteretas hacia atrás.

Pero la masa se extendió, persiguiéndola, y la agarró por los pies, apresando sus tobillos rápidamente para que no escapara. Yomin Carr aulló en aparente victoria.

Mara asestó un golpe a la masa viscosa con el sable láser y ésta se partió en dos, pero continuó moviéndose y no le soltó los tobillos. —No podrás vencerla —sentenció Yomin Carr.

A medida que se movía y pasaba el tiempo, la gelatina seguía trepando por sus piernas, atrapándola cada vez más.

—oOOOo—

R2-D2 salió de la estancia consciente de lo que le pasaba a Mara y sabiendo perfectamente que no podía hacer nada para ayudarla de forma directa.

Pero Luke sí podía, pensó el androide, así que rodó por el corredor silbando y chirriando. Una holocámara de seguridad situada en la parte superior de una de las paredes le dio una idea. R2-D2 se acercó a la pared, abrió el panel de seguridad y buscó entre los códigos, conectándose después, una por una, a todas las cámaras de la estación, hasta que localizó a Luke mirando algo en la pantalla del ordenador de un dormitorio privado.

El androide accedió a un diagrama completo de la estación y localizó el dormitorio. Después se dirigió hacia allí sin dejar de silbar y chirriar.

—oOOOo—

Mara estaba atrapada por la sustancia viscosa, pero no por la desesperación. Mantuvo la serenidad y blandió el sable a diestro y siniestro, cortando, rajando y a punto de rasgarse sus propios pantalones mientras intentaba librarse de la cosa. Y así siguió, efectuando movimientos aparentemente sin sentido, pero realmente precisos. Tanto, que pronto redujo la masa viscosa a pedacitos y siguió manteniendo la mente lo suficientemente clara como para interceptar a un insecto más que revoloteaba hacia ella.

El guerrero se acercó blandiendo el bastón, pero Mara se agachó en el último momento, volvió a erguirse y alzó el sable láser con un movimiento giratorio que mantuvo alejada el arma.

Yomin Carr se echó al suelo sobre una rodilla, estiró los brazos y colocó el bastón horizontal ante él para interceptar los golpes.

Mara tenía la certeza de que su potente sable láser atravesaría el bastón y la pelea finalizaría de repente, pero, para su asombro, el arma del guerrero tatuado recibió el impacto del sable láser sin sufrir daños aparentes. Yomin Carr apartó las manos mientras se levantaba rápidamente y rechazaba la hoja de la Jedi.

Mara debería haber retrocedido para recuperar la compostura, pero la gelatina, los numerosos trozos de gelatina más bien, seguían firmemente agarrados a sus pies. La mujer sólo podía doblarse hacia atrás, y no lo suficiente como para bloquear los golpes con el sable láser.

Yomin Carr lanzó hacia ella el extremo con cara de serpiente de su arma, y Mara contempló horrorizada cómo el bastón abría la mandíbula y el veneno chorreaba de los colmillos. Bloqueó el ángulo de ataque con la mano, en el punto anterior a la cabeza, y fue lo suficientemente rápida como para retirarla antes de que la criatura volviera para morderla.

La reluciente hoja del sable láser se elevó de pronto y, describiendo un arco entre ambos contrincantes, obligó a Yomin Carr a retroceder. En ese momento de pausa, Mara volvió a asestar una estocada junto a sus pies y partió en dos el último trozo de gelatina lo suficientemente grande como para atraparla. Luego se echó hacia atrás, aunque no demasiado. Era como si tuviera un montón de chicle pegado a la suela de los zapatos.

—Eres digna —le felicitó Yomin Carr.

El guerrero comenzó a asentir y aprovechó el ardid para darse la vuelta con velocidad. Su bastón aumentó de longitud de repente, perdió su rigidez y adquirió la consistencia de un látigo.

Mara intentó saltar hacia atrás, pero la gelatina seguía agarrándola y le impidió

el movimiento. Se echó a un lado y empleó el sable para detener el golpe.

El látigo se enrolló en el sable láser, el golpe fue tan certero que la cabeza de la serpiente quedó a la altura del brazo de la mujer. Los colmillos de la criatura se hundieron en su carne.

Yomin Carr aulló para celebrar la victoria, pero cuando Mara recibió la ardiente mordedura, se centró en esa parte de su cuerpo, obligó a la sangre a no circular por esa zona y expulsó el veneno antes de que hiciera efecto. Entonces tuvo que admitir que su oponente utilizaba armas cuyo efecto ella no podía prever, así que prosiguió de inmediato con la ofensiva, saltando hacia delante y lanzando una serie de ataques que obligaron a Yomin Carr a retroceder. De repente, el guerrero intentó devolver su arma al estado de rigidez para tener algo con lo que bloquear los ataques de la mujer.

Pero su retirada fue corta. Yomin Carr se llevó una mano hacia atrás y agitó el látigo con cabeza de serpiente hacia ella.

Mara echó la rodilla izquierda hacia atrás, se alejó del guerrero, soltó una estocada con el sable láser y luego volvió a atacar por encima de su sangrante hombro izquierdo, un ángulo perfecto para interceptar la acelerada cabeza del reptil. A continuación introdujo la punta del sable láser entre las fauces abiertas de la criatura. Entonces alzó el brazo, cortó y se llevó por delante la cabeza de la serpiente. Después fue a por el guerrero. Éste detuvo el golpe con el dorso de la mano y la golpeó en el hombro con el otro extremo del arma. La mujer recibió el golpe, echó a rodar y giró a ras de suelo para poder apuntarle a las rodillas.

Yomin Carr saltó sobre la hoja y volvió a saltar cuando Mara le asestó un revés. Después blandió su arma, que ahora volvía a ser un bastón rígido, en dirección a la aparentemente desprotegida cabeza de Mara. Ella se volvió y se cubrió con los brazos, elevando al mismo tiempo el sable láser a una posición horizontal para interceptar el bastón y mantenerlo a raya.

Yomin Carr no aminoró el ataque y empujó con todas sus fuerzas... Mara estaba aterrorizada. A pesar de todo su poder interno y de su determinación, no podía aguantar más. Entonces buscó la Fuerza en su interior para intentar vencer al hombre con otra táctica, pero se quedó de piedra al ver que no había... nada.

Era la única forma de describirlo. Nada. Era como si la Fuerza no formara parte de aquel guerrero y él se negara a reconocer su existencia de forma tan rotunda como si no existiera.

Mara sólo podía apoyarse en sus habilidades de combate. Su velocidad y su precisión eran lo único que se oponía a la fuerza bruta de su adversario. Mara dio un giro repentino y desesperado, puso la mano izquierda sobre la derecha, agarró

el bastón que bajaba hacia ella, lo echó a un lado y luego saltó con la intención de lanzar un ataque desde arriba.

Pero la gelatina que aún tenía en una rodilla le impidió moverse y casi la tira al suelo. Aunque acabó siendo mejor para Mara, ya que Yomin Carr reaccionó más rápidamente de lo que ella había imaginado y, tras endurecer su arma, la blandió de un lado a otro. Un golpe así la hubiera rebanado la cabeza si hubiera llegado a saltar.

Mara improvisó rápidamente y, apoyada sobre una rodilla, golpeó al guerrero, que estaba tan sorprendido como ella por el hecho de que la mujer no se hubiera despegado del suelo. Después, mientras él aullaba de dolor, ella blandió el sable láser sobre sus rodillas y le hizo caer de espaldas bruscamente, el guerrero comenzó a rodar hacia ella y orientó el bastón hacia su cabeza, pero Mara alzó el sable láser y apuntó al pecho del hombre, el propio impulso de su adversario hizo que el arma se hundiera en la carne de Yomin Carr, el sable había encontrado un punto débil en la armadura que la pistola láser no había podido hallar, y había perforado la coraza y el pecho de Yomin Carr, taladrándole el corazón.

Él se quedó rígido, mirando a Mara fijamente.

—Eres digna... —le dijo una vez más. Después la siguió mirando, y de nuevo fue como si la conociera—, ..Jedi —susurró.

Aquella mirada de familiaridad desapareció. La luz de los ojos de Yomin Carr se desvaneció por completo y el guerrero se quedó inmóvil.

La puerta se abrió de repente y Luke apareció con R2-D2 siguiéndole de cerca.

Entonces todo se le vino encima a Mara: el esfuerzo, las heridas y algo sobre la naturaleza de aquel envenenado planeta que le revolvía por dentro. Era como si la enfermedad que padecía se alimentara de la perversión que reinaba en Belkadan.

—Sácame de aquí —susurró a Luke, intentando levantarse.

Mara necesitó ayuda, sobre todo para quitarse los restos de la obstinada gelatina.

—Termina la descarga —ordenó Luke a R2-D2 mientras ayudaba a Mara a sentarse en una silla—. ¿Sabes quién era? —le preguntó mientras se acercaba al cadáver del guerrero e inspeccionaba los tatuajes, las cicatrices, la armadura y el extraño bastón.

—Se llamaba Yomin Carr —dijo Mara moviendo la cabeza—. Creo que me conocía —dijo ella. Luke la miró interrogante, pero la mujer no supo decir más.

Luke siguió inspeccionando.

—Erredós, busca imágenes de todos los científicos —le ordenó—. Veamos si era uno de ellos.

El androide silbó y obedeció, pero ninguno de los habitantes de Belkadan registrados se parecía en nada al bárbaro guerrero.

Luke contempló el cadáver de nuevo y negó con la cabeza.

—Debe de haber otra especie habitando el planeta —argumentó—, o quizá sean invasores.

Un momento después, el androide terminó y los tres abandonaron la sala de control. Luke cargaba en su espalda al pesado guerrero, y Mara, con paso incierto, llevaba el bastón y lo utilizaba para apoyarse. Llegaron hasta el *Sable de Jade* sin incidentes. Una vez allí, Luke ayudó a la exhausta mujer a sentarse en su sitio.

— ¿Os importa quedaros solos unos minutos? —preguntó él. Mara le miró sorprendida, pero asintió con la cabeza.

—Tenemos que investigar —explicó Luke.

—Tenía armas que no conocemos —le contó Mara—. proyectiles vivientes, gelatinas obstinadas y ese bastón —dijo señalando a la criatura con forma de serpiente—. Podría haber más enemigos.

Luke asintió y se alejó.

—Luke —terminó ella—, no pude emplear la Fuerza para penetrar en su interior. Debe de tratarse de alguna especie de entrenamiento contra las técnicas Jedi. Si tiene aliados entrenados con esa habilidad e intentas percibirlos, estarán sobre ti antes de que te lo imagines.

Luke se detuvo y meditó la información.

—Haz despegar la nave —decidió—, y vuela bajo y en círculos para montar guardia por encima del recinto. Y no dudes en abrir agujeros en los muros si yo te lo pido.

— ¿Funcionarán los comunicadores? —preguntó Mara.

—Vamos a comprobarlo —dijo Luke, saliendo del *Sable de Jade*. Una vez fuera, habló por su comunicador. Aunque la señal era débil y tenía demasiado ruido de fondo, Mara y R2-D2 podían recibirle.

Mientras R2-D2, con la ayuda de Mara, introducía las coordenadas para el vuelo de vigilancia sobre el recinto, Luke regresó a la estación con cautela.

Volvió unos instantes después, tras haber completado su búsqueda, y con un saco enorme que parecía contener dos bolas taikawaka. Mara le miró curiosa.

—Lo encontré en el dormitorio B7 —explicó Luke mirando a R2-D2, que hizo una rápida comprobación en los datos descargados y mostró el nombre "Yomin Carr" en la pantalla.

Luke abrió la bolsa y sacó una prenda de cuero marrón que parecía una pelota arrugada.

— ¿Es un casco? —preguntó Mara.

Luke se encogió de hombros.

—Encontré estas dos cosas en una estantería del armario —explicó. Luego miró fijamente a su esposa—. Creo que están vivas.

Mara, que había comprobado la existencia de un bastón viviente y de una gelatina aparentemente viva, no se sorprendió mucho.

—Pon todo esto en lugar seguro —respondió—. Es probable que sean bombas.

Luke comenzó a reír, pero se dio cuenta enseguida de que ella no estaba de broma, así que metió la bolsa y su contenido en un armario blindado en la parte trasera del puente del *Sable de Jade* y lo cerró con llave.

La salida de Belkadan no fue más fácil ni menos violenta que la entrada. Luke se dio cuenta enseguida de que su mujer se encontraba mal. Incluso después de atravesar la capa de nubes y la turbulenta atmósfera de Belkadan, la cara de su esposa seguía pálida. Su cabeza se balanceaba débilmente.

— ¿Estás herida? —preguntó Luke.

—No.

Luke la miró, claramente preocupado.

—Fue por estar allí —intentó explicar Mara—. Comencé a sentirme peor a medida que nos acercábamos a Belkadan. Y allí... —se detuvo y negó con la cabeza, impotente—. Fue como si la enfermedad que padezco se viera intensificada por la plaga que afecta al planeta.

— ¿Y los escarabajos? —dijo Luke señalando a los dos especímenes que Mara había depositado en sendos frascos junto al panel de mandos. Su mujer cogió el frasco del escarabajo vivo y lo miró de cerca.

— ¿Piensas que fueron ellos los que de alguna manera provocaron el desastre en Belkadan? —preguntó Luke.

Mara, que no conocía la respuesta ni tenía una prueba fehaciente, le miró.

Sólo era una intuición, la ligera sensación de que aquellas criaturas no procedían del planeta. Y era una idea que Luke compartía plenamente.

Pero ¿habría alguna conexión entre todo aquello: Belkadan, los escarabajos, el guerrero bárbaro y la enfermedad de Mara? ¿Y qué significaba la circunstancia sobre la que tanto insistía Mara, el hecho de que el guerrero, de alguna forma, estaba desprovisto de la Fuerza o, más bien, desconectado de ella? ¿Acaso no había tenido ella recientemente una experiencia similar con otro personaje, el agitador de una guerra civil?

—El hombre con el que luché... Yomin Carr —dijo moviendo la cabeza—. No sé si es culpa mía, porque esta enfermedad ha afectado mi sensibilidad para captar la Fuerza, o si...

—Es como lo que decías de Nom Anor, el rebelde rhommamuliano —dijo Luke. Mara asintió.

—No pude sentir nada en ninguno de los dos.

— ¿Pero no me dijiste que a Jaina y a Leia les pasó lo mismo con Nom Anor?

—O quizás estuvieran percibiendo con mi propia debilidad —dijo Mara—. Quizá proyecté algo sobre el rhommamuliano mientras intentaba leer en su interior, algún tipo de escudo que aislaba la Fuerza.

Luke dejó el tema, pero no se creyó en absoluto la explicación, y sabía que Mara tampoco. Estaba pasando algo muy raro, algo más grave que lo que había ocurrido en Belkadan o con el rebelde rhommamuliano. Algo cuyas consecuencias podían, incluso, afectar a la enfermedad de Mara.

Luke podía sentirlo.

Ambos se volvieron al mismo tiempo al oír una voz a sus espaldas. Al principio pensaron que era R2-D2, pero el androide permanecía en su sitio y seguía ejecutando el análisis de los numerosos archivos descargados.

La voz se escuchó de nuevo. Procedía del armario cerrado y, aunque la primera parte del discurso era indescifrable, tanto Luke como Mara creyeron escuchar claramente el nombre Carr.

Luke fue hasta el armario y lo abrió. Mara gritó por la sorpresa y el horror cuando vio que una de las pelotas de cuero se había convertido en una cabeza.

—Torug bouke, Yomin Carr —dijo la cabeza. Ni Luke ni Mara reconocieron el idioma—. Dowin tu gu.

—No es real —percibió Mara, acercándose y tocando la cosa con el dedo para enderezarla. Los rasgos específicos de la cabeza no se parecían a los del guerrero con el que acababa de pelear, pero las cicatrices y los tatuajes eran similares.

La cabeza dijo algo más que no pudieron entender. Los ojos y la boca se movían como si fuera el auténtico interlocutor. Una frase se les quedó grabada porque el tono de voz parecía concederle mucha importancia: "Pretoria Vong".

Cuando terminó de hablar, la bolsa de cuero se dio la vuelta sobre sí misma y adoptó la apariencia de la otra.

—Una grabación holográfica —dijo Mara mientras se atrevía a palpar de nuevo la aparentemente inerte criatura.

—Era para Yomin Carr —dijo Luke—. Y creo que era de su superior. —Entonces se trata de dispositivos de comunicación —dedujo Mara—, pero ¿para quién?

— ¿Has grabado eso, Erredós? —pregunto Luke.

El androide silbó afirmativamente.

— ¿Puedes traducirlo? —preguntó Mara.

—Ooooouuu —respondió R2-D2 tristemente.

—Trespeó lo traducirá en cuanto Erredós le transfiera la información. —insistió Luke.

Mara asintió.

— ¿Pretoria Vong? —musitó Luke.

— ¿Qué está ocurriendo?

Luke no tenía respuesta para esa pregunta.

—Erredós, ¿tienes algo sobre la actividad espacial de Belkadan? —preguntó al androide.

R2-D2 silbó algo a modo de respuesta.

—Comprueba los gráficos de los últimos días y las naves que hayan salido o entrado —sugirió Luke.

R2-D2 volvió a silbar lo mismo y, esta vez, Luke comprendió que el androide estaba intentando mostrarle algo. Mara y él se acercaron, y una imagen apareció inmediatamente en la pequeña pantalla sobre la consola de trabajo del androide. Era la grabación que ExGal-4 había llevado a cabo sobre el seguimiento de un veloz corneta que había penetrado desde el exterior de la galaxia.

Luke suspiró y se preguntó si debería regresar a Belkadan para ver si había pasado algo por alto.

—Enséñame el final de la grabación —ordenó a R2-D2.

Luke siguió al curso del cometa a través de los diferentes sectores hasta que desapareció. R2-D2 mostró los cálculos de ExGal-4 sobre la ruta de destino: el cuarto planeta del sistema Helska.

Luke y Mara miraban todo con incredulidad. Era demasiada información para digerir, demasiadas posibilidades y ninguna de ellas era buena.

Luke indicó a R2-D2 lo que tenía que investigar. Mara y él volvieron a sus puestos de piloto y trazaron la ruta hacia el cuarto planeta del sistema Helska.

—oOOo—

El hielo del cuarto planeta era como una tumba para su corazón, un tormento eterno de gélido encierro para el Caballero Jedi. Miko se sentó con las piernas cruzadas en la cámara iluminada y calentada por el liquen. Tenía la cabeza apoyada en las manos e intentaba meditar, pero no lo conseguía, el camino hacia la liberación del vacío estaba bloqueado por una barrera de terribles recuerdos.

Veía aquel morro y aquel diente agudo, y sentía el gran poder del yammosk sobrecogiéndole, burlándose de él y de toda su formación Jedi.

Nada de lo que había conocido a lo largo de su vida le había preparado para las insidiosas técnicas de tortura mental de los yuuzhan vong. Durante su entrenamiento, se había enfrentado al Lado Oscuro de la Fuerza y al espectro de sus terrores personales, pero hasta eso palidecía ante la realidad del yammosk.

¿Cuántas veces había fingido su ejecución la horrible criatura? ¿Cuántas veces le había llevado demasiado cerca de aquellos dientes? Y cada una de esas veces, independientemente de la lógica que intentara aplicar, sólo podía pensar que aquél era el momento de su muerte.

Y esa realidad no se hacía más asequible con las repeticiones.

Y lo peor era que cada falsa ejecución volvía a su cabeza mil veces y le obligaba a revivir cada uno de esos recuerdos como si estuviera teniendo la experiencia real. No podía dormir y apenas podía obligarse a comer lo suficiente para mantenerse vivo.

Al otro lado de la sala, Danni contemplaba la escena impotente. Sabía que su compañero estaba a punto de venirse abajo. Lo había intentado todo para consolarle. Lo había abrazado mientras se agitaba en sueños, le había ofrecido palabras de consuelo y un hombro sobre el que llorar.

Pero ella sabía que daba igual. Aquellos guerreros yuuzhan vong, fueran quienes fueran, habían decidido, por alguna razón que Danni no entendía, que Miko, el Caballero Jedi, no era digno. Así que iban a destruirle por completo. Primero el corazón, luego la mente y por último el cuerpo.

Y ella sólo podía mirar.

CAPITULO 17

El último gesto de desafío

El suelo tembló y se agitó, y una gran oleada de rocas se abalanzó sobre ellos, derribando un edificio de la calle. Anakin elevó el deslizador y aceleró a fondo, el joven Jedi subía y bajaba el vehículo para esquivar las rocas que caían a su alrededor, y sobrevolaba a gente que gritaba de terror y dolor. Dos guardias de Ciudad Sernpidal apostados en la salida norte indicaron a Anakin que redujera la velocidad.

Pero él no lo hizo.

En el exterior de la ciudad, los sismos eran aún más violentos. Soplaban un fuerte viento y Anakin temió que la atmósfera se estuviera comprimiendo por la perturbación del descenso de la luna. Conocía los cálculos y sabía que aún tenía un par de horas antes de que la luna colisionara con Sernpidal, pero se preguntó si el planeta aguantaría tanto tiempo, y si los desastres causados por la catástrofe, como los terremotos, los fuertes vientos y los mares revueltos, acabarían arrasando tanto el lugar que cuando la luna llegara no habría nada que matar.

Aceleró el deslizador hasta el límite y se sintió como si estuviera de nuevo en el cinturón de asteroides. Se movía instintivamente, anticipándose a las vicisitudes del camino más que reaccionando ante ellas. Tras él, el viejo alcalde permanecía en silencio. Se mostraba aparentemente cómodo y apenas se inmutaba cuando recibían el impacto de una piedra o una ola de barro estaba a punto de engullirlos. Anakin apenas le miró una vez, con los ojos y con la Fuerza, y la inspección le mostró que el hombre estaba realmente tranquilo, que no era una pose, y que había llegado a aceptar su destino sin desesperación.

Anakin, de alguna manera, utilizó aquella calma para mantener la suya y comprobó las coordenadas para asegurarse de que estaban en la zona correcta.

Pero ¿qué estaba buscando?

¿Una máquina gigante? ¿Un crucero Interdictor con sus proyectores gravitacionales? No había ninguno a la vista. ¿Una fisura en la superficie del planeta? Nada. No había nada a excepción de las grietas causadas por los temblores.

Anakin aminoró la velocidad y cerró los ojos para percibir las sensaciones que le rodeaban. Sintió la calma del anciano y la agitación del planeta, que se veía sacudido por el veloz movimiento orbital de la luna. Y también notó el temor de las criaturas racionales y de los animales, un terror palpable que era casi como un

regusto amargo en la boca del joven Jedi.

Anakin se concentró aún más. Algo capaz de ejercer la potencia necesaria como para atraer una luna no podía ser invisible a la Fuerza.

La luna, ahora gigantesca, emergió por el horizonte y se elevó hacia el cielo, el viento rugió y la tierra se agitó.

Y Anakin sintió el tirón, pero no sobre sí mismo ni sobre nada que no fuera la luna. Abrió los ojos, manteniendo la mente concentrada en esa percepción, y notó claramente el rayo tractor ante él.

Anakin aceleró el deslizador y se metió en un barranco entre dos montañas inestables. La maniobra casi le cuesta cara, pues una enorme roca pasó por detrás de su nave al caer. La velocidad era su aliada. Las piedras de ambas paredes estaban formando una avalancha, pero, al acercarse al extremo del estrecho valle, recibieron el impacto de una fuerte corriente de aire, como si todo el viento estuviera sufriendo una compresión. Anakin miró a la luna y vio que iba acompañada de una estela de fuego, lo que indicaba que ya había entrado en contacto con la atmósfera.

—Apenas nos movemos —dijo tranquilamente el alcalde.

Anakin se echó a un lado, ascendió por un estrecho desfiladero, intentando ocultarse tras una formación en la roca y estuvo a punto de estamparse contra la pared a causa de los terribles vientos. Pero lo consiguió. Se introdujo en un estrecho canal, que recorrió hasta el final y, al salir, vio que el viento había disminuido lo suficiente como para poder hacer algún progreso.

Abandonó el desfiladero y llegó a un espacio abierto y vacío. Era un terreno estéril cubierto de piedras y barro, una especie de cuenco dentro de la cadena montañosa. Anakin vio enseguida el cráter en mitad del terreno y no tuvo que utilizar la Fuerza para saber que ése era el punto de origen. Con precaución, se aproximó rápidamente a unos diez metros. Aterrizó el deslizador, saltó fuera y corrió por el suelo sin saber muy bien lo que le esperaba.

El cráter no era muy grande, tenía aproximadamente unos veinticinco metros de diámetro, y tampoco era profundo, apenas unos diez metros. Al fondo pudo ver algo que se parecía a un corazón rojo oscuro de enormes dimensiones erizado de púas azules. Anakin lo examinó, buscando algún panel de mandos o la conexión con alguna fuente de energía.

— ¿Qué es eso? —preguntó el anciano cuando se unió al chico en el borde del cráter.

Anakin utilizó la Fuerza para mirar más profundamente y comenzó a ver la cosa

de una forma distinta. Finalmente llegó a la terrible conclusión de que no sólo se trataba de la fuente de todos sus problemas, sino que, además, era una criatura viviente. Apenas sin respiración, empuñó su pistola láser.

— ¿Esa cosa es lo que está haciendo caer la luna? —preguntó el anciano con incredulidad.

—Vuelva a la nave —le ordenó Anakin, apuntando con su arma al ser. el anciano no se movió, pero Anakin, que estaba tan alucinado ante aquella forma de vida tan alienígena e innegablemente poderosa, ni se fijó. Alzó la pistola láser y disparó.

El rayo de energía bajó hasta el fondo del cráter y después... desapareció. Se desvaneció como la llama de una vela al viento, el muchacho disparó una y otra vez, pero los rayos no hacían ningún efecto.

— ¿Qué es eso? —volvió a preguntar el anciano con insistencia.

—Vuelva al deslizador y vaya a buscar a mi padre —le ordenó Anakin extrayendo el sable láser de su cinturón.

— ¿Tu padre es el feo o el peludo? —le preguntó el anciano. Anakin le ignoró y puso un pie en el borde del cráter.

Y entonces, impulsados por una sacudida repentina y violenta de la tierra, ambos salieron despedidos, el joven Jedi se levantó con dificultad y vio barro y piedras que surgían del cráter, en lo que parecía ser una erupción volcánica sin lava.

Pero todo terminó de repente. Anakin volvió a asomarse al cráter y localizó un agujero de gran profundidad en el lugar que había ocupado la criatura. Y entonces entendió lo que había pasado: el ser se había dado cuenta de los ataques y había invertido su fuerza gravitatoria. Ahora, probablemente estuviera atravesando el planeta hacia su núcleo.

¿Qué podía hacer?

Un ruido familiar le hizo mirar hacia el cielo y vio el *Halcón Milenario* que descendía desde lo alto de las montañas. La nave tomó tierra junto a ellos y la rampa de descenso se abrió de inmediato. Han corrió hacia su hijo mientras muchas otras personas, los refugiados, se asomaban desde el *Halcón* para ver lo que estaba ocurriendo.

— ¡Tenemos que volver! —gritó Han—. ¡Chewie está organizando la retirada del planeta, pero casi no tenemos naves!

—La criatura está ahí abajo —respondió Anakin, señalando al cráter—. ¡Es

un ser vivo!

Han negó con la cabeza.

—Da igual, eso ya no importa —respondió él con una mueca extraña en los labios. Anakin lo entendió. Ya era demasiado tarde para Sernpidal. Aunque consiguieran matar a la criatura o detener su rayo tractor, Dobido ya se había salido de su órbita e iba a estrellarse contra el suelo.

—Cada segundo muere más gente —dijo Han.

Anakin corrió hacia la rampa, pero el anciano no le siguió y se dirigió hacia el borde del cráter.

—Al menos debo asegurarme de que este demonio no escapa para destruir otros mundos —explicó sonriendo, y sacó de entre los pliegues de su túnica un tubo de un metro de largo.

—Es un detonador termal —dijo—. Deberíais iros.

—Está loco —comenzó a decir Han, pero el anciano alcalde de Ciudad Sernpidal se acercó al borde del cráter y saltó.

El *Halcón* apenas había despegado del suelo cuando el detonador explotó, formó un hongo gigante sobre la llanura y arrojó por los aires toneladas y toneladas de barro.

—Qué viejo más raro —murmuró Han asombrado.

Anakin miró por la ventana hacia la zona del cráter original. Ya no sentía la tensión de la criatura alienígena.

—Lo ha conseguido —informó a su padre.

Han asintió, el anciano no había ganado tiempo y ni siquiera había salvado Sernpidal, pero ambos comprendieron que había hecho algo verdaderamente valeroso y heroico.

—oOOo—

Para el prefecto Da'Gara aquél era el momento de mayor gloria, honor y espiritualidad. Era la culminación de sus deseos, la recompensa a sus esfuerzos y la tarea que más apreciaba.

Estaba de pie sobre un pedestal, ante el yammosk, con los enormes ojos de la criatura clavados en él. Mientras recitaba las plegarias apropiadas a Yun-Yammka, elevó las manos y tocó suavemente a la criatura entre los ojos, en la enorme y vibrante vena azul que actuaba como punto de transferencia.

Entonces, ambos quedaron unidos en un todo. La consciencia del yammosk

sobrecogió a Da'Gara, el Prefecto sintió el poder de la unión con el Coordinador Bélico, el sentido de su existencia y, gracias a su energía sensible, pudo captar la comunidad de guerreros que formaba su destacamento, la Pretoria Vong.

Da'Gara se unió más profundamente con el yammosk y, mientras el ser le manifestaba sus sentimientos, él le mostró los suyos. Así supieron que estaban de acuerdo. Había llegado el momento de expandirse, de salir y comenzar a consumir vastas extensiones de la galaxia.

Pero primero tenían que atraer hasta allí a una parte de sus enemigos. Tenían que destruir las naves de guerra de la Nueva República en el campo de batalla de los yuuzhan vong, donde el control y la coordinación del yammosk eran completos.

El Prefecto salió del encuentro tan contento como exhausto. Estaba físicamente agotado, pero se sentía emocionalmente pleno. Se fue directo a su dormitorio privado y al villip de Yomin Carr, pero cambió de idea y, en su lugar, decidió contactar con Nom Anor.

El Ejecutor respondió de inmediato.

—Saldremos hoy —explicó Da'Gara.

—Que la gloria y la victoria sean con vosotros —fue la respuesta de rigor de Nom Anor—. Morid como guerreros.

Da'Gara se puso firme.

—No deshonraremos a los yuuzhan vong —respondió, de nuevo con la respuesta adecuada—. Sernpidal muere hoy.

— ¿Y su pueblo?

—Muchos intentan huir, y es ahí donde nuestros guerreros encontrarán su próximo desafío —respondió Da'Gara—, el Coordinador Bélico ha enviado cuatro destacamentos completos con la misión de interceptarlos y perseguirlos. Dejarán que la caravana de refugiados les guíe hasta el siguiente planeta, y entonces comenzará el ataque abierto.

—Do-ro'ik vong pratte —pronunció Nom Anor.

Da'Gara se quedó sin respiración ante aquella audaz exclamación. "Do-ro'ik vong pratte" era el grito de guerra de los yuuzhan vong, la llamada a la ferocidad desatada y a la liberación absoluta de los instintos más bajos del guerrero. Ante semejante orden, los guerreros yuuzhan vong se convertían en cazadores enfebrecidos y auténticos asesinos.

—Do-ro'ik vong pratte —repitió Da'Gara—. Que la desgracia recaiga sobre

nuestros enemigos.

—oOOOo—

Cuando Han regresó con el *Halcón* a Ciudad Sernpidal, el puerto estelar había desaparecido. Las violentas sacudidas habían derribado todos los muros. Algunas personas corrían y gritaban, pero otras permanecían postradas en las calles, rezando a Tosi-karu.

Afortunadamente, la mayoría habían sido embarcados. Docenas de naves, desde transportes individuales con dos ocupantes a cargueros, llenaban el cielo preparándose para huir.

Han localizó a Chewie casi enseguida, el wookiee le saludó con un brazo. Bajo el otro llevaba a dos niños pequeños.

—Ayúdale —dijo a su hijo. Anakin se apresuró a abrirse paso entre la multitud que llenaba el *Halcón*, hacia la rampa inferior de descenso. Han hizo descender la nave despacio, compensando las corrientes de aire—. Deprisa, deprisa —murmuró. Había escombros volando por todas partes y la suerte era lo único que impedía que Chewie y los niños fueran arrastrados.

Han colocó el *Halcón* a unos pocos metros del suelo y se acercó a Chewbacca.

—Los niños ya están dentro —dijo Anakin por el intercomunicador—. Estoy subiendo a Chewie.

Una explosión sacudió la ciudad a unas manzanas del *Halcón*. Una pequeña nave se elevó por encima de una muralla destruida, pero, de pronto, dejó de funcionar y cayó, perdiéndose de vista.

Han golpeó el panel con el puño.

—¿Lo has visto, chico? —dijo a su hijo.

—Chewie va a investigar la nave —respondió Anakin—. Yo también voy. Nos vemos allí —Anakin cortó la comunicación. Han vio a Chewie salir corriendo por debajo del *Halcón* con su ballesta preparada.

Anakin, que seguía de cerca a Chewie, le alcanzó cuando el wookiee se detuvo y se dispuso a disparar sobre la pared que le separaba de la nave derribada para abrir un agujero.

Tenemos que quitar los escombros —gritó Anakin mientras atravesaba el muro.

El muchacho vio que el extremo posterior de la nave había quedado enterrado bajo una pila de escombros tan gruesa que impedía despegar al pequeño

transporte.

Chewie disparó a los cascotes y destruyó los escombros más grandes. Luego cogió los pedazos con uno de sus fuertes brazos y los lanzó hacia los lados.

— ¡Deprisa! —era el grito procedente de la puerta abierta de la nave. Había una mujer dentro—. Tengo la nave llena. Vamos a morir todos.

Anakin miró los escombros y el progreso del wookiee. Después escuchó los motores del *Halcón* retumbando mientras la nave sobrevolaba el muro a sus espaldas. Durante unos instantes pensó en decirle a su padre que vaporizara los cascotes con los cañones láser, que era lo que Chewie estaba intentando hacer con su ballesta, pero rechazó el plan, que le pareció imposible, y utilizó una fuente de energía diferente, una fuente interior. Empleando la Fuerza, manipuló mentalmente los escombros y los fue levantando uno a uno.

Otro terremoto sacudió la ciudad. La luna, que apareció por el horizonte oriental, parecía más grande que la última vez. Y ahora, además, desprendía una enorme estela de fuego tras ella. De repente, el viento aumentó en proporciones desmedidas.

Anakin mantuvo la calma y siguió moviendo los escombros.

El wookiee aulló a modo de aprobación y ayudó cuanto pudo con sus métodos convencionales. Al cabo de poco tiempo, Chewie retrocedió y saludó a la mujer de la nave con aullidos sonoros y llenos de urgencia.

— ¡Saca la nave! —gritó Anakin a la mujer, traduciendo las palabras del wookiee—. ¡Sácala rápido!

Mientras la nave se alejaba, Chewie y él retrocedieron.

Pero el pequeño vehículo sólo se elevó una docena de metros antes de ser arrastrado por una potente corriente de aire que barrió la zona e hizo tambalearse a Anakin y a Chewie.

El *Halcón Milenario* se mantuvo en su sitio. Han colgaba de la rampa de descenso inferior, que estaba desplegada, y extendía la mano hacia su hijo y su compañero.

— ¡Vamos! —gritó—. ¡Esto se acaba!

Chewie caminó con esfuerzo contra el viento y consiguió avanzar un poco. Anakin iba detrás de él, casi flotando por encima del suelo y dejándose llevar por el impulso de la Fuerza.

Un gritito lastimero resonó en sus oídos. Ambos miraron alrededor buscando el origen y vieron unos grandes ojos mirándoles desde una cabina semienterrada.

Entonces Anakin se separó de Chewie y se dirigió hacia allí, el wookiee, tras dirigir una rápida mirada a Han, le siguió.

—Vuelve a la nave —le ordenó Anakin, gritando todo lo que podía. Aun así, su voz era apenas audible con aquel viento.

Chewie gruñó y negó con la peluda cabeza.

—Entonces, utilizaré la Fuerza para que podamos volver —dijo Anakin. Oyeron otro grito lastimero—. ¡Y nos lo llevaremos a él con nosotros!

Siguieron apartando desesperadamente los escombros, extrayéndolos con técnicas tanto físicas como mentales, hasta que Chewie consiguió meter la mano y sacar a un niño pequeño, casi un bebé. Luchando contra la tormenta que iba en aumento, los tres regresaron juntos al *Halcón*. La tierra retumbaba y se partía por la mitad, y el viento rugía. Mientras, los potentes motores del *Halcón* se esforzaban por mantener la nave en posición.

Estaban cerca, tan cerca que Han casi podía alcanzar la mano extendida de Anakin, cuando una lluvia de escombros pasó volando junto a ellos. Chewie se quedó parado y protegió al bebé con su poderoso cuerpo. Un trozo de roca golpeó a Anakin en la cabeza, le hizo perder la concentración y le lanzó a una distancia considerable.

Los ojos de Han se desorbitaron por el horror antes de que pudiera moverse. Chewie le pasó al bebé y después se dio la vuelta. Ayudado por el impulso del viento, corrió hasta llegar al abatido Anakin.

Han entregó el bebé a alguien y volvió a la cabina. Sabía que ninguno sería capaz de regresar al *Halcón* en medio de aquella feroz tormenta. Movié la nave rápida y firmemente y se acercó a ellos cuando Chewie levantó a Anakin en sus brazos.

Han frenó y, empujando a aquellos que se habían colocado para poder ayudar, regresó a la rampa de descenso. Pero los motores del *Halcón*, que ya no podía mantener la posición, emitieron un rugido de protesta cuando la nave empezó a inclinarse hacia arriba y hacia un lado. ¿O quizás era el suelo el que se movía?

— ¡Chewie! —gritó Han, colgándose de la rampa. Algunos refugiados se arremolinaron alrededor de Han y le agarraron por las piernas. Él extendió sus manos para alcanzar al wookiee, pero el *Halcón* estaba demasiado alto.

Chewbacca dedicó a su amigo una mirada de resignación y lanzó a Anakin a los ansiosos brazos de Han.

El suelo retumbó y se agitó. Y, de repente, Chewie estaba lejos, muy lejos. Han llevó a Anakin al interior de la nave y le dejó en el suelo, el chico recuperó la

consciencia y, mientras su padre se apresuraba a volver a la cabina, se puso de pie.

Han, manejando nervioso los controles, hizo girar el *Halcón* y pasó entre varios edificios. Los comunicadores chirriaban repletos de los frenéticos gritos procedentes de otras naves, algunas que ya partían y otras que no sabían adónde ir.

Han ignoró todas las llamadas y se concentró únicamente en localizar a su amigo wookiee perdido.

Anakin llegó tras él y se sentó en el asiento de Chewie.

— ¿Dónde está? —gritó Han.

Anakin respiró profundamente. Conocía a Chewie muy bien y estaba seguro de que podía encontrar a su amigo con la Fuerza.

Y lo hizo.

— A la izquierda —gritó el muchacho. Han hizo girar la nave—. ¡Tras esa esquina!

— ¡Coge los mandos! —le dijo Han, corriendo hacia la rampa de descenso—. ¡Llévame hasta él!

Anakin manejó frenéticamente los mandos. La nave vibraba con tanta violencia que el muchacho pensó que iba a saltar en pedazos. Anakinladeó la nave para bajar por un callejón y rodeó otro edificio que estaba a punto de derrumbarse.

— Oh, no —dijo sin aliento.

Ahí estaba Chewie, de espaldas al *Halcón*, y, frente a él, una terrible Dobido se aproximaba violentamente.

— ¡Acércate más! —dijo Han desde la parte de atrás.

Chewie se dio la vuelta y dio un paso hacia Han y el *Halcón*. En ese momento, una terrible corriente de aire caliente que se llevaba por delante edificios enteros arrancó al wookiee del suelo. Un cascote cayó sobre la nave y sus escudos gruñeron a modo de protesta, el morro de la nave se alzó.

Anakin logró estabilizarla y la hizo girar para encontrar al wookiee, pero, en su lugar, vio el último descenso de Dobido en toda su gloria devastadora, y, para aquellos piadosos nativos que seguían rezando en las arrasadas calles, la llegada de Tosi-karu.

No quedaba tiempo. Anakin lo supo en el momento. Si volvía a buscar a Chewie y no salía de allí, la colisión de la luna destruiría el *Halcón*.

Escuchó el grito de su padre, que le pedía que volviera a buscar a Chewie.

Pero Anakin dirigió el *Halcón Milenario* hacia arriba y aceleró.

—oOOOo—

Y Han lo vio.

Chewie, magullado y sangrando, se había puesto de pie sobre una pila de escombros y se enfrentaba a la devastadora luna con los brazos en alto y un rugido desafiante.

La escena desapareció rápidamente, pero Han mantuvo los ojos fijos en aquel punto y grabó a fuego en su conciencia la imagen de los últimos momentos de la vida de su amigo. Y después contempló el principio del cataclismo final, cuando Dobido arrasó la ciudad.

La rampa de descenso se elevó de repente y se cerró. Han supo que había sido obra de su hijo. Y entonces, el *Halcón* recibió el impacto de la onda de choque y salió despedido.

Han ni siquiera pensó en el peligro que él y los otros habían corrido, y ni siquiera en el que había corrido su hijo en aquella situación crítica. Sólo pensó en Chewie, en aquella última y trágica imagen en la que el wookiee desafiaba con el puño a aquel enemigo grande e invencible.

Pero aquel último gesto de desafío no frenó el escalofrío de dolor que recorrió el corazón de Han.

CAPITULO 18

Esperando la tormenta

Mantén una órbita alta —dijo Luke a Mara mientras se introducía en su Ala-X, el pequeño caza que descansaba en el compartimento trasero del *Sable de Jade*—. Si hay algún problema, saltaré al hiperespacio para escapar, y tú harás lo mismo.

—Estaré detrás de ti —le garantizó Mara. Su voz aún sonaba algo débil por el enfrentamiento en Belkadan.

—Estarás justo delante de mí —corrigió Luke.

Pudo apreciar la sonrisa burlona de su mujer al oír aquella orden por décima vez en lo que iba de hora. Los dos habían entrado en el sistema Helska con cautela, empleando el sol para esconderse y como punto de referencia para su acercamiento al cuarto planeta. No sabían lo que estaba pasando, ni si el guerrero que Mara había matado en Belkadan tenía alguna relación con lo que había atravesado la frontera galáctica y había colisionado con el cuarto planeta, ni si la plaga que había destruido Belkadan había salido de aquel lugar. Quizá todo era una coincidencia y el avistamiento había ocurrido después de la destrucción de Belkadan, y quizá Yomin Carr había sufrido la misma metamorfosis que había atacado a los árboles del planeta maldito.

Pero Luke no lo creía así. Percibía algo, algo profundo y peligroso, como un eco en el mismo tejido de la Fuerza. Temía que otra extraña y peligrosa enfermedad como la que había invadido a Mara hubiera invadido la galaxia. Y sólo había una forma de saberlo. Además, estaban las pelotas de cuero que habían traído de Belkadan. Alguien o algo había intentado ponerse en contacto con Yomin Carr empleando un lenguaje que ni Luke ni Mara habían oído antes, y que, además, R2-D2 no sabía traducir.

C-3P0 sí que sabría, pensó Luke, el androide de protocolo tenía programados todos los idiomas conocidos en la galaxia, incluso los arcaicos o los que habían caído en desuso. Ese pensamiento hizo que Luke se estremeciera, porque, teniendo en cuenta la información que habían recogido en Belkadan, ¿podían estar seguros de que este idioma procediera de su galaxia?

Luke confiaba en que C-3P0 lo tradujera aunque no fuera así.

—Vámonos, Erredós —ordenó al androide astromecánico. R2-D2 introdujo en el Ala-X los códigos adecuados que, a su vez, fueron enviados al *Sable de Jade*. En cuanto hubo espacio suficiente entre ambas naves, Luke aceleró y dejó atrás a Mara, saludándola al pasar. Habían decidido que él iría al cuarto planeta en el ágil

Ala-X, mientras Mara hacía un reconocimiento general y le cubría si hacía falta.

Los alerones-S plegables del Ala-X estaban cerrados y le daban a la nave la apariencia de un caza de doble ala. Luke comprobó rápidamente los sistemas y llamó a Mara para comunicarle las coordenadas de su ruta.

Entonces, tal y como habían acordado, se dirigió hacia el sol del sistema Helska.

— ¿Tienes bien situado el planeta? —preguntó a R2-D2.

Los silbidos de respuesta del androide parecían tan enfadados como afirmativos. Luke consiguió sonreír a pesar del miedo.

—Cuando te abrases, dímelo —dijo. Luego aceleró a fondo. La velocidad se vio incrementada por el impulso gravitatorio del llameante sol.

Luke sintió la presión en el pecho y subió el compensador de inercia al 99 por ciento, el sol iba aumentando de tamaño en su pantalla, pero él sabía lo que hacía y tenía plena confianza en las capacidades de vuelo de R2-D2.

A medida que se acercaban, la temperatura del casco y las quejas de R2-D2 crecían de forma dramática. Luke decidió dirigirse a la derecha para describir una órbita de ángulo estrecho alrededor del sol. Luego se impulsó a una velocidad vertiginosa hacia las coordenadas establecidas por R2-D2. La trayectoria era una línea casi recta hacia el cuarto planeta, que mantenía el sol a espaldas del Ala-X en todo momento. Si había enemigos en el cuarto planeta, era improbable que detectaran su llegada. Dada la tremenda velocidad que la gravedad del sol había imprimido al caza, el acercamiento sería muy rápido.

Al cabo de un momento, Luke divisó el planeta, que dejó de ser un puntito, adquirió el tamaño de un puño y después llenó por completo el monitor. Luke plegó las alas y volvió a abrirlas para colocarse en órbita. Su intención era ir bajando para examinar visualmente la helada superficie del planeta.

Ya lo sentía plenamente; era un campo de energía. Le ponía los pelos de punta. Podía oírlo en los chasquidos de su sistema de comunicación y podía verlo en las borrosas líneas que llenaban sus paneles de instrumentos.

R2-D2 le silbó algo, pero el sonido le llegó también quebrado por la interferencia energética.

Luke apagó la mayor parte de los instrumentos, voló manualmente guiado por el instinto y fue bajando cada vez más. Ya había completado la primera órbita, pero su velocidad se había reducido, así que probablemente vería más cosas en esta segunda vuelta.

Luke —la voz de Mara sonó entre el ruido de fondo. La mujer siguió

hablando, pero sólo le llegaron unas pocas palabras—. Hay... parte de atrás... puntos...

Vuelve a reproducirlo y analízalo —ordenó a R2-D2—. Filtra todo el ruido de fondo e intenta averiguar lo que está diciendo.

Luke hizo descender el Ala-X un poco más, acercándose a la superficie y empleando los ojos y la mente para averiguar lo que estaba ocurriendo. Definitivamente, algo iba mal, lo sabía y podía sentirlo. Notaba una sensación continua de peligro.

Y entonces recibió el impacto, un empujón repentino que chocó contra el morro de su Ala-X y arrastró la nave como si de repente hubiera entrado en una corriente de agua.

R2-D2 empezó a chillar a su espalda, el resto de los instrumentos de Luke, sobre todo los controles de navegación, se apagaron directamente. Y la tormentosa y helada superficie se elevó para darle la bienvenida.

—oOOOo—

Una hilera de vehículos, cargueros y todo tipo de transportes que pudieran encontrarse en el Borde Exterior fue saliendo de Sernpidal formando una fila de horrorizados y desaliñados refugiados. Eran hombres y mujeres que acababan de ver sus hogares destruidos, hombres y mujeres que acababan de perder a sus familias y amigos en una tragedia tan inexplicable y devastadora que no podían ni siquiera proponerse explicar.

A sus espaldas, Sernpidal, una esfera giratoria muerta y con la atmósfera rasgada, describía una órbita alterada por la potencia del impacto. La gran nube aún podía verse en un lateral del planeta.

Sernpidal estaba muerto, pero seguiría girando durante eones, carente de vida e indiferente al dolor y a la destrucción.

Han Solo contempló el oscilante planeta durante mucho rato y sus ojos comprobaron una verdad que su corazón se negaba a admitir.

—Somos ciento once naves en la caravana —dijo Anakin acercándose nervioso hasta su padre y sin saber realmente qué hacer o qué decir, si abrazarlo o huir de él.

Han se volvió para mirar a su hijo pequeño con el rostro inexpresivo, como si no le hubiera escuchado.

—Ciento on... —comenzó a repetir Anakin.

—Le abandonaste —dijo Han despacio y en voz baja. La acusación golpeó a

Anakin como el peor de los puñetazos.

Anakin dudó entre varias respuestas. Quería gritar a su padre por haberle dicho tal cosa. Había salvado el *Halcón Milenario* y a la multitud que estaba a bordo.

—Teníamos que salir de allí —acabó diciendo—. La luna estaba a punto de...

—Le abandonaste —volvió a decir Han con mayor dureza.

Anakin tragó saliva ante aquella mirada y se recordó a sí mismo que no había tenido alternativa. Su padre tenía que saberlo. Estaban demasiado lejos de Chewie y la luna se acercaba cada vez más rápido. No hubieran podido coger al wookiee y meterlo en la nave. Anakin quería decirle todo eso, quería volver a la cabina y sacar los registros del incidente porque estaba seguro de que le apoyarían en su razonamiento.

Pero no pudo hacerlo. No pudo darle ninguna respuesta y se quedó mirando impotente la realidad de la expresión más desesperanzada y vacía que había visto en el rostro de su padre. Su padre, que siempre había sido su héroe, el gran Han Solo. Su padre, que siempre había sido su fuerza y su respuesta.

Y ahora...

Ahora el gran Han Solo parecía roto y apenado. Era un cascarón vacío.

—Le abandonaste —repitió Han. Y aunque su tono era de nuevo tranquilo, el hecho de reiterar la acusación una tercera vez, y ya sin el factor sorpresa, dolió aún más a Anakin—. Te diste la vuelta y escapaste mientras Chewie se quedaba ahí y moría.

—No podía... —comenzó a responder Anakin, pero se mordió los labios intentando reprimir las lágrimas.

—Chewie, que habría hecho cualquier cosa para salvarte —dijo Han con un gruñido y clavándole el dedo en el pecho a Anakin—. ¡Le abandonaste! Anakin se dio la vuelta y salió corriendo.

Han miró a su alrededor y sólo entonces fue consciente del hecho de que una docena de pares de ojos habían estado todo ese tiempo pendientes de lo que ocurría entre él y su hijo. Se limitó a ofrecer una mueca a modo de explicación y volvió rápidamente al puente del *Halcón* para ocupar su puesto.

Pero se sintió extremadamente solo cuando volvió la vista y vio el asiento vacío a su lado.

—oOOo—

—Erredós, ¿qué es eso? —gritó Luke mientras el Ala-X caía en espiral hacia la

superficie del planeta. Pero el androide no tenía respuesta. Luke volvió a activar los sensores, pero no registraban ningún rayo tractor ni ninguna fuente de energía.

Luke calculó el tiempo que le quedaba y encontró un nivel de calma y claridad mientras lo hacía. Podía escuchar la voz nerviosa de Mara en el comunicador, pero le llegaba distorsionada. Luke apagó el dispositivo y localizó una irregularidad en la lisa superficie del planeta. Desafortunadamente, no tenía tiempo para investigar a fondo:

Dirigió el Ala-X hacia arriba y aceleró a fondo. Con el impulso, más que intentar escapar del rayo tractor, pretendía determinar su intensidad; pero, para su sorpresa, la nave avanzó poco a poco.

—Activa los escudos al máximo —ordenó Luke a R2-D2 cuando comprendió que no podría liberarse utilizando sólo la energía.

Los escudos se activaron, pero se apagaron casi al instante. Entonces, como si el rayo se hubiera centrado únicamente en los escudos y no en el Ala-X, la nave de Luke salió disparada hacia arriba. Pero no escapó del haz tractor, que volvió a atraparla, el esfuerzo energético para activar los escudos le había costado caro a los motores. Tanto, que Luke dedujo rápidamente que sólo podía intentarlo una vez más.

Pero ahora tenía un plan.

Mientras R2-D2 emitía silbidos de protesta, Luke hizo descender el morro del Ala-X y aceleró, el planeta estaba a punto de engullirlos. —Prepara los escudos —ordenó Luke al androide.

R2-D2 silbó y volvió a quejarse.

—Hazlo —dijo Luke.

El Jedi buscó el origen del haz, pero no vio nada. No obtenía ninguna lectura en sus instrumentos, pero sabía dónde se encontraba porque era evidente que el rayo tractor le estaba atrayendo en línea recta. De repente y con la esperanza de que el brusco cambio le hiciera ganar tiempo, dio marcha atrás a toda velocidad y vació los tres depósitos de torpedos de protones. Nueve misiles salieron disparados hacia el planeta y golpearon la helada superficie uno tras otro, el Ala-X los seguía de cerca.

— ¡Escudos! —gritó Luke, saliendo de la trayectoria a toda velocidad.

El impacto provocado por los torpedos hizo temblar el Ala-X, el rayo tractor había vuelto a desactivar sus escudos, pero Luke pensó que el haz se estaba concentrando. Y tenía razón, ya que la nave salió del radio de acción del rayo y escapó a apenas veinte metros de la helada superficie.

—Comprueba los daños —ordenó Luke. Después giró la nave y dejó atrás el área de devastación por si acaso el origen del diabólico rayo seguía activo. Luego se dirigió hacia la irregularidad que había avistado en la superficie.

De alguna forma sabía que no era una montaña normal, pero cuando se concentró se dio de bruces contra un muro, un espacio vacío en la Fuerza.

Luke pulsó el comunicador con la esperanza de que Mara, desde su aventajada posición, pudiera darle más información; pero entonces vio que el borde del planeta que se divisaba más allá de esa formación cobraba vida con puntos en movimiento que sólo podían ser naves.

Luke giró el Ala-X para acercarse a la elevación y encendió los propulsores para impulsar la salida. Dio varias vueltas con la gravedad aplastándole la cara. Giraba 180 grados y luego subía a toda velocidad. Entonces comprendió el inconveniente de la maniobra de evasión que había utilizado con el rayo tractor, el motor derecho chisporroteó y se apagó. Y cuando intentó plegar las alas para intentar planear, se dio cuenta de que estaban bloqueadas.

Aquellos puntitos eran cada vez más grandes y estaban más cerca, y Luke se había quedado sin torpedos.

—oOOOo—

Voy a volver, se dijo Han a sí mismo. Chewie habrá encontrado una forma de salir del planeta.

Pero la lógica le decía otra cosa. Han había visto al wookiee de pie, firme y con la luna descendiendo hacia él, y no cabía duda de que Sernpidal había muerto un momento después.

Pero la lógica no encajaba en el caos emocional que sufría Han. De alguna manera, Chewie había escapado, se dijo una y otra vez, y así lo creía.

Llamó a la nave más cercana a ellos en la extensa caravana, un carguero, y les transmitió las coordenadas de Dubrillion. Luego dio la vuelta al *Halcón*, dispuesto a regresar a Sernpidal para buscar a Chewie.

En mitad de la maniobra, una llamada de socorro procedente de una de las naves de la caravana llegó a través de todos los canales:

— ¡...necesitamos ayuda!, ¡ahora! —gritaba el piloto—. ¡Vienen a por nosotros! ¡Insectos gigantes!

Han gruñó y soltó una sarta de maldiciones, pero no pudo ignorar la llamada. Introdujo las coordenadas de procedencia de la transmisión y dirigió el *Halcón* hacia aquella nave, un transporte al final de la hilera de vehículos.

—Insectos —murmuró sarcástico, pero, al decirlo y al ver lo que le mostraban sus ojos, el escepticismo se borró de su cara.

Eran insectos enormes. Criaturas gigantescas parecidas a saltamontes que atravesaban el casco de aleación de titanio de la nave como si fuera barro.

— ¡Una fisura! ¡Tenemos una fisura! —fue el desesperado grito de la nave.

Han aceleró el *Halcón*, activó los escudos al máximo e incluso disparó con el cañón láser delantero, haciendo saltar en mil pedazos a uno de los insectos voladores. Pero ya no podía hacer nada por la nave. Vio a dos de los insectos introduciéndose en los motores fónicos e intentó enviarles un aviso de evacuación.

Pero la única respuesta fue el sonido de los gritos de la batalla en el interior de la nave.

Y entonces... la nave explotó y desapareció en medio de una llamarada de chispas.

Han rodeó la zona con el *Halcón* para ver si había quedado algún enemigo. Llamó a la caravana y estableció una línea abierta de comunicación, una conexión ramificada para que todas las naves permanecieran siempre en contacto con al menos otras dos. Después les ordenó que cerraran filas y que se movieran lo más rápido que pudiera ir la nave más lenta.

Entonces tuvo que tomar una decisión. Su corazón quería ir a Sernpidal, a Chewbacca, pero, ¿cómo podía abandonar a toda esa gente, ahora indefensa, con aquel extraño enemigo merodeando por la zona?

Los instrumentos de Han indicaron la presencia de otra nave en un punto alejado y que volaba a velocidad reducida, pero estaba demasiado lejos para identificarla. Han supuso que si él lograba verla, entonces la nave podría ver la caravana, así que abrió un canal y envió una llamada.

No hubo respuesta.

Han volvió a emitir la llamada e hizo que su comunicador buscara en todas las frecuencias.

—Kyp... daños... ayuda —fue la respuesta.

Han respondió y, por el tono de voz, supo que se trataba de Kyp Durrón, el mismo mensaje se repitió una y otra vez. Han se dio cuenta de que era una grabación enviada automáticamente y temió que Kyp Durrón ya estuviera muerto.

Han llamó a la nave que iba a la cabeza de la caravana.

— ¿Captáis esa nave en vuestros instrumentos?

Afirmativo —fue la respuesta—. Y estamos recibiendo una llamada de auxilio que probablemente sea automática.

—Sí, yo también la recibo —dijo Han—. Mantened los canales abiertos y no os desviéis de la ruta. Que las naves más rápidas hagan guardia en los flancos por si aparecen los insectos.

— ¿Fue eso lo que acabó con el *Juliupper*? —preguntó su interlocutor, refiriéndose a la nave que acababa de explotar.

—Los insectos —dijo Han de nuevo—. Voy a por esa otra nave, creo que es un amigo mío. No cerréis el canal, volveré pronto.

Apagó el comunicador externo y, tras un breve silencio, encendió el sistema de comunicación interno. Se quedó mirándolo un largo rato y luego suspiró.

—Anakin —dijo—. Me vendría bien un copiloto.

Un momento después, su hijo entró cauteloso en la sala de control y se deslizó silencioso en el asiento, a su lado.

—Hemos recibido una llamada de auxilio —explicó Han con la voz fría y calmada, sin dar ningún indicio de si le había perdonado o si estaba hablando con él por puro pragmatismo—. Creo que se trata de Kyp. Se ha metido en líos. Puede que con los insectos.

Anakin le miró con expresión interrogante.

—Si hubieras estado aquí, los hubieras visto —respondió Han, recordándole a su hijo con sus palabras y su tono que su rabieta infantil había dejado al *Halcón* sin copiloto durante una hora.

Anakin quiso responder y volver a decirle a su padre que había salido de Sernpidal para salvar el *Halcón*, que se habían quedado sin tiempo y que no hubieran podido hacer nada para salvar a Chewbacca. Pero incluso a Anakin aquellas palabras le parecían vacías cuando pensaba en la realidad.

Cuando pensaba que Chewie ya no estaba con ellos, que había muerto y, además, para salvarle a él.

El peso de esa terrible verdad hizo que el chico agachara la cabeza.

—oOOOo—

Luke no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que aquellos extraños cazas que se aproximaban eran enemigos. Se dirigían hacia él a toda velocidad y disparando pequeños proyectiles que se derretían.

Luke no tenía escudos.

El Jedi volteó la nave y se lanzó formando un bucle, pero, consciente de que cualquier movimiento previsible le haría volar en pedazos, interrumpió la maniobra a la mitad.

Y lo cierto es que, tras abandonar el bucle, un enjambre de proyectiles le pasó rozando y atravesó su trayectoria anterior.

Luke se elevó con R2-D2 chirriando a su espalda y disparó con los cuatro cañones láser. No acertó a darle a ninguna nave enemiga, pero la ráfaga derribó una línea de proyectiles dirigidos hacia él. Aun así, dos de ellos escaparon al ataque y Luke tuvo que girar un par de veces de un lado a otro. Ni siquiera estaba seguro de que la nave pudiera aguantar esos impactos, y los gritos de R2-D2 le indicaron que quizás tampoco lo hiciera el androide.

Ladeó la nave una vez más y voló hacia la izquierda. Logró escapar de dos naves enemigas y disparó al pasar, eliminando así a la primera y dándole un buen golpe a la segunda, que salió despedida girando sin control.

Luke percibió peligro a un lado y por detrás del Ala-X, y escapó volviendo hacia la derecha y acelerando la nave a fondo por la única ruta que quedaba abierta.

El motor iónico que le quedaba lanzó un chirrido de protesta y no pudo ofrecerle la aceleración necesaria.

Luke iba rápido, pero sus enemigos le estaban alcanzando y se acercaban por todas partes.

—oOOOo—

—Es Kyp —dijo Han cuando vio el conocido Ala-XJ destrozado—. Oh, no —añadió.

Los instrumentos comenzaron a chirriar y, al echar la vista a un lado, descubrió el porqué. Un enjambre de insectos se aproximaba al Ala-XJ y al *Halcón* a toda velocidad.

—Era una trampa —insistió Han—. Han utilizado a Kyp para traernos aquí.

— ¿Crees que son inteligentes? —preguntó Anakin escéptico. —Creo que les ha funcionado —fue la respuesta de Han—. Prepárate para volar de verdad.

Anakin puso manos a la obra con sus instrumentos.

—Ve al cañón de arriba —ordenó Han refiriéndose a la batería de cuatro cañones láser situada sobre el *Halcón Milenario*. La vieja nave tenía dos de ellas, una en la parte de arriba y otra debajo. Además de una frontal que podía controlarse desde la cabina.

Cuando se levantó, Anakin escuchó a su padre murmurar en voz baja: —No te mueras, Kyp.

Anakin salió corriendo y entró en la estancia central de la nave. Tuvo que apartar a varias personas para tomar asiento y pensó en preguntar a la gente si alguien sabía manejar ese tipo de cañón para que se situara en la posición de abajo. Pero no lo hizo. Si su padre quería que alguien ocupara ese puesto, se lo pediría él.

Anakin subió por la escalera, se apretujó en el asiento y se puso el cinturón de seguridad de la silla giratoria tocando el mando y el cierre con las dos manos. A Anakin le encantaba aquel lugar. La silla giratoria y las potentes armas eran como una prueba de sus habilidades y su capacidad de reacción y, lo que era mejor, dada la velocidad de los objetivos, era una prueba de intuición, de su unión con la Fuerza. Ahora tenía la oportunidad de utilizar las armas en una situación real y no podía evitar cierto entusiasmo a pesar del innegable peligro.

Pero ese sentimiento no duró mucho. Lo acontecido en Sernpidal estaba demasiado presente en su mente.

—No dejes que se nos acerquen esas cosas —le advirtió Han con seriedad, el tono de su padre devolvió a Anakin a la realidad e hizo que el chico pasara las manos sudorosas por los estriados mandos. A continuación contempló la situación que se desarrollaba ante ellos y al malogrado Ala-XJ. Como Han, esperaba que Kyp siguiera vivo.

— ¡Y no hagas saltar a Kyp en mil pedazos! —añadió Han de repente. Anakin, como si la advertencia hiciera referencia directa a su fallo más reciente, frunció el ceño. Oyó a su padre farfullando algo y aguzó el oído.

—Maldición, Chewie —decía Han despacio—. ¿Cómo voy a remolcar eso sin tu ayuda?

Anakin dejó de escuchar y se sintió como un intruso en un lugar donde no era bienvenido. Luego intentó volver a concentrarse en la situación actual, pero el ruego de Han dirigido a su amigo muerto hirió al chico profundamente. Anakin inspiró hondo y su expresión apenada se tornó rápidamente en un gesto de determinación. Hizo girar la pequeña cabina rotatoria, avistó a un grupo de criaturas insectoides acercándose a ellos y se detuvo. Entonces, sin dejar de apuntar y manteniendo la calma, esperó.

— ¿Intentarás dispararles cuando pasen de largo? —le gritó su padre.

Anakin ignoró el sarcasmo y, tranquilo, siguió esperando. Las criaturas estaban ya casi sobre el *Halcón*. Anakin podía ver sus ojos bulbosos y la absoluta ferocidad que reflejaban.

El muchacho abrió fuego con los cuatro cañones láser, que retrocedieron con el impulso de los disparos. Una ola de devastación formada por fragmentos de insecto y destellos luminosos inundó la pantalla. Sin dejar de apretar los gatillos, el joven Jedi hizo girar rápidamente los cañones y, disparando sin cesar, barrió los restos de insecto que quedaban.

Pero se acercaban más, muchos más, y cada vez más rápido. Anakin giró y dejó escapar una ráfaga. Después se volvió hacia el otro lado y soltó otra. Y, una vez más, uno de los insectos escapó de los proyectiles, lo siguió y lo alcanzó, pero Anakin lo hizo saltar en mil pedazos.

No era suficiente.

— ¡Están sobre el casco! — gritó Han.

Anakin bajó por la escalera hasta el puente principal y, apartando a la multitud, descendió hasta al almacén y preparó el cable de arrastre. Oyó a su padre llamándole repetidamente y escuchó algo sobre que los escudos no podían detener el ataque, pero mantuvo la calma y, cuando el *Halcón* sobrevoló el Ala-XJ que flotaba a la deriva, disparó el garfio y lo enganchó en una de las alas.

Luego escuchó el grito de su padre diciéndole que los insectos estaban a punto de penetrar en el *Halcón* y corrió. Sin embargo, Anakin no fue directamente al puente, sino que se dirigió a la cámara principal de transferencia de energía. Había estado trabajando en ella tras su desastroso aterrizaje en Coruscant, trabajando con... Chewbacca, y la conocía muy bien. Desactivó el interruptor y apagó casi todos los sistemas del *Halcón* excepto los esenciales. Escuchó los gritos de terror de los numerosos pasajeros, pero no hizo caso y no los dejó entrar en su mente. Según su padre, los insectos estaban en el casco, así que tiró del cable principal y volvió a activar la energía. Luego subió a la escotilla superior con el cable chispeante en la mano. Anakin lo introdujo suavemente por la abertura hasta que el cable giró sobre sí mismo. Y entonces contuvo la respiración.

El cable principal hizo contacto con el casco y envió una descarga eléctrica que encendió el *Halcón* como si fuera una vela de cumpleaños.

— ¿Qué estás haciendo? — gritó Han desde abajo—. ¡No tenemos energía!

— Estoy lavando al casco — respondió Anakin, y regresó abajo—. Ve a ver si ya está limpio.

Han se le quedó mirando fijamente, pero, cuando volvió al puente, descubrió que todas las lecturas indicaban que los insectos habían sido barridos del casco. Muchos flotaban alrededor. No estaban chamuscados ni magullados, pero por lo menos estaban aturdidos.

Las luces parpadearon y la potencia volvió a estar en pleno funcionamiento.

—Bien hecho, hijo —susurró Han sin aliento.

Un momento después, los cañones láser rugieron sobre el puente y eliminaron a los monstruos flotantes del firmamento.

Han no pudo evitar sonreír y comprobó que el cable de arrastre tenía firmemente agarrado el Ala-XJ de Kyp. Después volvió a la caravana de naves buscando un carguero en el que pudieran introducir el Ala-XJ para comprobar si el Jedi estaba vivo o muerto.

—oOOOo—

Luke volaba guiado únicamente por el instinto, combinando sus intuiciones con sus reacciones. Mientras volaba, esquivaba y caía en picado, llevaba a cabo una exhibición deslumbrante que obligaba a la horda de cazas enemigos a esforzarse por mantener el ritmo. Durante el proceso, llegó incluso a hacer que dos de ellos colisionaran. R2-D2 aullaba sin cesar. Luke era demasiado rápido para el androide astromecánico, y sus cambios de trayectoria eran tan bruscos que los instrumentos de navegación no podían calcularlos ni corregirlos.

Con dos enemigos en la cola, Luke describió un arco, dio un giro elegante y evitó los proyectiles por los pelos, ya que uno de ellos arañó la cara inferior del ala derecha.

—Por favor, concédeme esto —le pidió a su nave, y aceleró al máximo de su potencia.

Los cazas enemigos le seguían de cerca.

Luke dio marcha atrás y el malogrado motor iónico lanzó un rugido de protesta, el Jedi intuyó una colisión y, en el último segundo, se hizo a un lado. Ambos enemigos le pasaron rozando.

Los cuatro cañones láser del Ala-X comenzaron a disparar indiscriminadamente, haciendo saltar en pedazos los dos cazas rocosos por todo el sector.

Pero no había tiempo para detenerse a celebrarlo porque se acercaban muchos más desde todos los ángulos. Luke gruñó e hizo girar la nave hacia ambos lados, con los cañones disparando sin cesar y reaccionando a la velocidad del rayo.

Pero él sabía que no sería suficiente. Esta vez no, no contra tantos oponentes.

Una explosión a su izquierda llamó su atención. Después escuchó otra y, entonces, el *Sable de Jade* apareció rompiendo las líneas enemigas. — ¡Te cogeré al vuelo! —gritó Mara.

Luke giró en esa dirección y el *Sable de Jade* le adelantó. Entonces pudo ver el compartimento de cola abierto de par en par. Luke introdujo el Ala-X todo lo que pudo. Los propulsores chirriaron cuando entró en la estancia y, en ese momento, el impulso cesó, el Jedi desconectó todos los sistemas del caza y el Ala-X cayó al suelo con un ruido sordo.

— ¡Ya estoy dentro! ¡Ya estoy dentro! —gritó mientras miraba hacia atrás para ver cómo se cerraba la compuerta de popa.

Luke recibió algunos impactos y sintió el bamboleo del *Sable de Jade*, pero sabía que la nave estaba preparada para recibirlos. Salió del caza y corrió por los pasillos. Los movimientos de evasión de la nave le zarandearon de un lado a otro. Cuando llegó al puente, Mara lo tenía todo bajo control. La mujer voló alrededor del quinto planeta del sistema y se impulsó con su fuerza gravitatoria, lanzando así la nave al espacio profundo y dejando atrás a los cazas enemigos.

—Algo terrible está pasando aquí —dijo Mara.

—Algo que tiene que ver con Belkadan y con ese guerrero —añadió Luke—. Estoy seguro de ello.

—Había miles de naves persiguiéndote —explicó Mara.

Luke reflexionó un instante sobre la situación.

—Volvamos con Lando —dijo al fin. Pero Mara, con la misma idea, ya había programado esa ruta. Si había tantos de esos extraños cazas en ese planeta, ¿cuántos más habría merodeando por el sector? ¿Cuántos habrían estado en Belkadan?, ¿y cuántos estarían ahora en Sernpidal?

¿Y en Dubrillion?

—oOOOo—

Unas horas después, Kyp Durrón cruzó la pasarela y el tubo que conectaba el carguero que había recogido a su Ala-X con la escotilla superior del *Halcón Milenario* y entró en la cabina de la nave.

—Elecuatro ha muerto —dijo en voz baja. Se le veía muy afectado por la pérdida.

Anakin entendía su dolor, ya que él hubiera sentido lo mismo si hubiera perdido a R2-D2 o a C-3P0, casi tanto como el que sentía ahora por la muerte de Chewie. Han, sin embargo, se encogió de hombros e incluso llegó a sonreír, como si la pérdida de un androide no fuera comparable con lo que él sentía en ese momento.

— ¿Qué eran esas cosas? —le preguntó Han un rato después. Kyp se

encogió de hombros.

—Seguíamos a una nave desde Belkadan hasta el cuarto planeta del sistema Helska —explicó él—. Y allí nos... —se detuvo y tragó saliva un par de veces. Han y Anakin le miraron interrogantes.

— ¿A los trece? —preguntó Han, que ahora lo entendía todo. Su rostro se suavizó con una expresión de auténtica compasión.

Kyp asintió tristemente.

— ¿Fueron los insectos? —preguntó Han.

—Eso vino después —explicó Kyp. A continuación describió los cazas con forma de roca y les explicó cómo sus compañeros habían sido desprovistos de sus escudos uno tras otro—. Los insectos me persiguieron a mí y a uno de mis pilotos cuando saltamos a la velocidad luz.

— ¿Pueden saltar al hiperespacio? —preguntó Anakin sin poder creerlo. Kyp se encogió de hombros. La respuesta era evidente.

Han iba a contestar, pero se detuvo. Algo en la pantalla llamó su atención.

— ¿Qué ocurre? —preguntaron Anakin y Kyp al unísono.

Ambos se acercaron para mirar el monitor, en el que empezaban a aparecer un montón de señales cuyo número aumentaba más y más. Eran señales grandes y más potentes que las que provocaban las criaturas insectoides.

— ¿Cómo dices que eran esos cazas? —dijo Han.

Han llamó inmediatamente a toda la caravana para que rompieran filas y mantuvieran la ruta a toda velocidad hacia el planeta de Lando. Muchas de las naves podían saltar al hiperespacio, pero otras muchas, demasiado dañadas, no podían hacerlo. Tendrían que ser arrastradas con rayos tractores, lo que retrasaría considerablemente la marcha de la caravana de refugiados. Han ordenó a algunas de las naves pequeñas y más rápidas que se adelantaran y comunicaran a Lando que preparara las defensas. Después, el *Halcón* voló entre las naves que quedaban, organizando el remolque e intentando calmar a los agobiados refugiados. Los pilotos de todos los remolcadores se pusieron de acuerdo en una velocidad aceptable, introdujeron la ruta y saltaron al hiperespacio.

Anakin estuvo pendiente de los instrumentos en todo momento, calculando la ruta y la velocidad de los cazas enemigos, si es que eran eso, y determinando el tiempo que tardarían en alcanzarlos.

Todos respiraron hondo un rato después, cuando el joven Jedi les anunció que llegarían al planeta de Lando antes que sus enemigos. Pero no mucho.

CAPITULO 19

La perfección del trabajo en equipo

Tenemos más cañones que gente para manejarlos —dijo Lando con aquella sonrisa suya—. La mayoría pertenecen a operaciones de salvamento. Los rescatamos de las carcasas derruidas de los destructores estelares del Imperio.

Han no se sorprendió. Lando se encontraba entre los hombres más capaces que había conocido, y Lando era el más capacitado para cuidar de Lando y para proteger los intereses de Lando.

—Descargamos tu mercancía —dijo Han.

Lando le miró confundido.

—Te estoy hablando de Sernpidal —prosiguió Han—. Descargamos la mercancía antes de que cayera la luna. ¿Crees que tu contacto comercial estará contento?

—Oye, amigo, yo no tengo la culpa —dijo Lando haciendo un gesto con las manos.

— ¡Es culpa tuya que estuviéramos allí! —rugió Han.

— ¡Y veinte mil personas se alegran de que estuvierais allí! —replicó Lando, recordándole intencionadamente a su amigo que, aunque la pérdida de Chewbacca había sido terrible, los esfuerzos de Han, Anakin y el wookiee habían salvado a miles y miles de personas.

Han se mordió los labios y cerró los puños con fuerza un par de veces. En aquel momento no sabía muy bien si ponerse a discutir con Lando o dejar de lado su dolor y su ira hasta que hubiera pasado el peligro.

—No podemos remontarnos a las decisiones que nos trajeron hasta aquí —dijo Lando lentamente y moviendo la cabeza de un lado a otro—. Si no te hubiera pedido que fueras a Sernpidal, no lo habrías hecho y Chewie estaría aquí; pero habrían muerto muchas otras personas, probablemente Kyp entre ellos, y no tendríamos ni idea de lo que se nos avecina. En ese caso, todos nosotros, Chewie incluido, estaríamos en serios problemas.

La lógica era aplastante, admitió Han para sí mismo, pero, aun así, no alivió la herida de su corazón.

—Vendrán en enjambres —dijo Han—. ¿Cuántos cazas puedes reunir?

Lando respondió con una expresión menos altanera.

—Cazas no nos faltan. Lo que no tenemos son pilotos.

— ¿Ni siquiera con el juego de recorrer el cinturón de asteroides?

—Ya sabes a qué tipo de gente atrae esas cosas —dijo Lando—. ¿Crees que alguno se quedaría sabiendo que un ejército se dirige hacia nosotros?

Han se detuvo, consideró el tema y se dio cuenta de que no podía disentir. Había tratado con contrabandistas toda la vida y sabía que la mayoría de ellos velaban por sus necesidades y su seguridad por encima de todo. Y lo cierto, meditó, es que quizá fuera la mejor opción en aquella situación. Quizá lo mejor para todos sería abandonar Dubrillion y volver al Núcleo Galáctico, donde podrían conseguir auténtico armamento de apoyo. Han mantuvo ese dilema en la cabeza hasta que uno de los hombres de Lando les pidió que se acercaran a una pantalla de datos. Lando estuvo un rato leyendo y frunció el ceño.

—Quizá tengamos más pilotos de lo esperado —dijo, girando la consola para que Han pudiera verla.

Han apenas le echó un vistazo. En su lugar, miró a Lando.

—El enemigo ya está entrando en el sector —explicó Lando—. Acabamos de recibir la llamada de un par de pilotos que salieron del planeta antes de que llegarais. Han sido atacados por una especie de cazas multicolores. Dicen que las naves parecían rocas voladoras.

—Como las que describió Kyp —dijo Han con tono pesimista.

—Quizá lo mejor sea hacernos fuertes en el planeta —sugirió Lando—. Que se queden con el cielo. Nosotros nos enterraremos en los búnkeres. Mi maquinaria minera puede llevarnos a una profundidad donde no alcancen sus armas.

Han no estuvo en completo desacuerdo, pero sabía lo que acababa de pasar en Sernpidal, y estaba profundamente convencido de que todas aquellas catástrofes repentinas estaban conectadas. Si se enterraban tras barreras defensivas quizá podrían escapar del alcance de los cazas enemigos, pero Dubrillion tenía una luna. Una luna muy grande.

—Envía inmediatamente unas cuantas patrullas por el planeta —dijo—. Que busquen cráteres, campos de energía y rayos.

Lando, que acababa de escuchar la historia del terrible final de Sernpidal, no lo pensó dos veces.

— ¡Han! —se oyó un grito al otro lado del pasillo. Leia entró por la puerta con C-3P0 a sus espaldas—. ¡Me he enterado! —corrió llorando hasta su marido y lo

envolvió en un fuerte abrazo—. Anakin me lo ha contado.

Han hundió la cara en la oscura melena de Leia y enterró sus sentimientos. Quería que el caos que guardaba en su interior siguiera siendo algo íntimo. A pesar del heroico comportamiento de su hijo con las criaturas insectoides, seguía sintiéndose frustrado con Anakin y con la evacuación de Sernpidal. Apenas había comenzado a asimilar la pérdida de su mejor amigo, su leal compañero y copiloto durante décadas. Y no podía hablar de ello todavía. No podía permitir que el peso de aquella derrota le afectara durante lo que se les avecinaba. Su familia estaba allí, el abrazo de Leia se lo recordaba. Su mujer y sus tres hijos. Todos acabarían muertos si se dejaba llevar y no daba lo mejor de sí mismo.

Leia se separó un poco de su marido para hablarle.

—Murió salvando a Anakin —dijo lentamente.

Han asintió inexpresivo.

—Anakin está muy mal —dijo ella preocupada.

Han iba a decir que el chico se merecía sentirse mal, pero se contuvo. Aun así, el sentimiento consiguió abrirse paso hasta su rostro durante un instante, lo suficiente para que Leia lo captara.

— ¿Qué ocurre? —tanteó ella.

Han miró a Lando.

—Date prisa con la búsqueda —le ordenó. Lando se puso en camino, no sin antes inclinarse ligeramente y guiñarles un ojo.

— ¿Qué ocurre? —insistió Leia, mirando fijamente a Han y cogiéndole de la barbilla para que la mirara a los ojos.

—Buscan algo para que el planeta esté más seguro —respondió Han.

—Me refiero a Anakin —aclaró Leia—. ¿Qué pasa?

Han soltó un largo suspiro y la miró fijamente.

—Tuvimos un desacuerdo sobre la retirada —explicó él.

— ¿Y eso qué significa?

—Le abandonó —exclamó Han, terminando la frase con un gruñido. Negó con la cabeza y apartó a Leia suave pero firmemente—. Tenemos que prepararnos para el ataque —dijo.

Leia le cogió del brazo, obligándole a darse la vuelta.

— ¿Cómo que le abandonó? —repitió ella suspicaz.

—Anakin le dejó allí, abandonó a Chewie —musitó Han.

Leia, demasiado sorprendida para responder, le dejó ir. Han desapareció de allí y dejó a su mujer llena de dudas y temores.

—oOOOo—

—No podía hacer otra cosa.

Jacen se quedó en la puerta, escuchando las palabras de su hermano pequeño. Había oído lo del desastre en Sernpidal y había encontrado a su madre llorando por la muerte de Chewie. Y aunque no tenía más pruebas que las miradas que su padre le dirigía a Anakin, sospechaba que su hermano había tenido algo que ver.

— ¿Estás seguro? —resonó otra voz en la habitación, la de Jaina.

—La luna caía a toda velocidad —replicó Anakin—. el aire estaba lleno de fuego.

—Por la compresión —dedujo Jaina.

—Ni siquiera sabemos dónde se había llevado el viento a Chewie, ni si seguía vivo.

—Pero papá dice que le vio —replicó Jaina. Jacen frunció el ceño al oír eso. Temía que Anakin estuviera mintiendo para ocultar algo.

—Era demasiado tarde —admitió Anakin—. Fue cuando nos alejábamos de allí. Puede que nos quedaran unos cuatro segundos antes del impacto. ¿Cómo íbamos a sacarle de allí y escapar en cuatro segundos?

La puerta se abrió y Jacen entró en el dormitorio, el muchacho se quedó mirando a su hermano. Era una mirada de comprensión y no de acusación, aunque eso no les parecía tan obvio a Anakin y a Jaina, que le miraban asustados.

—No pudiste hacerlo —dijo Jacen. A Anakin le sorprendió el aparente apoyo de su hermano mayor—. Si el aire estaba empezando a quemarse, el *Halcón* no habría podido emprender el vuelo contra la corriente. Probablemente habríais aterrizado sobre Chewie, o justo a su lado, y habríais muerto todos.

Anakin parpadeó varias veces y su hermano supo que estaba conteniendo las lágrimas. Sabía por lo que estaba pasando. Su propio dolor era intenso y abrumador. Chewbacca había sido como un hermano mayor o un tío juguetón con ellos, y estaba más próximo a su padre que el propio Luke. Pero podía entender que el dolor de Anakin, lógicamente mezclado con la culpa, era mucho mayor que el suyo.

—Papá no lo ve así —dijo Jaina, y volvió a mirar a Anakin con cara de pena—.

Está muy enfadado.

—Está furioso —dijo Jacen.

Jaina aguantó la respiración y le miró fijamente.

—La ira que siente por haber perdido a su mejor amigo le abrumba —prosiguió Jacen—. En realidad no es por nada que tú hicieras o dejaras de hacer —dijo a Anakin—. Es por haber perdido a Chewie.

—Pero yo... —comenzó a responder Anakin.

Jacen se acercó a él y apoyó las manos en los hombros de su hermano, mirándole fijamente.

— ¿Podrías haber alcanzado a Chewie para meterlo en la nave? —le preguntó. Su voz rezumaba la intensidad de la Fuerza y obligaba tanto a Anakin como a Jaina a que escucharan y registraran cada palabra y cada sílaba con claridad cristalina.

Al recordar aquellos terribles momentos en Sernpidal, Anakin pareció a punto de explotar, el peso de aquella pregunta, el núcleo de su existencia emocional en aquel momento, cayó sobre él.

—No —respondió sinceramente.

Jacen le acarició el hombro y se dio la vuelta.

—Entonces hiciste lo correcto —dijo—. Salvaste a todos los demás. —Pero papá... —comenzó a decir Anakin.

—Papá no está ni la mitad de destrozado y furioso de lo que estaría Chewie si supiera que todos vosotros ibais a morir para salvarle —exclamó Jacen antes de que Anakin pudiera empezar a argumentar algo—. ¿Puedes imaginar lo que supone enfrentarte a tu propia muerte sabiendo que tus mejores amigos van a morir por tu culpa? ¿Cómo se habría sentido Obi-Wan Kenobi si el tío Luke hubiera vuelto para ayudarle en su última pelea contra Darth Vader? Se habría sentido muy mal porque el tío Luke habría arriesgado su vida y quizás habría destruido la última esperanza que tenía la Alianza Rebelde para derrotar al Imperio. Con lo de Chewie pasa lo mismo. Él te salvó. Salvó al hijo del amigo que más quería y ese acto le costó la vida. Murió sabiéndolo.

Entonces, Jacen dio la espalda a Anakin y miró a Jaina, que estaba boquiabierta y sorprendida por su elocuencia. Detrás de él, escucho los gemidos de Anakin y supo que iba a desatarse el manantial de lágrimas, contenido hasta el momento por el peso de la culpa.

Y él sintió también ganas de llorar, algo que no quería hacer delante de su

hermano pequeño, y mucho menos delante de su hermana.

Se despidió de Jaina con una inclinación de cabeza y salió de la habitación.

Jaina se colocó junto a su hermano Anakin y lo abrazó con fuerza. Él no intentó apartarse, enterró la cara en la espesa melena de su hermana y sus hombros se sacudieron por los sollozos.

—oOOOo—

—El *Renovador* está en Ord Mantell —explicó Leia alzando la vista de la consola y del comunicador—. Tardará tres días en llegar.

Lando miró a Han. A ninguno le entusiasmaba aquella noticia. Leia se había pasado toda la mañana buscando por los canales de comunicación con la intención de localizar en el sector naves armadas de apoyo, pero Dubrillion estaba lejos del Núcleo y lejos de cualquiera de las actuales actividades de la Nueva República, lo que significaba que el *Renovador* era la nave de guerra de grandes dimensiones más cercana. Por desgracia, el enjambre de naves enemigas llegaría en dos días si no alteraba la ruta y la velocidad.

Pero Han sabía que eso era mucho suponer. Los encargados del seguimiento de las naves habían detectado una aceleración, y eso sí que le había dejado un mal sabor de boca. Si las naves podían acelerar, ¿por qué no lo habían hecho antes, atrapando así a los indefensos refugiados? Han solía darse cuenta cuando lo utilizaban de cebo, y se preguntó si él y el resto de los refugiados no habrían guiado a sus enemigos hasta Dubrillion.

—Envía un mensaje al destructor estelar —dijo Lando a Leia. Luego se volvió hacia Han—. Les mantendremos a raya hasta que llegue el *Renovador*.

— ¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó Han a Leia. La mujer se limitó a negar con la cabeza. Todos pensaban que Luke y Mara ya habrían llegado a Belkadan, y quizás incluso ya estaban de vuelta, pero no lo habían confirmado.

—Quizás haya una posibilidad de salir de aquí —dijo Leia—. Podemos llenar las naves más rápidas, dirigirnos hacia Ord Mantell y quedar a medio camino con el *Renovador*.

—Esa nave de guerra no está equipada ni con la mitad de armamento que hay en Dubrillion —dijo Lando—. Si tenemos que enfrentarnos a ellos prefiero que sea aquí.

Leia miró a Han, que admitió que Lando tenía razón.

—Los mantendremos a raya hasta que llegue el *Renovador* para ayudarnos —prosiguió Lando. Su tono mostraba más confianza, como si el plan se

estuviera desarrollando al mismo tiempo que lo explicaba—. Y si seguimos enviando la señal de socorro, la mitad de la flota estará aquí en menos de una semana.

—Si nos escuchan —le recordó Leia—. La Nueva República tiene sus propios problemas más cerca de casa. No creo que envíen a la mitad de la flota para un conflicto menor en el Borde Exterior.

— ¿Menor? —repitió Lando sin poder dar crédito.

Han arrugó el gesto como si le acabaran de abofetear. Después de todo, acababa de contemplar la destrucción de un planeta entero. Pero Leia sabía que ni los miembros del Consejo ni nadie alejado del Borde Exterior verían las cosas de la misma forma que él. En el Núcleo Galáctico había ciudades con más habitantes que todos los planetas de los tres sectores vecinos juntos, y en Coruscant todos los días se oían historias sobre catástrofes terribles. Enviarían ayuda, claro, probablemente una nave de expedición o un escuadrón de Ala-X, pero sólo si Dubrillion tenía suerte.

—El *Renovador* tiene un destacamento. Unos cuantos cruceros pequeños, fragatas, cargueros de apoyo e incluso una nave de transporte para tripulantes —explicó ella—. Les llamaremos y les diremos que vengan a toda velocidad.

—Mantendremos el camino despejado para que se unan a nuestras fuerzas —dijo Lando confiado. Luego miró a Han ¿Qué vas a hacer con el *Halcón*?

—Estaré ahí arriba luchando —prometió Han.

En los ojos del hombre había realmente una promesa firme y una mirada fría, más fría de lo que Leia había visto nunca en la cara de su esposo. La mujer supo que estaba convirtiendo su dolor en ira y que quería que cada enemigo pagara por la pérdida de su mejor amigo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Leia.

Jacen, Jaina y Anakin entraron en ese momento en la sala de control con expresiones resueltas y firmes.

—Nosotros también iremos —declaró Jaina.

—Ni hablar —comenzó a discutir Han.

—Somos Caballeros Jedi —interrumpió Jacen—. No puedes excluarnos de la lucha.

—No necesito tres copilotos —replicó Han. Ya tienes uno —afirmó Leia—, porque yo voy contigo.

Todos los presentes volvieron la mirada hacia ella con curiosidad. Hacía mucho tiempo que Leia había cambiado su rol de guerrera por el de diplomática, pero lo dijo con la mirada firme y con una expresión que no dejaba lugar a la discusión.

—Ahí lo tenéis —dijo Han—. Vuestra madre volará conmigo. Los tres chicos negaron con la cabeza, indicándole a su madre que Han no se estaba enterando de nada.

—Yo no seré tu copiloto —dijo Jaina—. Prefiero llevar un caza.

—Ni hablar —repitió Han, negando con la cabeza.

—Tienes un montón de naves —se quejó Anakin a Lando.

—Y no hay pilotos en Dubrillion mejores que nosotros —añadió Jacen—. Si perdemos la batalla ahí arriba, el conflicto llegará aquí abajo en un abrir y cerrar de ojos.

—Prefiero luchar arriba, donde tenga ventaja —prosiguió Jaina.

Leia sabía que lo que provocaba esas palabras era la confianza y no la fanfarronería, una confianza merecida, dada la puntuación de Jaina entre los corredores del cinturón. Una vez más, Leia se maravilló ante el increíble trabajo que Mara estaba realizando con el talento de su hija, tanto a nivel emocional como físico.

—Los tres sabemos pelear —añadió Jacen—. Lo sabéis, y además, necesitáis pilotos.

Han se dispuso a replicar, pero se detuvo y tomó aire lentamente. Luego miró a Lando.

— ¿Puedes proporcionarles escudos desde el planeta? —le preguntó—. ¿Como los que tenían en el cinturón de asteroides?

—Estoy bajando la *Corredor I* a la superficie —respondió Lando—. A pesar de su potencia, la base no tiene capacidad defensiva, así que sería presa fácil ahí arriba. La colocaré en alguna plataforma elevada con sus sistemas activos. Así podrá prestar algo de energía a los escudos de los cazas equipados que no se alejen demasiado.

— ¿Cuántos cazas podemos equipar? —preguntó Han, entrecerrando los ojos y maquinando algo.

Lando negó con la cabeza, rechazando esa posibilidad.

—Eso no es fácil y además requiere demasiado tiempo y espacio —explicó—. Ni siquiera podría conectar el *Halcón* a los escudos en menos de una semana, y

tendría que quitaros la mitad de los sistemas para que la potencia fuera accesible a la señal.

—Así que sólo tienes unos cuantos cazas TIE y un par de bombarderos TIE — subrayó Han.

—Suficiente para los chicos —dijo Lando, encogiéndose de hombros. —Pero esos cazas TIE no van armados —protestó Jaina. A ninguno de los tres hermanos le gustaba el tono que estaba tomando la conversación.

—Ahora sí —dijo Lando con una sonrisa orgullosa.

Jaina le miró escéptica.

—No mucho —admitió él—. Sólo un cañón láser y un depósito de torpedos. Tendrías que pilotar realmente bien para provocar algún daño a la flota enemiga...

Se detuvo y dejó aquellas palabras en el aire. Leia vio las caras de curiosidad de sus tres hijos, miró a Lando y no supo si darle las gracias o enfadarse con él por la astucia con que había jugado con el ego de los chicos. Porque aunque Leia era muy consciente del talento, buen juicio y entrenamiento de sus hijos, y entendía perfectamente que la situación era desesperada, no estaba precisamente entusiasmada con la posibilidad de que intervinieran en la batalla. Miró a Han, pero no halló respuestas en su perpleja expresión, y lo cierto es que apenas había opciones. Habían visto los datos sobre el seguimiento de la fuerza enemiga, y era gigantesca.

—Quedaos cerca del planeta —dijo Leia.

— ¡Los tres! —añadió Han alto y claro, y señalándoles con el dedo.

—Al alcance de la *Corredor I* y de los turboláseres del planeta —terminó Leia.

Jaina y Jacen sonrieron al darse cuenta de que esta vez no les dejarían fuera.

Pero en la cara del joven Anakin no había sonrisa. Miraba a su padre, buscando algún indicio de perdón.

Y no encontró ninguno.

Jaina y Jacen salieron de la estancia, Anakin se fue con ellos.

— ¿Crees que mamá podrá ayudar a papá? —preguntó Jacen a Jaina con sincera preocupación—. Hace mucho que no vuela. Quizás uno de nosotros debería ir con ellos.

Jaina lo pensó un momento, pero recordó que su madre no era una novata en eso de la acción y negó con la cabeza. De acuerdo, Leia y Han ya no eran tan

jóvenes, pero ambos tenían todavía mucha energía dentro.

—Sabrán responder ante el enemigo —aseguró a su hermano—. ¿Qué nave tiene Lando que pueda compararse con el *Halcón Milenario*?

Jacen le devolvió la sonrisa a su hermana y comenzó a hablar de la estrategia de batalla. Intentaron meter a Anakin en la conversación, pero no parecía prestarles ninguna atención. Estaba perdido en alguna parte en su interior.

Y lo cierto es que la mente de Anakin estaba anclada en el pasado, rememorando una y otra vez aquellos terribles últimos momentos en Sernpidal e intentando adivinar si realmente había hecho algo mal, si había algo, cualquier cosa, que hubiera podido hacer para cambiar los acontecimientos y salvar a Chewbacca.

No había respuesta. La lógica le decía que había hecho lo correcto, que había optado por lo único que podía hacer para salvar el *Halcón* y sus muchos pasajeros. Pero la lógica no podía llegar al corazón del chico ni contrarrestar las miradas de desaprobación de su padre ni cambiar la realidad. Chewie se había ido, estaba muerto, y nadie podía hacer nada al respecto.

—oOOOo—

—Han entrado en el sistema —anunció Leia. Luego se colocó junto a Han en el asiento del copiloto del *Halcón*. A sus espaldas, un nervioso C-3P0 no dejaba de parlotear sobre nada en concreto.

—Quizá puedan interceptar sus transmisiones —comentó el androide—. Para mí sería un placer traducirlas en caso de que hablen un idioma que no conozcan —siguió ofreciendo sus habilidades. Han y Leia se dieron la vuelta para mirarle.

—Podíamos haberle dejado en tierra, ¿no? —preguntó Han.

Leia sonrió y miró a C-3P0 un instante. Era un amigo y alguien cuya compañía ella apreciaba. Después volvió a centrar su atención al frente.

—También podría codificar nuestras propias comunicaciones —prosiguió incansable el androide, sin percatarse de que ni Han ni Leia le estaban escuchando.

Han asintió con la cabeza hacia Leia. En ese momento estaban recibiendo los primeros sonidos de la batalla, procedentes de los cazas que Lando había enviado a patrullar en las órbitas de los otros planetas. Los pilotos enviaban descripciones de la flota enemiga que coincidían exactamente con lo que había contado Kyp Durrón sobre los cazas enemigos.

— ¿Oyes eso, chico? —preguntó Han, abriendo la comunicación con el cañón superior del *Halcón*.

—Va a ser un viajecito —respondió Kyp, el joven Jedi estaba cómodamente sentado en el cañón superior del *Halcón*, ya que aún no estaba lo suficientemente recuperado de su terrible aventura como para pilotar una nave hacia la batalla y se había ofrecido como artillero. En cualquier caso, Lando tampoco tenía ninguna nave que él quisiera pilotar.

Leia dio paso a la comunicación procedente de todos los canales y escuchó con atención. Los informes llegaban atropelladamente. Había llamadas de socorro, gritos victoriosos y advertencias de que las fuerzas enemigas se acercaban a los planetas interiores, cerca de Dubrillion y Destrillion.

—Esto se pone bien —murmuró Han.

Leia comprendió su tono y reconoció el nerviosismo más allá de los temores de la batalla. Al igual que Leia, Han no temía por él, sino por sus tres hijos, cada uno de los cuales estaba pilotando un caza TIE ahí abajo, en órbita cercana a Dubrillion.

Las señales de alarma de los mandos del *Halcón* comenzaron a sonar. Al mirar el monitor pequeño vieron unos cuantos puntos verdes que parpadeaban. Eran los primeros cazas en retirada.

Y, de repente, la misma pantalla empezó a teñirse de rojo debido a la enorme cantidad de naves que les seguían.

— ¡Son demasiados! —gritó el piloto de uno de los cazas. Han y Leia supieron realmente por qué lo decía.

Han cogió aire lentamente. Esperaba que Leia sugiriera que él ocupara el cañón inferior, ya que ella podía coger los mandos, pero sabía que su sitio estaba ahí, pilotando el *Halcón*.

—Limítate a darme los datos según vayan entrando —le dijo para evitar preguntas. Para su sorpresa, Leia se levantó. Él la miró interrogante.

—Voy al cañón de abajo —explicó ella. La expresión de Han se volvió aún más incrédula.

—Me apetece disparar un poco —dijo Leia. Aunque estaba claro que se trataba de una broma y que era una afirmación destinada a romper la tensión, ni Han ni Leia sonrieron.

Han contempló un momento la expresión determinada de su mujer y luego asintió. Leia le dio un beso en la mejilla antes de dirigirse al cañón inferior. Han también podía disparar desde el puente los láseres frontales pequeños, pero su auténtica tarea era alinear a las naves enemigas para las armas de mayor tamaño.

— ¿Me recibes? —dijo Leia por el comunicador.

—Te recibo —le confirmó Han—. Asegúrate de cubrir el flanco izquierdo, y tú, Kyp, el derecho.

—Preparado para hacer cantar a estos monstruos —le respondió Kyp.

Han negó con la cabeza ante la infinita soberbia del hombre. Se parecía un poco a él, pero, por alguna razón, en aquel momento no tenía ninguna confianza. Miró sus instrumentos de seguimiento y la pantalla teñida de rojo por las incontables señales que recibía.

No tenía ninguna confianza.

—oOOOo—

Mientras sobrevolaban las torres de Lando en sus cazas TIE protegidos con escudos, el corazón de los tres jóvenes Solo se vio profundamente afectado por los informes, los primeros gritos de la batalla y la noticia de las primeras bajas. La *Corredor I* funcionaba perfectamente, pero, ya en los primeros trayectos, se dieron cuenta de que el efecto de los escudos disminuía cuando alguno de los cazas TIE abandonaba la atmósfera del planeta.

Las subsecuentes órdenes de su padre habían sido inflexibles y totalmente previsibles: durante la batalla, su misión era ejercer de patrulla de superficie para Dubrillion. No estaban encantados, pero sabían que la única ventaja que tenían sobre los cazas normales eran los escudos. Sin ellos no eran ni la mitad de buenos que los TIE habituales.

— ¡Cuidado con el ala! —gritó alguien por el comunicador.

— ¡En la cola! ¡En la cola! —dijo otro.

— ¡Kruuny, sal de ahí! —se oyó a un tercero.

—No te pongas nervioso, chico —dijo la conocida voz de Han—. Mantén la ruta. Te tengo.

¡No puedo esquivarlo! —gritó el ansioso Kruuny.

Los chicos reconocieron el estruendo de los cañones láser del *Halcón Milenario*.

—Gracias —dijo Kruuny, evidentemente aliviado.

— ¡Tienes uno en la cola, *Halcón*! —se oyó otra frenética voz. —Liquidadlo —dijo Han sin inmutarse.

Jaina, frustrada, agarraba tan fuerte los controles que los nudillos se le pusieron blancos, y apretaba tanto los dientes que le dolieron las mandíbulas. —Voy a salir al espacio exterior —dijo a sus hermanos.

—Ya sabes lo que nos ha ordenado papá —protestó Jacen, pero la nave de

Jaina ya se elevaba con el morro vertical. Anakin iba tras ella.

—Seguiremos en la atmósfera, pero justo en el borde —explicó Jaina—. Quiero ver lo que está pasando.

Un instante después, los tres cazas TIE salieron al espacio exterior y se movieron en esa fina línea que separa el vuelo en la atmósfera y el vuelo espacial. La batalla se desarrollaba con fiereza más allá de los reflejos que provocaba la luz en la atmósfera del planeta. Los tres jóvenes podían captar la corriente constante de gritos y mensajes tácticos que fluía por el comunicador. Jaina escuchó la llamada de Han y, fijándose en los destellos luminosos, creyó haber localizado el *Halcón*.

— ¡Una docena de enemigos entra en Dubrillion! —fue el repentino grito de Jacen. Jaina se dio la vuelta para mirar a su hermano, que volaba a su lado en el caza, y su vista se desvió hacia el horizonte, donde un escuadrón de naves enemigas rompía la barrera de la atmósfera.

—Van a entrar en la ciudad por el sudeste —explicó Jaina—. ¡Vamos! Los tres descendieron al cielo azul del planeta de Lando y se dirigieron hacia allá.

— ¡Escudos reforzados! —informó Anakin.

Los cazas TIE esquivaron los altos edificios y rugieron sobre la ciudad. Jacen fue el primero en localizarles. Los cazas enemigos se acercaban a toda velocidad disparando sin cesar los cañones en forma de volcán.

Los tres cazas TIE surgieron por el extremo sudeste de la ciudad y se dispusieron a repeler el ataque.

Y entonces, los cañones de tierra dispararon una violenta y estruendosa ráfaga de rayos de energía azul que llenó el cielo.

— ¡Atrás! —gritó Jaina, girando para volver hacia la ciudad. Sus hermanos la siguieron de cerca. Cuando volvieron para echar un vistazo, los ojos de Jaina confirmaron lo que sus sensores ya le habían indicado: los cazas enemigos habían sido destruidos por completo.

Lejos de sentirse satisfechos, el trío, hambriento de batalla, se dirigió rápidamente de vuelta al espacio exterior.

—Ampliad la formación —ordenó Jaina—. Y mantened los ojos bien abiertos. A ver si llegamos al siguiente grupo antes de que lo intercepten los cañones de Lando.

Apenas dijo esto, un pequeño grupo de cazas enemigos se precipitó en picado hacia Dubrillion. Los tres cazas TIE, con Jaina en el medio y sus hermanos en los flancos, se dirigieron veloces a su encuentro. Cuando se acercaron a los cinco

enemigos, los dos chicos cerraron la formación y el ala de sus naves casi rozó las del caza de Jaina. Trabajaron al unísono, más como una nave que como tres, cada uno disparando a discreción con su cañón láser.

Un par de cazas enemigos desaparecieron bajo la repentina lluvia de disparos, pero los otros tres reaccionaron rápido ante la nueva amenaza. Sus cañones dispararon, pero los Solo no intentaron escapar, sino que encajaron un impacto tras otro.

Los escudos aguantaron y las naves se mantuvieron juntas.

Un trío de torpedos, un disparo láser y la amenaza había desaparecido.

O al menos esa amenaza. Ahora, los gritos llegaban desde la superficie de Dubrillion y se mezclaban con los gritos procedentes de los cazas que luchaban y esquivaban los ataques en el espacio. Habían llegado más enemigos a la ciudad desde todos los ángulos. Los tres chicos Solo sabían que los cañones de Lando lo iban a tener difícil.

—Soy Gauch, del TB-1 —dijo el piloto de un bombardero TIE—. Les tenemos.

Jaina volvió a guiar a sus hermanos hacia el cielo azul y vio el bombardero TIE saliendo de la ciudad. La nave intercambiaba disparos con varios cazas enemigos y aguantaba casi todos los impactos gracias a los escudos mejorados.

Pero la ciudad empezaba a acusar el ataque y había varios edificios en llamas. Los turboláseres de superficie retumbaban y derribaban una nave tras otra, pero aparecían diez más por cada caza destruido.

— ¡Vámonos! —gritó Jaina.

— ¡Aquí, *Corredor I*! —resonó un grito—. ¡Nos han dado! ¡Nos han dado!
¡Los escudos se desactivan!

— ¡Estamos al descubierto! —confirmó Anakin. Jacen y Jaina consultaron sus instrumentos para confirmar que la *Corredor I* había dejado de emitir energía para los escudos—. ¿Qué hacemos?

—No dejéis que os den —dijo Jaina con firmeza, y les guió hacia abajo, esquivando los edificios, apartándose de los misiles volcánicos y de los terribles disparos de los cañones de superficie, pero sin dejar de soltar ráfagas con los láseres.

— ¡Me han dado! —dijo Gauch—. ¡No puedo controlarlo! ¡No puedo...!

Una gigantesca bola de fuego que se acercaba desde el extremo oriental de la ciudad les recordó a los tres jóvenes Jedi que aquello era real.

Jacen fue el primero en abatir a un enemigo. Disparó mientras rodeaba una torre, dio a un caza y evitó por fortuna el tiro de respuesta.

Pero otro enemigo le tenía a tiro, y Jacen pidió ayuda.

Jaina le adelantó, soltó el segundo torpedo y ese enemigo también cayó.

Gracias, hermanita —le dijo Jacen, y siguió a Jaina en su giro a la izquierda. Ambos vieron que Anakin perseguía a un enemigo mientras un trío de cazas le perseguía a él. el joven disparó entre dos edificios y luego se elevó. el caza que estaba persiguiendo atravesó uno de los haces de los potentes cañones de tierra y se desintegró. Anakin alzó el vuelo y se encontró con sus hermanos, uno al lado del otro, disparando ráfagas de láser.

Anakin viró a la izquierda y dio marcha atrás para compensar el impulso. Se mantuvo inmóvil un momento y, cuando comenzó a caer, aceleró a fondo y jugó con los mandos a derecha e izquierda, el morro del caza descendió, la nave dio una vuelta completa y cayó en picado. Un sutil cambio en el ángulo de descenso lo situó en la cola de uno de los cazas enemigos, al que derribó con tres disparos láser. Uno en el lado izquierdo, otro en el derecho y el último justo en el centro.

Anakin se elevó junto con sus hermanos, y los tres, con un tanto a su favor, se reunieron sobre la base principal de Lando. Los gritos de alegría sonaron a través del comunicador, seguidos por un "¡Seguid así!" de Lando, pero, de momento, la ciudad parecía despejada. Muchos de los cazas enemigos se habían ido y los cañones seguían disparando a los que quedaban.

—Papá nos dijo que voláramos bajo para mantener los escudos —dijo Jaina a sus hermanos. Antes de que pudieran responder, la chica dirigió el morro de su nave hacia arriba—. Pero ya no tenemos escudos —explicó—. Vamos a unirnos a la batalla.

—No podemos... —protestó Jacen, pero no continuó la frase. Jaina sonrió. Sabía que el punto de vista de su padre no sería como el que ella había expuesto a sus hermanos.

Pero esa discusión la tendrían otro día.

Los tres cazas TIE salieron de la atmósfera de Dubrillion y se internaron en el espacio exterior a la vez. Los tres hermanos vieron los destellos luminosos de la batalla y sus instrumentos les indicaron que tenían muchas naves a su alrededor.

—oOOoo—

El coral multicolor se deshacía en pedacitos brillantes cuando los cazas enemigos caían uno tras otro bajo el ataque del cuádruple cañón láser.

Mientras Leia disparaba las armas inferiores y eliminaba a otro obstinado enemigo, Han se concentró en lo que le rodeaba y en la ruta de escape abierta para el *Halcón*, el flanco derecho sufrió otra serie de impactos, hasta que Kyp despejó la zona delantera lo suficiente como para girar el gran cañón y seguir disparando.

—Ay de mí —se lamentó C-3P0 cuando el *Halcón* sufrió otro impacto—. ¡Creo que son demasiaa... aaa... aaa... dos! —añadió mientras salía despedido por el impulso, agitando frenéticamente los dorados brazos. Leia se dio la vuelta para mirarle, y aunque sabía que sus ojos no podían desorbitarse por el horror, a ella le pareció que lo hacían—. ¡Vamos a morir todos!

—Dile que se calle o lo arrojo al exterior —advirtió Han.

Ignorando las protestas de Kyp para que mantuviera firme el *Halcón*, Han puso la nave de lado y se alejó de varios cazas enemigos. Un Ala-X que disparaba con los cuatro láseres llegó volando por su izquierda, pero con un enjambre de perseguidores en la cola.

— ¡Esto es demasiado! —dijo el piloto del Ala-X—. ¡Vuelvo a Dubrillion!

— ¡Vete! —murmuró Han sin aliento.

Al otro lado, un Ala-A intentaba escapar, pero antes de lograrlo recibió el impacto de una ráfaga de misiles rocosos formados por piedra recalentada que se pegaba al casco y se hundía en él, agujereando la nave, el piloto pidió ayuda, pero Han no pudo llegar a tiempo, el caza giró demasiado rápido en una última maniobra evasiva y se hundió de cabeza en una de las naves enemigas que le perseguían. Ambos explotaron en una lluvia de mil pedazos.

— ¡Nos quedamos sin naves! —advirtió Leia.

— ¡Y sin escudos! —gritó el piloto de un Ala-X. Un mensaje que les había llegado varias veces en los últimos minutos, y que se repetía una y otra vez en el relato de Kyp sobre su primer encuentro con los cazas enemigos.

Han se dirigió hacia allí.

— ¡Acaba con ellos! —dijo a Kyp cuando los perseguidores del Ala-X se pusieron a tiro.

— ¡Los tengo! —le aseguró Kyp. Los cañones cuádruples dispararon una ráfaga y acabaron con una línea de naves enemigas, pero ni Kyp ni el *Halcón* podían alcanzar el Ala-X, que parecía condenado. Y entonces, de repente, procedentes de Dubrillion y creciendo en la pantalla del *Halcón*, llegó un trío de cañones láser que acabó con la persecución y dejó escapar el Ala-X hacia el planeta.

— ¡Volved ahora mismo al planeta! —gritó Han a sus hijos—. ¡Utilizad los escudos de Lando!

—La *Corredor I* ha caído —respondió Jaina—. Allí tampoco hay escudos. — ¡Regresad inmediatamente! —gritó Han.

—Aquí somos demasiados —añadió Leia—. Nos vamos todos a casa. ¡Dejemos que el armamento de tierra se ocupe de los enemigos! —al terminar de decirlo, los tres cazas TIE pasaron cerca de ellos.

—Adelante —dijo Jaina—. Os cubriremos la retirada.

— ¡He dicho que volváis! —gritó Han de nuevo, temblando de rabia.

Leia percibió su desesperación y le llamó por el comunicador. Sabía que para Han la situación era peor que para nadie y que estaba a punto de derrumbarse, el dolor y el horror provocados por la pérdida de Chewbacca acentuaban el temor por sus hijos y aumentaban su sentimiento de miedo y de pérdida hasta el límite. Leia no se sorprendió cuando su marido dio la vuelta al *Halcón* para seguir a los cazas TIE. Mientras ambos escuchaban la animada charla de sus hijos, éstos interceptaron un grupo de cazas enemigos.

Hablaban principalmente de temas de coordinación. La típica jerga de pilotos con cosas como "tú ve a la izquierda, que yo iré a la derecha", pero había algo más. Algo que desesperaba y al mismo tiempo animaba a Leia.

Era su tono.

Porque los chicos estaban totalmente inmersos en aquello. Sentían la pasión del guerrero, volaban con el corazón y con el alma, estaban llenos de energía y rebotaban espíritu. Han y Leia escucharon los gritos de júbilo cuando uno de los cazas enemigos saltaba en pedazos.

Pero sus padres se contuvieron. Ambos habían visto suficientes guerras y sabían que esos gritos de júbilo podían convertirse en un instante en lamentos desesperados si alguno de los tres era alcanzado. Y ahora, según sus instrumentos y las líneas visibles que se abrían ante ellos, el factor sorpresa había desaparecido. Los cazas enemigos habían adoptado una formación ordenada y devastadora que se dirigía hacia los tres tiradores.

—Vamos, vamos —murmuraba Han una y otra vez entre dientes, mientras llevaba el *Halcón* al límite.

En ese momento recibieron un fuerte impacto. No era un misil, sino una especie de rayo y, un instante después, los controles luminosos indicaron que el *Halcón* se había quedado sin escudos.

Subido en su atalaya, Kyp disparaba a diestra y siniestra con los láseres, pero los golpes recibidos en un lateral, esos impactos que Han había ignorado, empezaban a tener consecuencias graves.

Tanto Han como Leia oyeron las voces de sus tres hijos quejándose de que el enemigo era demasiado numeroso.

—Volvemos a Dubrillion —gritó Jaina, el mensaje fue el mejor que recibieron Han y Leia en toda su vida.

Pero entonces resonó la voz de Anakin, tranquila y calmada.

—No —dijo—. Seguidme.

—¡Son demasiados! —se quejó Jacen.

—Nosotros hemos recorrido el cinturón, ellos no —dijo Anakin con determinación.

Leia abrió los ojos desmesuradamente.

—No tienen escudos —susurró más para sí misma que para que la oyeran. Pero Leia escuchó a Han gruñir y supo que lo había oído.

Una serie de disparos del cañón láser superior les recordó que sus hijos estaban ya fuera de su alcance y que ellos tampoco tenían escudos. Había demasiados cazas enemigos entre ellos y los chicos, y entre ellos y el cinturón como para poder alcanzarlos.

Han tiró del micrófono y rugió.

— ¡Volved ahora mismo!

La única respuesta fue la estática de fondo. Los chicos habían entrado en el Capricho de Lando.

—oOOo—

Jacen era el tercero en la formación, pero fue casi el primero en abandonarla. En cuanto entró en el cinturón de asteroides, tuvo que realizar una maniobra evasiva giratoria para no colisionar contra una roca. Pasó por debajo del asteroide, pero, antes de que pudiera relajarse, un caza enemigo se precipitó directo hacia él disparando desde la izquierda, el joven no tenía forma de esquivar el misil.

Un asteroide cruzó a toda velocidad por su izquierda y absorbió el impacto. Luego hubo una segunda explosión, aún mayor, cuando otro asteroide pasó y colisionó con el caza y con su distraído piloto.

Pero el respiro fue momentáneo. Una horda de cazas enemigos que sorteaba los asteroides con una precisión aterradora se lanzó en persecución de los tres jóvenes

Jedi.

Anakin, que estaba entre su hermano y su hermana, había visto a Jacen a punto de ser derribado por el misil volcánico y, aunque hasta ahora había encontrado el camino libre, comprendió el mensaje de Jacen en el que les advertía que tenían que irse de allí porque aquello era demasiado arriesgado.

Los tres giraron sus cazas TIE y Anakin casi colisionó con Jaina. Afortunadamente, y gracias a la intuición de la chica, las dos naves no llegaron a tocarse. Mientras tanto, los cazas enemigos les seguían de cerca. Otro de ellos chocó contra un asteroide, pero la horda no se detuvo.

—Sácanos de aquí, Jaina —imploró Jacen a su hermana.

Anakin ignoró el mensaje y mantuvo la calma. Algo le había llevado hasta allí. Algo le había llamado y le había prometido mejores perspectivas de combate ante una situación tan adversa.

La Fuerza.

Él sabía que era la Fuerza. En ese terreno, los tres jóvenes Jedi podían emplear sus habilidades de una forma que les estaba vetada a los pilotos de los cazas enemigos, fueran lo que fueran. Él lo sabía, pero ahora se encontraba en medio de aquella locura. Las dudas empezaron a crecer en su interior mientras los asteroides, los misiles y las naves enemigas zumbaban a su alrededor. Vio a Jaina delante de él. Entonces, con una brillante maniobra de giro, la chica voló entre un par de asteroides, al ras de la roca, esquivó un tercero y salió disparando por detrás, con el cañón láser soltando tres rápidas descargas sobre un caza enemigo.

Anakin se dio cuenta de que su hermana se había metido de lleno en el combate. Ojalá él también pudiera hacerlo...

Escuchadme, llamó telepáticamente el joven Solo a sus hermanos, Uníos a mí.

— ¿Anakin? —fue la típica pregunta de Jacen. Jaina no dijo nada y Anakin supo inmediatamente que había entendido su llamada.

Los tres somos uno, pensó el joven Jedi. Dejaos llevar. Prestadme vuestros ojos.

Todo ocurrió en unos segundos. Los tres jóvenes Solo se conectaron, unidos por un lazo telepático. Ahora, cada uno volaba con la perspectiva añadida de las otras dos naves, lo que les proporcionaba más ojos y más capacidad de percepción. Ahora ya no se trataba de reaccionar, sino de dejarse llevar por la Fuerza y anticiparse a la vez a las maniobras de los enemigos.

Se movieron con absoluta precisión, sustituyéndose unos a otros en la formación y apuntando con los cañones desde ángulos ligeramente distintos. Ángulos que

sus enemigos no podían prever o ante los que no podían reaccionar a tiempo.

Sorteaban con facilidad los asteroides, disparando con precisión absoluta y eliminando del cielo un caza tras de otro antes de que la lógica dictaminara que tenían un enemigo a sus espaldas. O conducían a sus perseguidores cerca del laberinto de asteroides, forzándoles a una inevitable colisión o a abandonar la persecución.

Su simbiosis iba creciendo, y Anakin, que actuaba de núcleo, sintió que estaban funcionando juntos y ayudados por la Fuerza de una forma que jamás creyó posible. Eran el escuadrón perfecto, unidos en pensamiento y en objetivo y comunicándose entre sí tan rápidamente como el mecanismo interno de su propio cerebro.

Los cazas enemigos no podían seguir el ritmo del trío. Cualquiera que se acercaba a ellos saltaba en mil pedazos o colisionaba contra algún asteroide.

Anakin guió a sus hermanos en un giro y el trío de cazas se precipitó contra la masa enemiga. Las naves esquivaban los asteroides y los misiles, y acertaban cada disparo.

Anakin se internó aún más profundamente en la Fuerza y sus manos se movieron a velocidad vertiginosa. La mente le daba vueltas. Los cazas pasaban bajo un asteroide, después sobre otro, alrededor de un tercero y luego de un cuarto. Los chicos disparaban en el momento preciso para acertar y desplazaban su nave a un lado para esquivar los misiles enemigos.

Y cada vez iban más rápido. Todo resultaba borroso. Anakin temblaba por el esfuerzo y sentía la presión de sus hermanos, que también se concentraban cada vez más. Era el combate perfecto, el perfecto trabajo en equipo. Los tres seccionaban las líneas enemigas y acababan con las naves enemigas, obligándolas a abandonar la locura del Capricho de Lando si podían.

Anakin estaba recibiendo demasiada información. Sabía que, aunque apenas podía sentirlo, temblaba violentamente. Un misil, un asteroide y después un misil pasaban por delante de sus ojos, o quizás eran los de Jacen. Se dio cuenta de que aquello era demasiado. Una locura.

Se estremeció y llamó telepáticamente a sus hermanos intentando desesperadamente mantener el nexo de unión.

— ¡Anakin! —fue el grito de Jaina en el comunicador. el joven Jedi se dio cuenta de que había sobrepasado el límite y de que el nexo se había roto.

—No... puedo... aguantar... —respondió rechinando los dientes y comenzando a temblar de forma intensa. Anakin intentaba con todas sus fuerzas mantener la

consciencia.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Jaina, y un pensamiento acompañó a aquellas palabras: las instrucciones telepáticas de Jacen para dar la vuelta y saltar al hiperespacio.

El ángulo de ruta indicado por Jacen seguía cambiando cuando Anakin intentaba resistir. Jacen cuidaba los movimientos del caza TIE entre los asteroides que aparecían en su camino.

El caza de Anakin sufrió un arañazo. No fue nada grave y apenas le causó daños, pero le lanzó en una sucesión de giros descontrolados.

¡*Vamos!* fue la orden de Jacen, seguida por el casi mágico poder de persuasión de la Fuerza.

Anakin manipuló desesperadamente los mandos, intentando alzar el vuelo y concentrarse. Mientras, las estrellas giraban a su alrededor y los asteroides y los enemigos le pasaban de largo. No podía rectificar la trayectoria. En unos segundos iba a quedar aplastado, y entonces...

Desapareció y salió del Capricho de Lando en un abrir y cerrar de ojos.

El joven Jedi escuchó la llamada de Jaina un momento después y dejó de oírla cuando la oscuridad le engulló.

—oOOOo—

Gracias a su experiencia de vuelo y a un poco de suerte, Jaina y Jacen consiguieron, de alguna forma, salir del cinturón.

Han y Leia, que ya había vuelto del cañón, lo vieron todo sentados en absoluto silencio en la cabina del *Halcón*. Apenas podían creer lo que acababan de presenciar. La belleza, la precisión y la pérdida de su hijo pequeño.

El enfrentamiento acabó por el momento. Los enemigos que quedaban huían, dirigiéndose hacia los planetas exteriores y más allá.

— ¿Dónde está? —gritó Han a Jaina y Jacen.

—Saltó al hiperespacio —intentó explicar Jacen—. Giraba descontroladamente. Tenía que salir...

— ¿Teníais establecida la ruta? —interrumpió Han.

Hubo una larga pausa. Han y Leia comprendieron lo que había pasado. Anakin había escapado de allí al azar. Había saltado al hiperespacio sin saber dónde acabaría, o si se encontraría con algún cuerpo sólido en el camino.

Podía estar en cualquier parte. Quizá sus átomos estaban repartidos por el

sector.

—Vosotros dos volved a Dubrillion —ordenó Han—. Nosotros buscaremos a Anakin.

—Iremos con vosotros —se ofreció Jaina.

— ¡Volved a Dubrillion! —rugió Han con tal furia que parecía a punto de perder el control. Leia nunca le había visto así, y sus hijos tampoco.

Han cerró el canal y llevó el *Halcón* por debajo del Capricho de Lando, contemplando el vasto espacio vacío ante ellos. No sabía si el caza TIE había sobrevivido al salto o si Anakin estaba bien.

No tuvo que expresarle sus temores a Leia. No tenía que hacerlo. Ella ya los conocía.

CAPITULO 20

Punto de vista

La recepción que esperaba a Jaina y a Jacen cuando aterrizaron con sus cazas TIE en el puerto en Dubrillion fue triunfal. Docenas de personas se arremolinaban a su alrededor dando gritos de júbilo. Era del dominio público que Dubrillion habría caído y habría sufrido muchos más daños de los que había soportado si los jóvenes Jedi no hubieran llevado a una cantidad considerable de enemigos al Capricho de Lando, rompiendo así la formación de ataque del enemigo.

El brillante vuelo de los tres niños Solo había sido emitido en todas las pantallas de la ciudad y había sido la luz más resplandeciente en aquel oscuro día.

Así que ahí estaban, saliendo de la cabina de sus naves en las plataformas de aterrizaje que les habían asignado, y con los técnicos acercándose a ellos rápidamente y levantando los brazos con gesto de gratitud. Pero Jacen y Jaina no tenían ganas de celebrar nada porque no sabían dónde estaba su hermano ni si habría sobrevivido. Y, aunque lo hubieran sabido, la batalla había sido terrible y las bajas abundantes. Ambos habían podido contemplar los daños sufridos por la ciudad al volver. Había varios edificios en llamas, muchos cañones de tierra aplastados y la *Corredor I* se había incendiado. En ese momento en concreto, el coste de la batalla no compensaba a los gemelos.

—Él está bien —dijo Jaina a Jacen, acercándose a su hermano—. Puedo sentirlo.

Jacen asintió, pero la intuición no le animó. Ahora, el joven se debatía en medio de un conflicto personal, el uso que Anakin había hecho de la Fuerza en el cinturón de asteroides, cuando los tres habían creado el escuadrón perfecto, conectándose y actuado como una sola nave, le había sorprendido. Jaina y él se habían unido de forma similar anteriormente, empleando la Fuerza para aumentar el lazo que compartían como gemelos, pero Jacen nunca había entendido ese nivel de unión, el perfecto trabajo en equipo sobre el que insistía Anakin en sus muchas horas de discusiones ideológicas. Pero, al recordar aquella demostración, Jacen se veía obligado a replantearse su percepción de la Fuerza como herramienta para la mejora de los seres vivos, aquel uso estrictamente interior diseñado para permitir a un Jedi discernir su lugar en el universo. No, Anakin le había demostrado con hechos las limitaciones de su ideología y le había enseñado que quizá las posibilidades de la Fuerza como instrumento para el trabajo en perfecto equipo eran demasiado grandes como para ser ignoradas.

Si la Fuerza podía emplearse como lazo de unión para complementar a los

luchadores, ¿por qué no podían los Jedi emplear su poder para mantener el orden en la galaxia?

Miró a Jaina y examinó su resuelta expresión.

—Quizá me equivocaba con lo del entrenamiento en solitario —admitió. Jaina siguió mirando al frente. Luego sonrió y, al comprender lo que estaba diciendo, asintió.

—Anakin llevaba mucho tiempo pensando en un enlace así —explicó ella—. A menudo me hablaba de sus planes para crear un escuadrón Jedi que actuara tan sincronizado que nada pudiera vencerlo.

Jacen dirigió la mirada más allá, a la pantalla de una pared, que mostraba constantemente una imagen del Capricho de Lando.

—Es un buen plan —decidió Jacen.

—Y no va contra tus creencias —dijo Jaina.

Jacen, no muy convencido, se encogió de hombros.

—Hace más de un año que veo cómo os limitáis a vosotros mismos —dijo ella con una sonrisa, y dio a Jacen un golpe cariñoso en el hombro. La multitud se agolpaba a su alrededor interrumpiendo la conversación.

—Dudas porque tienes miedo por Anakin —le dijo mientras la multitud les arrastraba—. Mamá y papá lo encontrarán.

Jacen asintió y forzó una sonrisa dirigida a aquellos que le rodeaban. Pero, en su interior, su propio debate continuaba. Se repitió a sí mismo que muy pronto el *Halcón Milenario* volvería con Anakin. Quizás entonces su hermano y él tendrían tiempo de hablar seriamente y de equilibrar sus puntos de vista aparentemente opuestos.

—oOOOo—

Sin energía y seriamente magullado, Anakin no tenía las mismas dudas que su hermano mayor. Desde el punto de vista del malherido Jedi, su idea sobre la Fuerza como herramienta de proyección exterior también parecía errónea. Si hubiera sido más fuerte emocionalmente, como lo era Jacen, y se hubiera entrenado para llegar a niveles más profundos de meditación en lugar de concentrarse en las habilidades de combate, la unión del cinturón no habría superado sus capacidades.

Y ahora, a la deriva en el espacio vacío, Anakin se preguntaba si su repentino bloqueo no habría resultado desastroso para todos. No conocía las consecuencias que había provocado su error, ni para él, pues no sabía si iba a morir allí, solo, ni

para sus hermanos. ¿Habrían conseguido salir del cinturón sin él? ¿Habrían mantenido la unión entre ellos? Él sabía que anteriormente habían hecho cosas similares. ¿O el fallo de Anakin les habría costado caro? ¿Y qué habría pasado con los cazas enemigos? ¿Habrían mantenido despejado el camino a Dubrillion para sus hermanos?

El joven Jedi no podía preocuparse por nada que no fueran sus hermanos. Podía aceptar su propia muerte, si llegaba el caso, pero ¿por qué debían pagar su hermano y su hermana su debilidad personal?

Anakin, consciente de la situación, respiró hondo. Si sus hermanos estaban bien y lo que habían hecho en el Capricho de Lando había salvado a Dubrillion, entonces Anakin podía aceptar su destino.

Como Chewbacca había aceptado el suyo en Sernpidal.

Anakin se recostó en el asiento y cerró los ojos. Dejó volar sus pensamientos y buscó alguna conexión con Jaina y Jacen, intentando superar los miles de kilómetros que les separaban. Quería sentirlos, saber si seguían vivos y si estaban bien.

Sólo había vacío espacial.

Anakin tuvo miedo de morir solo. Pero, más que eso, tuvo miedo de que su hermano y su hermana estuvieran muertos.

—oOOoo—

—Han vuelto para repostar y recargar municiones —dijo Da'Gara a los prefectos Ma'Shraid y Dooje Brolo. Este último capitaneaba la tercera y última mundonave de la Pretoria Vong, que había aterrizado aquel mismo día en el planeta helado.

—Pero el planeta..., creo que lo llaman Dubrillion..., no ha caído —se atrevió a decir Ma'Shraid.

—Está dentro de nuestros planes —le aseguró Da'Gara—. Esto ha sido una prueba, el Coordinador Bélico ha comprobado las defensas del planeta más cercano. Aprendimos sobre los cazas pequeños en el encuentro con el indigno y sus camaradas. Ahora hemos aprendido sobre las grandes estructuras defensivas y hemos presenciado el mejor nivel de vuelo defensivo que pueden presentar nuestros enemigos.

— ¿Y las grandes defensas eran extraordinarias? —preguntó Dooje Brolo—. ¿Y ese nivel de vuelo era impresionante?

Da'Gara rió.

—La nave nodriza que proporcionaba los escudos principales a cierto tipo de cazas fue destruida —les informó—. Así como la mitad del arsenal de tierra. Y ahora, sin duda, la flota de cazas de Dubrillion se ha visto reducida a apenas unas cuantas unidades.

— ¿Desea el Coordinador Bélico que mis coralitas se unan a la batalla? — preguntó ansioso el prefecto Dooje Brolo con un brillo guerrero en los ojos.

Da'Gara negó con la cabeza.

—Los coralitas han regresado para atacar el planeta hermano de Dubrillion — explicó él—. No se quedarán mucho tiempo en el sistema. Sólo el suficiente como para atraer a los enemigos. No queremos que conozcan nuestra verdadera fuerza —se puso firme frente a sus compañeros Prefectos y les miró fijamente—, el Coordinador Bélico me ha mostrado otras naves poderosas que ya están en camino para proteger los planetas. Queremos que vengan hacia aquí.

Los otros dos Prefectos asintieron y sonrieron. Las defensas planetarias con las que ya contaba el planeta de hielo, y que de por sí eran formidables, crecían por momentos. Y ahora, al añadir los mil coralitas de Dooje Brolo y las grandes naves de batalla de coral yorik, no albergaban dudas de que la gran fuerza reunida, junto con la voluntad del gran yammosk, superaría a cualquier contrincante.

En un rincón de su mente, Da'Gara recordó que no había sabido nada de Yomin Carr ni había recibido una respuesta a los mensajes de villip que había enviado a su agente en Belkadan. Pero en cuanto reconoció esa preocupación, la apartó de sus pensamientos. Los acontecimientos actuales requerían toda su atención.

—Será un día glorioso —dijo Ma'Shraid.

—Y entonces centraremos toda nuestra atención en los planetas Dubrillion y Destrillion —dijo Dooje Brolo.

—Y después nos expandiremos hacia el centro de la galaxia —les aseguró Da'Gara—. el yammosk y yo ya lo hemos previsto. Y en cuanto a esos dos planetas, los emplearemos para suplir nuestras necesidades y quizás establecer allí una segunda base.

Ma'Shraid arqueó las cejas. Dooje Brolo se quedó de piedra al darse cuenta de lo que ella sospechaba.

— ¿El Coordinador Bélico va a engendrar? — preguntó Ma'Shraid.

—Antes de lo que creíamos posible —le informó Da'Gara—. Y el segundo yammosk será entrenado de inmediato mediante el lazo mental con su progenitor. Estableceremos la segunda base en cuanto eliminemos la amenaza inmediata, y esa segunda base permitirá al gran Coordinador Bélico centrarse en otro

alumbramiento más. Además, aunque aún no he contactado con mi agente, creo que la metamorfosis del planeta Belkadan casi se ha completado, y pronto podremos plantar yorik, que crecerá rápidamente.

Los otros dos Prefectos se miraron y sonrieron. La Pretoria Vong alcanzaría muy pronto el segundo nivel de conquista, la Perpetuación, y, una vez comenzado, los patéticos y desamparados seres de aquella galaxia no podrían oponer resistencia.

—Así será —recitaron los dos al unísono.

—oOOOo—

El *Halcón Milenario* se alejó a toda velocidad de los planetas gemelos de Lando y salió del sistema, pasando de largo ante muchos de los cazas enemigos rezagados que intentaban unirse a sus compañeros en retirada.

Unos cuantos intentaron girar para ir a por el *Halcón Milenario*, pero la nave era demasiado rápida para ellos y había adoptado una velocidad que los cazas no podían seguir.

Cuando se acercaron a un grupo hostil, Kyp gritó desde el cañón superior del *Halcón*: "¡Los tengo!", pero luego soltó un grito de decepción cuando vio que pasaban de largo junto a las naves.

— ¿Cómo ha podido arriesgarse de esa manera? —dijo Han, dirigiendo sus iras a Leia e ignorando completamente a Kyp—. ¿Cómo han podido todos? ¡Creí que habíamos educado a nuestros hijos para que tuvieran sentido común y no para que se metieran en un laberinto de asteroides con un montón de cazas enemigos pisándoles los talones!

—Lo cierto es que el resultado ha sido un éxito... —comenzó a decir C-3P0, pero Han le cortó con una mirada.

A pesar de la tensa situación y de la posibilidad de que su hijo estuviera en auténtico peligro, Leia no pudo evitar sonreír e incluso soltar una risita. Luego negó con la cabeza.

—Me pregunto a quién habrán salido —le recordó ella—. Sé de alguien que una vez se introdujo en un cinturón de asteroides con un montón de cazas imperiales persiguiéndole.

Han captó la indirecta. Hablaba de él.

—Eso fue diferente —insistió él.

Leia volvió a negar con la cabeza ante lo absurdo de la situación, pero Han la miró enfadado. Leia dejó el tema. Comprendía los profundos sentimientos de su marido y el temor que sentía por sus hijos y no por su propia seguridad. Además,

teniendo en cuenta los últimos enfrentamientos entre ambos y todas las conversaciones que habían tenido padre e hijo tras la muerte de Chewbacca, había un sentimiento de culpabilidad aún más oculto en lo que se refería a Anakin.

—Pronto alcanzaremos la velocidad luz —murmuró Han con una frustración evidente en la voz. ¿Adónde dirigirse? ¿En qué dirección y a qué distancia? No habían podido seguir la repentina marcha de Anakin y sus posibles paraderos parecían infinitos.

—Si empleó el sexto planeta como punto de referencia para salir del cinturón, habrá salido en dirección a Dantooine.

Han hablaba más consigo mismo que con Leia. Mientras intentaba analizar la ruta deslizó la mano por el panel, como si estuviera intentando percibir en él la respuesta correcta, además de razonarla.

Leia le cogió rápidamente la mano y se la levantó de los controles antes de que Han apretara algo sin querer. Él se quedó mirando la expresión ausente en el bello rostro de su mujer.

— ¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Le oigo —respondió ella. Al terminar la frase, como si la verdad de sus palabras se abriera ante ella, sus labios se curvaron en una inevitable sonrisa.

CAPITULO 21

Falsa serenidad

Mentiría si te dijera que no nos sorprendió —aseguró Lando a Luke cuando el *Sable de Jade* aterrizó en Dubrillion horas después del combate. Mara se había ido con Jaina y Jacen para escuchar los relatos de la batalla, pero Lando insistió en que Luke tenía que acompañarle de inmediato—. Encontramos la nave en las afueras de la ciudad —explicó Lando—. La piloto ya estaba muerta, pero localizamos la nave con el detector de formas de vida.

Luke, caminando a toda prisa para seguir a Lando, le miró interrogante.

—La nave no es una máquina —explicó Lando—, es un organismo vivo. Y es preciosa, tanto por su aspecto como por su práctico diseño.

Luke mantuvo su expresión escéptica, pero no le preguntó nada a Lando hasta un momento después, cuando doblaron una esquina en el pasillo y llegaron ante un enorme ventanal tras el cual se encontraba el hangar que contenía el caza enemigo capturado.

— ¿Eso es un organismo vivo? —preguntó un tanto sorprendido al comprobar que la nave capturada se parecía a la que Luke habían encontrado en el cuarto planeta del sistema Helska. Ahora que tenía oportunidad de verla de cerca, y no en medio de una batalla, no podía negar la afirmación de Lando sobre su belleza. Tenía forma triangular y parecía una versión en miniatura de un destructor estelar imperial. Cuando se había enfrentado a esos cazas, Luke había tenido la sensación de que los extremos, a excepción de los cañones volcánicos, estaban finamente pulidos, pero ahora comprobó que toda la nave estaba formada por un solo bloque. Era una pieza maciza que parecía ser coral vivo.

Lando asintió.

—Es el diseño de caza más bello que han visto mis científicos —explicó—. Es rápido, gira como un Ala-A y tiene más capacidad de munición de la que podríamos meter nosotros en ese tamaño.

Luke contempló cuidadosamente la nave multicolor. Tenía muchos salientes en forma de tubo que emergían de varios sitios y se doblaban en diferentes ángulos. No se parecían en nada a los cañones volcánicos que había visto antes, pero recordaba bien los misiles que lanzaba la nave.

—La piloto llevaba una máscara —prosiguió Lando—. No, era más que eso. Era una conexión con su... compañero.

— ¿Su compañero?

—Para ella era más su compañero que su nave —intentó explicar Lando, buscando las palabras adecuadas. De hecho, ni él ni sus capacitados científicos habían visto antes nada parecido, por lo menos no en un caza—. La piloto estaba conectada con la nave —dijo—. Es como si la cabalgara en lugar de conducirla, como los Moradores de las Arenas de Tatooine y sus monturas bantha.

Luke miró a Lando con expresión acusadora. Aquel tema era demasiado importante para que Lando y sus amigos se dedicaran a hacer cábalas.

—Aún no podemos saberlo con seguridad —admitió Lando—. Estamos haciendo pruebas, pero nadie se ha atrevido a ponerse la máscara... todavía.

—Yo lo haré —respondió Luke con la mirada fija en el caza mientras se dirigía a la puerta.

Lando se quedó boquiabierto al comprender las intenciones de Luke y le miró sorprendido. Finalmente alcanzó al Jedi, justo cuando trepaba por el lateral de la pequeña nave rodeado por las miradas de completo asombro de los científicos. Lando le cogió del brazo y le obligó a darse la vuelta.

—Todavía no tenemos suficiente información —le dijo—. Como esa cosa del morro —añadió señalando a la parte frontal del caza, en la que la sustancia coralina multicolor había sido retirada dejando al descubierto una pequeña esfera membranosa de color rojo oscuro.

Luke bajó y se acercó para verlo más de cerca.

—Está viva —explicó Lando—. O al menos lo estaba.

Eso provocó un gesto de extrañeza en Luke.

—Y no es parte de la nave —prosiguió Lando—, como no lo era la piloto. Deberías verla. A la piloto, quiero decir. Es una hembra musculosa y cubierta de tatuajes, con la cara repleta de cicatrices y la nariz rota unas doce veces.

La descripción bastó para que Luke confirmara sus sospechas. Lo que había pasado en Belkadan y en el sistema Helska y el ataque de Dubrillion tenían una estrecha conexión. Recordó claramente la apariencia de Yomin Carr. No podía ser una coincidencia que tanto él como aquella piloto presentaran los mismos uniformes. Si es que eran eso.

— ¿Has visto el cuerpo que hemos traído Mara y yo?

—Todavía no —admitió Lando. Después preguntó—: ¿Se parece?

Luke asintió y miró fijamente la esfera membranosa incrustada en el morro del

caza. Evidentemente estaba muerta, no daba más señales de vida que una piedra. Le hizo un gesto con la cabeza a Lando y, a pesar de las protestas de éste, volvió a trepar al caza. Sin dudarle un momento, Luke se introdujo en la pequeña cabina. Vio la máscara a la que se refería Lando ante él y acercó una mano hacia ella. Antes de tocarla supo que estaba viva, que formaba parte del organismo mayor y que no era una criatura distinta. Aquello era una nave viviente. Como una montura, según Lando.

Sin dudarle más, Luke tiró de la máscara y del casco y se los puso en la cabeza. Sintió la unión de inmediato y escuchó... una voz, un murmullo distante que parecía hablar en el mismo lenguaje que había hablado la esfera membranosa que había traído en el *Sable de Jade*.

Luke hizo un esfuerzo y concentró su instinto y su pensamiento, ya que, aunque no podía descifrar las palabras concretas, podía identificar un patrón en ellas.

Se quitó la máscara y salió de la cabina.

—Estás loco —dijo Lando.

—Necesitamos a Trespeó —replicó Luke. Luego volvió a mirar el increíble caza con la esperanza de que el androide fuera capaz de descifrar el lenguaje. Deseaba y necesitaba desesperadamente saber todo lo que fuera posible sobre aquella nave y sobre el pueblo que la pilotaba.

—oOOOo—

Pero cuando Lando y Luke salieron al pasillo, los pensamientos de Luke y su creciente entusiasmo sobre las posibilidades de aquel descubrimiento se interrumpieron abruptamente. Mara le miraba desde no muy lejos y, por la expresión de su rostro, Luke supo que había pasado algo terrible.

El Jedi se volvió hacia Lando y comprendió que él ya lo sabía, que lo había sabido todo el tiempo.

—Tenías que ver la nave —dijo Lando tratando de disculparse—. Pensé que era importante. Pensé que ya lo sabrías, que habríais recibido algún mensaje durante el viaje de vuelta.

— ¿Saber qué? —preguntó Luke cada vez más nervioso.

—Ella te lo contará —dijo Lando acariciando el hombro a su amigo.

—oOOOo—

Fueron momentos de lágrimas y recuerdos. Momentos en los que Luke y Mara sufrieron el peso de la pérdida de Chewbacca, y en los que recordaron los instantes pasados con el wookiee y todas las veces que les había salvado a ellos y a sus seres

queridos.

Fue ese momento irreal que inevitablemente sigue a la muerte de un ser querido, el mismo impacto y la sensación de impotencia e insignificancia que Luke había experimentado cuando vio a Obi-Wan Kenobi caer bajo el sable láser de Darth Vader. Ese momento borroso vivido por todos los seres en el que se pierde el control. Esa certeza desoladora y repentina de que somos vulnerables y mortales. Tanto Luke como Mara recurrieron a su conocimiento de la Fuerza, esa verdad de la vida, y encontraron consuelo en ella. Al igual que Ben Kenobi y Yoda habían permanecido con Luke, Chewbacca también seguiría vivo y permanecería íntegro en los corazones y las mentes de los que tanto le habían querido.

Fueron momentos de dolor y, para colmo, Luke y Mara sabían que no podían dedicarles el tiempo que merecían. Y fueron momentos de terror y miedo por Anakin, que se encontraba en alguna parte, solo y en la inmensidad del espacio. Pero ni esas preocupaciones podían sustituir a la urgencia del momento.

Algo terrible estaba ocurriendo.

Tenían que ponerse manos a la obra.

—oOOo—

—La clave está en ese planeta —explicó Luke a Lando cuando éste le enseñó las otras dos sorpresas que habían rescatado del caza enemigo derribado. Un traje, que más bien parecía una segunda piel, y una criatura, parecida a la máscara del caza, que tenía forma de estrella y un sexto apéndice. Ambas estaban vivas. Luke se atrevió a experimentar con ellas y, llegado el momento, dejó que la criatura se deslizara por su cuerpo y se uniera a él. Luego, aguantando las ganas de vomitar y la repulsión, se colocó la máscara en el rostro. Ahora comprendía la verdad sobre el cuarto planeta del sistema Helska. Ahora sabía que los enemigos no vivían en el helado planeta, sino bajo su fría superficie, en sus gélidas profundidades submarinas.

— ¿Esa bola de hielo? —respondió Lando escéptico cuando Luke le reveló sus sospechas.

Luke asintió.

—Ésa es la base. Tengo que llegar hasta allí.

—Ya has estado allí —le recordó.

—No —dijo Luke—. Tengo que atravesar el hielo y bajar para entrar en la base.

El escepticismo aumentaba en la expresión de Lando.

—En la superficie no hay nada, pero ese planeta es la clave de todo esto —explicó Luke—. Estoy seguro. Y si no están sobre el planeta, tendrán que estar bajo su superficie.

Lando asintió y se frotó la barbilla.

—Hay una forma de lograrlo —admitió.

—Ya has excavado antes en mundos helados —dedujo Luke.

—He extraído mineral de todo tipo de planetas —fue la respuesta—, y existen naves capaces de atravesar superficies heladas, tanto de forma individual como en grandes expediciones.

— ¿Dónde podemos encontrarlas?

Lando casi rió en voz alta. Cualquier tipo de transporte empleado para buscar mineral en cualquier tipo de planeta estaba en Destrillion, el planeta gemelo de Dubrillion, y formaba parte de lo que Lando llamaba su flota prototipo. Para asegurarse de que su tecnología no se perdía y para que fuera difícil de localizar, Lando siempre guardaba al menos un ejemplar de todas sus innovaciones tecnológicas. De ese modo aseguraba su conservación y, en caso necesario, podía construir más.

Puedo tener una aquí antes de que se haga de día —dijo a Luke—. No sé en qué condiciones estará.

—Pero podrías arreglarla —tanteó Luke.

Lando se encogió de hombros.

—Debería poder hacerlo.

Luke se marchó satisfecho con la respuesta y exhausto por las penalidades tanto físicas como emocionales de los últimos días. Volvió a su dormitorio, donde encontró a Mara plácidamente dormida. Una visión que le animó bastante. Luke sabía que ella necesitaba descansar, el cuerpo y la mente de la mujer, debilitados por las exigencias físicas y emocionales de las recientes huidas, habían perdido algo de terreno ante la enfermedad que padecía. Y ahora, el dolor provocado por la pérdida de Chewie y el temor de perder a Anakin podían anular su capacidad para enfrentarse a la enfermedad.

Luke abandonó la habitación para no molestarla, salió del edificio y se paseó bajo el cielo estrellado de Dubrillion. Vio a Destrillion alzarse por el este y le sorprendió la serenidad que le inspiraba. Aquel paisaje contrastaba en gran medida con la creciente tensión que se escondía bajo la calma.

Luke permaneció en silencio, contemplando esa vista y sintiéndose uno con la

galaxia. Sentía su ritmo, su atemporalidad y su aparente indiferencia a los eventos de los mortales.

Y durante aquella unión, Luke escuchó una llamada. Una llamada que procedía de su sobrino Anakin, que estaba sano y salvo y pedía ayuda.

La reacción instintiva de Luke fue ir al *Sable de Jade* y salir corriendo a por Anakin. Seguir el rastro de la llamada y devolver al joven Jedi a un lugar seguro.

Sonrió y se contuvo. Si él había escuchado la llamada, Leia también lo habría hecho. Como hizo cuando él colgaba herido y desesperado sobre la Ciudad de las Nubes de Lando. Ella traería a Anakin a casa.

—oOOOo—

Y lo cierto es que en ese preciso momento el *Halcón Milenario* se dirigía a toda velocidad hacia el caza TIE a la deriva. Leia había recibido la llamada, alta y clara, y había llegado a visualizar la disposición estelar que veía Anakin. Usando esa imagen, no fue difícil buscar en el procesador de navegación y localizar el sector.

Ahora sólo temía que no llegaran antes de que el malogrado caza TIE se averiara por completo, o que algún caza enemigo lo localizara. Así que el alivio de Han y Leia fue considerable cuando salieron del hiperespacio en la zona correcta, localizaron al caza TIE con los sensores convencionales y Leia escuchó la continua llamada telepática que confirmaba que su hijo estaba sano y salvo.

El acople tuvo lugar un rato después, y cuando Anakin embarcó en el *Halcón* y corrió a los ansiosos brazos de su madre, Han remolcó la nave y regresó a Dubrillion.

Anakin, con Leia siguiéndole, entró cauteloso en el puente del *Halcón*, donde le esperaba su padre.

Han se dio la vuelta y se quedó mirando fijamente a su hijo, pero aquella expresión dura se diluyó y el hombre se levantó de su asiento y envolvió a Anakin en un fuerte abrazo. Le soltó casi de inmediato y le dio un suave empujón en el hombro.

—Como vuelvas a hacerme esto, chaval, te mando de una patada a Coruscant.

La reprimenda fue para los oídos de Anakin la música más dulce que había oído nunca.

A la mañana siguiente estaban de vuelta en Dubrillion. Tomaron tierra un poco después de que aterrizara la curiosa nave minera que Lando había mencionado a Luke. Era un rompehielos, aunque, según dijo Lando a Luke, debido a su forma

también se la conocía como nave punzón. Era larga y estrecha, y tenía el morro afilado, el piloto se tumbaba a lo largo del cilindro translúcido, con la cabeza hacia delante.

A Luke no le pareció muy prometedor.

—No es para vuelos de larga distancia —explicó Lando—. Tendremos que remolcarla hasta el sistema Helska.

— ¿Cómo se introduce en el hielo?

Lando le llevó hasta la parte frontal.

—Muy sencillo —dijo—. Aquí lleva una carga de calor vaporizado que se activa antes de que la nave choque. el calor derrite el hielo y la nave punzón se introduce antes de que el agua vuelva a congelarse.

Luke se rió.

—Me estás tomando el pelo.

—Tienes que ser bueno en esto —le dijo Lando con una sonrisa astuta—. Para salir funciona igual. Porque pensaras salir de allí, ¿no? —preguntó medio en serio medio en broma—. el proceso de salida es algo más largo, ya que la nave punzón empieza a quemar y a trepar hasta que los sensores indican que la capa de hielo es lo suficientemente delgada como para una segunda carga, menos violenta.

Jacen les interrumpió.

—Han vuelto —dijo mientras corría hacia Luke—. ¡Mamá y papá, y tienen a Anakin!

Luke asintió, pero no parecía sorprendido.

— ¿Dónde está Trespeó? —preguntó ansioso a Lando—. Necesitamos más respuestas.

—oOOOo—

—No es un idioma complicado en absoluto, amo Luke —anunció C-3P0 un momento después a Han y Luke, que estaban discutiendo planes. Al otro lado de la sala, R2-D2 silbó y chasqueó para añadir su propia interpretación de lo que acababa de escuchar C-3P0—. Se parece a la lengua janguine de los bárbaros de la selva de...

— ¿Qué dice? —interrumpió Han impaciente.

C-3P0 se dio la vuelta para mirarle.

—El mensaje era para Yomin Carr —insistió Luke.

—Así es —dijo C-3P0 a Luke—. Y permítame alabar su oído por haber captado ese nombre entre la indescifrable sarta de...

— ¿Qué dice? —repitió Han en un tono aún más insistente.

—El movimiento de la Pretoria Vong ha comenzado. Su misión ha finalizado por ahora. Buen trabajo —recitó obediente C-3P0.

— ¿Pretoria Vong? —dijeron Han y Luke al unísono.

—Eso lo he oído antes —añadió Luke.

— ¿Alguna pandilla de mercenarios? —le preguntó Han.

—Si es eso, debe de ser una muy grande.

— ¿De Janguine? —preguntó Han escéptico y mirando al androide.

—Oh, no lo creo probable —respondió el androide—. Los bárbaros de la selva llevan extinguidos más de trescientos años. Su idioma fue absorbido hace mucho tiempo por las tribus mululianas de las montañas...

— ¿Entonces de dónde procede? —preguntó Han—. ¿Dónde hablan ese idioma en la galaxia?

—Quizás en ninguna parte —respondió Luke en tono de suspense. Todas las miradas se dirigieron a él—. Vamos, Trespeó —dijo al androide—. Todavía no he terminado contigo.

Los cuatro siguieron su camino, recorriendo los pasillos de las salas de investigación de Lando, y llegaron junto al caza enemigo sin que los técnicos de Lando se lo impidieran. Uno de ellos incluso ofreció una reverencia a Luke y a Han, y se alejó de la nave cuando ellos llegaron.

—Arriba —dijo Luke a C-3P0.

— ¿Qué? ¿Ahí dentro, amo Luke? —comenzó a protestar C-3P0, pero el androide ya se estaba levantando. Las emanaciones de energía que Luke proyectaba a través de la Fuerza eran como un rayo tractor—. ¡Amo Luke! —gritó varias veces hasta que fue suavemente introducido en la cabina.

Luke subió tras él, metió la mano y tiró de la máscara.

—Póntela en la cara —dijo al androide.

— ¡Amo Luke!

—No duele —le prometió Luke con aquella sonrisa infantil, y ayudó a C-3P0 a ponérsela—. Ahora escucha lo que dice —explicó—. Escucha atentamente y memoriza cada palabra.

—Los llaman coralitas —les informó puntual C-3P0, incrustado en la cabina —. Los crían para que les sirvan de naves, tanto cazas como transportes de mayor tamaño.

— ¿Qué combustible utilizan? —preguntó Luke, el androide envió la pregunta por la máscara en el extraño idioma.

C-3P0 encontró dos respuestas, una convencional y otra que no comprendía, algo que dejó a Han y a Luke asombrados. Según el androide, en primer lugar, los coralitas se movían gracias al impulso de los disparos, utilizando la fuerza opuesta de los proyectiles, y podían repostar y cargar más munición comiendo rocas. La sencillez y la eficacia dejaron estupefacto a Luke.

— ¿Cómo lo sabes? —intervino Han.

—Porque me está diciendo que tiene hambre —respondió el androide, elevando el tono dramáticamente al final de la frase y convirtiéndola en poco más que un lamento.

—No puede comerte —prometió Luke al androide, acariciándole el hombro—. Ven, Trespeó. Te necesitamos de veras.

C-3P0 conversó con la nave un rato más y luego explicó que el segundo sistema de propulsión estaba ligado a la pequeña criatura del morro y tenía algo que ver con concentraciones de campos de gravedad.

Luke recordó su enfrentamiento en el sistema Helska y la pérdida de sus escudos. ¿Sería posible que esa criatura fuera capaz de orientar de forma tan precisa su impulso gravitacional como para llegar a destrozar los escudos de un caza?

Luke se apoyó en la nave y respiró hondo una y otra vez. Todo era cada vez más siniestro. Ya era evidente que aquello era una inteligencia ajena a su galaxia, evidentemente hostil y que empleaba métodos y tecnología orgánica muy distintos y quizá superiores a cualquier cosa que la Nueva República pudiera emplear en su contra.

Belkadan, el sistema Helska, Dubrillion y Sernpidal no eran eventos carentes de relación.

Poco después, los cuatro se reunieron con sus compañeros y Lando en la sala de control central con aquella terrible información.

Las única noticia buena fue la llegada del *Renovador*, un destructor estelar de clase Imperial II, junto con un imponente destacamento, que incluía media docena de las nuevas fragatas clase Ranger.

CAPITULO 22

Retroceso

No funcionará —dijo Mara, de pie junto a Luke y frente al pequeño rompehielos. La nave punzón parecía tremendamente frágil para la misión que Luke le había asignado.

—Lando ha empleado antes esta tecnología —respondió.

— ¿Ha penetrado en un planeta lleno de enemigos? —fue la cortante respuesta de su esposa. Mara alzó el puño y comenzó a extender los dedos mientras enumeraba los inconvenientes—. La nave no lleva armamento incorporado; no tendrás escudos, sólo el protector delantero de calor y el protector de impactos; y dispondrás de una velocidad que no superaría a un Incursor, por no hablar de uno de esos coralitas.

Luke la miró fijamente con una ancha sonrisa en la cara. Desde que volvió de Belkadan, Mara había estado en su habitación recuperándose. Algo que les había recordado que estaba gravemente enferma, pero ahora estaba ahí, preocupándose por él.

—Debería ser yo la que introdujera el rompehielos —dijo.

La sonrisa de Luke se desvaneció. Sabía por qué lo decía. Estaba diciendo que su vida era menos valiosa porque sufría una enfermedad aparentemente terminal.

—Ni hablar —respondió.

Mara le miró fijamente.

—Si sufres una recaída estando abajo, pondrás en peligro toda la misión —le dijo Luke categórico, orientando la discusión hacia el beneficio para la misión y no a un nivel condescendiente que mostrara su preocupación por su mujer.

— ¿Y si tengo una recaída pilotando la nave de carga? —preguntó con sobrado sarcasmo.

—No la tendrás —respondió Luke con toda confianza. Después se rió y se marchó.

Mara negó con la cabeza y le contempló mientras se iba. Luego se dio la vuelta para mirar la aparentemente frágil nave punzón y se limitó a suspirar.

—Ya casi han terminado —dijo Jaina a sus hermanos mientras los tres observaban las reparaciones de la extraña navecita.

— ¿En serio que el tío Luke se va a meter allí con esa cosa? —preguntó Anakin—. ¿De verdad que va a ponerse el traje viviente y la máscara que encontraron con la piloto alienígena?

Jacen y Jaina intercambiaron miradas de preocupación.

—Ahora se está probando el traje —explicó Jaina—. ¿Por qué no vas a mirar?

Sin comprender que los demás estaban intentando que se fuera y ansioso por ver los artefactos alienígenas, el eternamente curioso Anakin salió corriendo.

—El tío Luke no debería ir —dijo Jacen a Jaina en cuanto se quedaron solos.

—A mí me preocupa más la tía Mara —respondió Jaina—. Ayer durmió la mayor parte del día y seguía cansada cuando se levantó para la cena. ¿Has visto las ojeras que tiene? Su enfermedad está consumiéndola. Sobre todo por la preocupación que le provoca esta situación.

Se miraron un largo rato con la certeza de que ambos tenían ideas similares, pero ninguno tuvo valor suficiente para decir lo que pensaba en ese momento.

—No podemos dejar que vaya Mara —dijo Jaina.

—Si el tío Luke se va, no podremos detenerla —replicó Jacen.

— ¿Crees que esperarán a que llegue el *Renovador* y su escolta para marcharse? —preguntó Jaina.

—Creo que saldrán primero —respondió Jacen—. el tío Luke le dijo eso a papá. No quiere esperar. Pretende sacar el rompehielos del planeta a tiempo para encontrarse con la flota que se aproxima.

Jaina asintió. Había oído algo parecido a C-3P0.

— ¿Qué es eso? —preguntó Jacen acercándose a una grúa que depositaba una nave en un andamio sobre el rompehielos.

—La nave de carga —explicó Jaina, que había interrogado ampliamente a los técnicos de Lando sobre el tema—. No se puede acoplar el rompehielos porque no es lo suficientemente manejable como para desacoplarse de forma segura. Lo meterán en el compartimento de misiles de la nave de carga, esa nave lo apuntará en la dirección adecuada y lo disparará.

— ¿Y el piloto tendrá que estar dentro todo el tiempo? —preguntó Jacen—. ¿Durante todo el viaje?

—Todo el tiempo —respondió Jaina—. Se utiliza un tubo de oxígeno y un cable de transferencia de energía desde la nave de carga para preservar toda la energía posible en el pequeño rompehielos, pero quien pilote ese transporte deberá

ir metido ahí dentro todo el camino hasta el sistema Helska.

Jacen la miró, sonrió y asintió.

Jaina reflexionó sobre esa mirada un buen rato y se dio cuenta de que Jacen estaba pensando lo mismo que ella.

—Yo pilotaré el rompehielos —se ofreció.

—A mí me parece que tus habilidades irían mejor en la nave de carga. Jaina lo pensó y estuvo de acuerdo. Si tenían que salir del sistema Helska de repente, sería mejor que ella pilotara la nave principal.

¿Dónde está Erredós? —preguntó Jacen—. Tendremos que dejar un mensaje.

—oOOo—

Mientras Luke paseaba por la habitación, Han, Leia y Lando discutían en torno a la pequeña mesa circular sobre si debían atacar de inmediato con la flota que habían reunido o esperar a que llegaran refuerzos. Sobre la mesa había una pantalla que mostraba la imponente imagen del comandante Warshack Rojo, del destructor estelar *Renovador*, con la cabeza afeitada, el ceño fruncido y un pendiente con un brillante diamante.

—Deberíamos dirigirnos de inmediato a Helska —insistió el comandante Rojo—. Las fragatas Ranger se ocuparán de los... ¿cómo los han llamado?, coralitas, y el *Renovador* se encargará de lo que hayan preparado esos bárbaros. Será una batida limpia, se lo garantizo, y después podremos dedicarnos a temas de mayor relevancia para la Nueva República. Si lo desean, pueden unirse a nosotros.

Han y Leia intercambiaron miradas de preocupación, ya que no estaban seguros de que el comandante Rojo comprendiera que aquél era el tema de mayor relevancia para la Nueva República. Leia no parecía sorprendida por el error.

—Dentro de seis días —dijo ella—, tendremos tres cruceros de batalla, un crucero Interdictor, otro destructor estelar y los destacamentos correspondientes.

—No necesitamos esperar —dijo el comandante, un corelliano obstinado—. Tengo suficiente arsenal como para volar la base enemiga y, si hace falta, el planeta en el que se encuentra.

Leia soltó un suspiro de resignación. Sabía muy bien lo cabezotas que podían llegar a ser los corellianos. Se volvió hacia su hermano, que paseaba junto a la ventana. Luke ya le había advertido que no lograría convencer al comandante para que esperara al resto de las naves y, dado que ella había renunciado a su puesto en el Consejo, no tenía ninguna autoridad para ordenarle que lo hiciera. Tuvieron que

enviar un mensaje a Coruscant, pero tardarían un tiempo en recibir respuesta —los seis días que había calculado Leia ya eran demasiado optimistas—, y, para entonces, Rojo esperaba haber solucionado aquel tema. Leia sabía que la confianza de Rojo no la ayudaría en su plan de reunir una flota mayor, porque el comandante se pondría en contacto, si es que no lo había hecho ya, con los miembros más escépticos del Consejo y les aseguraría que podía manejar el asunto sin necesidad de emplear más recursos militares.

—Vamos a ir —dijo Rojo con firmeza—. Y si tenemos que ir solos, que así sea.

Leia suspiró.

Luke se dio la vuelta para decirle algo al obstinado comandante, pero un brillo al otro lado de la ventana llamó su atención. Se acercó, observó la oscura noche y vio una nave despegando hacia el firmamento. La identificó inmediatamente. Era la nave de carga, el *Buen Minero*, y su compañero rompehielos.

— ¿Mara? —preguntó en voz baja, considerando por un segundo la posibilidad de que su mujer hubiera decidido emprender la misión por su cuenta.

Pero aquello no tenía sentido. Mara no podía haber partido sola porque hacían falta dos pilotos para acometer la tarea, y no creía que se hubiera llevado a Jaina en un viaje tan peligroso sin consultar con Leia. Una sensación de intranquilidad, inspirada por el presentimiento acerca de quién era el copiloto más apropiado para Mara, comenzó a apoderarse de Luke, que no tardó en adivinar quién pilotaba el *Buen Minero* y quién iba en el rompehielos.

Se volvió hacia el resto. Su expresión lo decía todo.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Leia.

Luke corrió hacia la puerta y salió al pasillo.

—Buenas noches, señor —dijo C-3P0 cuando Luke chocó con él y lo empujó contra la pared.

—Ahora no —dijo Luke. Se quitó de encima al androide, esquivó a R2-D2 y desapareció por el pasillo.

—Pero, señor, Erredós...

— ¡Ahora no! —gritó Luke.

—Un mensaje del amo Jacen —gritó C-3P0 frenéticamente. Luke se detuvo en seco, dio la vuelta y corrió hacia el androide justo cuando Leia se inclinaba sobre R2-D2 para activar el mensaje holográfico.

—Tío Luke —dijo la diminuta imagen de Jacen en el pasillo—, perdona nuestra presunción, pero a Jaina y a mí nos pareció obvio que vuestra presencia es necesaria en la flota ofensiva principal. Sabíamos que querías penetrar en el cuarto planeta para investigar y determinar las capacidades y los objetivos del enemigo. Yo..., nosotros lo haremos, tío Luke.

Han soltó algo parecido a un gruñido y Leia le secundó.

—Dejad que la tía Mara descanse. Lo necesita —prosiguió el holograma de Jacen—. Jaina y yo estaremos bien y llevaremos a cabo la misión perfectamente. Lo prometemos.

La imagen desapareció.

—Les voy a dar una... —comenzó a decir Han.

—Jacen tiene razón —interrumpió Luke. Han, Leia y Lando le miraron incrédulos—. Aunque me hubiera gustado que me consultaran antes —prosiguió—. Ojalá hubieran coordinado mejor sus intenciones.

Crees que la idea de que Jacen se introduzca en el planeta es la opción adecuada —terminó de decir Leia.

—Tan buena como cualquier otra —respondió Luke sin dudarlo. Han empezó a marcharse, pero Luke le cogió del brazo. Por la expresión de su cara era evidente que pretendía ir al *Halcón Milenario*.

—Tus hijos son Caballeros Jedi —le dijo Luke con toda seriedad—. Son guerreros y exploradores. No pueden cerrar los ojos ante su deber sólo para que estemos tranquilos.

—Sólo son niños —discutió Han.

—Lo que éramos nosotros cuando el Imperio reveló la construcción de la Estrella de la Muerte —le recordó Luke.

—Habla por ti —gruñó Han. Entrecerró los ojos clavándolos en su amigo—. Acabo de recorrer la mitad de la galaxia para rescatar a uno de ellos y ahora tengo a los otros dos escapándose en dirección opuesta —gruñó apretando los dientes.

Luke miró a Leia y consiguió arrancarle una sonrisa.

—Acostúmbrate —dijo a Han—. Y disfrútalo mientras puedas. Dentro de poco no podrás seguirles el ritmo.

Han se alejó enfadado, soltando una serie de maldiciones. Fue entonces cuando Luke comprendió el alcance de su ira y su frustración. Acababa de perder a Chewbacca y no estaba dispuesto a perder a nadie más.

—Está decidido —se oyó la voz del comandante Rojo tras ellos—. Ya ha comenzado.

—El hecho de que hayan partido no implica que tengamos que enviar a toda la flota a buscarles —respondió Leia—. Han, Luke y yo podemos ir tras ellos en el *Halcón*.

—Y lo cierto es que su partida afecta a sus intenciones, comandante —añadió Luke—. Si nuestros enemigos detectan la nave de carga, esperarán la llegada de toda la flota.

—Será una banda de contrabandistas —dijo el comandante Rojo restándole importancia—. O algún grupo de liberación minoritario. Han descubierto una nueva tecnología y creen que con ella pueden desafiar a la Nueva República. Pero no tienen nada que pueda vencer al *Renovador*. Voy a ir.

Y, tras una breve inclinación y rompiendo la comunicación de forma brusca, eso fue lo que hizo.

Han y Luke se miraron un buen rato.

¿Por qué los convertiste en Jedi? —preguntó Han. Aquel tono de voz y aquel soniquete típico de Han Solo demostraba que el argumento de Luke había calado hondo.

— ¿Vienes con nosotros? —preguntó Han a Lando.

—Creo que me quedaré aquí para ocuparme de las defensas de tierra —dijo Lando nervioso cuando venció su sorpresa por la pregunta y pudo contestar.

—Nos encantaría que vinieras —dijo Han ignorando la respuesta y volviéndose hacia Leia—. Ve a por Anakin. Está con los cañones.

—Tú, Leia, Anakin y Kyp —argumentó Lando—. Cuatro es el límite en el *Halcón*.

—Tú, Anakin, Leia y yo—corrigió Han—. Kyp va a liderar un escuadrón de cazas del *Renovador* Ya está hablado con Rojo.

—Mis días de lucha... —comenzó a insistir Lando.

—...Acaban de empezar —le interrumpió Han.

Lando alzó las manos derrotado y el grupo se puso en marcha. Luke fue a despertar a Mara. A pesar del cansancio, le pareció que era un momento que no podía perderse, el resto fueron a buscar a Anakin y a preparar el *Halcón Milenario*. Un rato después, el *Halcón* y el *Sable de Jade* salieron de Dubrillion acompañados por todas las naves de guerra decentes que Lando había podido reunir. Ya fuera del planeta se reunieron con el contingente de Rojo y, tras un último intento por parte de Leia para convencer al obstinado comandante de que retrasara la salida, partieron a toda velocidad hacia el sistema Helska.

—oOOo—

Jaina llegó al sistema perfectamente y, tal y como habían hecho Luke y Mara, se aproximó al cuarto planeta utilizando el sol para ocultarse.

—El tío Luke programó las coordenadas en el sistema de navegación del *Buen Minero* —dijo Jaina a Jacen, que yacía boca abajo en el estrecho rompehielos acoplado a la nave de carga—. A lo mejor pasas un poco-de calor. Estamos a punto de acercarnos.

—Me voy a quemar vivo —dijo Jacen para recordarle a su hermana de forma no muy sutil que se había metido en el rompehielos casi desnudo. Llevaba una falda ancha que le había quitado a la piloto muerta del caza derribado y, lo que era peor, dado que la escotilla de entrada era muy pequeña, Jaina había tenido que arrodillarse a su lado y lo había empujado dentro de una forma no muy

delicada. Y todo eso sin dejar de pensar que lo único que llevaba puesto era una falda. ¡Una falda! Pasaría mucho tiempo antes de que Jaina le dejara olvidar aquel momento de indignidad.

—Puedo dar la vuelta y soltarte antes de salir del escudo que nos proporciona el sol helskano —le sugirió Jaina.

—Eso es demasiado recorrido para esta cosa —observó Jacen. —Pero estarás utilizando mi energía, no la tuya.

—Ya, pero estaré desarmado —replicó Jacen. Su tono era sarcástico, incluso jocoso, como si intentara relajar un poco los nervios.

—Sólo tienes que dejar que se acerquen y soltarles una descarga de calor —le respondió Jaina riendo. Recuperó la seriedad de inmediato y continuó—. ¿Listo?

—No falles —fue la respuesta.

Jaina dio la vuelta alrededor del sol con la nave de carga. Aunque no le gustaba hacerlo, volaba ayudada únicamente por los instrumentos, ya que se fiaba de las coordenadas que Luke había introducido en el ordenador de vuelo. Vio que su monitor se centraba en un punto de luz, el cuarto planeta, y observó cómo iba creciendo.

—Lo tengo Jacen —informó a su hermano—. Está todo organizado. Si enciendes los propulsores te verán, así que no te muevas y fíate de mi puntería.

—Suéltame ya —replicó Jacen.

—Y no te quedes más de unos minutos —añadió Jaina—. Estaré indefensa.

—Si te encuentran, vuelve a Dubrillion —dijo Jacen con toda seriedad.

Esas palabras, ridículas, por otra parte, porque ella jamás abandonaría a su hermano, resonaron en su mente una y otra vez mientras veía cómo se alineaban perfectamente las coordenadas. Jaina activó suavemente los mandos. La nave punzón, con Jacen dentro, tumbado boca abajo, salió disparada.

Fue un trayecto suave y tranquilo para Jacen, ya que no se oía el zumbido de ningún motor. Una buena parte del rompehielos era transparente, lo que le daba la sensación de estar volando libremente por el espacio vacío. Una sensación de serenidad que no esperaba notar ante el peligro que se cernía sobre él. Pero tuvo que ignorarla rápidamente. La orden que le había dado Jaina para que no se quedara bajo la superficie más de unos minutos era más que simple palabrería. Si su hermana y él querían una oportunidad de escapar, era una necesidad.

Había llegado el momento más temido por Jacen desde que salieron de Dubrillion. Tanteó con el pie desnudo el traje alienígena, el encubridor oogolith

según la traducción más aceptable de C-3P0, y contuvo la respiración mientras la obediente criatura comenzaba a unirse a él desde los pies, tal y como Anakin le había descrito que ocurriría tras presenciar cómo se lo había puesto Luke.

Jacen se retorció e intentó en vano caer en trance meditativo para huir de los punzantes garfios de los agujijones. Pero el proceso era demasiado íntimo y sintió cada uno de ellos profundamente. Cuando por fin terminó la horrible experiencia, Jacen supo que lo siguiente sería peor. Lentamente, y con la mano temblorosa, cogió la máscara estrellada, el gnullith, y se la llevó a la cara. Intentó no vomitar cuando el tubo bajó por su garganta.

Cuando todo terminó, vio que ante él se encontraba el cuarto planeta. Sabía que su tío Luke había introducido las coordenadas para que el rompehielos penetrara exactamente junto al montículo que él había identificado como la base central, y sabía que se dirigía hacia allí.

Pero entonces escuchó una llamada en su mente, un grito de dolor, una petición de auxilio que no podía ignorar.

Se concentró en aquel grito, cerró los ojos y dejó que la Fuerza le guiara. Sin apenas pensar en lo que hacía, activó suavemente los propulsores y soltó una pequeña llamarada que hizo girar el morro de la nave hacia un lado y que, probablemente, había alertado a sus enemigos de su presencia.

Siguió descendiendo y vio los puntos de luz, los coralitas, emergiendo por el lejano horizonte del planeta.

—Venga, deprisa —murmuró Jacen metiendo prisa a la nave, pero sin atreverse a activar de nuevo los propulsores.

Y siguió descendiendo hasta que la pantalla estuvo repleta del manto blanco grisáceo que cubría el helado planeta. Miró a un lado, vio la horda de coralitas acercándose rápidamente y echó la vista al frente en los últimos cientos de metros de descenso.

Casi olvidó encender la carga, pero pulsó un mando y la bomba saltó frente a él, se introdujo en el hielo e hizo explosión con un gran destello, el impacto estremeció violentamente el rompehielos y a Jacen. No podía ver nada debido al hielo y al vapor, y no podía saber si la carga había llegado hasta el agua.

Pero tampoco podía detenerse y esperar, así que siguió descendiendo, rebotando contra los pedazos de hielo, y cayó en picado. Jacen se agitó de un lado a otro hasta casi quedar inconsciente.

Y después... todo fue silencio. Sereno, el rompehielos se sumergió en la calma de las aguas gélidas bajo la superficie, el agujero se congeló rápidamente tras él, y

Jacen esperó que los pilotos de los cazas enemigos le creyeran muerto por la violenta colisión, o que pensarán que su nave no era una nave, sino un misil dirigido hacia la base planetaria.

De cualquier forma, a Jacen no le importaba. Cuando recuperó el sentido sólo podía percibir la soledad y el brillo de bienvenida.

Y aquella llamada... que no estaba muy lejos.

—oOOOo—

—Oh, oh —susurró Jaina. Sus instrumentos habían captado las inesperadas llamaradas de Jacen y la subsecuente aparición de los cazas enemigos. La chica había visto la explosión en la superficie del cuarto planeta y había deseado que fuera la explosión planeada y adecuada, y que Jacen hubiera penetrado en la corteza de hielo; pero, por un momento, olvidó sus esperanzas. Tenía sus propios problemas. Los cazas se dirigían hacia ella, alejándose vertiginosamente del planeta. Sabía que no podían verla ni detectarla con los instrumentos. No mientras tuviera el sol helskano a sus espaldas.

Estaban siguiendo la ruta de descenso de Jacen, un camino que les conduciría hasta ella, el escudo que le proporcionaba el sol no duraría mucho.

El *Buen Minero* no llevaba armas y, a pesar de las mejoras realizadas por el personal de Lando, no era demasiado rápido.

Cuando el sol helskano se puso a la vista, Jaina dio la vuelta y apagó la pantalla frontal. Debía hacerlo perfectamente. Tenía que acercarse al sol lo suficiente para que los cazas no la vieran, y para que no pudieran seguirla en caso de que lo hicieran. Su única ventaja era que el *Buen Minero* era una nave sólida y construida para explorar cualquier planeta que ofreciera minerales valiosos. Podía acercarse al sol mucho más que un caza normal.

Jaina centró su atención en las lecturas de navegación y fue acercando la nave cada vez más. Intentó ignorar las insistentes advertencias de los instrumentos acerca del incremento de temperatura en el casco, así como su propia percepción del calor, que iba en aumento incluso dentro de la nave.

Los motores iónicos rugieron luchando contra el repentino aumento de gravedad. Incluso con la pantalla frontal apagada, Jaina podía ver el brillante resplandor filtrándose por las juntas supuestamente herméticas de la nave.

Giró hacia un lado, se colocó en órbita cerrada y, como habían hecho Mara y Luke, empleó la gravedad para dar la vuelta al sol a toda velocidad. Se esforzó al máximo, segundo a segundo, manipulando los instrumentos para compensar el tirón y luchando para que el *Buen Minero* no se precipitara hacia el sol helskano.

Los motores iónicos rugían, los instrumentos lanzaban chirridos de alarma y Jaina, sintiendo la gravedad y las violentas sacudidas, también gruñó. Ejecutó un brusco giro para dar la vuelta y soltó un grito. Tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas cuando la nave luchó frenéticamente contra el tremendo tirón gravitatorio y, finalmente, se liberó de él con una sacudida que lanzó despedida a la nave. La joven volvió a mirar el monitor y reactivó las pantallas para comprobar los daños.

—Oh, oh —repitió. Aunque el *Buen Minero* se había portado admirablemente y había salido de aquel trance casi indemne, los rápidos cazas enemigos no habían abandonado la persecución y habían rodeado el sol en una órbita más alta y más rápida.

Ella sabía que ahora podían verla, y ya no le quedaba ningún as en la manga.

—oOOOo—

A Jacen comenzó a gustarle el sencillo y brillante diseño del rompehielos. Elevó la nave hasta la corteza helada del planeta y la aseguró con unos pequeños garfios. Después respiró hondo, deseando que no fuera la última vez y con la esperanza de que la información del tío Luke sobre el gnullith y sobre el aislamiento del encubridor ooglith que llevaba puestos no fuera incorrecta. Introdujo la secuencia de tres claves para la expulsión subacuática y apartó la mano cuando una lámina de bloqueo se deslizó sobre el panel de instrumentos, el resto de los paneles también se ocultaron, y Jacen quedó encerrado en un compartimento submarino con la escotilla como pared delantera. Después, tras una serie de bloqueos que protegieron la cápsula de las aplastantes presiones, el agua comenzó a entrar y fue llenando el compartimento.

Al principio, Jacen contuvo la respiración cuando el agua le cubrió la cara, pero después, sin apartar en ningún momento el dedo del botón de desactivación, se atrevió a respirar.

Le resultó un poco acuoso y burbujeante, y algo incómodo, pero se encontraba bien porque estaba aspirando oxígeno a través del apéndice simbiótico de la criatura estrellada. No tenía frío, y se detuvo un instante para admirar el maravilloso funcionamiento de aquel traje viviente.

El compartimento externo se abrió y Jacen salió al exterior buceando. Comprobó su equipo, el sable láser y el pequeño sensor que le conduciría de vuelta a la nave, y dedicó su atención al mundo submarino que se abría ante él. Vio luz a lo lejos, muy distante y profunda. Al principio pensó que se trataba de un fenómeno natural, actividad volcánica quizás, y se preguntó si no estaría sobrevalorando el encubridor ooglith. Tal vez el agua no estuviera tan fría. Mientras avanzaba fue pasando las manos por la corteza de hielo para obtener un mejor ángulo de visión

del resplandor y se dio cuenta de lo que eran aquellas luces. ¡Era una base organizada!

Un montón de preocupaciones cruzaron la mente de Jacen en aquel momento. Se dio cuenta de que con la máscara y con el traje que era como una segunda piel su apariencia era similar a la de los pilotos de los coralitas. Hasta tenía la falda de la piloto. Ojalá los pilotos llevaran el mismo uniforme, pensó. Pero ¿cómo iba a comunicarse con ellos? ¿Cómo se abriría paso entre los guardias?

Volvió a respirar hondo, recordándose a sí mismo que era un Jedi. Y que los Jedi, por encima de todo, debían improvisar en cualquier situación. Había otra cosa que le ayudaba. Aquella llamada misteriosa no había cesado, sino que parecía cada vez más fuerte y cercana.

Para sorpresa y alivio de Jacen, la señal no parecía proceder de la lejana e iluminada base, sino de arriba, más cerca de la corteza helada.

Se movió rápidamente, recordando que el tiempo escaseaba, y se arrastró por la parte interior de la gran corteza de hielo dejando que la llamada *le* guiara. De repente, se detuvo. Bajo él, no muy lejos, una fila de unas seis luces ascendía por el agua en su dirección.

—oOOo—

Jaina se mordió los labios y aceleró a fondo el *Buen Minero*, pero la velocidad de los cazas enemigos ridiculizaba sus intentos de fuga. Pensó en dar la vuelta y en dejarse caer hacia la protectora proximidad del sol helskano, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde para esa opción. Algunos de los coralitas ya le bloqueaban el paso.

—Me han cogido —murmuró. Y por primera vez desde que comenzó a entrenar con Mara, Jaina se sintió completamente indefensa, como si todo su entrenamiento para convertirse en Jedi no le sirviera de nada.

Comenzó a lanzar un mensaje telepático, una despedida; pero después notó algo, abrió los ojos... y sintió el mayor alivio de su vida.

El *Renovador* salió del hiperespacio justo ante sus ojos. Aparecieron otras naves, cruceros y fragatas, y antes de que Jaina pudiera abrir un canal y advertir a la flota, el gran destructor estelar activó todas sus defensas. Ala-X y otros cazas comenzaron a surgir de la enorme nave, los grandes cañones láser delanteros se abrieron y los haces luminosos pasaron al lado de Jaina.

—Hola, *Buen Minero* —dijo una voz conocida. Jaina nunca pensó que sería tan feliz al oír la voz de Kyp Durrón—. ¿Necesitas ayuda?

Un escuadrón de Ala-X pasó por su lado y la primera nave sacudió las alas para

saludarla.

—Vas a necesitar más ayuda cuando te pille en casa —resonó otra voz, la de su padre, y el *Halcón Milenario* apareció ante ella seguido por el *Sable de Jade*.

—Colócate detrás de nosotros —añadió Luke—. Esto es cosa nuestra.

Jaina obedeció encantada y dejó que el *Halcón*, el *Sable de Jade* y toda la flota pasaran de largo y se interpusieran entre ella y el enemigo. Un enemigo cuyo número, según comprobó al hacer girar al *Buen Minero* para inspeccionar el estado de la batalla, menguaba por momentos. Al parecer, los coralitas habían sido cogidos por sorpresa y, uno tras otro, fueron cayendo y explotando en relucientes pedacitos. Algunos consiguieron volver, pero entonces se oyó una voz en todos los canales.

—Aquí Rojo —dijo—. Vamos a por la base.

Jaina aceleró al máximo. Tenía que aguantar. Evidentemente, no sería de mucha ayuda en la batalla, pero no podía olvidar que su hermano seguía en el planeta.

—oOOOo—

Jacen no sabía si huir o pelear, pero, cuando uno de los alienígenas le indicó que se uniera a la fila, se dio cuenta de que ninguna de las dos opciones era correcta.

Creen que soy uno de ellos, se dijo Jacen a sí mismo. Un poco más confiado, asintió y se unió al grupo.

Los seis le miraron fijamente y Jacen comprendió la dinámica de todo aquello. Era uno de ellos, pero había algo en su uniforme o en su comportamiento que indicaba que era de menor rango. Se detuvo un momento a estudiar el grupo. Buscaba el orden y las diferencias que podían indicarle cómo distinguirles unos de otros.

Los ojos, el que parecía ser el líder y se había acercado a él sólo tenía un ojo. En la cuenca vacía llevaba una especie de prótesis injertada. La piel que le rodeaba los ojos, la única parte de su auténtica piel visible bajo el encubridor ooglyth y el respirador de estrella, estaba completamente tatuada. Jacen comprobó que los guerreros que le seguían tenían menos cicatrices y tatuajes en esa zona.

Recordó a la piloto alienígena muerta en Dubrillion y al guerrero que su tío había traído de Belkadan. Ambos cuerpos estaban mutilados y tatuados, y tenían cicatrices superpuestas. Si su deducción era correcta, aquellos dos humanoides de la base de Lando tendrían que haber ocupado cargos importantes entre aquel extraño pueblo.

Siguiendo esa intuición, Jacen se dirigió con deferencia hacia el final de la fila y

se colocó el último. Siguió al grupo hacia la corteza de hielo y entró en una cavidad que conducía a una cámara burdamente abovedada y con oxígeno. Jacen percibió enseguida que en aquella salita se encontraba el desconocido que había emitido la señal de ayuda que él había captado. Siguió avanzando despacio, manteniéndose al final de la fila y sacando la cabeza del agua de vez en cuando. Tuvo que esforzarse por no perder el control cuando vio en una esquina a un hombre acurrucado, un Caballero Jedi a quien, además, conocía. Los guerreros integrantes del grupo ya se habían colocado junto a Miko Reglia, y habían empezado a propinarle puñetazos y a cogerle por los brazos para alzarle.

Jacen miró hacia el otro lado y vio a una mujer. Una bella mujer con el espíritu de lucha evidentemente intacto que permanecía de pie, nerviosa, pero que era incapaz de hacer nada porque estaba siendo vigilada.

Jacen comprobó sorprendido que la llamada telepática procedía de la mujer y no de Miko Reglia.

El joven Jedi salió del agua y caminó por la cámara. Se colocó junto al guerrero que había entrado en último lugar, el de menos rango aparte de él, según sus cálculos.

El guerrero le miró enfadado y volvió a señalar el agujero.

— ¡Yuth ugh! —gruñó. Jacen comprendió que el guerrero quería que volviera al agua.

El último tenía que quedarse vigilando, adivinó, y ahora él era el último.

Jacen se volvió hacia el agua helada.

—Ven, Miko —oyó decir al líder del grupo. Le sorprendió que aquellos bárbaros desfigurados hablaran su idioma—. Es hora de morir. Jacen se detuvo sin poder evitarlo.

—Dejadle en paz —rogó la mujer—. Sólo vais a volver a fingirlo. ¡No es real, Miko!

Uno de los guerreros que la custodiaban le dio un puñetazo en el estómago y su discurso terminó de forma brusca, con un jadeo.

— ¡Yuth ugh! —gritó de nuevo el guerrero a Jacen, el muchacho le miró y vio que ponía cara de sorpresa.

— ¿Bos sos si? —le preguntó el guerrero, señalándole al cinturón, donde colgaba el sable láser.

Jacen miró a la derecha y vio cómo los dos cabecillas levantaban brutalmente a Miko. Volvió a mirar a la izquierda y vio a dos de los guerreros acercándose a él

para comprobar qué era lo que llevaba en el cinturón.

Jacen se quitó el sable láser y lo activó. Lanzó un barrido y le cortó la pierna a la altura de la rodilla a uno de los guerreros, que cayó al suelo con un grito de agonía.

— ¡Vamos, Miko! —animó Jacen a su compañero Jedi, pero, antes de mirar, supo que a Miko no le quedaba mucha capacidad de combate, si es que le quedaba alguna. Sólo era la carcasa vacía de un hombre. Esta pelea era para Jacen.

CAPITULO 23

En la red

A través de los ojos del Coordinador Bélico, el prefecto Da'Gara contempló la explosión de otro caza en medio de una lluvia de relucientes pedacitos.

—Que la gloria sea contigo, guerrero —murmuró solemnemente. Era la despedida de rigor para los que morían en glorioso combate.

Pero ver a uno de sus guerreros muriendo en la batalla que se desarrollaba en la cara más alejada del sol helskano no le apenaba en absoluto. Morir luchando era uno de los mayores honores que un guerrero yuuzhan vong podía alcanzar.

Y tampoco le inquietaba que el pequeño destacamento de cazas que el Coordinador Bélico había enviado contra la fuerza enemiga estuviera aparentemente perdiendo la batalla. Ese grupo tenía que perder y retirarse. Al hacerlo, acercaría al enemigo aún más a la auténtica fuerza de la Pretoria Vong: las miles de naves que esperaban su momento, tanto los cazas individuales como las naves grandes con multitud de cañones; la gran potencia del arsenal de tierra, tanto misiles como proyectores de gravedad; y la poderosa energía del yammosk, una energía que unía a los yuuzhan vong y que indudablemente detendría, e incluso destruiría, a cualquier nave enemiga que se acercara demasiado al Coordinador Bélico.

Los cazas supervivientes del grupo de persecución volvieron a la base rodeando el sol de Helska y seguidos de cerca por la flota enemiga, que estaba integrada por más de una docena de grandes naves, incluyendo un transporte de impresionantes dimensiones y tandas y tandas de pequeñas naves.

Una sonrisa astuta se dibujó en el rostro del Prefecto. La victoria de aquel día sería mucho mayor, aún más grande que la muerte de Belkadan o de Sernpidal.

¿Están unidos? preguntó mentalmente el Prefecto al Coordinador Bélico. La confianza de la criatura ensanchó aún más la sonrisa en el rostro del Prefecto. Entonces pudo sentir el nexo de unión enviado por el yammosk a todos los guerreros yuuzhan vong, a los cazas que volvían y a los miles que permanecían a la espera escondidos al otro lado del planeta. Aquella era la auténtica gloria del Coordinador Bélico, una herramienta perfecta de comunicación y coordinación. Y Da'Gara notó la confianza depositada por el yammosk en las defensas planetarias, compuestas principalmente por un campo de energía creado por el propio poder de la criatura y por los numerosos cañones volcánicos de las tres mundonaves, que, a su vez, extraían la energía del planeta mismo; los

numerosos dovin basal, estratégicamente situados y con sus devastadores rayos tractores que podían derribar una luna, por no hablar de un caza; y los proyectores de gravedad, que acabarían con las comunicaciones y los sistemas tecnológicos.

Ahí llegaban, y el prefecto Da'Gara esperaba ansioso.

—oOOOo—

Han mantuvo el *Halcón* en la retaguardia mientras el grueso de la flota avanzaba. Luke hizo lo mismo con el *Sable de Jade*. Ambos protegían a la indefensa nave de carga de Jaina. Teniendo en cuenta que la batalla se había iniciado con una desbandada del enemigo hacia la cara oculta del sol, parecía que el comandante Rojo había acertado en sus previsiones sobre el potencial del enemigo.

Ahora tenían un breve respiro que Han utilizó para averiguar algo sobre su hijo mayor.

— ¿Dónde está tu hermano? —preguntó a Jaina, el silencio de la chica le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Luke, te necesito —dijo Han.

—Ya lo he oído —fue la respuesta—. Bajaremos al planeta en cuando el *Renovador* y su columna despejen... —la voz de Luke se desvaneció. Han alzó la vista hacia la batalla y comprendió por qué.

Miles de coralitas habían aparecido ante la flota y se desplazaban veloces a ambos lados de los numerosos cazas. La aparente desbandada se convirtió de repente en una escena de caos absoluto y de rugiente batalla.

— ¡Quédate aquí! —ordenó Han a Jaina. A continuación aceleró el *Halcón* para unirse al combate, con el *Sable de Jade* siguiéndole de cerca—. Empieza a disparar, chico —dijo a Anakin.

—No me llames chico —fue la respuesta de Lando desde el cañón inferior. La frase terminó con un grito de sorpresa cuando una pareja de coralitas pasaron rozando al *Halcón*.

Han y Leia los ignoraron y se concentraron en la repentina cantidad de naves que había aparecido para atacar la flota. Más adelante y a un lado, dos fragatas Ranger abrieron fuego desde sus docenas de baterías, enviando haces láser en mil direcciones y obligando a los coralitas de la zona a realizar maniobras de evasión bruscas y desesperadas, casi siempre con poco éxito.

—Impresionante —dijo Han.

—Es lo más nuevo y lo mejor —comenzó a decir Leia, pero se detuvo y se estremeció cuando hizo explosión un crucero cercano al *Halcón*.

Y entonces, un gran coralita pasó rozando la fragata Ranger que tenían más cerca. A través del sistema de comunicación, todos escucharon al comandante confirmando la visualización de la nave enemiga. Después ordenó apuntar todas las armas al frente y pidió al resto de las naves que cubrieran el ataque.

La fragata abrió fuego, lanzando la potente ráfaga de láseres que rozó al coralita...

...Y desapareció.

—Proyectores de gravedad —murmuró Han sin aliento—. Como lo que había en Sernpidal.

Entonces, Leia soltó un grito. Han se vio lanzado contra su asiento cuando su mujer dejó caer el *Halcón* en picado para evitar a dos coralitas que se aproximaban a ellos.

—Tienen un proyector de gravedad —intentó explicar Han—. Uno muy grande.

Leia se elevó y dio la vuelta, situando de nuevo la nave ante la fragata. el coralita seguía absorbiendo los haces de luz. Los doblaba con un campo de gravedad tan intenso que simplemente parecían desaparecer, el coralita se abrió paso hasta la fragata y se puso entre ella y su compañero, que también abrió fuego a discreción.

Y entonces, la extraña nave enemiga comenzó a girar. Lo hacía cada vez más rápido y doblando los rayos láser.

Han y Leia oyeron los gritos de los pilotos de la zona, que pedían a los comandantes de las fragatas que salieran de allí. Y eso intentaron, porque interrumpieron los ataques y dieron la espalda al coralita. Pero no pudieron escapar y, sin darse cuenta, comenzaron a orbitar alrededor de la nave enemiga.

Giraban cada vez más rápido y en una órbita cada vez más estrecha.

Finalmente, los tres colisionaron. En ese preciso momento el proyector de gravedad del coralita se desvaneció y el resto de las naves salieron volando en medio de un inmenso resplandor de energía.

Han miró a Leia nervioso. Las fragatas Ranger eran las segundas mejores naves que habían traído, y acababan de perder a un tercio del grupo.

En ese momento empezaron a recibir llamadas de Kyp Durrón y del resto de los pilotos de los cazas, que se estaban enfrentando en una encarnizada batalla contra un enjambre de naves enemigas, el mensaje no era de victoria, sino de sorpresa.

—Son mejores de lo que creímos —subrayó Leia, contemplando y escu-

chando el distante espectáculo de la batalla. Los Ala-X, que eran los mejores cazas, apenas podían aguantar.

— ¡Necesitamos ayuda, *Renovador*! —rogó Kyp.

Pero el *Renovador* no daba abasto. Innumerables coralitas esquivaban sus devastadores cañones y lo atacaban desde multitud de ángulos.

—Vamos a por el planeta —ordenó el comandante Rojo por todos los canales. el gran destructor estelar se precipitó hacia el gélido mundo y comenzó a descargar ráfagas láser con las baterías frontales.

Han y Leia cerraron los ojos ante aquella imagen. Jacen seguía ahí abajo.

El *Sable de Jade* cruzó frente a ellos, disparando y con varios coralitas pegados a la cola.

—Te tengo —dijo Han a Luke. Pero en cuanto salió en persecución de su amigo tuvo que detenerse y dar la vuelta para no chocar de frente contra los coralitas que se acercaban al *Sable de Jade*, y que abrían fuego sobre el *Halcón*.

Los cuádruples cañones láser superiores comenzaron a retumbar.

— ¡Vienen muchos! —gritó Anakin desde la cabina de arriba.

—No te muevas —intervino Lando—. Deja que se acerquen. La frase terminó con una exclamación de sorpresa cuando el *Halcón* se vio sacudido varias veces por un impacto en el flanco izquierdo.

— ¿De dónde ha venido eso? —dijo Lando.

Han y Leia realizaron todas las maniobras posibles con el *Halcón*. Bajaron, giraron, cayeron en picado e incluso dieron vueltas como si la nave fuera un caza pequeño. Y todo ello, claro, acompañado por los habituales gritos de C-3P0.

Pero los coralitas eran buenos, muy buenos, y seguían los movimientos de la nave coordinando los ataques a la perfección.

De repente, el cañón superior dejó de retumbar y los rayos azules que salían disparados por encima del puente del *Halcón* cesaron.

— ¿Anakin? —gritó Han pensando lo peor—. ¡Anakin!

—oOOOo—

El comandante Rojo se dio cuenta enseguida de que tenía un serio problema. La coordinación del ataque de los coralitas contra su condecorada nave era bastante brillante, y los escuadrones de cazas enviados para proteger al *Renovador* ya tenían suficiente con protegerse a sí mismos.

Y, lo que era peor, aunque los proyectores de gravedad que llegaban a la nave no parecían lo suficientemente fuertes como para dejarla sin escudos, la asombrosa localización de objetivos por parte de los cazas enemigos, que llegaban desde diferentes ángulos pero atacaban en los mismos puntos, estaba debilitando de forma drástica la potencia defensiva del destructor estelar.

Rojo entrecerró los ojos y, con las baterías frontales del *Renovador* descargando sobre la helada superficie, miró fijamente el planeta que crecía en su pantalla frontal.

Rojo sabía que tenían que encontrar su punto débil.

Los informes de daños le llegaban por todas partes, el *Renovador* sufría numerosos problemas y las bajas entre la tripulación iban en aumento. Y entonces, un campo de energía desconocido atrapó al destructor estelar y las alarmas generales se activaron. Todas las llamadas que no procedían del puente de mando se convirtieron en un estruendo de ruido de fondo.

El comandante Rojo sabía que no le quedaba mucho tiempo.

—oOOoo—

Anakin no estaba herido, pero tampoco podía responder. Se encontraba sentado en la cabina contemplando los movimientos coordinados y demasiado sincronizados de los coralitas. No podían estar improvisando ese patrón de vuelo, con aquellas maniobras que se complementaban de forma tan increíble. No podían comunicarse y reaccionar tan rápido.

A Anakin todo le resultaba terriblemente familiar.

—Están unidos —dijo a sus padres—. Como Jaina, Jacen y yo en el cinturón de asteroides.

—Son buenos pilotos, eso es todo —replicó Leia.

—Yo he visto cosas mejores —añadió Han.

Anakin negó con la cabeza mientras escuchaba los comentarios y los ignoró. Observó la danza que los coralitas ejecutaban alrededor del *Halcón* y del *Sable de Jade* y contempló la extensa coreografía que se llevaba a cabo en toda la batalla. Estaba convencido, y eso le daba miedo.

Porque no sólo los grupos que estaban atacando el *Halcón* y el *Sable de Jade* habían encontrado un nivel de simbiosis por encima de lo normal, sino que ¡toda la flota estaba conectada! Anakin se quedó sin respiración. Recordó lo eficaces que habían resultado sus hermanos y él cuando habían alcanzado aquel estado. Y sólo eran tres.

Pero los corralitas eran cientos, tal vez miles.

Y actuaban como uno solo, podía sentirlo, lo sabía, estaban unidos por algo parecido a la Fuerza, pero que no era la Fuerza.

Anakin volvió a la realidad cuando se dio cuenta de que Lando y su padre estaban gritándole y retomó el control del cañón.

—oOOOo—

La batalla siguió despedazando las fuerzas de la Nueva República. Resultaba obvio que el objetivo principal del enemigo era el *Renovador*, el destructor estelar estaba rodeado por un enjambre de corralitas que zumbaba a su alrededor, horadaba sus escudos y atacaba directamente al casco.

—Tenemos que llegar a Rojo —dijo Luke a Han—. Debemos quitarle de encima esos cazas para darle algo de tiempo.

—Genial —murmuró Han sarcástico—. Ahora soy el guardaespaldas de un destructor estelar —miró a Leia con una mueca traviesa—. ¿No te parece algo irónico?

Jacen casi llegó a hundir el sable láser en el pecho de un segundo yuuzhan vong, pero el guerrero era más rápido de lo que había pensado y se arqueó hacia atrás evitando el roce del arma. Los demás rodearon al joven Jedi, y dos de ellos sacaron unos extraños insectos, el resto extrajo de sus bandoleras una especie de bastones.

Jacen describió un arco rasante con la hoja de su sable láser y obligó a los más cercanos a alejarse, el joven Jedi vio el hueco que había abierto en la fila de adversarios y lo aprovechó para saltar por encima del agujero del suelo, obligándoles a seguirle. Dos de ellos liberaron sus insectos, que resultaron ser pequeños misiles vivientes que se dirigieron hacia Jacen.

Su sable láser giró a derecha e izquierda, y ambas criaturas cayeron al suelo.

Cuatro guerreros rodearon el agujero y se aproximaron a él, el quinto cogió otro misil viviente, pero, al hacerlo, Danni saltó sobre él y le agarró la cara, el guerrero alienígena gruñó y le clavó el codo con fuerza en el vientre, pero la joven apretó los dientes, aguantó el dolor y metió los dedos por debajo del gnullith, el poderoso guerrero agarró su brazo y le impidió que llegara a quitarle la máscara.

Danni improvisó y presionó con el dedo junto a la nariz del guerrero, en el punto de apertura del encubridor ooglith. Cuando la criatura comenzó a replegarse, el yuuzhan vong soltó a Danni, que dio un paso hacia atrás, bajó el hombro y empujó al guerrero al agujero.

El yuuzhan vong cayó de cabeza y, aunque aún tenía puesto el respirador, tragó agua; y, lo que era peor, su traje protector no aguantó y el encubridor ooglith siguió replegándose, el agua helada absorbió el calor del desprotegido guerrero, que logró nadar hasta el borde del agua intentando regresar a la cámara.

Pero ya era demasiado tarde y los brazos no le respondían. Se quedó desorientado, con uno de los apéndices del gnullith mal colocado e impidiéndole la visión.

Intentó agarrarse, pero no consiguió subir de nuevo, y las gélidas aguas se lo tragan.

Danni no lo vio. Otro yuuzhan vong le había arrojado un insecto y no conseguía escapar de él. No podía pararlo. La criatura le golpeó en el pecho y la dejó sin aire. Danni perdió la consciencia y cayó al suelo.

—oOOOo—

Los cañones superiores e inferiores del *Halcón* bramaban sin cesar. Anakin era quien mantenía a raya a la mayor parte de los corralitos que asediaban al *Halcón*. Su manejo del arma, girando de un lado a otro y siguiendo perfectamente a los objetivos, era poco menos que espectacular.

En el *Sable de Jade*, que iba a su lado, Luke y Mara se encargaban de controlar el armamento desde el puente de mando. Además, la nave, que contaba con disparadores más nuevos, más rápidos y más maniobrables, se estaba portando incluso mejor que el *Halcón*. Pero, a pesar de ello, le costaba mucho avanzar hacia el *Renovador*.

El comandante Rojo lanzaba desesperadas llamadas de auxilio a través de la casi ininteligible barrera de ruido de fondo. Uno de los laterales del destructor estelar echaba chispas debido a los impactos causados por una hilera continua de coralitas.

Entonces, una ráfaga de misiles surgió con estruendo de unos conos de apariencia volcánica que emergieron en la superficie del planeta. Rojo gritó por última vez.

Su nave, ardiendo, cayó en picado hacia el cuarto planeta con una serie de explosiones en su interior que superaban incluso a las provocadas por las ráfagas de los letales coralitas.

Pero los disparos de las pequeñas naves eran innecesarios, el *Renovador* había muerto.

—oOOoo—

Jacen bloqueó el golpe de un bastón y se dio la vuelta para detener otro impacto con su sable láser. En mitad del giro echó su arma hacia atrás a la velocidad del rayo y eliminó otro insecto.

Después paró el golpe y respondió con una maniobra de giro y contraataque que lanzó despedido al alienígena.

Otro guerrero intentó detenerlo y Jacen no pudo terminar el movimiento. A pesar de ello, se vio obligado a dar la vuelta, girando a toda prisa para responder a dos ataques más, uno alto y otro bajo, que le llegaban con perfecta coordinación. Jacen, guiado por el instinto, se agachó, y el siguiente insecto le pasó por encima. O casi por encima, porque el joven Jedi alzó el sable láser y cortó a la criatura por la mitad según pasaba.

Una serie de intensos giros y golpes rechazaron tres ataques más, procedentes de tres oponentes distintos.

Fue una defensa brillante, pero Jacen se estaba esforzando muchísimo y apenas ganaba terreno. Eran guerreros excelentes. Quizá podría vencerlos de uno en uno y, con algo de suerte, tal vez de dos en dos.

Pero no a cuatro. Ni en sueños.

Siguió girando y cortando. Luchaba únicamente para defenderse. Hacer otra cosa, aunque fuera ayudado por la Fuerza, significaría la muerte. Jacen seccionó uno de los bastones y se dio la vuelta esperando un ataque similar desde el otro lado.

Pero vio a dos alienígenas que se dirigían raudos hacia él y le costó un momento darse cuenta de lo que realmente pasaba. En ese momento vio unas manos humanas cubriendo aquellas caras y tirando de las máscaras.

—oOOOo—

Miko Reglia no se detuvo y aguantó el castigo por haber metido los dedos en el punto de apertura del encubridor ooglith. En cuanto los trajesvivos comenzaron a replegarse, el Jedi malherido se apoyó firmemente en sus talones y empujó con todas sus fuerzas. Sus sorprendidos enemigos fueron lanzados hacia el agujero. Y él cayó con ellos.

Miko sintió cómo el agua helada extraía su último aliento de vida. Sintió el forcejeo, los puñetazos y las patadas; pero, en aquel último acto de desafío contra los yuuzhan vong, Miko Reglia se aferró a sus adversarios de forma obstinada e impidió que los dos guerreros treparan de vuelta a la cámara. Estaba resuelto a no morir antes que ellos.

—oOOOo—

En la cámara, uno de los yuuzhan vong que quedaban cometió el error de acercarse al agujero para intentar salvar a alguno de sus compañeros.

Jacen no perdió un segundo y saltó en dirección al tambaleante alienígena con el sable láser reluciendo. Entonces, cuando el otro guerrero acudió en defensa de su compañero, se dirigió hacia él y lo mató con un rápido golpe en el pecho.

Su sable láser realizó un corte limpio con facilidad y salió, rápido y seguro, para responder al bastón con el que le atacaba el otro guerrero, que intentaba recuperar la postura defensiva. Pero Jacen le agarró por la muñeca, cogió impulsó y se la retorció. Después hundió su haz de energía en el pecho de su enemigo.

— ¡Miko! —lo único que podía oír era el grito de Danni. Jacen se volvió y vio a la joven arrastrándose hacia el agujero—. ¡Miko!

Jacen miró alrededor buscando soluciones.

— ¡Trajeron un traje y una máscara para él! ¡Póntelos!—dijo a Danni sumergiéndose a continuación por el agujero.

Danni lo hizo y, momentos después, estaba equipada y sujetaba una de las antorchas de liquen que los yuuzhan vong habían llevado a la cámara. La joven

casi se sale del encubridor ooglyth cuando Jacen reapareció de pronto ante ella, negando con la cabeza para indicarle que Miko Reglia había muerto.

Jacen la cogió de la mano y buceó con ella bajo la corteza de hielo, de vuelta a la nave punzón. De alguna forma, ambos consiguieron introducirse en el pequeño vehículo.

—oOOoo—

Los canales abiertos de los puentes de mando del *Halcón Milenario* y del *Sable de Jade* sólo recibían mensajes de horror y pánico tras la destrucción del *Renovador*, el comunicado más destacado de todos era el de Kyp Durrón, que pedía la retirada general.

— ¡Salto al hiperespacio! —ordenó Kyp—. ¡Volvemos a Dubrillion!

—Hacedlo —secundó Luke en todos los canales—. ¡Deprisa! —Jaina desde el *Buen Minero* —se oyó una voz—. ¡Tío Luke, Jacen sigue ahí abajo!

Luke cerró los ojos, pero no al conocer la noticia, sino porque vio otra de las fragatas Ranger estallando en mil pedazos.

—Nosotros te acercaremos, Jaina —le respondió—. Colócate entre el *Halcón* y el *Sable de Jade*. Nosotros te acercaremos.

La batalla se desintegraba ante ellos. Los cazas, cruceros y fragatas de la Nueva República se alejaban del helado planeta, cada uno perseguido de cerca por un grupo de corallitas. En dirección opuesta, una estrecha formación de tres naves se dirigía hacia el planeta con las dos mayores disparando sus cañones láser, el grupo siguió bajando sin perder las posiciones relativas y atravesando la atmósfera. Una atmósfera todavía espesa por la niebla que había provocado el *Renovador* al caer.

Todos notaron una energía punzante a su alrededor. Rodeaba las naves y sus propios cuerpos. Sintieron la perturbación y la energía, y los proyectores de gravedad les alcanzaron. Hasta Luke y Mara, que formaban el mejor equipo de pilotos y con mejor reputación de la galaxia, lo estaban pasando mal para mantener la trayectoria del *Sable de Jade*. Luke conocía las coordenadas que había introducido en el sistema de navegación del rompehielos, así que iba en cabeza. Jaina intentó hablar con él y dijo algo sobre que Jacen había alterado la ruta cerca del planeta, pero su voz se desvaneció.

Daba igual, pensó Luke, el Jedi intentó localizar a Jacen a través de la Fuerza y, al principio, cuando no recibió respuesta, se asustó bastante. Pero luego se dio cuenta de que aquel campo de energía era tan potente que interfería incluso ese nivel de comunicación personal. Luke cerró los ojos, se concentró más allá de las barreras físicas y escuchó.

Los cazas se acercaban y se abalanzaban sobre ellos, y los cañones láser rugían. Siguieron avanzando sin alterar su curso, pero todos sabían que les resultaría imposible seguir así mucho tiempo, el planeta giraba bajo ellos. Estaban muy cerca.

— ¡Coordenadas para hiperespacio! —gritó Luke varias veces.

— ¡...a dejarle aquí! —fue la respuesta incompleta de Han. Luke repitió las instrucciones sin ofrecer alternativa.

—Saltaremos en cuanto Jacen salga —explicó, pero Han soltó de nuevo un firme "¡No vamos a dejarle aquí!".

Oyeron gritar a Jaina.

— ¡Me han dado! —explicó.

— ¡Jaina! —gritó Leia.

—No pasa nada —respondió ella firmemente.

Una explosión rasgó la capa de hielo y una forma delgada se elevó en el aire. Antes de que Han, Luke, Mara o Leia pudieran articular palabra, el *Buen Minero* se deslizó entre las dos naves principales y atrapó literalmente al vuelo a la nave punzón. Antes de que los cuatro adultos pudieran gritar de alegría, el *Buen Minero* desapareció, saltando a la hipervelocidad con precisión absoluta.

En el puente del *Sable de Jade*, Mara relucía de orgullo y admiración.

Los dos pilotos del *Halcón Milenario* se quedaron alucinados. Hasta que Han consiguió murmurar:

—La chica sabe volar.

Una explosión sacudió el *Halcón* y la nave se hundió ligeramente cuando un rayo tractor procedente de la superficie estuvo a punto de atraparla, lo cual les recordó que era hora de marcharse.

Los coralitas se acercaban a las dos naves desde todos los ángulos imaginables. Los pequeños cazas dispararon sus misiles, las baterías de superficie abrieron fuego y los proyectores de gravedad de los dovin basal les agarraron fuertemente. Pero todo aquello ya no era nuevo para los cuatro pilotos, y menos para Han Solo, por lo que las naves salieron del alcance de los yuuzhan vong y saltaron al hiperespacio, el *Halcón* primero y el *Sable de Jade* justo después.

Habían escapado por poco y, aparentemente, Jacen también. Aun así, ninguno de ellos se atrevía a cantar victoria.

CAPITULO 24

Un as en la manga

En cuanto el *Buen Minero* salió de la zona y Jaina le confirmó que el *Sable de Jade* y el *Halcón Milenario* habían logrado escapar, Jacen respiró tranquilo. Se quitó la máscara intentando no escupirle en la cara a su cercana compañera y apretó en el punto de apertura para quitarse el encubridor ooglith. A pesar de lo grave de la situación, del dolor y de las numerosas bajas, no pudo evitar sentirse algo cohibido cuando aquella segunda piel se retiró de su cuerpo, bajó por su vientre, se deslizó por su falda ancha y llegó finalmente a sus piernas y pies descalzos.

Se sintió algo desnudo y, cuando Danni se quitó su respirador y su encubridor, se dio cuenta de que ella se encontraba en un estado similar, ya que no llevaba más que una pequeña camisola.

Por encima de aquella tensión, Jacen percibió un ligero temblor en los hombros de su compañera.

—Ya estamos fuera —le dijo en voz baja. Después la miró, la miró de verdad y casi se le cortó la respiración al ver lo bella que era. Estaba hecha un desastre. Tenía heridas por toda la cara y el pelo rizado y rubio estaba enredado y sucio. Pero Jacen no vio nada de todo aquello al mirar fijamente sus ojos verdes y ver allí dolor y vulnerabilidad, junto a su gran fuerza interior; al contemplar su mente y su espíritu y recordar que había sido ella, y no Miko Reglia, quien había enviado el mensaje telepático, pese a no ser una Jedi.

Pero Jacen se dio cuenta de que podría serlo; y muy buena, por cierto. También percibió la presión de sus cuerpos semidesnudos en el confinado espacio de la pequeña nave punzón.

—Ya estás a salvo —dijo él. Su voz era apenas un susurro.

Jacen sacó la mano de donde la tenía encajada, la alzó, intentando no rozar nada por el camino, y acarició a Danni suavemente en la mejilla.

—Miko —dijo la mujer despacio.

Jacen asintió para indicarle que entendía lo de Miko y el sufrimiento que ella parecía haber experimentado en aquel gélido planeta. Se atrevió a rodear la cabeza de la mujer con la mano, introdujo sus dedos en su espesa mata de pelo y la atrajo hacia sí.

Ella no opuso resistencia. Hundió la cara en el fornido hombro de Jacen y dejó que fluyeran las lágrimas.

—oOOOo—

En cuanto las tres naves salieron del hiperespacio, y aún lejos de Dubrillion, Luke abrió los canales de comunicación. Jaina también abrió el canal para Jacen y Danni, en la nave punzón, y Han lo abrió para el resto de su tripulación, hasta que vio que Anakin y Lando entraban en el puente.

Y así comenzó el análisis de lo que acababa de pasar. Las expresiones reflejaron un profundo asombro ante la desbandada que este todavía desconocido enemigo había provocado en aquella formidable flota de la Nueva República.

¿Todavía desconocido?

El silencio se apoderó de los ocho cuando una voz desconocida intervino en la conversación. Danni Quee comenzó a describirles con todo detalle el enemigo al que se enfrentaban, la Pretoria Vong, desde el momento en el que había penetrado por la frontera galáctica hasta el viaje que ella había realizado desde Belkadan y lo que había experimentado bajo su control.

Luke fue el único que interrumpió el absorbente relato, y fue lo justo para explicarle a Danni el destino que había sufrido Belkadan.

La mujer tragó saliva y continuó. Hablaba con una determinación que todos pudieron percibir en su voz y que Jacen podía ver claramente en sus ojos.

Él se unió a la conversación cuando ella acabó su relato. Explicó su huida, el rescate por parte de Jacen y la muerte de Miko Reglia. Cuando ambos terminaron, el silencio gobernó los minutos siguientes. Lo único que podía escucharse desde el *Halcón* y el *Buen Minero* eran los susurros de Luke y Mara, hablando en voz baja.

— ¿Os importa contarnos el secreto? —preguntó Leia.

—Estábamos hablando de la criatura que nos ha descrito Danni —respondió Luke—. el yammosk —entonces, su voz bajó de volumen y subió de intención—. el Coordinador Bélico.

—Sí, así lo ha llamado —dijo Han sin darle importancia al grave tono de Luke.

—Por eso luchaban tan bien —exclamó Anakin.

— ¿Crees que el yammosk funciona como nexo de unión entre nuestros enemigos? —preguntó Leia.

—Yo sé que luchaban demasiado sincronizados —respondió Luke—. Demasiado coordinados y sin una comunicación que nosotros pudiéramos oír o incluso percibir.

—Los yuuzhan vong siempre estaban hablando de su empatía con el Coordinador Bélico —intervino Danni.

—Tú sentiste su poder cuando entramos en su atmósfera —añadió Luke. Mara asintió a su lado.

—Totalmente —respondió Leia.

—Yo no —dijo Han—. Lo único que sé es que mis instrumentos se habían vuelto locos.

—Yo también lo sentí —intervino Jaina—, y bastante lejos del planeta; pero cerca de la superficie era increíble, sobrecogedor.

—Así que esa criatura es lo que proporcionaba tanta fuerza al enemigo —continuó Leia—. Ese ser les convirtió en una unidad de combate.

—Como Jaina, Jacen y yo en el cinturón —dijo Anakin.

—Entonces tenemos que destruirlo —dedujo Luke.

—No podréis acercaros sin un ejército —dijo Danni sin dudarlo—. Incluso si conseguís penetrar bajo la corteza de hielo, tendréis que enfrentaros a cientos de guerreros yuuzhan vong.

Eso, de hecho, era lo que estaba pensando Luke. Si pudiera volver a entrar con la nave punzón y pudiera abrirse paso hasta el gran yammosk...

—El yammosk os detendrá —añadió Danni—. Es enorme, y esa energía que percibisteis alrededor del planeta no es nada en comparación con lo que puede hacer de cerca.

—El tío Luke es un Jedi —dijo Anakin algo indignado.

—También lo era Miko Reglia —respondió Danni—. Y el yammosk le venció una y otra vez.

—Es un Maestro Jedi —respondió Anakin desafiante, pero Luke intervino, aplacando la tensión y cambiando de tema.

—¿Podríamos concentrar el suficiente armamento en el planeta como para hacerlo explotar? —preguntó. Su tono dudoso reflejaba sus trepidantes pensamientos. ¿Cuántas naves necesitarían?, y ¿cuántas quedarían destruidas antes de conseguirlo?

—Eso requeriría la mitad de la flota —dijo Han.

—O más —añadió Leia—. Apenas les hemos infligido daños, y ¿qué dejaríamos para defender el Núcleo Galáctico si traemos la flota hasta aquí y nos derrotan?

—Si eso ocurre, la Pretoria Vong se expandirá por la galaxia de un sistema a otro —añadió Danni y, como era la experta en el enemigo, sus palabras resonaron con tono siniestro.

— ¿Y cómo podríamos vencerlos? —preguntó Luke con seriedad—. ¿Qué podemos hacer, aquí y ahora, para derrotar al yammosk?

—Yo tengo algunas cargas de calor que podrían dañar la corteza de hielo —ofreció Lando.

—Si es que podemos soltarlas en el sitio adecuado y más allá de los proyectores de gravedad —dijo Han.

—Tampoco creo que hicieran mucho —intervino Danni—. el yammosk se encuentra a mucha profundidad, donde el agua es más cálida debido a los volcanes.

—Es una pena que no podamos apagar los volcanes y congelar a esa cosa —añadió Jacen.

Hubo un silencio breve. Luke comenzó a preguntar por los daños que el *Renovador* había conseguido provocar con las baterías de láser, para saber si Danni y Jacen habían notado las sacudidas estando dentro. Pero Anakin, súbitamente animado, le interrumpió.

—Sí que podemos —dijo, y cuando su padre le respondió con un "¿eh?", añadió—: Podemos apagar los volcanes. O al menos podemos congelar el agua que los rodea.

— ¿Cómo vamos a hacer eso? —preguntó Han—. Ese planeta ya está congelado de por sí.

—Casi —dijo Anakin—. No del todo.

— ¿Cero absoluto? —preguntó Luke—. ¿Cómo podríamos hacer eso?

—Evaporación —respondió Anakin.

— ¿Eh? —dijo Han de nuevo.

—Nada quema energía más rápido —dijo Jacen al acordarse de las clases de ciencias que Anakin estaba recordando, y que Jaina y él también recibieron en la Academia Jedi.

—Si podemos acelerar la evaporación del planeta, lo enfriaremos —dijo Anakin.

— ¿Y cómo haremos eso? —preguntó Han escéptico.

—El proceso se activa con energía —explicó Jaina—. Como los rayos de sol

secando los charcos.

Han soltó una risita.

—Bueno, pues ya que estamos... —dedujo—. Si podemos obtener y orientar esa cantidad de energía, podemos destruir el planeta.

—A no ser que devolvamos la energía del yammosk hacia el planeta —dijo Danni de repente. A excepción del previsible "¿eh?" de Han, hubo un momento de silencio. Todos pensaban en la lógica que encerraba la idea.

— ¿Lando? —dijo Luke.

— ¿Por qué me preguntas a mí? —respondió el hombre.

—Cuando estuviste en Nklon llevaste a cabo un proceso para reflejar energía a gran escala —respondió Luke con cierto tono astuto, dando a entender que quería llegar a alguna parte.

— ¿Te refieres a la luz del sol? —preguntó Lando—. Todo lo que conseguimos fue ocultarnos de ella en lugar de devolverla. Nos escondíamos detrás de los paneles de las naves escudo y... —se detuvo. Sus compañeros en el puente de mando del *Halcón* vieron cómo se le iluminaba la cara.

—Naves escudo —dijo en el mismo tono.

—Creí que no quedaba ninguna —dijo Danni. Había oído historias, pero no había visto esas naves en la órbita de Destrillion.

—Bueno, tuve que construir unas cuantas —respondió Lando. Su tono hizo que Luke visualizara la eterna mueca de astucia del hombre—. La tecnología no puede perderse.

—Tráelas aquí cuanto antes —ordenó Luke—. Hay montañas de niebla cubriendo todo el planeta debido a la sacudida que provocó el *Renovador*. Si volvemos justo después de una retirada, tal vez cojamos al enemigo por sorpresa, y quizá muchos de sus cazas estén lejos, persiguiendo a los restos de nuestra flota.

—Y trae también a Kyp y a todos los cazas y fragatas que podamos controlar —añadió—. Los necesitaremos para proteger a las naves escudo cuando se acerquen y estén haciendo su trabajo.

—Ya estoy llamando —le aseguró Lando.

Aterrizaron en un planeta cercano, en el que Jaina, Jacen y Danni pudieron salir del *Buen Minero* y embarcar en las otras naves. Jacen ocupó el puesto de Lando en el cañón inferior del *Halcón*, Danni subió al *Sable de Jade* con Jaina y Mara, y Luke se dirigió al compartimento de carga de este último, donde se dispuso a preparar su

Ala-X para la inminente batalla.

A las anticuadas naves escudo les costó un poco llegar hasta allí desde sus bases en Destrillion. La flota que había escoltado a las naves no era ni mucho menos lo que Luke y el resto esperaban. Aunque Kyp Durrón había regresado con un gran escuadrón de Ala-X, ninguna de las fragatas Ranger se había unido al destacamento, ya que sus comandantes preferían esperar a que llegaran refuerzos de la Nueva República.

Pero, para Luke, esos comandantes estaban cometiendo un error. Teniendo en cuenta la desbandada del sistema Helska, la coordinación de la fuerza enemiga y el increíble poder del campo de energía que protegía al planeta, la Nueva República jamás conseguiría reunir un ejército que estuviera a la altura de las circunstancias. Además, las fragatas Ranger y las otras naves que habían decidido quedarse en Dubrillion tenían más posibilidades de enfrentarse a los yuuzhan vong que se dirigían hacia allí, que las naves que acompañarían a Luke a sorprender la base planetaria.

El Jedi consideró también la posibilidad de regresar a Dubrillion con su improvisada flota y resistir hasta que llegasen los cruceros de combate y los destructores estelares, pero si llegaban uno a uno corrían el riesgo de ser destruidos, también uno a uno, por los yuuzhan vong. Quizá fuera mejor llevar a cabo el plan de enfriamiento con toda la flota, o con la mayor parte que enviara el Consejo. Pero ahí estaba el problema, pensó Luke, el Consejo estaba anquilosado y era burocrático y egoísta. Luke no podía contar con que actuara de forma prudente y correcta.

A pesar de las decepciones, Luke sabía que tenían que actuar de inmediato. A los alienígenas no les había sorprendido el primer ataque. Y el plan no funcionaría si esta vez no contaban con el factor sorpresa.

—oOOo—

La flota irrumpió de forma precipitada. Las naves introducían coordenadas y atravesaban el espacio a tanta velocidad que salían del hiperespacio en bloque, justo al lado del cuarto planeta del sistema Helska. De hecho, algunos grupos salieron tan cerca, que un par de naves, el crucero que se había unido a la flota y un caza colisionaron contra el planeta. Otros dos cazas plegaron las alas y salieron disparados en un giro tan descontrolado que explotaron llevándose por delante a un tercero.

Luke, que había dirigido el peligroso salto, sólo podía entrecerrar los ojos. Después de todo, eran pérdidas aceptables teniendo en cuenta lo inconsistente de la flota.

Y estuvieron en posición antes de que los yuuzhan vong aparecieran ante ellos. Las seis grandes naves escudo comenzaron a girar alrededor del planeta helado, reduciendo la órbita con cada rotación.

Al principio, los pilotos de las naves escudo no informaron de nada irregular, pero, de repente, como si el Coordinador Bélico hubiera pulsado un interruptor, todos los pilotos comunicaron a gritos que sus lecturas indicaban que la energía en las celdillas de sus cascos estaba aumentando, el yammosk había despertado ante la amenaza.

El enjambre de cazas enemigos cruzó el espacio, pero no era tan numeroso como el que anteriormente se había enfrentado con la flota. Las esperanzas de Luke de que muchos de ellos hubieran salido en persecución de las naves supervivientes estaban bien fundadas.

—Cobertura para las naves escudo —dijo Luke por todos los canales—. Dadles el tiempo que necesiten —no añadió nada más. Ni él ni Anakin, que había sugerido el plan, ni ninguno de los científicos de Lando que se habían unido al proyecto tenían ni idea de cuánto tiempo les llevaría.

El Ala-X de Luke guió al *Halcón* y al *Sable de Jade* hacia su posición, desde la cual debían proteger a una de las naves escudo mientras dirigía la energía solar hacia el planeta. Los otros cazas también ocuparon sus puestos. Algunos adoptaron posiciones defensivas, y otros, utilizando el señuelo como defensa, atraían a los coralitas y se alejaban rápidamente para que no se acercaran a las naves escudo.

Luke iba a utilizar también esa táctica en cuanto dejara a las otras dos naves en su puesto, pero él pretendía llevarla un poco más lejos. Su intención era sumergirse en aquella atmósfera de turbulencias energéticas y atraer a la mayor cantidad posible de coralitas hacia la defensa de su propia base.

—oOOOo—

El prefecto Da'Gara se apresuró a unirse al yammosk cuando supo que se estaba produciendo el segundo ataque. Al principio temió que el primero hubiera sido sólo una tentativa, y que, a pesar de que todas las indicaciones e informes afirmaban que no quedaban naves enemigas poderosas en aquella parte de la galaxia, esta segunda flota fuera mucho más grande y potente que la primera.

Pero cuando el yammosk le comunicó la verdad sobre los atacantes, el Prefecto supo que aquella fuerza era minúscula en comparación con la anterior, y que las únicas incorporaciones notables eran las naves escudo gigantes, unos transportes que la flota de ataque de Dubrillion, tras comprobar que no eran bélicas, había ignorado. Da'Gara se quedó estupefacto.

¿Por qué habían vuelto?

La única respuesta lógica parecía tener alguna relación con la huida de la prisionera Danni Quee. ¿Acaso era una misión de rescate? ¿Estaría entonces Danni Quee aún en el planeta?

¿Era todo aquello una maniobra para cubrir a la mujer en su salida del planeta?

¿Y para qué eran las naves escudo gigantes?

El yammosk tenía una teoría, el enemigo pretendía utilizar aquellas naves para destruir el campo energético que rodeaba aquel mundo. Quizá pretendían devolver esa misma energía en contra del planeta, con la esperanza de eliminar los proyectores de gravedad de los dovin basal o los cañones de superficie, el Coordinador Bélico no estaba preocupado porque, a pesar de la proximidad de los grandes transportes con forma de paraguas que estaban revirtiendo la energía contra el planeta, aún podía sentir a los pilotos de los cazas y todavía podía dirigir la batalla.

Los temores del prefecto Da'Gara se disiparon ante la confianza del Coordinador Bélico. Además, el yammosk envió un mensaje a los escuadrones de coralitas que habían abandonado el sistema persiguiendo a los cazas enemigos que habían escapado.

El Coordinador Bélico pensaba que, incluso si éstos no volvían, a poco que se quedaran en la zona, la flota enemiga sería rechazada de inmediato o destruida completamente, el principal peligro, entonces, era que Danni Quee consiguiera salir del planeta. Eso sería una desgracia, percibió el prefecto Da'Gara, porque, de alguna manera, estimaba a la mujer y quería estudiarla más a fondo.

Pero apenas tenía importancia, el enemigo, desesperado y aparentemente negándose a aceptar la verdad de su anterior derrota, había vuelto, y, esta vez, el resultado parecía todavía más seguro.

Por eso, cuando se recibió el informe de que un solitario caza de clase Ala-X había irrumpido en la atmósfera y se acercaba rápidamente al planeta, el prefecto Da'Gara ordenó a un nutrido grupo de coralitas que lo eliminaran y, en el proceso, que ejecutaran una búsqueda superficial de la prisionera.

Quizá pudieran vencer de nuevo y recuperar a Danni.

—oOOOo—

Los sensores de Luke y R2-D2 indicaban que la temperatura comenzaba a bajar. No de forma drástica, pero comenzaba a hacerlo, el aire a su alrededor crepitaba con energía viva. Era el resultado del propio ataque del yammosk, al que se sumaba la energía reflejada por las naves escudo, que cada vez descendían más.

Una niebla impresionante comenzaba a cubrir la superficie del planeta a medida que la energía alteraba el estado de la materia. Para aumentar el optimismo de Luke, la niebla se disipaba casi tan deprisa como ascendía, entrando en un ciclo creciente de evaporación.

La bruma también le ofrecía un poco de la protección que necesitaba; porque, a pesar de sus habilidades de piloto, Luke estaba en una situación límite. Un grupo de cazas enemigos se mantenía a sus espaldas girando, atacándole desde todos los ángulos posibles a la vez y actuando como un contrincante individual.

No se molestó en utilizar los cañones láser ni los torpedos. Su táctica era meramente evasiva. Descendió y subió rápidamente formando un bucle cerrado, para acabar cayendo entre la niebla. Atrapado en aquella red de energía pura, la mayor parte de sus instrumentos no le servían de nada, así que volaba guiado por la vista y por el instinto, y utilizando la Fuerza, el gran y único sensor que el poder energético del yammosk no podía interceptar.

Luke voló a través de la densa bruma, sintió crecer el frío y escuchó a R2-D2 articular un montón de silbidos y pitidos incomprensibles. Después se echó a un lado vertiginosamente, evitando por los pelos la colisión contra un coralita, e invirtió el giro en medio de la caída.

Con la certeza de que el planeta se acercaba a él para aplastarle, Luke Skywalker remontó el vuelo con ímpetu y esperó poder elevarse antes de estrellarse a toda velocidad contra el hielo.

—oOOOo—

Jaina sintió una subida de adrenalina cuando el *Sable de Jade* descargó toda su furia sobre los coralitas. Ella controlaba los mandos, Mara manejaba los cañones y Danni Quee intentaba ayudar en lo que podía.

Jaina estaba empleando métodos tradicionales, y no la Fuerza, para poder coordinar su vuelo con el de la nave de escolta, el *Halcón Milenario*, que pilotaba su padre. Pero Han era un gran piloto, y Jaina nunca se había dado cuenta de hasta qué punto era bueno, el *Halcón* se colocó en posición y el *Sable de Jade* le cubrió. Jaina tuvo la sensación de que cada vez que giraba, subía o bajaba colocaba un caza enemigo a tiro de Jacen, en el cañón inferior, o de Anakin, en el superior.

Pero, a pesar de aquella exhibición de habilidades de vuelo, el *Halcón* estaba al límite. Había demasiados coralitas zumbando a su alrededor. Ahora, para mantenerse alejado de los cazas enemigos, Han tenía que utilizar la velocidad que le permitía desarrollar el *Halcón* y confiar en que Jaina le siguiera con el aún más veloz *Sable de Jade*. Su intención era que siguieran persiguiéndole y dejaran en paz a la nave escudo.

Y eso era lo que hacían, observó Jaina, con ésta y con todas las naves. Como si no comprendieran el peligro que encerraban las naves escudo. En aquel momento tuvo dudas y se preguntó si el plan saldría bien, si la energía bastaría, si la evaporación sería suficiente, y si, en cualquier caso, eso afectaría al agua calentada por los volcanes.

Pero no había tiempo para pensar, el *Halcón* abandonó su trayectoria y cedió el turno al *Sable de Jade*. Ahora, era Jaina la que tenía que hacer la exhibición, y la joven piloto no dudó en explayarse. La muchacha ejecutó un bucle e interceptó la ruta de un coralita. Mara abrió fuego e hizo saltar aquella cosa en mil pedazos.

Jaina rodeó la explosión y giró unos treinta grados, lo que la condujo a otro enfrentamiento. Esta vez, el caza enemigo consiguió disparar un par de veces, pero los escudos del *Sable de Jade* aguantaron los impactos y le permitieron responder y hacer explotar a la pequeña nave.

Otro giro y otro disparo. Abajo, arriba y otro disparo.

Un bucle y ya estaban frente a otra nave enemiga y...

Nada.

Jaina sufrió los impactos, se echó a un lado y regresó junto al *Halcón Milenario*, que había salido disparado hacia el otro lado de la nave escudo.

— ¿Por qué no le has dado? —preguntó Jaina a Mara. Al no recibir respuesta, giró la cabeza.

Mara estaba inconsciente en su asiento con la cabeza colgando hacia un lado.

Jaina se sintió paralizada. La joven se abalanzó sobre la mujer y gritó: "¡Tía Mara!", pero la situación era demasiado complicada como para dejar desatendidos los mandos.

Los disparos de los coralitas les alcanzaron una y otra vez. Cuando Jaina volvió a los controles e intentó estabilizar el *Sable de Jade*, ya casi no le quedaban escudos, uno de los motores comenzaba a fallar y uno de los depósitos de los propulsores de posición se había apagado.

Y el planeta se acercaba.

Jaina luchó con todas sus fuerzas. Tras ella, Danni se precipitó hacia el puente, preguntando qué podía hacer para ayudar.

El *Sable de Jade* se estremeció. Estaba fuera de control.

—oOOoo—

Luke tiró con todas sus fuerzas del mando y le pidió a R2-D2 a gritos que le

ayudara. La respuesta del androide fue lenta e indescifrable. R2-D2 se hallaba fuera de la nave y hacía demasiado frío.

Luke cerró los ojos y siguió tirando, pero pensaba que en cualquier momento se estrellaría contra el planeta.

El morro del caza rectificó la trayectoria poco a poco y recuperó al ángulo horizontal, el Ala-X pasó rozando la superficie. Pero con la letal capa de hielo a unos pocos metros de distancia, Luke no se relajó.

El Jedi encendió los propulsores para elevarse un poco y luego se dirigió hacia arriba, saliendo de la niebla y volviendo hacia el enjambre de cazas enemigos. Esta vez tampoco se molestó en disparar con los láseres, sólo serpenteó y giró entre ellos, tejiendo un camino de enmarañada trayectoria.

Logró esquivar al grupo, pero muchos coralitas giraron para seguirlo.

Luke sentía un aumento del frío y un descenso cada vez más rápido de la temperatura; aunque, sin los sensores, no podía saber exactamente de cuánto ni adivinar el efecto final que aquello tendría.

Sólo podía esperar.

Y entonces vio el *Sable de Jade* irrumpiendo en la atmósfera, fuera de control y cayendo en picado.

El corazón le dio un vuelco.

—oOOOo—

Con un rugido de los motores, Han y Leia hicieron girar el *Halcón* alrededor de la nave escudo. Los cañones del *Halcón* llameaban, igual que la cara interna de la nave escudo que brillaba rebotante de energía orientada hacia al planeta.

Pero antes de que pudieran comentarlo, otra visión llamó su atención y les llenó de pánico y desesperación: el *Sable de Jade* se precipitaba hacia la atmósfera.

Y no había nada, nada en absoluto que pudieran hacer para salvar a Mara y a Danni, ni para salvar a su hija.

—oOOOo—

Luke aceleró a fondo y calculó una ruta para interceptar la nave en descenso. Vio cómo el *Sable de Jade* intentaba rectificar y cómo uno de los motores luchaba contra la caída. Luke dedujo que al menos alguien seguía a los mandos.

Pero también sabía que, fuera quien fuese, su esfuerzo sería inútil. Aquel motor no tenía potencia suficiente para rectificar a tiempo la trayectoria de la nave.

A menos que...

Luke aceleró su Ala-X y se dirigió a un punto de intercepción justo por debajo de la nave. Luego colocó el Ala-X boca abajo y avanzó a toda velocidad. Cuando pasó por debajo del *Sable de Jade*, justo antes de que las dos naves colisionaran, encendió todos los propulsores y envió un impulso hacia la nave que descendía vertiginosamente.

Con gran satisfacción, Luke giró de nuevo y vio que el *Sable de Jade* volvía a subir y se alejaba del planeta. Pero la maniobra le había restado altitud y había dirigido su trayectoria, una vez más, hacia abajo. Él confiaba en poder elevarse, pero la situación había cambiado de repente porque la atmósfera a su alrededor también estaba cambiando.

La niebla se disipaba y se evaporaba, o bien se coagulaba en cristales de hielo que flotaban por el aire como si fueran chispas de fuego, el caza de Luke crujía y atravesaba sin problemas el laberinto de fragmentos de hielo, muchos de los cuales se deshacían tan rápido que parecían desvanecerse en la nada.

Había llegado al momento crítico. La evaporación se había iniciado a una velocidad aterradora.

—oOOo—

Cada vez aparecían más corallitas. Algunos emergían del planeta y otros, muchos otros, llegaban desde fuera, atraídos por la llamada del yammosk, el alivio de Han, Leia y Lando al ver al *Sable de Jade* remontando el vuelo desapareció cuando una de las gigantescas naves escudo explotó.

Todas las frecuencias se llenaron de los gritos procedentes de los cazas y los cruceros de escolta. Eran gritos y llamadas de auxilio que advertían a las otras naves de la ausencia de escudos.

Un crucero saltó en mil pedazos y otra explosión llenó la pantalla del *Halcón*. Luego fue alcanzado un caza y hubo otra explosión más pequeña.

— ¿Por qué tardan tanto? —gruñó Han, dirigiendo su frustración hacia Lando.

Lando alzó las manos sin respuesta.

—Ni siquiera sé lo que estamos intentando hacer —insistió.

—Trespeó, ¿sabes algo? —comenzó a preguntar Leia, pero soltó un grito cuando un grupo de cazas salieron a su encuentro disparando.

— ¡A la izquierda! —exclamó Han.

Los cañones superiores respondieron con un rugido. Jacen, en el cañón inferior, acertaba todos los blancos. Pero eran demasiados y volaban demasiado bien. Los corallitas se entrecruzaban con tal precisión y coordinación que los tiradores del

Halcón no encontraban muchas oportunidades para disparar.

Han apretó los dientes debido a las constantes sacudidas que sufría el *Halcón* por los impactos.

— ¡Vamos! —gruñó a la pantalla cuando los escudos desaparecieron momentáneamente y las luces parpadearon.

Otra nave escudo hizo explosión, esta vez al otro lado del planeta.

—Deberíamos irnos —sugirió Lando.

—No podemos —replicó Leia con dureza—. Ésta es nuestra oportunidad.

Una tercera nave escudo voló en pedazos. Esa oportunidad parecía alejarse cada vez más.

Pero entonces, un par de coralitas que describían trayectorias opuestas ante el *Halcón* colisionaron con una devastadora explosión.

—Buen disparo —dijo Han.

—Yo no he sido —respondió Anakin.

—Yo tampoco —dijo Jacen.

Han y Leia se miraron y luego miraron a Lando.

Otro par de cazas enemigos cruzaron cerca de ellos girando descontroladamente. Anakin redujo a polvo uno de los coralitas, y luego a varios más. Jacen se ocupó del otro flanco.

Las llamadas de las otras naves a través de todos los canales parecían informar de éxitos similares y repentinos.

—Está funcionando —jadeó Leia.

—Siguen siendo muchos —le recordó Han y, como para subrayar su comentario, una cuarta nave escudo hizo explosión.

Hanladeó el *Halcón* y, con los cañones disparando a discreción, atravesó un grupo de coralitas.

— ¡Da la vuelta! —dijo Anakin—. Podemos barrerlos a todos antes de que se acerquen a nuestra nave escudo.

Pero nadie en la cabina le escuchaba. Ni Jacen, que había dejado de disparar. Todos estaban contemplando fijamente el planeta.

La niebla que lo cubría se elevó y la esfera del gélido mundo se despejó más y más. En cuestión de segundos no hubo una pizca de vapor en toda la atmósfera.

Han recuperó el aliento y Leia lanzó una exclamación de júbilo cuando una conocida forma apareció ante ellos, el *Sable de Jade* se abrió paso hacia el espacio.

Pero antes de que pudieran llamar a Jaina, el planeta comenzó a desdibujarse, como si lo estuvieran contemplando a través de un globo de cristal.

— ¡La Onda Mezzicanley! —gritó Anakin—. ¡El cuarto estado de la materia! Debe de estar congelándose por debajo. ¡El agua, al menos, tiene que estar solidificándose!

—Ésa es la razón por la que ya no pueden coordinar el ataque —añadió Jacen—. el Coordinador Bélico se está congelando.

Y lo cierto es que muchos corralitas, quizá confundidos, habían abandonado la batalla y volvían rápidamente al planeta, probablemente para proteger la base. Mientras Han y el resto contemplaba el espectáculo, la rotación del planeta empezó a aminorar cada vez más.

—Es increíble —murmuró Han.

—No durará mucho —explicó Jacen—. Ya no hay energía. La evaporación ha terminado.

— ¿Y qué ocurrirá cuando el planeta vuelva a girar? —preguntó Han.

—Bueno, la expansión creada por el hielo... —comenzó a decir Jacen, y eso fue suficiente para Han, que comenzó a tener su típico mal presentimiento.

—Luke —suspiró Leia casi sin aliento.

—¡Salid de aquí! ¡Salid de aquí! —gritó Han por todos los canales—. ¡Retirada total! —y, a pesar del lamento continuado de Leia por su hermano desaparecido, Han hizo girar el *Halcón*, colocándolo en dirección opuesta al cuarto planeta, que comenzaba a girar de nuevo. Han aceleró, aminorando lo justo para que el *Sable de Jade* les pasara de largo.

En ese momento, Han se dio cuenta de una verdad aplastante. Lo que estaba haciendo, su retirada, era muy parecida a la retirada que Anakin había llevado a cabo en Sernpidal, cuando había dejado atrás a Chewie.

Estuvo a punto de dar la vuelta y precipitarse hacia el planeta en un intento desesperado de encontrar a Luke.

Pero no lo hizo.

No podía. Si hubiera estado solo no lo habría dudado, pero no estaba solo y era responsable de otras vidas aparte de la suya.

Como Anakin en su momento.

El resto de la flota también se batió en retirada. Dio la vuelta y salió a toda velocidad. Los pilotos de las naves escudo liberaron sus aparatosos paneles y escaparon sin perder ni un segundo.

Grandes sacudidas empezaban a afectar la superficie del planeta. Se abrió una falla, una gran fisura que explotó y fue abriéndose a gran velocidad de un polo a otro.

Y entonces todo el planeta saltó en pedazos en medio de una reluciente explosión de cristales de hielo que giraban descontrolados y se cruzaban con los rayos solares helskanos formando una miríada de chispas de color.

Y, en medio de aquella nube que se expandía, un puntito negro, un Ala-X, salió a toda velocidad, cabalgando sobre la abrumadora onda de choque.

CAPITULO 25

Conexión y coincidencia

¿Quieres hacer el favor de vocalizar? —dijo C-3P0 a R2-D2 tras Luke se dirigía al dormitorio que Lando les había asignado a Mara y a él, el Jedi dobló la esquina y se encontró con los androides justo cuando C-3P0 le daba un coscorrón a R2-D2.

R2-D2 respondió con lo que debería haber sido un largo y continuado "ooooo", pero sólo se escuchó un "oo... oo... oo... ii".

—Es un cabezota, amo Luke —insistió C-3P0. Después se dispuso a darle otro capón a R2-D2, pero Luke, que apenas podía evitar sonreír, se acercó y agarró al androide del brazo.

—No creo que Erredós se haya recuperado de nuestro vuelo por el frío y el hielo —explicó Luke.

—Biioo... oo —dijo R2-D2 para mostrar su acuerdo.

—Creo que tiene hipo —añadió Luke guiñando el ojo. Luego se alejó en dirección a su habitación. La lucha contra las diezmadadas fuerzas de los yuuzhan vong iba muy bien. Gran parte del enemigo había caído con el planeta, ya que muchos de ellos habían volado hacia la base en un absurdo intento de protegerla y no habían escapado de la explosión. Y, lo que era más importante, el nexo de unión que suponía el Coordinador Bélico había desaparecido. Ahora, la fuerza enemiga restante no era más que un montón de escuadrones solitarios, y Kyp Durrón, entre muchos otros, incluyendo un considerable destacamento de la Nueva República, iban tras ellos.

Por fin podía descansar tranquilo y con la certeza de que el remate final de la Pretoría Vong estaba en buenas manos, pensó Luke al entrar en la habitación. Mara no estaba allí y tuvo que esforzarse para no ir a buscarla. No se había recuperado de las experiencias de las últimas semanas, sobre todo de la recaída que había sufrido en la última batalla. Luke sabía que su enfermedad la estaba ganando terreno, y Mara había dejado claro que aquella guerra era privada. Eso dolía profundamente a Luke. Se sentía impotente al tener que quedarse ahí, mirando cómo la mujer a la que amaba tanto luchaba contra aquella monstruosidad interna.

Luke dirigió sus pensamientos al exterior. No podía ayudarla en su lucha interior, pero ¿y la otra lucha? Luke cogió uno de los frascos que contenía el escarabajo de transformación molecular que habían traído de Belkadan. Mara había sentido en su interior una atracción definitiva por el insecto, como si su enfermedad lo identificara. Quizá fuera una sensación malinterpretada, pensó

Luke. O quizá Mara había reaccionando ante el hecho de que se sentía peor en el ambiente contaminado de Belkadan. Pero tal vez las sospechas estuvieran bien fundadas. ¿Era una conexión o una coincidencia que Mara y el resto de los pacientes hubieran contraído aquella enfermedad en ese momento, tan cerca de una invasión procedente de otra galaxia? ¿Acaso se trataba de una enfermedad extraña que los yuuzhan vong habían traído a la galaxia voluntaria o involuntariamente?

Luke no lo sabía, pero al menos iba a intentar averiguarlo. Si había alguna forma, cualquiera, de poder ayudar a su amada esposa, tenía que intentarlo.

Bajó la cabeza y cerró los ojos, reafirmandose en su resolución. Tenía muchos temas importantes que atender, y la resurrección del Consejo Jedi no era precisamente algo poco relevante. Ahora tendría que actuar a muchos niveles: como hombre de estado, como diplomático, como guerrero, como científico y como marido. Mara le había hablado seriamente de ir una temporada a Dagobah, por ejemplo, o a algún otro lugar aislado donde la Fuerza fuera intensa y en el que pudiera alcanzar un nivel más profundo de meditación y una mayor comprensión de lo que le estaba ocurriendo. Luke, por supuesto, se había ofrecido a ir con ella, pero la mujer, amable pero firmemente, le había dicho que no.

Esa parte, al menos, era su lucha.

Luke lanzó un gran suspiro de resignación.

—oOOOo—

En una habitación al final del pasillo, Leia Solo hacía la maleta. Ella también sabía que tenía mucho trabajo pendiente. Había visto a aquellos alienígenas de cerca, a los yuuzhan vong, y comprendía que no podía ignorarse esa amenaza, aunque ya no fuera a gran escala. Podían surgir otras fuerzas invasoras, otros Coordinadores Bélicos con más recursos a su disposición. Y quizá la próxima vez no tuvieran la suerte de encontrar al enemigo tan vulnerable bajo la gélida superficie de un planeta helado.

Leia sabía lo cerca que habían estado del desastre total, y con qué facilidad la Pretoría Vong podía haberse apoderado de la galaxia, sector tras sector, si no hubieran encontrado la forma de destruir el planeta. Y la Nueva República no habría llegado nunca a coordinar el armamento suficiente, y los obstinados y a menudo ignorantes consejeros de la Nueva República no habrían llegado nunca a comprender, hasta que fuera demasiado tarde, que tenían que prestar atención a aquella amenaza.

Ésa sería su tarea a partir de ahora, su inapelable deber, aunque personalmente prefería mantenerse al margen. Tenía tres hijos que la necesitaban, aunque habían

demostrado ser muy capaces e incluso heroicos. Tenía una cuñada luchando por su vida y un hermano que podía necesitar su apoyo.

Y tenía un marido desolado. Un hombre devastado por la pérdida de su amigo más querido.

Pero todo eso carecería de importancia si los yuuzhan vong volvían en mayor número y la Nueva República no estaba preparada para recibirlos.

—Embajadora Leia —susurró la mujer, que aceptaba el inevitable título a regañadientes. Un título que le había impuesto el Consejo, declarándola embajadora de Dubrillion y de los sectores adyacentes, incluido el sistema Helska del Borde Exterior.

Esperaba de corazón que Borsk Fey'lya y sus compinches la escucharan.

—oOOOo—

En la otra punta de la galaxia, otro representante había comenzado su próxima tarea.

Nom Anor se enteró del desastre sufrido por la Pretoría Vong. Escuchó las historias procedentes del Borde Exterior, y eso, combinado con la incapacidad para contactar con Yomin Carr o Da'Gara, le confirmó que la fuerza de invasión había sido diezmada y eliminada.

Ahora había guerreros yuuzhan vong vagando por la galaxia, y él no tenía forma de controlarlos. Él había hecho lo que Da'Gara y el yammosk le pidieron. Había mantenido la mayoría de las naves de guerra enemigas paralizadas en el Núcleo Galáctico y sin prestar apenas atención a los eventos del Borde Exterior. Y, aun así, el Coordinador Bélico y la Pretoría Vong habían fallado.

Al principio, Nom Anor temió que su pueblo hubiera subestimado a sus enemigos, pero después, cuando llegaron informes más completos sobre el desastre, se dio cuenta de que había sido el maldito destino el único culpable del fracaso de aquel día.

Pero Nom Anor sabía que aquello no era todo. En absoluto. La Pretoría Vong era una mínima parte de lo que su pueblo podía traer.

Y el Ejecutor yuuzhan vong volvió al trabajo. Estaba en un planeta pequeño, un lugar relativamente poco conocido, pero en vísperas de una guerra civil y que sentía un odio creciente por la Nueva República.

Y él avivaría ese odio.

CAPITULO 26

Panegírico

El *Halcón Milenario* se deslizaba despacio ante la esfera muerta en la que se había convertido Sernpidal. Un mundo perdido y fuera de órbita.

Leia estaba de pie, en el puente, junto a Han. No decía nada y dejaba a su marido aquel momento de soledad y reflexión.

Y él lo necesitaba. Había pasado los últimos días ocupado para no enfrentarse a aquel momento inevitable, intentando esquivarlo con la esperanza de que el tiempo calmara su dolor.

Pero no lo había hecho. Ni siquiera un poco. Y cuando miraba hacia allí, hacia el último lugar en que había visto a Chewbacca con vida, Han no encontraba desahogo o alivio alguno. Ahora pensaba en su amigo. No pensaba en ningún acontecimiento en especial, sino que recordaba los incontables momentos que había pasado con Chewie, muchas de las expresiones del rostro del wookiee, o algún rugido peculiar determinado. Los hechos concretos no tenían importancia. Lo que importaba era el tono de la voz de Chewie y las miradas que le había dirigido a Han, que, aunque solían ser peleonas, siempre estaban llenas de sincero amor y respeto.

Han miró el asiento vacío del copiloto y vio allí a su amigo, en su mente. Con claridad y como si estuviera allí. Se concentró aún más y visualizó una imagen mental de Chewbacca tan cristalina que casi albergó la repentina creencia de que podía traer al wookiee de entre los muertos, que podía recuperarle por el mero hecho de no poder aceptar su pérdida.

Pero no era así. Chewie se había ido, y Chewie no volvería.

Y las imágenes se sucedían. Chewie volviendo del cañón, Chewie persiguiendo a Anakin por la rampa de descenso en Coruscant tras otra explosión del propulsor, y Chewie, no hacía muchos años, alzando a la vez a los tres hijos de Han cuando ya no eran tan pequeños, sólo para demostrar que podía hacerlo. Han vio su gorra favorita bajo el monitor del copiloto. Una gorra que Leia le había regalado tras el nacimiento de los gemelos y en la que se podía leer: "¡Enhorabuena, ha sido... las dos cosas!". Cuántas veces había cogido Chewie aquella vieja y deshilachada gorra y se la había colocado en la peluda cabeza, ajustando la correa.

Han la cogió y le dio la vuelta. Aún quedaban restos del pelo de su amigo wookiee pegados al forro.

Todos esos recuerdos cruzaban por su mente y siempre conducían a la misma certeza. No habría nada más que recordar, el libro se había cerrado. Aquellos pelos eran los últimos que Chewie dejaría en la gorra.

Con el típico instinto protector de un padre y un marido, los pensamientos de Han se dirigieron a sus hijos. En los últimos días les había sorprendido varias veces tragándose las lágrimas mientras contemplaban el espacio, y no tuvo que preguntarles en qué pensaban. Para Jaina y Jacen era peor y, aunque al principio le sorprendió, acabó entendiendo el porqué. Anakin tenía quince años, una edad muy personal y egoísta y, a pesar del cargo de conciencia que le suponía sentirse culpable por la muerte de Chewie, el chico estaba demasiado absorbido para apreciar completamente la pérdida. Pero los gemelos ya habían pasado por aquella visión egocéntrica del universo y tenían un sentido de la empatía más desarrollado. Así que Han había hablado con cada uno de ellos por separado y les había dicho los tópicos habituales que se oían cuando uno era joven y perdía a un ser querido.

Qué vacías le parecían aquellas palabras que ahora venían de él.

En los momentos posteriores al encuentro con sus tres hijos, Han había deseado volver a ser un niño. Había deseado tener un padre o alguien que le dijera todos aquellos tópicos. Quería que se los dijera alguien más sabio que él.

Y, de alguna forma, ese alguien estaba allí, en la persona de la mujer que se hallaba a su lado, su maravillosa esposa. Leia había querido a Chewie tanto como él y, aunque no había pasado tanto tiempo a su lado y no tenía tantos recuerdos de él como Han, su dolor no era menor. Aun así, había enterrado la pena en su interior y había reprimido sus propios sentimientos para poder ayudar a Han a soportar aquello.

Y él lo sabía.

— ¿Cuánto quieres acercarte? —le preguntó Leia al cabo de un buen rato. Han miró la imagen de la pantalla y se dio cuenta de lo cerca que estaba Sernpidal. No habían ido para recuperar el cuerpo de Chewie, claro, esa tarea estaba más allá de sus posibilidades, más allá de las de cualquiera.

Han había acudido al lugar porque lo necesitaba, y Leia había accedido de buena gana.

— ¿Qué vamos a decirle a su familia? —preguntó Han.

—La verdad —dijo Leia—. Que murió como un héroe.

—Nunca pensé que... —comenzó a decir Han, pero la voz se le quebró.

Leia le miró comprensiva y le dejó que recuperara la entereza.

—Yo construí una burbuja para nosotros —intentó explicar Han—. Para todos. Para ti, para mí, para los niños, Luke, Mara, incluso Laudo. Incluso para esos estúpidos androides. Y estábamos todos en ella, ¿sabes? Dentro, seguros, como una familia feliz.

¿Invulnerables? —preguntó la siempre sensible Leia.

Han asintió.

—Nada podía herirnos, herirnos de verdad —prosiguió Han, pero la voz le falló y negó con la cabeza parpadeando para no llorar.

Y cuando eso no funcionó, se limpió las lágrimas mirando hacia Sernpidal. Sabía que Leia lo entendía, que no tenía que decir nada más. Y aunque aquello no tenía sentido, ella estaba de acuerdo. Esto tendría que haber ocurrido antes, hacía mucho, mucho tiempo. Si no a Chewie, a algún otro, y a Han el primero. Habían estado viviendo al borde del peligro mucho tiempo, librando batallas durante décadas contra cazadores de recompensas o asesinos. Incluso cuando Leia y él se conocieron, en la Estrella de la Muerte, habían tenido todas muchas posibilidades de morir.

Pero, de alguna manera, aquel flirteo con la muerte había llevado a Han a creer que eran invulnerables. Podían esquivar las pistolas láser, aterrizar sobre un asteroide, escapar de un vertedero de basura o...

Pero ya no. No de momento. La burbuja de seguridad había desaparecido de repente, aplastada por una luna.

Incluso Mara —dijo Han. Leia se volvió para mirarle, aunque él siguió con la vista fija al frente—. Su enfermedad no la mataría —prosiguió—. Yo sabía que no lo haría. Aunque los otros afectados murieran, ella sobreviviría, porque los demás no estaban en mi burbuja y ella sí. Mara sí lo estaba, así que vencería.

Y así lo hará —insistió Leia.

Pero Han ya no estaba tan seguro, ni mucho menos. De repente tuvo la terrible sensación de que Mara estaba a punto de morir, y se dio cuenta de que los otros miembros de su burbuja, sobre todo sus hijos, tampoco estaban seguros. Demostrando su valía contra los alienígenas, Jaina, Jacen y Anakin habían demostrado, de forma indiscutible, ser muy dignos del título de Caballeros Jedi. Ya no estaban bajo su control y Han sabía que ya no estaban seguros, con él o sin él.

La burbuja había desaparecido.

La amenaza alienígena parecía haber sido erradicada.

Pero a Han Solo, la galaxia empezó a parecerle un lugar mucho más peligroso.

FIN